

## COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES

### TOMOS PUBLICADOS

- Tomo I. *Puey Monción. Viaje à la Meca de un morisco aragonés, en el siglo XVI*, por D. Mariano de Pano, con una introducción de D. Eduardo de Saavedra, académico de la R. de la Historia. 3 pts.  
Tomo II. *Orígenes del Justicia de Aragón*, por D. Julián Ribera, catedrático de Lengua Árabe en la Universidad de Zaragoza. 5 pts.  
Tomo III. *Decadencia y desaparición de los almorauides en España*, por D. Francisco Codera, catedrático de Lengua Árabe en la Universidad central. 5 pts.  
Tomo IV. *El Collar de Perlas* (tratado de política y administración), por Muza II rey de Tremecén. Traducción de D. Mariano Gaspar, catedrático de Lengua Árabe en la Universidad de Granada. 5 pts.

### PRÓXIMOS Á SER PUBLICADOS Ó EN PREPARACIÓN

- Tomo V. *Estudios filosófico-teológicos*, por D. Miguel Asín, catedrático de Historia de la Filosofía en el Seminario General Pontificio de Zaragoza. Este tomo tendrá dos volúmenes:  
Vol. I. *Algazel y su influencia en la España musulmana*.  
Vol. II. *Algazel y su influencia en la España cristiana*.

### TOMOS SUCESIVOS

- El arte árabe español*, por D. Antonio Vives, correspondiente de la R. Academia de la Historia.  
*Los almohades en España*, por D. Francisco Codera  
Y algunos estudios históricos, geográficos y literarios de D. Eduardo de Saavedra, de D. Julián Ribera, etc., etc.

Los tomos de la *Colección* estarán de venta en las librerías de D. Cecilio Gasca, D. Agustín Allué, en Zaragoza; de D. M. Murillo (calle de Alcañá), Fernando Fe (carrera de San Gerónimo), Victoriano Suárez (Preciados), en Madrid; de H. Welter (rue Bonaparte, 59), en París; de Otto Harrassowitz (Querstrasse, 14), en Leipzig, y en las principales librerías de España y del extranjero.

## COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES

IV

TRATADO  
DE POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN

# EL COLLAR DE PERLAS

POR MUZA II REY DE TREMECÉN

TRADUCIDO POR

MARIANO GASPAR

ZARAGOZA

Tip. y Lib. de Comas hermanos, Pilar, 4

1899

COLECC

ESTUDIOS

IV

EL

6627  
298

Comisión Provincial de  
Monumentos - GRANADA  
BIBLIOTECA

Sala C

Estante .....

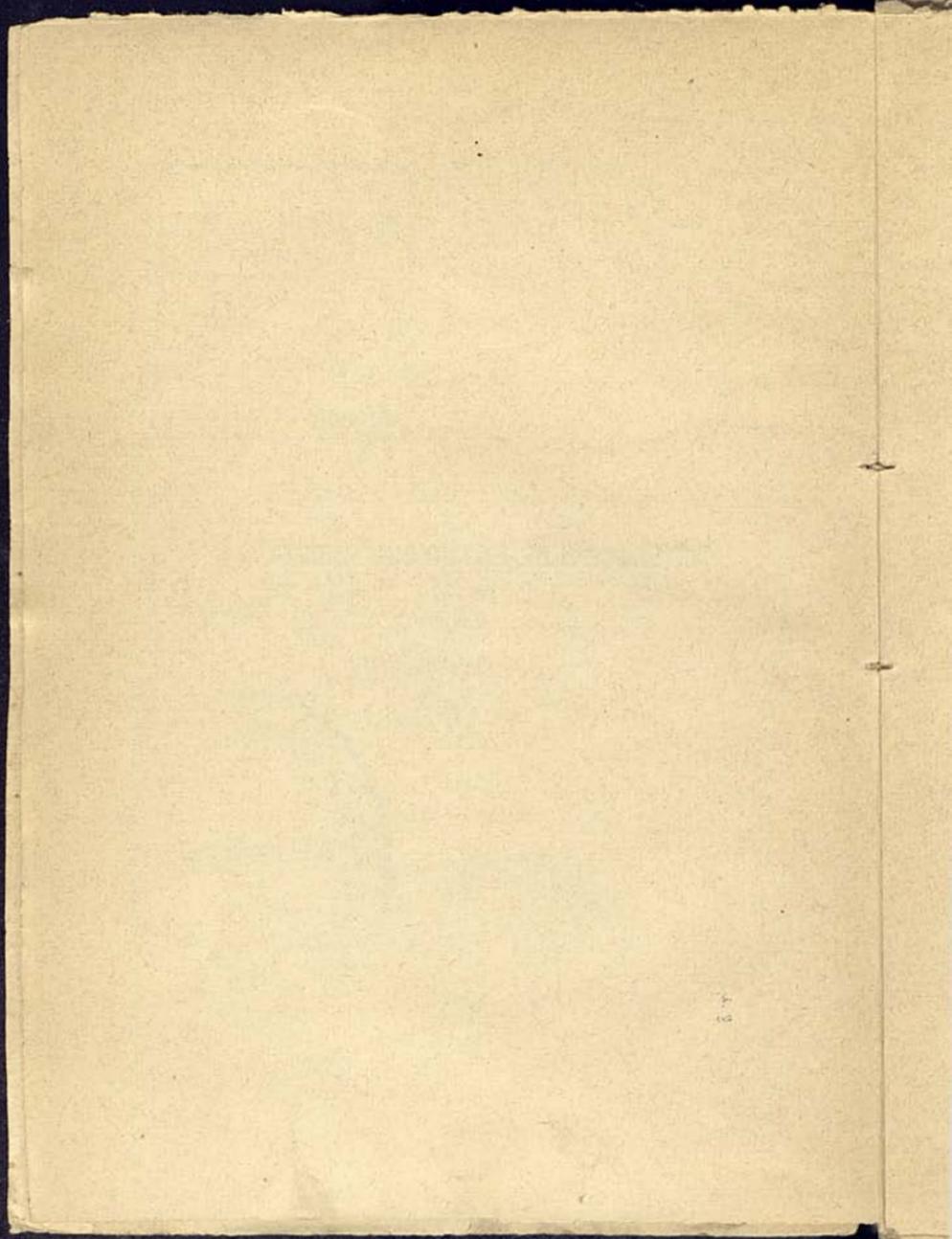
Número 117

COLECCIÓN DE ESTUDIOS ÁRABES

IV

R: 524





EL COLLAR DE PERLAS

OBRA DEL TRADUCTOR

GRAMÁTICA HEBREA, con ejercicios de lectura, análisis y traducción. Salamanca, imprenta Católica, 1895. 7 pesetas.

R. 320

EL  
COLLAR DE PERLAS

obra que trata de

POLÍTICA Y ADMINISTRACIÓN

escrita por

MUZA II REY DE TREMECÉN

vertida al castellano

POR EL

Dr. D. MARIANO GASPAR

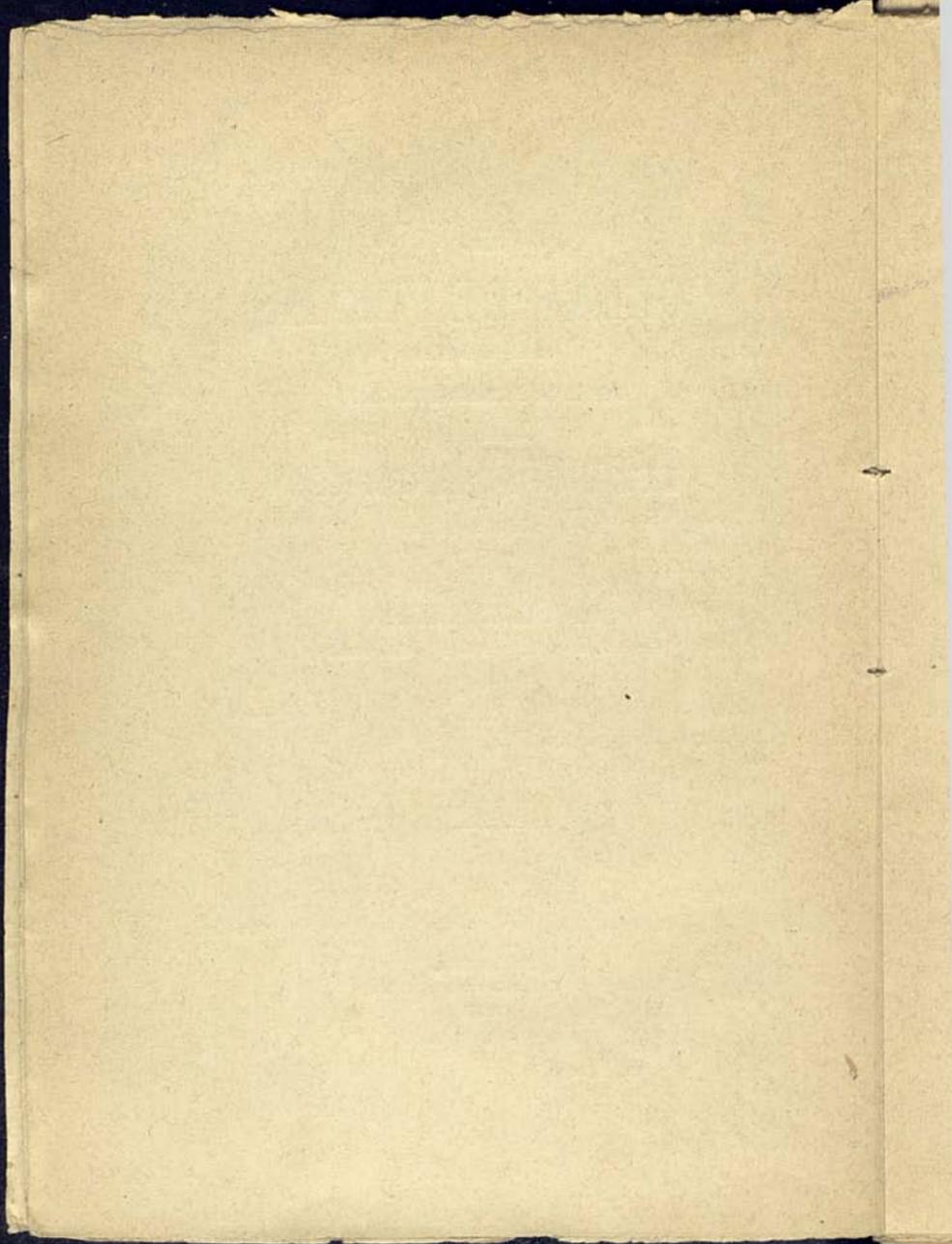
Catedrático de L. Árabe en la Universidad  
de Granada



ZARAGOZA

Tip. de Comas hermanos, Pilar, 1

1899



## INTRODUCCIÓN

Dedicado de algún tiempo á esta parte al cultivo de las lenguas y literatura semíticas, entre las otras obras que tuve la fortuna de hojear durante una de mis últimas y brevísimas estancias en la Corte, llamóme singularmente la atención la intitulada *EL COLLAR DE PERLAS acerca de la administración de los reyes en sus pueblos*, editada en la imprenta real de Túnez en el año 1862, que dió á conocer en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* <sup>4</sup> el docto orientalista D. Francisco Codera Zaidín, que tantos y tan señalados servicios ha prestado á las letras patrias con la publi-

---

4 Año 1893, tomo 23.

cación de códices arábigos de subidísimo precio, alguno de ellos en colaboración de su caro discípulo, mi amadísimo maestro D. Julián Ribera.

Encantado con la lectura de obra tan peregrina, que contiene, magistralmente expuesta, la doctrina moral y política de la gente musulmana en el último tercio del siglo XIV, en orden al régimen y gobierno del reino de Tremecén, por su autor, el más famoso régulo de la ilustre dinastía de los Benizeyán, me propuse verterla al castellano, entre otras razones por la capitalísima de no existir traducción alguna en ninguna lengua europea. Bien se me alcanzaba lo arduo de la empresa, considerando las dificultades que había de ofrecerme la interpretación del texto, señaladamente la de las poesías y largos trozos de prosa rimada con que á cada paso nos brinda, alambicados, conceptuosos y oscuros en ocasiones, y de buen grado hubiera renunciado á mi propósito, de no haberme alentado con sus sabios consejos y atinadas advertencias mis amigos y maestros.

Emprendida la tarea con fe y entusiasmo,

doy al cabo á la imprenta el desabrido fruto de mi trabajo, rogando con todo encarecimiento á quien lo leyere disculpe con su habitual benevolencia los defectos y lunares que en él echare de ver.

De propio intento he dejado de traducir literalmente la brevísima biografía de Abuhamu Muza II, que figura al principio del texto árabe, prefiriendo ampliarla con los curiosos detalles y noticias que nos suministran los historiadores contemporáneos, á fin de que aquellos que desconozcan la historia del Norte de Africa durante la Edad Media puedan formarse idea acabada acerca de la importancia que alcanzó el reino de los Benizeyán en Tremecén, y qué papel tocó desempeñar á nuestro autor dentro del mismo. Esto es lo que me propongo exponer por vía de introducción, sin olvidar que la naturaleza de este trabajo pide de suyo la mayor brevedad posible <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Pueden encontrarse noticias más detalladas en las obras siguientes: *Histoire des berbères*, de Abenjaldún, obra traducida por el Barón de Slane; *Complément de l'histoire des Beni-Zeyan, rois de Tlemcen* y

Abuhamu Muza II es señalado por los historiadores como restaurador del reino de los Benizeyán, príncipes de la familia llamada de los *abdeluaditas* y perteneciente á la gran tribu de los Zenetas (de origen berberisco). Los *abdeluaditas*, después de repetidos cambios de lugar, siempre en vida nómada, como las otras tribus sus hermanas, aparecen por fin establecidos en el Magreb central sobre ambas riberas del Chelif y en las fértiles campiñas de Tremecén, y sometidos, como los de otras tribus, al imperio de los almohades bajo la autoridad inmediata de un gobernador residente en Tremecén. Estos gobernadores al servicio de los almohades, dice Abderramán, hijo de Jaldún <sup>4</sup>, no cesaron de reparar y mejorar las fortificaciones de Tremecén atrayendo á mucha gente dentro de sus muros, á fin de convertirla en una verdadera metrópoli, con cuyo propósito

*Tlemcen, souvenirs d' un voyage*, por el abate Bargés; *Les tombeaux des emirs Beni-Zeyan* por Brosselard; *Relations et commerce de l' Afrique septentrionale avec les nations chrétiennes au moyen âge*, por el Conde de Mas Latrie, y otras.

<sup>4</sup> Tomo III, pág. 337, de la obra arriba citada.

labraron alcázares y suntuosos edificios sin reparar en los crecidos gastos que exigía tanto embellecimiento.

Al fraccionarse el imperio de los almohades, el emir de los abdeluaditas Yagmarasán, hijo de Zeyán, á quien el califa almohade Araxid había confirmado por diploma en el gobierno de Tremecén, se declara independiente fundando el reino del Magreb central é inaugurando la dinastía llamada de los Benizeyán, la cual, á pesar de las tremendas é incesantes luchas que sostiene, ora contra las otras dinastías del Norte de Africa pertenecientes á los almohades, hafsidas y merinidas, ora contra algunas de las otras tribus poderosas que integraban su propio estado, aunque siempre dispuestas á la revuelta por el deseo de alcanzar el predominio, subsiste desde 1239 á 1554 de nuestra era, salvo algún período más ó menos corto en que es agregada Tremecén al reino de los merinidas en Fez, que fueron los más irreconciliables enemigos de los Benizeyán.

El deseo de mantener la dinastía, tantas veces recomendado á su hijo por el autor del

presente libro, es perseguido con tenacidad irresistible por sus antecesores en el reinado. Desde el fundador Yagmarasán ó Gomarazán, como le llama el autor de la *Crónica de Alfonso XI* diciendo respecto del mismo que se aseguraba que en su tiempo no había caballero moro que pudiera vencerle en la lucha de hombre á hombre, á todos los príncipes Benizeyán se les ve animados por el mismo pensamiento de hacer de Tremecén la capital de un reino autónomo y floreciente con límites bien definidos, revistiéndose al efecto y dando ejemplo de virtudes guerreras y dotes político-administrativas que han hecho ilustre la memoria de los mismos, y gracias á las cuales lograron ver realizado en gran parte su propósito durante un espacio de más de tres siglos. «La nobleza y elevación de espíritu, la bravura de corazón, la emulación por las altas empresas, la constancia en la adversidad, la generosidad y el sentimiento del honor forman, dice Yahya, hijo de Jaldún y hermano del famoso historiador arriba citado <sup>4</sup>,

---

4 Véase Bargés, obra antes citada.

el patrimonio de los príncipes de esta casa».

En efecto, los príncipes Benizeyán, en medio de las guerras extrañas é interiores que varias veces ponen en peligro su dominio, no apartan de su mente el deseo de engrandecer y mejorar su estado. Los hijos de Yagmarasán, dice Abderraman, hijo de Jaldún <sup>4</sup>, habiendo establecido su corte en Tremecén construyeron dentro de la misma palacios y alhóndigas para los viajeros y plantaron jardines y parques, cuya frescura era mantenida por arroyuelos hábilmente encauzados. Tremecén, viniendo á ser de esta suerte la ciudad más importante del Magreb, atrajo á sí visitantes hasta de los países más remotos, se cultivaron con éxito dentro de sus muros las ciencias y las artes, vió nacer en su suelo sabios y hombres ilustres, cuya autoridad se extendía á otros países y, en una palabra, tomó el aspecto de una verdadera capital musulmana, corte de un califado.

La influencia extraña, señaladamente la española, contribuyó con la mayor eficacia á

---

<sup>4</sup> Obra citada, to. III, pág. 340.

este mejoramiento de la capital y pueblos del reino de Tremecén, gracias á la política hábil y tolerante de los príncipes Benizeyán, como asegura el mismo Abderraman, hijo de Jaldún, <sup>1</sup>: «por esa época, dice, las artes se hallaban poco desarrolladas en Tremecén, porque el pueblo que había hecho de esta ciudad la corte de su imperio conservaba todavía la rudeza de la vida nómada. Entonces los príncipes Benizeyán viéronse precisados á dirigirse á Abulualid, rey de la España musulmana, para que les facilitase obreros y artistas. El soberano de España, señor de una nación sedentaria, en la cual necesariamente habían hecho gran progreso las artes, les envió los arquitectos más hábiles de su país. De esta suerte se embelleció Tremecén con palacios, edificios y jardines tan magníficos, que posteriormente no han vuelto á construirse dentro de la misma otros semejantes.» El mismo historiador nos dice <sup>2</sup> que cuando Fernando III de Castilla se apoderó

<sup>1</sup> Obra citada, to. III, pág. 480.

<sup>2</sup> Obra citada, to. III, págs. 322 y 382 y en varios lugares de sus «Prolegómenos á la Historia Universal.»

de Sevilla en 1248 arrebatando á los musulmanes, juntamente con dicha ciudad, otras muchas plazas y fortalezas y llevando la devastación á esa parte de la España, muchos jefes de las principales familias musulmanas y los sabios más ilustres corrieron á refugiarse en las ciudades del Magreb y de Ifriquía. Yagmarasán y sus hijos no sólo acogieron generosamente á estos inmigrantes de España, sino que les tributaron también el rango que acá tenían y á algunos de ellos no dudaron en confiarles las más altas dignidades de su reino.

La política expansiva de los Benizeyán se refleja igualmente en el aspecto religioso: Yagmarasán admitió en su ejército un cuerpo de cristianos fuerte de dos mil lanceros y compuesto en su mayoría de españoles, á los cuales, así como á los comerciantes y viajeros se permitió el libre ejercicio de su religión en iglesias, cuya existencia es indudable. Es verdad que dicho cuerpo de ejército fué pasado á cuchillo á consecuencia de una sublevación, de la cual fué víctima un príncipe, hermano de Yagmarasán, hecho

que debió ser de funestas consecuencias incluso para los cristianos pacíficos. Pero no cabe dudar que esta intolerancia fué pasajera; pues los hijos de Yagmarasán restablecieron la milicia cristiana y al ocupar el trono Abutexuffin I nombró intendente de palacio á un liberto cristiano, llamado Hialal, de origen catalán, quien en unión de otros siervos cristianos había estado al servicio y héchose luego el amigo, árbitro de la voluntad de este príncipe durante el reinado de su padre.

A esta suavidad ó tolerancia religiosa contribuían también las relaciones bien políticas, bien comerciales con los reyes cristianos, especialmente de Aragón, las cuales buscaron siempre con el fin de contrarrestar el poder de sus formidables enemigos, los merinidas.

Sabido es que el tráfico mercantil que se hacía entre los mercaderes de Europa y las caravanas que se dirigían al Sudán tenía su centro de relaciones en Tremecén, dada su admirable posición entre el mediterráneo y los pueblos del Africa central.

Los venecianos, genoveses, y señaladamente catalanes y aragoneses, como más próximos á la costa africana, sostenían habituales relaciones con los comerciantes de Tremeccén. Diariamente llegaban barcos españoles, cargados de preciosas mercancías, á los puertos de Orán, Mersalquevir, Honéin y otras del reino, y existían alhóndigas y depósitos en los mismos y en la capital de Tremeccén. Estas relaciones mercantiles eran objeto de tratados de comercio y mutua protección entre cristianos y musulmanes, á semejanza de los establecidos en los otros reinos de Túnez y Fez.

Cuando en 1337 de J. C., el sultán merinida de Fez, Abulhasán, se apoderó de Tremeccén, las señales del poderío de los príncipes Zeyanidas, dice Yahya hijo de Jaldún <sup>4</sup>, fueron destruídas, no quedando de su dominación más que un vestigio imperceptible y un débil recuerdo, á pesar de haber causado tanto ruido en el mundo.

Sin embargo, una segunda rama de esa

---

<sup>4</sup> Historia de los abdeluaditas. V. Bargés en su obra *Complément de l'histoire*, etc. ya citada, pág. 72.

familia logra, pasados unos años, restaurar la dinastía de sus abuelos. Abutexuffín I, nieto del fundador Yagmarasán, había deportado á España en 1318 á su primo Abderraman hijo de Yahya é igualmente á todos los otros príncipes de su familia que podían disputarle el trono.

El príncipe Abderraman murió en lucha con los cristianos estando de guarnición en Carmona, á donde había sido enviado para tomar parte en la guerra santa. Dejó cuatro hijos: Yúsuf Abuyacub, padre de Abuhamu Muza II, el cual, ganoso del retiro, hizo vida ascética consagrándose al estudio, Otmán Abusaíd, Ezáim Abutábet é Ibrahim. Después de la muerte de su padre dichos príncipes regresaron á Tremecén en donde habitaron algunos años, hasta que, tomada la ciudad, fueron deportados á Fez por el vencedor Abulhasán. Mas pronto solicitaron alistarse entre los defensores de la fe en España y, autorizados que fueron para ello, vinieron á fijar su residencia en Algeciras, una de las plazas que á la sazón poseían los merinidas en España. Posteriormente apare-

cen de nuevo en Africa formando parte del ejército de Abulhasán, reunido para la conquista del reino de Túnez.

Entonces fué cuando los abdeluaditas volvieron sus armas contra el rey de Fez, ocasionándole la derrota que experimentó bajo los muros de Cairuán en 1348; seguidamente se reunieron en Túnez para deliberar sobre los intereses de la tribu y proclamaron por soberano á Otmán Abusaíd, el cual dirigióse luégo al punto con todos sus partidarios á Tremecén, cuyos habitantes le abrieron las puertas alzándose contra el gobernador al servicio de los merinidas, Otmán hijo de Cherrar, que se vió obligado á someterse y á implorar la clemencia del vencedor.

Animado por el mismo celo de sus ilustres antepasados, el nuevo soberano emprendió la restauración del reino secundado notablemente por su hermano Abutábet á quien confió desde luego la dirección del ejército y los cuidados de la guerra. No obstante, los esfuerzos que estos príncipes hicieron para consolidar la dinastía no tuvieron feliz éxito, quedando reservada esta gloria á su sobrino

Abuhamu. Transcurridos cuatro años y un mes, ambos perecieron trágicamente. Abusáid vencido y hecho prisionero en una batalla fué condenado á muerte por Abuinán, hijo y sucesor de Abulhasán. Respecto de Abutábet, nos relata minuciosamente su fin el historiador de la dinastía, Abdeljalil el de Tenes <sup>4</sup>, dándonos juntamente á conocer un rasgo curioso del carácter de nuestro autor. «Cuando el sultán Abuinán, dice, se apoderó de Tremecén después de la batalla en que había perecido Abusáid, hijo de Abderraman, hijo de Yahya, hijo de Yagmarasán, el hermano de éste, Abutábet, huyó hacia la parte oriental, acompañado por su sobrino el sultán Abuhamu Muza, hijo de Yúsuf, y uno de los antepasados de nuestro príncipe actual, y por su visir Yahya hijo de Daúd. Temerosos de ser reconocidos en su fuga, habíanse disfrazado; mas al llegar á territorio de Bugía fueron detenidos por los espías que el gobernador de dicha ciudad había enviado en busca de los mismos. Al ser interrogados

---

4 Bargés en la obra citada, pág. 141.

por éstos sobre cuál de los tres era el sultán Abutábet, respondió Abuhamu avanzando un paso: «yo soy, y puesto que tenéis en vuestro poder á quien buscabáis, soltad á mis dos compañeros».

He aquí como Abuhamu no dudó, por salvar la vida de su tío, en exponer la suya; pues sabía muy bien que no se buscaba al sultán sino para jugarle una mala pasada. Pero en esto acudieron algunos hombres que conocían personalmente á Abutábet y lo delataron á los espías. El sultán fué entonces colmado de injurias y amenazas, é instado por los espías para que dijera quién era aquel que había querido sufrir su suerte, colocándose en su lugar, respondió á fin de disimular la condición de su sobrino: «es uno de los intendentes de nuestros bienes; os suplico que le dejéis marchar libremente, porque reteniéndome á mí habréis cumplido con vuestro cometido». Gracias á esto, los espías soltaron á Abuhamu Muza que escapó felizmente del peligro; pues él y su posteridad estaban destinados por Alá á ocupar el trono de los califas. Abutábet y su visir cargados

de cadenas fueron trasportados á Bugía; pero luego el sultán fué trasladado á Tremecén y muerto á lanzazos».

Nuevamente quedó sometido el reino de los abdeluaditas al poder de los merinidas de Fez, hasta que el año 1359 entró triunfante en Tremecén Abuhamu Muza II, de edad ya de 37 años, siendo restaurada por segunda vez la dinastía de los Benizeyán. Nacido en Granada el año 1323, durante la época en que, como hemos dicho anteriormente, se hallaba desterrado en España su abuelo Abderraman Abusaíd con sus cuatro hijos, pasó una buena parte de su juventud en dicha ciudad, que alcanzó por entonces su mayor florecimiento literario y artístico.

Las enseñanzas que recibió en la corte de los Nazaritas y posteriormente en Túnez, ciudad la más sobresaliente del Magreb en igual época, explican satisfactoriamente la educación de su espíritu en las letras y ciencias político-administrativas, de las cuales tan gallarda prueba nos ha legado en su obra, así como también en el gusto refinado para celebrar las fiestas y solemnidades que vino

á introducir después en su corte de Tremecén, y en el favor que dispensó á los sabios de su tiempo. Yahya, hijo de Jaldún, nos ha dejado un retrato de este príncipe, que si bien aparece pomposo en la forma, en su fondo encierra un juicio muy aproximado á la verdad.

«Este príncipe, dice <sup>1</sup>, se encuentra en el apogeo de su poder soberano y es el más grande de los reyes de la tierra. Ante él es preciso inclinarse á causa del resplandor de sus bellas acciones. El es la dirección hacia la cual se convierten todas las esperanzas y pensamientos, el tesoro en que se encierran la fortuna y la dicha, es el destello divino más refulgente, más sublime que la constelación del Can y aun que la estrella Sirio. Es una majestad rodeada del respeto más profundo, una fuente de liberalidad en la que todo el mundo sacia su sed; es el Cosroes de Occidente, el rival de Moisés por los prodigios y hazañas que ha realizado en medio de

---

<sup>1</sup> V. Bargés en su obra citada, «Complément, etcétera», pág. 446.

nosotros. Como el legislador de los hijos de Israel, él ha azotado con la vara de su valor un mar de calamidades; él ha hendido y descubierto el abismo, cerrándolo después sobre la cabeza del impío y cruel Faraón que ha sido anegado entre las olas. Como Moisés, él ha sacado del desierto á su pueblo, que se hallaba reducido ya á la desesperación. Como aquél ha hecho venir de la montaña de su solicitud la luz celestial en bien de su pueblo; después ha solicitado cerca de los suyos el cargo de gobernarles y ha obtenido el derecho que le asistía legítimamente para regirles hasta tal punto, que les ha sacado de la inacción y les ha puesto en movimiento. Entonces fué cuando arrojó la vara de su valor en presencia de los magos, enemigos de su pueblo, vara terrible que, á semejanza de la serpiente de Moisés, devoró todo cuanto aquéllos habían forjado con sus prestigios.

A pesar del temor que embargaba su ánimo para la realización de su derecho, logró al cabo arrancarlo de manos de los usurpadores, ocupando el trono y haciendo su corona independiente y soberana; de esta suer-

te pasó de los brazos del infortunio al seno de la prosperidad, y la estrechez que produce la tristeza cedió su plaza en él á la expansión de la alegría y regocijo. Desgraciadamente él se vió obligado pronto á luchar contra lo tornadizo de la suerte y á sufrir los más tristes y dolorosos reveses de la fortuna: por tres veces se desencadenó contra él la tempestad; por tres veces la barca de su imperio estuvo á punto de naufragar en medio de un mar agitado. Pero como dice el poeta:

Un corazón noble jamás se envilece ante las adversidades, por muy horrorosas que sean.

Aquel es como el almizcle triturado, como el alcanfor hecho polvo.

Cuando un rubí es colocado en presencia de un carbón encendido, se eclipsa su brillantez; mas apagad el carbón, y el rubí recobra su resplandor primitivo.

Los acontecimientos más desastrosos jamás han podido romper el hilo de su bravura, ni las más diversas pruebas le han hecho bajar la cabeza; antes al contrario, la religión que le inspira es de las más sólidas y su confianza en Dios ha sido siempre inquebrantable. Por esto, la aurora de libertad

y de salvación jamás ha dejado de venir á disiparle las tinieblas del infortunio. Fué asistido por el espíritu divino aun en aquellas regiones que nunca exhalaron el menor olor agradable; pruebas y reverses de la fortuna que, por lo demás, no provienen sino de Dios, que es su único y supremo árbitro.»

Aparte de lo hiperbólico de este elogio, lo cierto es que Abuhamu Muza II aparece en la historia como la figura más original é interesante entre los príncipes del Magreb, no siendo de extrañar que hasta nuestros días sea popular la memoria de éste, verdadero *sultán de las mil y una noches*, como le llama un autor contemporáneo <sup>1</sup>.

Los consejos y observaciones que hace en su obra á su hijo Texufín II son indudablemente los mismos que dirigieron su conducta. En la guerra no fué tan belicoso, ni tan bravo como la generalidad de sus antepasados, pecando quizás de prudente. Mas no por esto merece ser acusado de tímido; pues como él mismo nos dice, y se ve confirmado

---

<sup>1</sup> Brosselard en la obra antes citada.

siguiendo las vicisitudes de su reinado, supo exponer su vida y mostrarse valeroso en cuantas ocasiones tuvo que confiar su independencia á la suerte de las armas, y en todo caso á él cupo la gloria de restaurar la dinastía abdeluadita y de sostener su soberanía durante un largo reinado de 30 años casi en perpetua guerra, ora contra las tribus árabes de su estado que apoyaban á sus rivales para el trono, ora contra los merinidas, envidiosos de su gloria, á los cuales tuvo que abandonar algunas veces su metrópoli, recuperándola otras tantas, gracias á los recursos de su habilidad política y astucia tan consumada, que causa la admiración de los historiadores de la época y constituye la cualidad más saliente de Abuhamu. Él supo muy bien rodearse de excelentes y fieles servidores, aprovechar admirablemente las condiciones favorables que se le ofrecieron para rechazar las diferentes invasiones de sus estados por los merinidas. Con este mismo propósito mantuvo alianza con sus otros vecinos, los de Túnez, y estrecha amistad con Abenalahmar (Mohámed V) de Granada, cuya influencia aprovechó en

alguna ocasión contra los proyectos ambiciosos de sus enemigos, haciéndole mediar como árbitro en sus diferencias <sup>1</sup> con éstos.

Ya los antepasados de Abuhamu habían procurado con celo el florecimiento de las letras y ciencias en su reino llamando y reteniendo en sus colegios á los doctores y profesores más meritorios de su época, y gracias á esto nacieron allí gran número de escritores, jurisconsultos, poetas, matemáticos y otros sabios. Pero señaladamente se distingue Abuhamu, y en esto estriba también su originalidad; pues parece como que deja la espada para tomar la pluma, y los campos de batalla para correr á su palacio, en donde con la mayor majestad y solemnidad celebra fiestas religioso-literarias y presenta sus escritos en verso y prosa, los cuales, dice Abdeljalil, el de Tenes, le colocan por encima de los príncipes más elocuentes.

Además de los dos colegios que ya existían en Tremecén, Abuhamu construyó la famosa madraza llamada *Yacubiana* en memo-

---

<sup>1</sup> V. Abenjaldún en su obra citada, tomo III, páginas 478 y 486.

ria de su padre, á la cual asignó una renta considerable y la hermoseó interiormente con galerías, columnas de mármol, jardines, fuentes y una mezquita que sirviera de oratorio, reuniendo, en fin, dentro de la misma todas las comodidades y todas las bellezas que podían atraer á los amantes del saber y de la instrucción.

Sería prolijo mencionar los sabios y profesores que ilustraron el reino de Abuhamu y á quienes éste trató siempre con veneración y largueza; pero siquiera debo indicar que á su servicio estuvo el famoso historiador, tantas veces citado, Abderraman hijo de Jaldún, cuyo solo nombre bastaría para engrandecer la corte de un rey, y que tuvo por secretario durante muchos años al hermano de aquél, Abuzacaríá Yahya, historiador también y poeta distinguido, cuyas noticias son del mayor precio para el estudio acabado del reinado de los Benizeyán.

La mayor prueba del respeto y estima que Abuhamu profesaba á los sabios, es la que dió á Abuabdala Mohámed hijo de Ahmed, más conocido por el Jerife hasanida

de Tremecén, sabio escritor y maestro estimadísimo por sus correligionarios de España, á quien Abderraman hijo de Jaldún llama el porta-estandarte de la ciencia intelectual y tradicional en su época. Á este ilustre sabio del Magreb, que se encontraba en Fez, llamó Abuhamu, luego que se apoderó de Tremecén, habiendo salido á recibirle en el camino. Encomendóle la dirección de la madraza, apenas fué terminada su construcción, y asistió á la apertura de sus explicaciones, las cuales escuchó con la mayor atención, sentado sobre un tapiz en medio de los escolares. Terminada que fué la explicación por el sabio profesor, Abuhamu hizo levantar una acta estableciendo rentas y pensiones para el sostenimiento de la madraza y pago de los profesores, y ordenó que fuera entregado un traje completo á cada estudiante y víveres á todos sus súbditos. Como si estas demostraciones de afecto hacia el Jerife no fueran bastantes, pidióle una hija para esposa, y á la muerte de aquél mandó que fuera enterrado en el sepulcro que había construído dentro de la madraza para su padre

Yacub; asistió personalmente al acompañamiento del cadáver y envió á decir al hijo de éste, llamado Abumohámed Abdala, entre otras frases de consuelo lo siguiente: «No ha muerto el que te ha dejado sobre la tierra. Si tú has perdido un padre, yo he perdido aquél á quien debo el sobresalir en gloria sobre los soberanos del mundo entero.»

Nombróle seguidamente sucesor de su padre en la dirección de la madraza y, como éste, fué un escritor y profesor versadísimo en las ciencias matemáticas, metafísicas, del derecho y de la tradición, llegando á hacerse famoso en todo el Occidente musulmán. Este hombre extraordinario pereció desgraciadamente en un naufragio, según cuenta el notable biógrafo Abenmaríam, al regresar á Tremecén procedente de Granada en donde pasó algún tiempo dando lecciones.

Otro de los sabios que figuraron en la corte de Abuhamu es el célebre matemático Abulhasán Alí, hijo de Ahmed, más conocido por el sobrenombre de Abenfeham, de quien dice Yahya hijo de Jaldún que era el hombre de su tiempo que poseía conocimien-

tos más profundos en las diversas ramas de las ciencias matemáticas, autor de muchas obras mecánicas entre ellas el famoso *menchana* ó reloj que funcionó por vez primera en la fiesta de la natividad de Mahoma, celebrada por Abuhamu el año 1358 á 1359, primero de su reinado.

Abuhamu celebraba esta festividad en memoria del nacimiento del Profeta con mayor solemnidad que cualesquiera otra del año, convocando en su palacio á todos sus súbditos, magnates y plebeyos.

Los salones dispuestos para la fiesta eran aromatizados é iluminados profusamente, y su suelo cubierto de tapices y almohadas colocadas en hileras más ó menos primorosas, según la jerarquía de las personas á quienes se destinaban, viéndose muchas de éstas obligadas á ocupar, formando grupos, las espaciosas calles del jardín cuyo suelo se hallaba sembrado de flores.

Dábase comienzo á la fiesta por un banquete servido á todos los asistentes, y acto seguido se cantaban, hasta el amanecer, los himnos y poesías dedicadas á Mahoma. Al

efecto, y cerca del trono de Abuhamu, erigíase la plataforma que había de ocupar el cantor de más dulce y agradable voz y más versado en las reglas de la retórica y música arábicas, el cual recitaba las poesías comenzando por la del rey.

Las horas de la noche que transcurrían durante la fiesta eran marcadas por el susodicho reloj. Según testimonio de los que lo vieron, tenía éste la figura de una hospedería del Yemen con tantas puertas, cuantas eran las horas de la noche.

A cada hora que trascurría se abría una de las puertas, y en su hueco aparecía la imagen de una bellísima doncella con la mano izquierda puesta sobre la boca, como saludando al califa, y mostrando en la derecha una hoja en que se leía el número de la hora respectiva expresado por medio de una poesía corta, como la que sigue:

«¡Oh, Señor mío! ¡Oh, hijo de reyes los más ilustres por su nobleza y poderío!

Han pasado tres horas de la noche quedando para tí la gloria entre los pueblos árabes y extranjeros.

Permanece siempre como argumento de Dios en

COLLAR DE PERLAS

\*\*\*

su tierra para obtener éxito feliz en las empresas que acometas.»

Abuhamu no solo se distinguió como rey sabio y político, sino también por la administración verdaderamente paternal que dispensó á sus súbditos, dando audiencia á todos ellos, grandes y chicos, y socorriéndoles solícitamente en las calamidades.

En confirmación de esto bastará citar el siguiente hecho que cuenta Yahya, hijo de Jaldún <sup>1</sup>: «A fines del año 776 de la hégira vióse el reino afligido por un hambre de las más horribles á consecuencia de un furioso huracán que había producido la muerte de numerosos ganados. Ante tal desastre, recurrióse á la liberalidad del sultán, quien acordó gustosamente que fuera distribuída entre los indigentes la mitad de los impuestos de su augusta capital. Al fin de cada semana se reunían las sumas considerables que componían dicha mitad y, previamente convocados los pobres, era distribuída entre ellos con rigurosa equidad por funcionarios encarga-

---

<sup>1</sup> En la obra ya citada de Bargés: «Complément etc.»

dos al efecto. Más de una vez se vió al sultán asistir á esta distribución, á este espectáculo de la miseria humana con lágrimas en los ojos y con el corazón abatido y humillado ante la voluntad del Creador, de Aquel que dispone de los bienes de este mundo y que al infortunio puede hacer suceder el bien y la prosperidad. Después el rey juzgó más á propósito en su sabiduría reunir á todos los indigentes en hospicios á fin de facilitarles alimento mañana y tarde durante el invierno y la primavera del año corriente, hasta que la fertilidad de la tierra y la abundancia de leche en los ganados les permitiera volverse á los campos. Además el sultán había mandado abrir los graneros públicos permitiendo á todo el mundo comprar trigo, algunas veces á más bajo precio que el general, hecho todo esto por un efecto de su providencia para con sus súbditos y de su grande solicitud por conservarles la vida.»

Creo que lo expuesto sea suficiente para que el lector se forme idea de las cualidades eminentes que adornaron á este ilustre príncipe, las cuales desgraciadamente no produ-

ieron todo el bien que de ellas era justo esperar, por tener que combatir contra dos enemigos á cual más formidable, el vecino imperio de los merinidas, ganosos de dominar en todo el Occidente y la rudeza de las tribus nómadas que integraban el reino de Tremecén.

El historiador Abdeljalil el de Tenes es quien refiere que Abuhamu había escrito el presente libro dedicado á su hijo Texufín II, al cual había designado ya para sucederle en el trono. «Él introdujo, dice <sup>1</sup>, en dicha obra los más peregrinos y curiosos materiales adornándole con poesías suyas propias tan admirables, que hacen olvidar todas las otras bellezas que ha producido este divino arte.»

Es indudable que Texufín II se aprovechó en buena parte de las enseñanzas que le dió su padre, y su nombre ha llegado á ser recomendable por su bravura y amor á la gloria militar, á las letras y ciencias. Pero estas excelentes cualidades no han podido

---

<sup>1</sup> En su obra ya citada, traducida por Bargés: «Complément etc.»

borrar de su recuerdo el baldón de hijo ingrato y desnaturalizado con que ha pasado á la historia. A consecuencia de la envidia que sentía por el encendido afecto que profesaba su padre á otros de sus hijos y arrastrado por la ambición de verse revestido cuanto antes con la autoridad soberana, se alzó en armas contra el autor de sus días causándole en sus estados mayores estragos que los producidos por las guerras exteriores y acarreándole, por fin, una muerte trágica; pues, derrotado el ejército de Abuhamu, fué él mismo muerto á golpes de lanza al caer bajo el peso de su propio caballo en 1389, después de haber reinado cerca de 31 años.

Brosselard ha publicado el texto y traducción del epitafio encontrado en el sepulcro de Abuhamu, en el cual se lee:

¡Alabanza sea dada á Dios único! Este sepulcro es el de nuestro señor el sultán emir de los musulimes, el rey justo, generoso, célebre, ilustre y noble de raza, muy glorioso, incomparable, muy alto, muy venerable, muy grande, muy perfecto, nuestro soberano el príncipe de los musulimes, el comba-

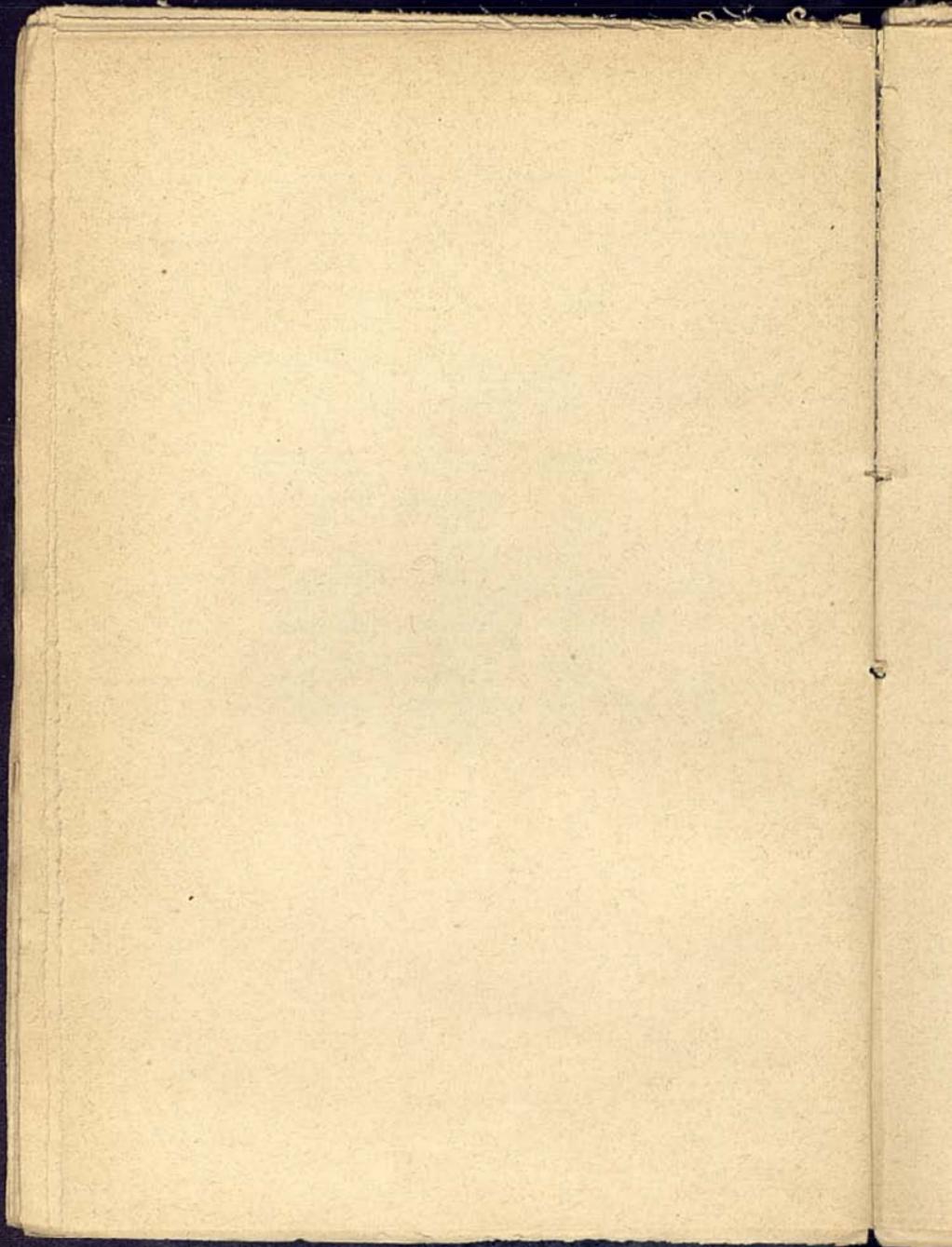
tiente en el camino del Señor de los mundos, nuestro rey Abuhamu, hijo de nuestro señor, el príncipe famoso, grande, ilustre y perfecto, nuestro señor Abyacub. ¡Que Dios refrigere su sepultura y le acoja en el seno de su bondad, indulgencia y generosidad! ¡Que Dios extienda también sus bendiciones sobre nuestro señor y soberano Mahoma y sobre su familia!

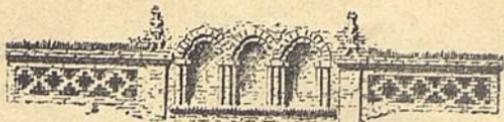
No habiendo sido otro mi ánimo, al dar á la estampa esta modestísima versión de la preciada obra de Abuhamu, que el de dar á conocer el grado de civilización alcanzado por la gente musulmana de allende en el curso y postrimerías del siglo XIV, ruego con todo encarecimiento al curioso lector se sirva acogerla con indulgente benevolencia.

## ERRATAS

---

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
51	3	<b>necesarias</b>	<b>necesarios</b>
52	4	Aia	Aixa
104	12	o á	o
212	18	eh	oh
214	23	ò	á
248	7	mancelo	mancebo
330	41	al	el
473	22	matarte	matarme
481	3	solamente,	solamente tú,





## PRÓLOGO DEL AUTOR

En el nombre de Alá misericordioso y clemente.  
Alá bendiga á Mahoma nuestro señor.

Loado sea Alá, ser inmortal, eterno, todopoderoso, altísimo, creador de las causas y sus efectos; El dirige la sucesión del día y de la noche, conoce las cosas más ocultas, sin que se le escondan la tierra, ni los cielos, y le son manifiestas las cosas secretas igualmente que las públicas, y ve al que se oculta protegido por la oscuridad de la noche, de igual suerte que al que anda en medio de la luz del día. ¿Cómo no ha de conocer todas

esas cosas el ser creador, espíritu sutil y doctísimo, que ha sacado de la nada á los seres con su poder, ordenado con su ciencia, distinguido con su voluntad y los rige con su sabiduría? No tuvo auxiliar en la creación de los seres, ni consejero en la dirección de los mismos; pues, ¿cómo era posible que un ser eterno pudiera necesitar auxilio de quien no existía siquiera, ni un ser purísimo pedir ayuda de quien se halla bajo la miseria de la generación? No está sujeto á las opiniones de los hombres, los ojos no le ven, la imaginación es incapaz de representarle, la inteligencia de comprenderle, ni los hombres pueden calcular la grandeza de su poder. No llega el lugar ni el tiempo á limitarle; es quien concedió á las criaturas el entender aquella parte de la verdad susceptible de ser conocida por su inteligencia y procuró á las naciones de sus adoradores la felicidad que alcanzaron rápidamente, haciéndoles dichas mediante la ordenación de la virtud; pues no hay seres más felices que las almas que se conducen rectamente, porque se acercan á su heredad deseada y á su Señor.

Los propósitos más sublimes son aquellos que tienden á la recta administración por el manejo acertado de la autoridad; porque armonizan las discordias del reino, impiden las causas de su ruina, hacen que resalten de sus propias minas las perlas de la sabiduría, y los astros brillantes de la palabra, que las lunas aparezcan en toda su plenitud resplandeciente y que se cojan las flores en toda su lozanía.

Alá bendiga á nuestro ilustre señor Mahoma, el enviado con prodigios tan evidentes, tangibles y estupendos, que llenaron de confusión y tristeza á los incrédulos; pues para él no había distancias entre los cuatro ángulos de la tierra: cuando deseó agua, manaron las fuentes entre los dedos de su mano y las nubes obedecieron su orden y corrieron abundantes surcos de aquélla como si fueran de leche. Extendióse la fama de su nombre y se sucedieron los prodigios hasta el punto que serían innumerables los testimonios verídicos y tradiciones auténticas en defensa de su misión profética.

Alá le bendiga, así como á su familia,

amigos y compañeros, quienes han respondido á la voz de Alá con respeto y sumisión, y reconocido la excelencia de las órdenes del Profeta, resultando una excepción entre sus semejantes; sea sobre ellos la bendición perpetua y la salvación eterna.

Como los hijos son trozos del corazón, parte de las entrañas y de los pechos, frutos del alma, objeto de los deseos, intenciones y sentimientos más puros, del afecto y amor más sano, la perla de todo embellecimiento, la pupila del ojo, el lazo de linajes, la cadena de la generación y sucesión, la herencia de los padres, el origen patrio, la alegría de la vida y la memoria de los grandes restos, los profetas interceden en su favor y los santos ó maestros les dirigen. Alá, que es poderoso y grande, cuando su profeta Zacarías le pedía suplicante que le enviara un jefe que fuera heredero suyo y de la familia de Jacob y á quien recibiría de buen grado como su maestro y señor, respondió: «es preciso que los padres sean para los hijos de modo que les faciliten el don precioso de toda buena educación y virtud y les proporcionen toda

ventaja excelente, así como los cielos les dan sombra, el sol luz y las nubes lluvia. El mejor padre será aquel cuyo amor no le lleve hasta la negligencia en sus deberes, y el mejor hijo para los padres, aquel cuya pereza no le arrastre hasta la desobediencia.» El Profeta de Alá comparaba á los hijos con las hojas de los mirtos. Abdala, hijo de Omar, que amaba con delirio á su hijo Selim, dijo:

Reprochan mi conducta con Selim, cuando en realidad soy yo quien debo reprocharles; porque Selim es como el trozo de piel de los lagrimales de mis ojos.

El poeta Moali Atái dijo también á este propósito:

Los hijos no son más que nuestras propias entrañas que se agitan sobre la tierra. Si el viento del infortunio sopla contra alguno de ellos, hay que preservarle como las pestañas preservan los ojos.

Por nuestra parte nos ha parecido que el don más precioso que podíamos hacer á nuestro sucesor y príncipe heredero de nuestra gloria y califado, si Alá altísimo así dispone después de nosotros, será la exposición de algunas recomendaciones sabias y reglas teó-

rico-prácticas de administración, en lo que afecta especialmente á los reyes, por medio de las cuales vayan enfilados sus asuntos, como las perlas en el collar; por esto, hemos titulado la obra COLLAR DE PERLAS ACERCA DE LA ADMINISTRACIÓN DE LOS REYES, á fin de que el título corresponda á la materia y las palabras al sentido intrínseco de la misma.

Hemos dividido la obra en cuatro capítulos, que son los siguientes: 1.º recomendaciones, observancias y consejos para conducirse de una manera justa y recta; 2.º fundamentos y columnas sobre los que debe apoyarse el rey para mantener su imperio; 3.º cualidades dignas de alabanza que enaltecen, integran y perfeccionan la personalidad del rey; y 4.º la ciencia fisiognómica, que es el complemento de la administración. Tales son los capítulos que vamos á exponer, Alá se nos muestre propicio.

---



## CAPÍTULO I

### **Recomendaciones, observaciones y consejos para conducirse de una manera justa y recta**

#### ARTÍCULO 1

Recomendación para conseguir el calificativo de varón justo  
y virtuoso

Sabe, hijo mío, que la justicia es una antorcha del imperio, que no apagarás por el viento de la tiranía; porque así como el viento de la tiranía, cuando sopla, causa rompimientos, el viento de la justicia, si es impetuoso, produce cohesión. Entre los deberes del imperio están la justicia en las leyes, la

benevolencia para los hombres, la prohibición de lo ilícito, la paciencia firme en las adversidades y la introducción de las buenas costumbres; porque así como el buen estado del imperio consiste en sus fundamentos, su perturbación es producida por el abuso ó transgresión de las costumbres del mismo. ¡Oh hijo mío! Viste el traje de la honestidad, envuélvete en la capa de la modestia, cubre tu cabeza con la corona del pudor, revístete de la dulzura, cíñete el sable de la justicia, busca tu ornato en la liberalidad, y señálale por el sello de la gravedad de carácter.

¡Oh hijo mío! Abraza la paciencia en la adversidad, y la misericordia en el poder; manifiesta tu cariño á aquel á quien quieras; más no reveles enemistad á quien aborrezcas.

¡Oh hijo mío! Guárdate de la vanagloria; porque para el rey es falta todo acto contrario á una conducta justa y recta, y quien se engrie, se aproxima á su caída.

¡Oh hijo mío! Cuatro cosas debe tener siempre el rey: la buena dirección de los asuntos, la justicia para los nobles y los ple-

beyos, la firmeza de carácter, y la paciencia en la adversidad.

¡Oh hijo mío! En cambio no debe transigir el rey con cuatro cosas: la mala dirección de los asuntos, la contradicción á los amigos y consejeros leales, la perversidad en los pensamientos é intenciones y la tiranía contra los súbditos.

¡Oh hijo mío! En verdad, el rey es un vicario de Dios en la tierra, encargado de mantener sus órdenes y prohibiciones. El le confió la potestad del califado (vicariato) y le instituyó como fortaleza inexpugnable en favor de los temerosos y le ordenó mantener las leyes y reprimir los abusos, para sostener la balanza del derecho en el gobierno de los súbditos. Dotóle Alá de su autoridad real, colocando el pueblo bajo su acción gubernativa y soberanía. Y si el califa obedece su ordenación y realiza el derecho en sus juicios y conducta, se hace duradero para sí el poder real; mas si se opone al derecho y llega hasta desestimarle, no tendrá protector, ni defensor.

¡Oh hijo mío! Quien se rodea con la co-

raza de la justicia se preserva de la iniquidad de los enemigos; mas el que se reviste con la tiranía bebe el cáliz de la perdición. Pues la justicia es mejor que el agua viva; mas la tiranía es la peor de las cosas que deben evitarse. ¡Cuán agradable es el fruto de la justicia! ¡Cuán detestable es lo que recoge la tiranía! La justicia es como el tesoro reservado del príncipe, y la vida del rico y del pobre.

¡Oh hijo mío! No olvides la práctica de la oración á Alá, en privado y en público; no jurarás en su nombre sin necesidad en ninguno de tus asuntos y negocios, y ofrécele tus diversiones, tus alegrías y tu alimento en la noche y en el día. Y no prescindas de la conmemoración de Alá mientras ocupes el califado; porque todas las cosas son vanas, excepto El. Ejercita tu alma en la oración é implora el favor divino por medio de cánticos de alabanza.

Tal, hijo mío, es nuestra costumbre y Alá nos basta.

Algunos poemas hemos compuesto en alabanza del Señor implorando su auxilio y

expresándole nuestro agradecimiento por los beneficios que nos ha otorgado y dispensado, y á ellos pertenece el siguiente:

Las lágrimas corren de los ojos del hombre perverso que no practica el bien.

Experimenta como un incendio dentro de su pecho y sufre tremenda agitación.

Mi alma se resuelve al fin, mas luego resiste, la firmeza desea sobreponerse, pero carezco de vigor.

Algunos hombres se hacen fuertes en el temor de Dios, pero mi alma ha seguido un camino resbaladizo.

Se me avisó y no presté oídos, y mis pecados han sido más numerosos que mis buenas obras.

De noche no podía dormir y mis ojos vertían abundantes lágrimas, cuando observaba mi grave flaqueza.

Sentía profunda angustia en medio de mis reflexiones; ¿cómo era posible que no percibiera aquello que me facilitara un estado perfecto?

Mis crímenes muchos, mis canas aparentes y manifiestas, el asunto era grave.

Mi corazón afligido, ¿cómo alcanzaría un libertador? ¿á quien me acogeria?

¿Quién me salvaría, me prestaría auxilio y perdonaría?

Únicamente mi Señor que me tendería largamente su mano, mi Señor altísimo, vivificador de las dinastías.

El resucitó la dinastía en mí y en mis árabes; yo la soporté y fué para mí.

Para mí la resucitó, para mí la hizo próspera, para mí la engrandeció para siempre.

Alá juzgó, y el fallo fué ejecutado, resultando para nosotros preceptos y responsabilidad.

Para Él es la alabanza y ordenación; de Él procede el auxilio, no de mí.

Confióme el gobierno del reino, ¿y quién será capaz de soportar su carga,

A no ser que sea protegido ó auxiliado por nuestro creador, señor, bienhechor y amigo fidelísimo?

Defenderé y auxiliaré al débil, y mantendré el derecho sin inclinación alguna.

Haré que los hombres ocupen sus lugares respectivos y desterraré al opresor.

Me inclinaré hacia el niño como si yo fuera su propio padre, y guiaré al anciano con paso lento.

La liberalidad formará parte de mi carácter y la justicia constituirá el objetivo más precioso de mis esperanzas.

Protegeré al necesitado y facilitaré que se adquiera la riqueza sin gran fatiga.

En la guerra seré su militar más bravo, y en la paz un gran disputador.

Mi caballo, lo mismo para el bien que para el mal, caminará bien enfrenado y no se desviará.

Yo soy Muza, Abu Hamu, que restauré el reino y fué ordenado para mí.

Mi espada, al ser empuñada, elevará al más bajo bodegonero á la más elevada dignidad.

Así también, al abrirse mis manos, el pobre se hará rico.

El pueblo de Tremecen en mi dinastía como el sol cerca de la constelación *Aries*.

El mundo concluirá, pero el amor que ese pueblo nos profesa ¡por tu vida! no acabará jamás.

Ya nos han dado las pruebas más evidentes de su diligencia en nuestro servicio.

De nuestra parte han recibido justicia y liberalidad y nosotros de parte de ellos la mejor voluntad y deseo.

Por virtud y gracia de Alá he seguido el camino más recto.

Espero de su misericordia que me perdone en el día del temblor.

Con solicitud rendiré alabanzas á nuestro Señor Mahoma el enviado á las naciones.

El enseñó el islamismo, y mostró la ciencia del temor de Dios como el mejor de los profetas.

¡Oh hijo mío! Sigue por esta senda y espera de Alá tu felicidad.

## ARTÍCULO II

Recomendación para conseguir el predominio de la inteligencia sobre la pasión y obtener el temor de Dios

Sabe, hijo mío, que la inteligencia es el placer del alma y, por tanto, debes procurar que tu inteligencia te produzca alegría y delectación.

Pon tu inteligencia como balanza de tu opinión y de tus pensamientos.

Sabe que el mundo es versátil; no te dejes seducir por sus ilusiones, ni te confíes á sus goces; no te encantes del mismo, cuando prosperes, ni te aflijas por él, cuando ya declines. ¡Oh hijo mío! Ciertamente, el dejarse seducir por el mundo es cosa vana, y debes hacer que la bondad de la rectitud domine en él. Cuando te ofrezca lo efímero, gusta con preferencia aquello que es permanente; porque el mundo es camino para la otra vida, y quien lo pone como base de su fortuna, pierde todo su negocio.

¡Oh hijo mío! Cuatro son las señales de la inteligencia: la práctica de las buenas obras, evitar las cosas ilícitas, armarse del temor de Dios, y oponerse á las pasiones. Y cuatro cosas demostrarán tu inteligencia y serán causa de que te quieran los demás: la tardanza en castigar, la prontitud en las recompensas, la razón en tu conducta y la verdad en tu discurso.

¡Oh hijo mío! En el príncipe dotado de inteligencia no penetran las flechas de la gente inicua, y quien se entrega y adhiere á la misma es como piedra brillante cuyo res-

plandor no puede ser apagado por los huracanes. No conviene al sabio sentarse entre insensatos; porque su compañía constituye un gran peligro, y debes tener precaución para alejarte de los mismos.

La inteligencia es uno de los árboles de la urbanidad, y el que se cobija bajo su sombra recoge el fruto deseado.

¡Oh hijo mío! Haz que se guarde absoluto silencio respecto de aquello que te moleste, para que puedas alcanzar lo que te congratule. El misericordioso, hijo mío, alcanzará misericordia, y quien no se queje será salvo; más quien no domine su lengua se arrepentirá.

¡Oh hijo mío! Cuando veas que tus secretos se divulgan entre el pueblo, conocerás quién de tus secretarios los revela, del modo siguiente: descubre á dos de tus secretarios dos secretos distintos, uno referente á asuntos de tu casa y otro á los de tu enemigo; luego te haces el desentendido de uno y otro, y si por fin es conocido entre el pueblo uno de los dos secretos, sabrás seguramente quién es el autor de la divulgación.

¡Oh hijo mío! No frecuentes la compañía de las mujeres, á fin de que sus inteligencias no corrompan la tuya, y evita que tu carácter convenga con los de ellas, porque son escasas de inteligencia y fe religiosa. Si te aconsejan en un asunto, oponte á ellas, porque las mujeres en su inteligencia ven las cosas de distinta manera que los hombres. Y si las haces favores, corresponden al favor con la ofensa, no distinguiendo, por la debilidad de su inteligencia, entre bienhechor y ofensor. Y guárdate de estar en acuerdo con ellas, aunque sean semejantes á la hermana de un rey de Aljazer <sup>1</sup>, según cuenta Alfadlo hijo de Sahlo: «Estaba en mi casa un embajador del rey de Aljazer y hablándome de una hermana que tenía dicho rey, llamada Jatún, me dijo entre otras cosas lo siguiente: «nos sobrevino un año de hambre tan cruel que lanzaba coléricamente contra nosotros toda clase de calamidades y miserias. Amotinóse el pueblo contra el rey, y no sabiendo éste qué responderle, dijo Jatún: «¡Oh rey! La

---

<sup>1</sup> Reino antiguo situado á orillas del mar Caspio.

firmeza es como un vestido cuya moda no se hace antigua, ni tiene otra igual, y es guía del rey para apaciguar á sus gobernados é impedir que se subleven contra el mismo. A tí se acogerán tus súbditos al verse incapacitados para refugiarse en Aquel á quien no engrandecen las calamidades enviadas á sus criaturas, siendo poderoso, ni le empuñe la beneficencia que las dispensa, siendo rey. No hay ninguno que deba ser el primero en la observancia de la orden, más que el ordenador; ni en la ejecución de las instrucciones, que el propio instructor; y ninguno primero en la bondad del gobierno, que el mismo gobernador: no cesarás, por tanto, en la beneficencia para que no sea sustituida por la venganza, ni en procurar la satisfacción divina para evitar la maldición, hasta tanto tenga lugar la predestinación de Dios en aquello que no se puede prever ni preaver, por la cual quita los beneficios concedidos anteriormente, porque el que quita es el que dió. Dale las gracias y ponte bajo su protección para apartar de tí el castigo horrible, porque si le abandonas, te abandonará.

Y no establecerás á los seres inferiores como intermediarios entre tí y Alá, porque te harás digno de la reprobación; por el contrario, prescinde de ellos, volviendo tú mismo los corazones, confiando sólo en Aquel bajo cuyo abrigo está el poder, y cambiando la maldición, al invocarle, por la acción de gracias sincera. Verdaderamente el rey es dueño de castigar á sus siervos para reducirlos de su perversidad al ejercicio de las buenas obras y para ordenarles la *acción de gracias* al Señor, mediante la cual obtengan alguna recompensa.»

El rey ordenó á Jatún que se presentara ante la gente del pueblo, y la exhortara con aquellas palabras. Hízolo ella así, y el pueblo se retiró de la puerta. Entretanto, Alá, que es ensalzado, había conocido que los súbditos aceptaban los consejos en su ordenación y prohibición, y se hicieron viejos sin que hubiere entre ellos quien echase de menos un favor de que hubiera sido privado, y acrecentándose en el ejercicio de las buenas acciones. El rey reconoció la excelencia de aquélla, y la confió el gobierno po-

niendo á los súbditos bajo su obediencia, tanto para los asuntos agradables, como para los desagradables.

Y si esto hizo Alá, que es ensalzado, en favor de sus enemigos, cuando le reconocieron, devolviéndoles los beneficios que ya les había quitado y concediéndoles con exceso lo que desearon; ¿cuánto más hará en favor de aquel que le proclama único y cree en él, si son sinceras nuestras intenciones y puros nuestros pensamientos íntimos? Considera, hijo mío, la elocuencia de esta doncella, cuando hizo reconocer en el Señor este buen deseo, así como mejoró las condiciones de su padre y de los súbditos.

### ARTÍCULO III

Recomendación sobre los medios adecuados  
para conservar la riqueza á fin de conseguir la realización de las  
empresas que uno se proponga y desee

Sabe, hijo mío, que por medio de la riqueza son alejados los enemigos, los castillos son preservados de la destrucción, se evitan

los dolores de los accidentes desgraciados y se consiguen los fines propuestos. Por medio de ella son conquistadas las ciudades, dominados los nobles del pueblo, sometidos los revoltosos, y se hace aproximar á aquellos que se alejaron. Por la riqueza los hombres son reducidos á esclavitud, se realizan las esperanzas, se soborna á los espías, se abren las puertas, se allanan las cosas difíciles, se obtienen las cosas deseadas y se salvan las desgracias.

¡Oh hijo mío! La virtud de la riqueza consiste en aprovecharla, su mal está en que sea derrochada.

¡Oh hijo mío! La parquedad del hombre para consigo mismo es un aumento de riqueza para otro. Recójela de sus lugares y economiza, reúne los tributos y bienes y establece su aumento según justicia, siguiendo un término medio en las pagas y donaciones.

Ya dijo Almotanabi:

«No consideres la riqueza como toda tu gloria, pues resulta desnuda la gloria que se funda solamente en la riqueza.

Sigue la dirección de aquel que hace de la gloria

su puño, cuando combate á sus enemigos, y de la riqueza, su antebrazo.

Porque no hay gloria en el mundo para el que tiene poca riqueza, ni hay riqueza para el que tiene poca gloria.

¡Oh hijo mío! Auxíliate de prefectos dignos de confianza en la recaudación de tu riqueza, y asóciate en el gobierno un compañero que siga el camino legal; pues lograrás así un puesto elevado en esta y en la otra vida. Y no te moverá la avaricia hasta el punto de ser indulgente con la tiranía de los prefectos; porque si perecen los súbditos, llegan á faltar los tributos, mientras que si son tratados con dulzura, aumenta en ellos el engrandecimiento y la prosperidad.

¡Oh hijo mío! Toma la riqueza según su derecho y gástala en lo que sea debido, para que seas el más justo de la gente y el más excelente del reino y del gobierno; porque no hay provecho en cosa alguna sin bondad, como no hay abuso en ningún asunto sin propósito de cometerlo.

¡Oh hijo mío! Pide cuentas á tus prefectos para que guarden tu riqueza.

En suma, hijo mío, la riqueza es el más importante de los tesoros magníficos, por el cual se obtiene este mundo y la otra vida. Y tú, hijo mío, debes dar liberalmente de aquellos beneficios que te ha concedido Alá, especialmente á los peregrinos de la casa sagrada de Alá y á los visitantes del sepulcro del profeta, sea sobre él la bendición y salvación. Suplícales á éstos que pidan por tí en aquella mansión, porque el que pide allí es respondido favorablemente, sin que entre él y Alá medien porteros. Habíamos compuesto bajo el deseo ardiente hacia esa mansión ilustre, y lugar de lumbreras que todo lo dominan, un poema que enviamos á la vez que una carta esperando la recompensa y la prosperidad de los asuntos y es el siguiente:

Mientras mis amigos duermen, yo no puedo cerrar mis ojos por el remordimiento.

Las lágrimas, como lluvia incesante, se deslizan sobre mis dos mejillas hasta caer en mi boca encendida.

Recrimino á mi alma, mas rechaza mis exhortaciones; lucho con mi corazón y él se sostiene endurcido. Me avisan ya las canas y la caída del cabello por la decrepitud.

La vida ya se me hace corta. ¡Ay vida que ya eres corta!

Así los días y las noches han pasado para aquella (alma) como un sueño.

La mansión (el cuerpo lo es del alma) ha seducido á su morador (el alma) ¡infeliz iluso! con sus placeres.

¡Oh alma mía! has sido engañada por los atractivos de aquella (mansión constituida por el cuerpo). ¡Cuántas veces, cuántas has sido ilusionada! ¡Señor, tu siervo está pegado á tu puerta para no apartarse ya de tu lado!

¡Oh Señor! Mis pecados han sido gravísimos; perdona á un culpable.

Porque la misericordia es propia de tí, aunque el pecado y tu justicia recaiga sobre mí.

El pecar es propio de los siervos, el perdonar lo es de los señores.

Al reconocer mis pecados, mi temor es mayor que mis culpas.

¡Oh Señor! Si tú no me preservas; ¿quién va á preservarme en mis pecados?

¿Cuántas veces he pecado y tú has sido indulgente, correspondiéndome con beneficios!

¡Cuántas veces me he rebelado contra tí, y me has protegido, oh Señor clemente y misericordioso!

No has cesado de compadecerte y mostrarte generoso conmigo desde antiguo.

¡Oh Señor! Satisfácete de mí, porque tu satisfacción es la victoria para el que desea obtener su botín.

¡Oh Señor! Te suplico que me perdones, pues tú eres el salvador y refugio de las criaturas.

Te llamo, Dios mío, disculpándome con la noche y oscuridad en que me veo.

Mi corazón se aflige y mis lágrimas corren al ver que la caravana se dirige hacia el templo de la sabiduría (La Meca).

Mi corazón se halla cautivo de su pasión, mi boca vuélvese ardorosa hacia las tiendas.

Marcho á los camellos, cuando ya están aparejados; mi corazón trasportan en su carga.

Llevan mi pensamiento, desgárranme y dejan aquí mi cuerpo enfermo.

Fija el enamorado sus camellos entre los dos recintos de la ciencia (las dos ciudades santas) y junto al templo sagrado.

Entretanto yo, apasionado, me quedo en esta oscuridad y en este occidente llorando gotas de sangre.

Me tiene atado el cargo que Dios, ordenador de todo lo existente, me confirió.

Las vicisitudes de la fortuna me han alejado de aquello que deseaba.

Marcharon (los camellos de la caravana), los pecados me oprimen y mis dientes rechinan de arrepentimiento.

Derramo lágrimas por mis faltas y mezclo con aquellas gotas de sangre.

Brillarán allá (en la Meca) las luces sobre la oscuridad de la noche en obsequio del Señor.

Visitarán al predeterminador de la voluntad, creador único, que les ha prometido su compañía.

Sufrirán fatiga, pero resistirán, lucharán y tomarán su botín cuando se presenten ante el templo sagrado.

Darán vueltas alrededor de la casa santa, penetrarán en ella é invocarán á su Señor.

Serán perdonados sus pecados en ella merced á la confesión que hagan de los mismos.

Entretanto mi cuerpo queda enfermo en Tremecén, pero mi corazón se halla en rehenes dentro del templo sagrado.

Yo soy un emir de las criaturas y por causa de éstas me es imposible emprender la peregrinación.

Tengo que levantarme para restablecer el orden que ha perturbado en Occidente la mano de la guerra civil.

Envío, en cambio, una misiva escrita para el intercesor (Mahoma) de árabes y no árabes;

Esperando alcanzar en el día del juicio los dones ofrecidos, más bien que el cumplimiento de la reprobación.

Mi pesar es no realizar con mis pies aquello que hago por medio del papel y la pluma.

Por la invocación de Jesús y de Enoc confío Moisés revelar el dolor.

A tí deseamos especialmente, ¡oh luna la más brillante! (La Meca) la bendición más alta.

Adiós, ¡oh tú! que con tu aroma eclipsas al oloroso almizcle y avergüenzas á las risueñas flores.»

Imita este ejemplo, hijo mío, y profesa estas prácticas para que seas feliz y te conduzcas rectamente.

ARTÍCULO IV

Recomendación que tiene por objeto la conservación de los ejércitos,  
tropas de distrito, emires y caudillos militares

Sabe, hijo mío, que el ejército está formado de defensores por los cuales conquistarás las grandes ciudades. Conserva, por tanto, con cuidado tu ejército por medio de tu riqueza, y él te hará poderoso, y tus enemigos no prevalecerán, por debilidad de tus defensores, volviendo contra tí algunos de ellos en el día crítico. Por medio del ejército se consiguen deseos, se reportan utilidades y son humillados los enemigos y rebeldes; porque el ejército es el brillo del califado y fortaleza libre de temor. Se halla constituido por formidables gladiadores, lanceros y flecheros ó tiradores. El que tiene muchas tropas, hace florecientes á sus pueblos y témenle sus enemigos y envidiosos. Quien tiene mucho ejército, no tiene miedo y goza de bienestar; mas el que tiene escasos defensores consigue pocos triunfos. Quien descuida su

ejército cae de su trono, favorece contra sí mismo á los enemigos, y pierde su prestigio.

Sabe, hijo mío, que tu ejército te hace poderoso, tus defensores te guardan, tus capitanes te hacen formidable y tus tropas te defienden. Y por causa de tu ejército se mantendrá levantado tu poderío y serán ejecutadas tus órdenes y disposiciones. Gánate sus corazones por afecto, para que profesen como buena la fe que tengan en tí. Esparce sobre ellos tus beneficios á fin de que aumente el número de tus cortesanos. Cúmpleles aquello que les sea debido para asegurarte la fidelidad de sus descendientes. ¡Oh hijo mío! La generosidad hacia el ejército es hacerse esclavo; mas el desprecio del mismo es alejarlo de su lado. Y sabe que la sublevación de sus corazones es consecuencia necesaria de la manifestación de sus defectos. No irritarás, por tanto, al grande, ni despreciarás al pequeño, alaba á tus capitanes y distingue á los que sean más valerosos entre ellos. Sé justo en aprovisionar á tus partidarios, según sus costumbres, no desdeñes la cooperación de nadie, ni desprecies la con-

dición al esclavo, ni eches en olvido su distinción en la lucha, ni violentes sus propósitos. No les separes de tu liberalidad, adminístrales según las circunstancias de tu tiempo, teniendo muy en cuenta sus condiciones y la consideración de sus ventajas y resultados; porque, ciertamente, si tú conservas tus tropas, conservas á tus súbditos y á tus pueblos; mas si las abandonas te abandonarán, y si los descuidas se enojarán contra tí. Y sabe, hijo mío, que el rey sin ejército es como la tierra sin plantas, y como el pájaro sin plumas, y el pájaro sin plumas está á punto de ser cogido en cualquier momento.

¡Oh hijo mío! Guárdate de las aventuras ó riesgos de perder la vida, porque sólo son dignas de alabanza en la reclamación del reino ó del imperio. Porque el rey cuando se expone á perder la vida en la reclamación de su imperio y reconquista de sus pueblos y de su patria, es alabado privada y públicamente; puesto que si prospera su esfuerzo y hace valer su opinión, obtiene el fin apetecido y llega al término de su deseo; mas si

le sobreviene la muerte en la demanda, al conocerse esto, obtiene la más brillante excusa, la más hermosa memoria y la gloria más grande, como dijo Amrulcáis:

Llora mi amigo antes de llegar á los desfiladeros del imperio creyendo que ya se halla cerca del César.

Yo le digo: no lloren tus ojos, defendamos el reino ó muramos y quedaremos justificados.

Ya nosotros arriesgamos la vida por dicha causa, siguiendo, con el auxilio de Alá, la mejor conducta, y haciendo seguir á los enemigos los caminos de la perdición. Tal suceso tuvo lugar, cuando nos movió el ardor y nos excitó el entusiasmo de la bravura para recuperar nuestro reino y nuestro poderío, para rescatar nuestros pueblos y nuestra patria, para restaurar nuestra dinastía y reivindicarla de manos de los tiranos. Caminamos, pues, á grandes jornadas haciendo trotar á caballos y camellos, y marchamos implorando el auxilio de Alá, que es alabado en toda paz y guerra, esperando de Él, poderoso y alto, toda felicidad y buen éxito. Y fué lo que nos movió á emprender nuestra expedición feliz desde Túnez la cooperación é invi-

tación de los gobernadores de Tremecén, corte de nuestros predecesores ilustres, y nos trasladamos de los pueblos de Ifriquíá <sup>1</sup> á los pueblos de Alcharidía. Nuestro enemigo el sultán Abuanán, hijo del sultán Abulhasán hijo de Abdelhac el Meriní, se hallaba en los pueblos de Constantina, y hacia él corrimos inmediatamente para lanzar en contra suya la caballería. No mediaba apenas entre nosotros y él la distancia de una jornada, y nuestra tropa feliz se acercaba contra él, y al mismo tiempo que supo nuestra aproximación y la bravura de nuestros defensores y héroes, coincidió que surgieran entre él y su cabila diferencias y odios, y temiendo una traición en estos lugares dejó en Constantina á uno de sus caudillos con una división de sus tropas y volvióse á sus pueblos. Otro tanto hizo en Almasila <sup>2</sup> en donde dejó una guarnición escasa. Resolvimos al

---

<sup>1</sup> Africa propiamente dicha por los antiguos, que comprendía los territorios de Trípoli y Túnez.

<sup>2</sup> Abenyacut en su diccionario geográfico menciona esta ciudad de Almagreb, que era también conocida con el sobrenombre de Almahamadia.

punto aprovechar aquella oportunidad y atacar la división, logrando apoderarnos de ella en el mismo día. Copamos también la otra guarnición y perdonamos la vida á su gente. Luego marchamos á Alzab seguidos por una muchedumbre de árabes, de jefes árabes poderosos conocidos por la firmeza y la valentía en la lucha, y allá se unieron á nosotros nuestros árabes, los Beniámir, y brillaron en nuestro favor las conquistas y las alegrías. Mas acudimos presurosos á la capital de nuestro reino corriendo en esto el mayor riesgo de perder la vida; pero Alá nos había de hacer sumamente fácil la conquista, destronaríamos al usurpador, y los vientos de la victoria harían ondear nuestros estandartes, pues aparecían indicios que permitían augurar resultados seguros y ciertos. Encontramos en aquélla á un hijo del sultán Merín y ¡qué desdichada mañana tuvieron los que habían pasado tan mala noche!; les rechazamos para que salieran de nuestro país, herencia de nuestros padres y abuelos, mas se resistieron contra nosotros y salieron, para atacarnos, á las afueras de la ciudad de Tremecén en nú-

mero superior á 2.000 de los más bravos caballeros. Iban mandados por el Mahdí, hijo del sultán Abuanán. Cuando se acometieron ambos ejércitos, y se comenzó á cargar con sables y lanzas vieron que no podían vencer, ni tenían fuerza bastante contra aquellos que eran más fuertes y más numerosos combatientes, y retrocedieron enseguida los más intrépidos y vacilaron los más valerosos, y fueron derrotados allí de tal suerte, que hubo héroe bravo de los nuestros que mató á diez jefes de aquéllos, heridos por la lanza y el sable, como dijo un poeta:

Fué un trance en que con sólo estar junto á las brasas se hubieran quemado, aunque no hubiera habido llama.

Resistimos con firmeza hasta el último extremo, pues únicamente por el tesón, se tornan alegres los días adversos.

Volvieron las espaldas y nuestras espadas daban cuenta de sus cuellos, viéndose obligados á huir desesperadamente; reconocieron su impotencia, y les sobrevino la desgracia y la muerte sin que les aprovechara fortificarse en las murallas de la ciudad contra el

hierro bronceado de las lanzas y las hojas blancas de los sables. Cesamos de atacarles hasta la mañana del día siguiente, quedando nosotros junto á la población. Pero no se cerraron las pupilas de aquellos por causa de sueño durante la noche, y al amanecer nos apoderamos de aquélla por asalto, arrojándoles de todas partes, y esto tuvo lugar á principios (primera luna) de *rebia* primero del año 760 (Febrero de 1359 de nuestra Era). Pidiéronnos los jurisconsultos y hombres pacíficos la conservación de la vida y su salvación hasta el punto de que pudieran llevarse lo que tuvieran, y les concedimos el perdón que deseaban y la seguridad de no castigarlos, que era la conducta fielmente observada por nosotros y nuestros antecesores ilustres; dándoles además á elegir entre la partida ó la permanencia entre nosotros, y algunos partieron consiguiendo su deseo, y otros permanecieron en el servicio que les agradó; porque se debe observar la obligación jurada y es obligatoria al afortunado la buena fe y la generosidad, como dijo el poeta:

Se inclinaron á la paz, por la cual fueron salvados, cuando se presentó un león impetuoso para el asalto y creyeron ser astros brillantes los hierros de las lanzas é imaginaron como rayos lucientes las hojas de los sables y las flechas.

Sufrieron condiciones muy duras; pero, no obstante, el que tuvo miedo encontró ligero el peso de las mismas.

Gobernamos independientes en nuestra corte ilustre; pero los pueblos seguían perteneciendo á los Meriníes, sólo dominábamos lo que comprendía Tremecén y fijamos en ella nuestro reino y gobierno. Los (Beni) Merines nos rodeaban por todas partes, no mediando entre ellos y nosotros más que la distancia de un día ó medio de jornada. Mas nosotros firmes en nuestra resolución no dormíamos ni cesábamos de emplear astucias y estratagemas, estableciendo contra ellos en los caminos toda clase de emboscadas, hasta que arrancamos todos nuestros pueblos de sus manos y nos vengamos de su injusticia; todo ello conseguido por medio de la astucia y de la fuerza, el auxilio de la fortuna y el socorro y asistencia de Alá. Pues, en verdad, habíamos entrado contra ellos sin mucho ejército y sin riqueza; mas llegamos con la

administración y esfuerzo al fin ansiado, hasta tal punto que vinieron á ser nuestras riquezas y fuerzas mayores que las de ellos, nuestras provisiones y tropas más numerosas, y nuestros pueblos más florecientes que los suyos. Ya narramos la grandeza de nuestra hazaña, conforme á nuestro gran deseo de notificarla, en nuestro poema, cuyo recuerdo llena de gozo á los caballeros, y nos hace engreír con su elocuencia sobre todos los rivales. Y es como sigue:

Corren mis lágrimas en presencia de aquellas ruinas, á manera de montones de arena, que formaron los vientos impetuosos.

Me detengo ante ellas pensativo para interrogarlas; mas ¡ay! es completamente inútil que yo pregunte.

Marcho á través del espacio lleno de ansiedad, rápido como el lucir del relámpago, como un abrir y cerrar de ojos.

Recorro punto por punto los campos de batalla con la rapidez de un ser frágil, con la carrera incierta del errante.

Atravieso entre los restos de mis feudos suplicante y corren mis lágrimas serpenteando como los arroyos.

Y digo á mis camaradas: no os enojéis de tanto correr; para que nadie pueda censuraros en vuestra marcha.

Olvidaron las delicias de la vida, tuvieron que sufrir, y ya mi paciencia se acababa en medio de aquellos caminos.

¡Oh mansiones en las cuales había encontrado toda una sociedad completa, con todas las delicias de la compañía humana!

¡Cuántas noches de alegría he pasado con Sada, Selma y Almina, madre de Selim!

Fué convertido el palacio en ruinas después de aquel esplendor social, quedando como un tronco de leña seca; no se conservaron vestigios de aquellas fiestas.

¡Cuántas veces había sido azotado por los vientos del Sur y del Norte!; ¡cuántas veces arrullado por el canto de los palomos!

Yo iba con ellos, ¡por Alá!, el día que se emprendió la marcha; el jefe de marcha guiaba las primeras bandas de mis camellos vigorosos.

Atravesé los desiertos con camellos jóvenes tan ligeros que apenas hundían sus pezuñas en la arena.

Me los figuraba como llevados por los huracanes y más ligeros que los avestruces del desierto.

Se reflejaba la alegría en sus pupilas y su estado placentero en el movimiento de sus miembros.

Juntamente con ellos iban los héroes de la guerra atravesando rápidamente los desiertos y pensando que la muerte formaba parte del botín.

Penetré en los desiertos, monte tras monte, hasta alcanzar la altura, y allá mi firmeza me acompañaba.

¡Cuántas noches pasamos con sed y hambre, observando la estrella de la mañana en noche larga!

¡Sobre el suelo duro, relinchando los caballos, extendidos en larga línea sin hacer ruido con sus cascos!

Revístense las corazas los escuadrones de la gente de Amir y de Edris, el ilustre hijo de Cásim.

Los infantes, un a vez en línea, los verás como leones, cargando impetuosamente sobre el enemigo.

Atravieso los desiertos, región tras región, y someto en ellos à todo opresor y oprimido.

Me dirijo à la región de Alzab y las lágrimas se deslizan de mis ojos al contemplar sus ruinas, como montones de tierra.

Paso à través de Axera y su montaña y no encuentro nadie que me dé alguna noticia, no veo más que huellas de camino y monte.

Paso más allá del territorio comprendido entre Haucho Hachen, llevando mis guías bien afiladas las puntas de los sables.

Paso por la tierra de Araba buscando hábilmente à sus moradores y siguiendo con toda mi firmeza por un país desnudo de toda vegetación.

Pregunto à los habitantes por un sitio donde pueda acampar y no encuentro un práctico que guíe.

Se hace preciso buscar pastos por cualquier lado y corren como el viento de una à otra parte.

Se parecen à las perdices en la marcha y sobre la polvareda que levantan caminan firmes y resueltos.

Por todas partes nos rodean los héroes cuyos sables puntiagudos debemos recordar.

Llegué à Uarcla cuyo cauce atravesé sin encontrar más noticia que un suelo duro y silencioso.

No cesé de rodear la llanura por encima de las colinas y acampé en la falda.

Después atravesé el Hamada y el Sirab, cuyo estanque se halla junto à un templo, de construcción sólida, ya en ruinas.

Era un sitio estratégico para un día de lucha y excelente refugio para una fuga apurada.

Luego apareció ante mi vista el río Zarcón y se manifestaron las extenuaciones producidas por el hambre.

Incliné mi cabeza y proseguí. ¡Cuántas noches pasé sin dormir!

Y me esforzé en dirigirme á las fortalezas vestido aceleradamente o caminando de noche sin cesar!

¡Cuántas noches me trasladé de los desiertos á las colinas y el aire me facilitó respiración agradable!

¡Entre mis costados profundos suspiros que me causaba la abundancia de las lágrimas que corrían de mis ojos!

Pasamos la noche ocultos por la oscuridad, y los hierros de nuestras lanzas brillaban como estrellas.

Nos dirigimos hacia Melel sin precipitar la marcha; las tropas de caballeros parecían á los arcos de las flechas.

Al sobrevenir la noche, hallábase el ejército enemigo fuera de la ciudad y sus voces escuchábanse entre las ruinas.

Preparamos la emboscada, se animaron nuestros caballos y se revolvían como reemplazándose en su esfuerzo.

Las monturas ligeras sobre sus lomos, y la dulzura en sus almas generosas.

Atacamos al enemigo, caballería contra caballería, en proporción semejante y nuestros enemigos simularon la huida.

Cargamos sobre ellos con gran furor y tomaron la huida como avestruces.

Llego á las cercanías de Sováid; un *jeque* las defendía con gran tesón.

¡Cuántos primogénitos dejaron el derecho á su sucesor! ¡Cuántas mujeres quedaron sepultadas entre las ruinas!

¡Cuántas casas fueron echadas á tierra, quedando enterrado su señor como entre rocas.

Pasó la caballería á la parte alta y pedregosa, como águilas veloces tras una banda de palcos.

Se unió á nosotros Safir hijo de Amir, como antes se había unido Dayab hijo de Gánim.

Fueron arrojados al río Melel los heridos en la lucha encarnizada para ser devorados por los buitres.

Fueron destrozados como los pájaros, cayendo el infortunio sobre nuestros enemigos.

Los vientos de la victoria nos soplaban de todas partes, ó igualmente obteníamos las alegrías del rico botín.

Cuando terminó la guerra en estos lugares nos dirigimos hacia Moslim.

Aparecieron ya las colinas de Jádra Cabud y soplaron los vientos perfumados.

Avanzamos gradualmente hacia Darch y brillaron las nuevas de la muerte de los enemigos, víctimas del infortunio.

¡Oh tú, anunciador que das buenas nuevas! Dí á los Benimerines que yo he reunido ya las dos divisiones.

Ya Alá acercó con la muerte de aquél al que se hallaba alejado. A ti atribuimos las buenas acciones ¡oh excelente conductor!

Brilló para nosotros Fortun y se batió á nuestro lado Almoni mostrando sus dientes por la sonrisa.

Llegaron á prestarnos obediencia los bravos de

Algab y volvieron para nosotros los días semejantes á los de peregrinación á la Meca.

Atravesamos Altanaya y Aljamis con estrépito semejante al desgajar de los vientos.

Volvimos á un lado, nos dirigimos al río Yasar y lo vadeamos como bravos leones.

En Yasar nuestras esperanzas tuvieron feliz éxito; devastamos las moradas y allá nos hicimos fuertes.

Pasamos la noche y pasó el sueño que no fué feliz. Me hallaba junto al Chot de Alcara y al Chot de Acem.

Nos pusimos en marcha al levantarse el sol, y el triunfo revoloteaba delante de nosotros, victoriosos ondeaban los estandartes sobre nosotros como nubes.

Avanzamos confiados ya en la conquista, y en que el infortunio se había presentado ya contra los enemigos.

Ordenáronse éstos en batalla, yo ordené también mis filas, é hice llorar á aquella multitud.

Se revolvieron los héroes entre sus filas y fijaron sus plantas entre los círculos.

Brillaron los rayos de la India (sables) entre las divisiones del ejército con aquella claridad simétrica que aparece entre las líneas de la escritura.

Nos remontamos á Istitif y combatimos con tal ímpetu, que nuestros cabellos se hubieran encanecido aun antes del destete.

Dimos una carga tras otra y subió de punto el ardor de la peles.

Los golpes de sable separaban las cabezas de sus troncos y las lanzas atravesaban los cuerpos por el cinto.

Este cautivo con sus manos atadas; aquel muerto, tendido entre el polvo.

¡Felicidad para los Abdelueditas, pues ya ellos sufrieron en la guerra toda clase de estrecheces!

Revolvióse de un lado para otro la caballería Amírta; en ella van los guerreros más esforzados.

Convirtiéronse los rayos del sol en el más vivo amarillo al voltear las puntas de los sables sobre las nuca.

Colocamos escuadrones en toda altura y los cuellos de león se alargaban debajo de los turbantes.

Atacamos con gran vigor repetidas veces y los enemigos volvieron la espalda buscando su salvación.

Rodearon todos los muros de la ciudad, como rodea un brazaletes la parte superior de las manos.

Ya se hallaba fuera de su gabinete toda doncella; subían á las terrazas como palomas.

Ya aquí volvía roto su ejército, mientras el nuestro se mantenía íntegro.

Desearon la paz los Benimerines después de su fuga y mandaron al efecto algunos emisarios; pero rechazé los proposiciones del tirano.

No habría paz hasta que se atizara todo el fuego de la guerra y cayeran para siempre sus cráneos.

Fué separada de manos de los enemigos aquella mansión de delicias y comodidades.

Entré en Tremecén que esperaba, como recuerda la gente guerrera.

Salvamos de sus opresores la corte de nuestro reino, la purificamos de todo tirano y criminal.

Ya la han libertado sin gran número, ya la han salvado con sables y lanzas.

No sirvieron á los enemigos las fortalezas de seguridad que construyeron, ni los baluartes de resistencia en que se fortificaron.

Ni la multitud grande de su ejército armado de

corazas, ni los arcos para lanzar flechas que tenían preparados.

Cuando no tiene el hombre un buen augurio, son inútiles los aprestos de ejércitos numerosos.

Reunimos cuanto había sido separado del reino, y cuántas noches se pasaron ocupadas en su reunión!

Emprendimos con gran ahinco su fortificación, nos apresuramos á reedificarlo procurando establecer las más sólidas columnas y robustos pilares.

Llegaron reyes de la tierra á rendirnos homenaje; á nuestras puertas fué suplicada nuestra generosidad.

Vinieron en nuestro favor de todas partes y regiones nuestros partidarios, y en nuestra obediencia tropas numerosas.

Yo soy el rey de Alzab, no soy colérico; no obstante, he hecho desaparecer á los grandes tiranos.

Me levanté por ordenación de Alá á defender su religión y castigar las opresiones ya referidas.

Y para Alá de nuestra parte la alabanza y gratitud perpetua, y una salutación al elegido entre la gente de Háxim (Mahoma).

Considera, hijo mío, cuánto sufrimos en estos asuntos violentos y cuán fácilmente rechazamos á nuestros enemigos por medio de la impetuosidad de la guerra y la astucia de las emboscadas hasta conseguir el cumplimiento del fin que nos habíamos propuesto, y llegar con el auxilio de Alá, que es alto, al éxito feliz deseado. De este modo te conviene, hijo mío, imitar todos nuestros hechos,

para que tus asuntos obtengan idéntico resultado que los nuestros. Ten juicio y firmeza de carácter, y en unos asuntos muestra dulzura; mas en otros dureza de propósito.

¡Oh hijo mío! No abandones el asunto de un día para el siguiente, cuando encuentres ocasión favorable contra los enemigos.

¡Oh hijo mío! Establece firmemente la rectitud en los hechos y la verdad en las palabras todas. Y si haces promesas ó pactos es preciso que los cumplas. No debes reírte con exceso, sino sonreírte simplemente, porque la risa excesiva mata el espíritu ó lo debilita.

¡Oh hijo mío! Y para que tu consejo sea pacífico y serio no se sentarán contigo sino los hombres más excelentes. ¡Oh hijo mío! Y para que tu consejo guarde la compostura debida, estará con las piernas cruzadas. Y para que haya seriedad, mucho silencio y no muchas idas ó venidas á derecha ó á izquierda.

Y para que tu mirada á las gentes sea una mirada disimulada, las observarás con un guiño de la vista rápidamente levantada, á fin de que no adviertan que tú las miras.

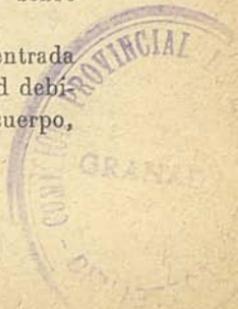
Y conocerás por medio de esta mirada el disgusto que manifiesten contra sus jefes y otras cosas.

Respecto de tus salidas á caballo, hijo mío, te conviene que no sean frecuentes, sino en momentos determinados; porque si son frecuentes se enojarán de tí las gentes, y si pocas te censurarán. Porque si te ocultas á su vista piensan que tú estás completamente entregado al mundo y á sus placeres, y si haces frecuentes salidas á caballo te familiarizas demasiado con el pueblo, en cuyo caso te censuran y se abstienen de mirarte. Deberán ser tus salidas á caballo tranquilas y tu marcha grave, sin desviarte á derecha é izquierda, porque estas vueltas indican falta de inteligencia, así como también el revolverse en la silla y picar demasiado tu caballo en la carrera. Prescinde de conferenciar en las mismas con tu visir, ni con tus magnates, á no ser sobre aquello que exija la necesidad de todas las cosas que hemos mencionado. Y no celebrarás muchos juegos en el hipódromo, á no ser en aquellas ocasiones en las cuales no se te pueda imputar como vicio.

¡Oh hijo mío! Cuando ejecutes una acción buena, no seas tú mismo el que la ensalce á otros, ni te manifiestes engreído de tí mismo. Cuida del ornato en tu consejo y en tus salidas á caballo, y preséntate aseado y magestuoso por la belleza de las vestiduras, porque esto contribuye á aumentar tu veneración y respeto ante los ojos de las gentes.

¡Oh hijo mío! Ten cuidado del equilibrio perfecto de tu temperamento, y de la conservación de tu salud, siguiendo un término medio en la comida y bebida; porque no debes entregarte por completo á la comida, ni prescindir completamente de ella, sino en cantidad determinada y en horas también determinadas, pues esto es lo mejor para tu buen estado y lo más sano para tu cuerpo. Debes tomar aquella comida que más te guste y por la cual pueda equilibrarse tu temperamento, y no hacer una comida sobre otra.

¡Oh hijo mío! No frecuentes la entrada al baño caliente, porque su asiduidad debilita las fuerzas, hace decrepito el cuerpo,



conduce rápidamente al encanecimiento y debilita la vista.

Por tanto, deberás ser parco ó moderado en todas las cosas.

¡Oh hijo mío! Procúrate un médico experimentado, inteligente, hábil, digno de confianza, amigo leal; mas á pesar de estas cualidades, no le hagas poder de tu existencia hasta que le conozcas mejor que á tí mismo. Porque al elegir médico, se deposita en él el poder del corazón y el soplo del alma, y aunque tenga en apoyo de su ciencia los indicios más evidentes, puede ser, en realidad, un malvado. Aparte de esto el médico es el Dios de los cielos, que es en verdad el médico y el curandero. Así fué dicho á Abubéquer en su enfermedad: «pide un médico para tí.» Y contestó: «el médico que me ha puesto enfermo, ese (pido); puesto que Alá ha creado la enfermedad y la medicina é impone la salud en manos de quien quiere.» Y dijo el profeta de Alá, que Alá le bendiga y dé la salud; «aquel que hace descender la enfermedad, hace descender la medicina.»

¡Oh hijo mío! No confíes tu comida á las

mujeres más jóvenes, ni á quien se incline hacia ellas, porque son dadas á la glotonería y mezclarán en tu comida y en tu bebida lo que á ellas guste más y crean que no te perjudique, con el fin de ganarse tu afecto, y llegarán hasta confeccionar para tí aquello cuya comida te dañará.

¡Oh hijo mío! No descuides la inspección de tu alcázar ni de día, ni de noche, ni confíes este cuidado á nadie, sino á tí mismo; no pongas en tu alcázar dos puertas, corta la entrada y salida.

No te excite el apetito de las mujeres hasta el punto de celebrar muchos festines, bodas, recreaciones de placer y otras cosas semejantes; porque el apetito de las bodas, festines y placeres conduce al desenfreno de las pasiones y el desenfreno de las pasiones á la corrupción de la inteligencia y fe religiosa. Y cuando se corrompe la inteligencia y la fe religiosa, se hace el rey depravado y su conducta desordenada. Porque, ciertamente, como consecuencia de la corrupción de la inteligencia, pierdes los asuntos de tu mundo actual y del gobierno de tu reino, y

por la corrupción de la fe religiosa pierdes tu vida futura.

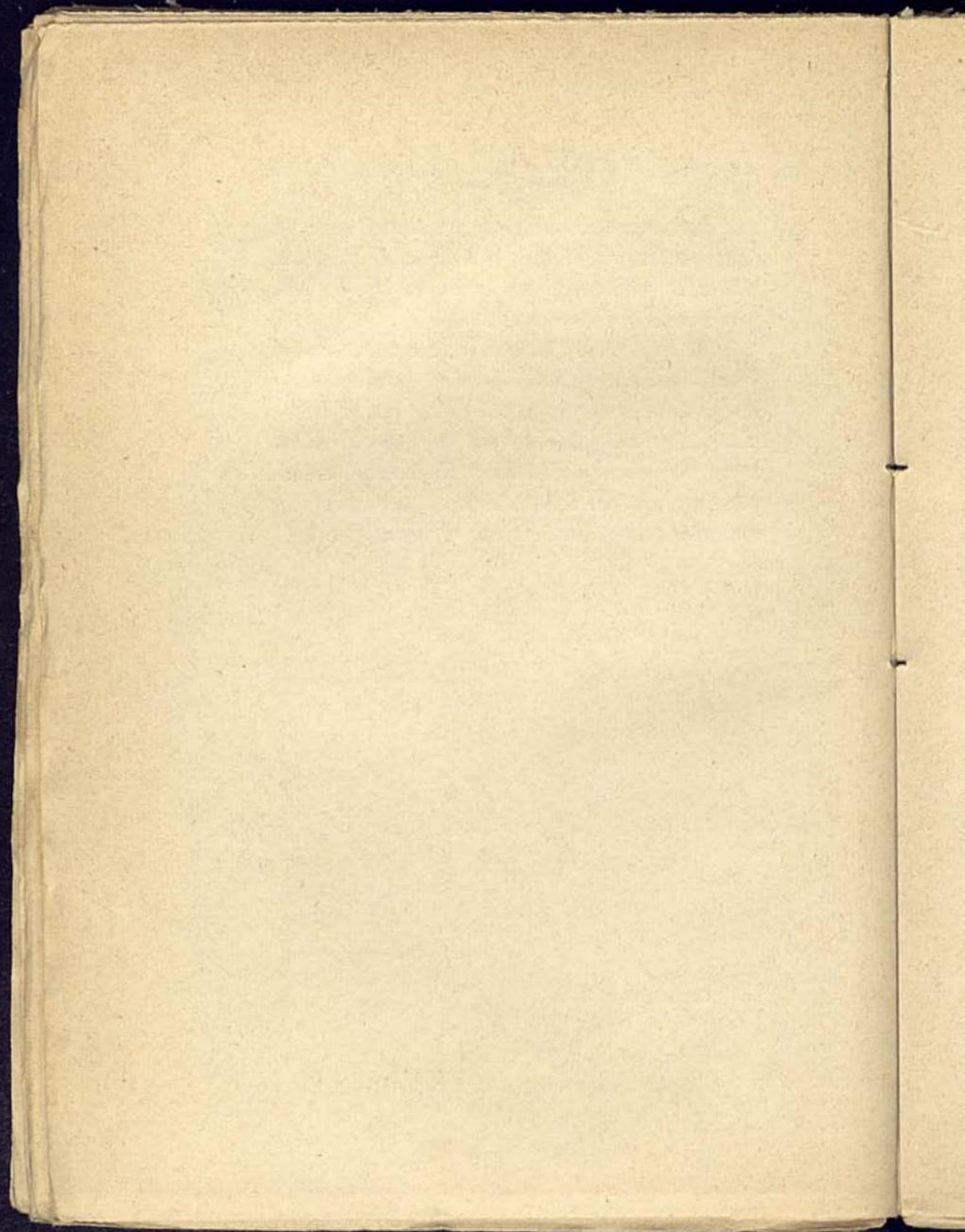
¡Oh hijo mío! Guárdate del ocio de tus facultades, y no duermas mucho de noche, ni de día; ocúpate, en lugar de dormir, en meditar; porque en la meditación de las cosas está la explicación de las mismas; mas en el ocio está el pesar ó arrepentimiento.

Deberá estar, hijo mío, tu alcázar rodeado por servidores y guardias, y habrá también centinelas á la puerta exterior del mismo, y haz que en su vigilancia se conduzcan de la mejor manera posible; que no conozcan los secretos de tu alcázar, ni se informen de las noticias de tu reinado que deben permanecer ocultas. Tendrás auxiliares para tomar venganza contra aquellos de tus servidores ó gente de tu alcázar que falten á la ordenanza, y no entrarán, ni tomarán venganza de nadie á no ser en presencia tuya. Tal debe ser la competencia de éstos para que respeten las ordenanzas relativas á otros. A nadie debes enseñar tu alcázar, y permite sólo que se te acerquen tus hijos.

Sabe, hijo mío, que las cosas mas bellas,

mejores, mas excelentes y perfectas son: la continencia y castidad, la firmeza de carácter y sentimiento religioso, la buena fe en Alá y la sumisión á sus mandatos.

¡Oh hijo mío! Cumple mi recomendación y saldrás bien librado; evita el desobedecerme y tendrás un éxito feliz. Porque si cumples mi recomendación espera para tu reino la permanencia y para tu califado la felicidad por largos años. Y Alá, á quien te encomiendo, esté sobre tí en cuanto te he escrito.





## CAPÍTULO II

**Fundamentos y columna sobre los cuales debe apoyarse el rey y que le son necesarias para mantener su imperio. Son cuatro**

### PRIMERO: INTELIGENCIA

Sabe, hijo mío, que cuando Alá creó la inteligencia díjola estas palabras: «entiende»; y entendió. Luego añadió: «preside», y tuvo, en efecto, la presidencia sobre las cosas. En otra ocasión díjola también Alá: «por mi poder y grandeza te coloco entre las criaturas más queridas para mí.» Abudarda, que gloria haya, atribuye al Profeta estas palabras: «¡Oh mundo! Crece en inteligencia para aproximarte á tu Señor.» Y estas otras:

«los hombres mejores son los más inteligentes.»

Abenabás, que en gloria esté, decía: «habiendo yo preguntado á Aia (Alá tenga piedad de ella) sobre cuál era mejor entre dos hombres, uno muy diligente y el otro muy perezoso, me respondió: que habiendo hecho ella la misma pregunta al Profeta, había contestado éste: «el mejor de ambos es el más inteligente.» Mas habiendo aquélla replicado al Profeta que su pregunta se refería únicamente á saber cuál de los dos era más excelente en punto á religión: «únicamente, añadió aquél, mirará Alá al inteligente entre ambos, y el que así resulte, será más preclaro en este mundo y en el otro.»

Abenomar refiere, como dicho por el Profeta, lo siguiente: «no os fiéis de la conversión de los hombres hasta tener convicción plena de la inteligencia de los mismos.»

Uahabhijo de Monábih atribuye al mismo Profeta: «encuentro, entre otras cosas que Alá ha inspirado á sus profetas, que lo más invencible é intolerable para Satanás es el siervo inteligente, y que, por el contrario,

resiste fácilmente á cien ignorantes, se burla de ellos, les impone su yugo y le obedecen á su antojo. Y aunque tienta al siervo inteligente, le es muy difícil obtener cosa alguna de su deseo.»

La inteligencia es un don que Alá deposita en donde quiere, y una luz que infunde en los corazones virtuosos. Tiene dos manifestaciones: innata y adquirida. La inteligencia innata es aquella por cuya virtud se realiza el discernimiento entre las ideas falsas y las verdaderas, y la distinción entre las diferentes esencias de las cosas creadas. La adquirida es consecuencia de aquella, producto de la reflexión y compenetración del conocimiento; carece de límite si es ejercitada con constancia, así como disminuye si es descuidada.

El acrecentamiento de la inteligencia tiene lugar en ambas manifestaciones; en la primera, si concurre desde el principio de su desarrollo cierta agudeza de espíritu y comprensión fácil. Alasmaí había dicho á cierto hijo de la Arabia: ¿te agradecería tener 100.000 pesetas y quedarte ignorante? Y respondió:

«no, por Alá, pues temo que se me acuse de ignorante, y que desapareciendo mi dinero, me quede con la ignorancia.» Dedujo este joven por su agudeza de espíritu lo que sólo es ordinario en el mayor de edad. El aumento de la segunda manifestación es fácil al experimentado en la rectitud de examen de las cosas, en la práctica larga de los asuntos y en las vicisitudes de los tiempos, como dijeron los sabios: «la experiencia es como espejo de la inteligencia, y la inexperiencia da como fruto la ignorancia.» Por esto son dignas de estimación y alabanza algunas opiniones de los antiguos, en las cuales, hablando de cosas discutibles respecto de la importancia y fuentes de los conocimientos, no se les escapa un punto, ni se les pierde una idea.

Y sabe, hijo mío, que por medio de la inteligencia separamos las categorías de las cosas creadas y distinguimos á los hombres de los animales brutos; lo verdadero de lo falso, lo útil de lo supérfluo, al sabio del ignorante, lo lícito de lo ilícito y lo bueno de lo malo. Por su medio adquirirás las vir-

tudes y evitarás los vicios. Por ella trabaja el hombre para el día de mañana, y el rey empuña el sello. Por razón de la inteligencia, en fin, son conservados los hechos gloriosos memorables, y es enlazada la vida del mundo presente con la futura.

Para confirmar sólidamente esta doctrina con relación á los reyes hay que considerar cuatro casos: (a) el rey que por razón de su inteligencia es feliz en este mundo y en el otro; (b) el rey que por su inteligencia alcanza prosperidad en este mundo con menoscabo de la otra vida; (c) el rey á quien acontece lo contrario del anterior; (d) el rey que por su inteligencia no alcanza felicidad en este mundo, ni en el otro.

a) *Acerca del rey que por razón de su inteligencia es feliz en este mundo y en el otro.*

Tal es la inteligencia perfecta, en virtud de la cual distinguirás lo particular de lo público, y tal la administración recta que redundará en beneficio común. ¡Oh hijo mío! El carácter distintivo del rey dotado de ella consiste en que respecto de sus relaciones con Alá, todopoderoso, manifestará segura-

mente los más elevados pensamientos y observará la mejor conducta para sus súbditos. Su inteligencia se sobrepondrá á las pasiones, prefiriendo siempre lo más equitativo, deseando para los súbditos aquello que quisiera para sí y beneficiándoles conforme á las utilidades que exija de los mismos. A este propósito Sálím, hijo de Abdala, exhortaba á Omar, hijo de Abdelaziz, diciendo: «¡Oh emir de los creyentes! Divide tu pueblo en tres porciones; una de ancianos, que sean los padres; otra de los de edad mediana, que sean los hermanos; y la tercera de menores, los hijos. Y sé bondadoso para los padres, generoso para los hermanos y compasivo para los hijos.» Ahora bien, cuando un rey posee las propiedades ó cualidades que acabamos de explicar, obtiene necesariamente la permanencia de su reino, armoniza por afecto los intereses de patricios y plebeyos, asegura la victoria en todo lugar, triunfa fácilmente sobre toda adversidad, y aunque muera, subsiste perpetua su memoria, y se hace permanente su elogio. Ejemplos de este caso nos ofrecen algunos reyes, como Omar,

hijo de Abdeldaziz, Alá le tenga en gloria, quien por su inteligencia fué dichoso en este mundo y en el otro, alcanzando en ambos todo cuanto deseó. Cuéntase que habiendo preguntado á un joven esclavo, llamado Dirhem, á quien tenía para su servicio de oración, sobre lo que el pueblo decía, respondió el joven: «no es posible ya que, hablando bien todo el pueblo, tú y yo pensemos mal.» Insistió Omar sobre el significado de tal expresión, y continuó el joven diciendo: «me habías prometido que cuando fueras califa tendría vestidos perfumados, monturas ágiles, manjares sabrosos. Obtuviste el califado, y cuando confiaba en verme libre, has aumentado de tal manera mi pasión y trabajo que han llegado á serme insoportables.» Entonces Omar le concedió que se marchara libremente, no sin suplicarle antes que pidiera por él á Alá á fin de que le concediera perdón y consuelo por la culpa que había contraído al tratarle tan mal. De tal suerte correspondía Omar, hijo de Abdeldaziz, en su califado, á aquellas propiedades de inteligencia perfecta que llevaba una vida mor-

tificada y estrecha contra sí mismo, por atender á la consistencia del reino, seguir el camino de la rectitud, cuidar de los asuntos de los súbditos y gobernar el califado, según las costumbres legales del mismo.

Refiérese también que hubo entre los israelitas más esclarecidos por su religiosidad y continencia, un varón á quien su Señor respondía favorablemente en sus invocaciones, colmándole de beneficios. Andaba errante por los montes y pasaba las noches en oración sin acostarse. Alá, todopoderoso, hábale enviado una nube que le precedía en su marcha á todas partes. Cuando así lo deseaba, la nube arrojaba sobre él agua saludable con la cual hacía sus abluciones y bebía, siguiendo de esta suerte hasta que disipado y distraído en su piedad, Alá privóle de la nube y nególe sus respuestas benéficas. Entristeciése el israelita por esta causa, lamentóse grandemente, fué profunda su aflicción y abatimiento, y no cesaba de pedir ardentemente que volviera aquel otro tiempo prodigioso durante el cual había recibido

tantos favores; eran constantes sus lágrimas y aflicción, sus suspiros y gemidos por dicha causa. Mas habiéndose dormido en una de aquellas noches, oyó en sueños que le decían: «si quieres que Alá te devuelva la nube, dirígite al rey fulano, que se encuentra en tal ciudad, y demándale si te pregunta, y Alá te devolverá con seguridad la nube». Marchó el hombre atravesando rápidamente la tierra hasta llegar por fin á la ciudad que le había sido indicada durante el sueño. Penetró en ella y preguntando por el rey dirigióse inmediatamente al alcázar de éste.

Hallábase junto á la puerta un joven esclavo, sentado sobre rico sillón, y magníficamente revestido, ante cuya presencia paróse el hombre haciéndole un saludo que aquel le devolvió en igual forma. El esclavo preguntóle sobre el objeto que le traía allí, respondiendo el hombre que era víctima de una injusticia y que venía á presentar demanda ante el rey por su causa. Declaró el esclavo que no era día hábil para entrar á presencia del rey, que tenía establecido para la recepción de demandantes cierto día que era tal ó

cual, ordenándole por tanto que marchara en paz hasta que viniera dicho día.

El hombre se retiró no sin censurar que aquel rey se ocultara del pueblo, dándose tanta importancia, como si fuera el príncipe de los príncipes de Alá.

Llegó, por fin, el día señalado por el portero y el hombre volvió encontrando ante la puerta algunos hombres que esperaban permiso para ser recibidos en audiencia. Permaneció allí hasta que salió un visir revestido de magníficos ornamentos y precedido por sus guardianes y siervos.

Este mandó que entraran los que tuvieran que presentar alguna demanda, y así lo hicieron todos y entre ellos el piadoso. El rey estaba sentado y á su alrededor los magnates ó señores de su corte ordenados según los cargos y dignidades. El visir hizo presentar á los demandantes uno tras otro, hasta que llegó el turno al piadoso. Entonces miró á éste el rey, y exclamó: «¡sea bien venido el dueño de la nube! Siéntate hasta que pueda ocuparme en tu asunto». Al escuchar estas palabras, quedóse asombrado el hombre, re-

conociendo el mérito y superioridad de aquel rey.

Luego que el rey dictó sentencia entre la gente y quedó despachado, levantóse y con él los visires y señores de la corte, tomó por la mano al piadoso y lo introdujo en su alcázar, habiendo encontrado junto á la puerta un siervo con ricas vestiduras que tenía por encima de su cabeza armas, y á derecha é izquierda corazas y escudos. El siervo se levantó á presencia de su señor, abrió la puerta del alcázar, y el rey penetró llevando de la mano al dueño de la nube. Apareció ante ellos una nueva puerta al parecer de uso familiar, el rey la abrió y penetraron hasta la parte interior del alcázar, siendo introducido el hombre hasta la cámara particular del rey, en la cual no había otra cosa que tapices para la oración y un vaso para las abluciones. Allí despojóse el rey de sus vestiduras, y se puso los ornamentos religiosos; después se sentó é hizo sentar también al piadoso, exclamando: ¡fulana! ¿sabes á quien hemos hospedado en este día? Respondió una mujer desde dentro: que se encontraba allí y que

el huésped era el dueño de la nube. Sal, replicó aquél, sin cuidado. Y salió su mujer ofreciendo un aspecto fantástico, su cara resplandeciente como la luna nueva, cubierta por un manto de lana marina, y por un velo de la misma tela.

Entonces dijo el rey: «oh hermano mío, he tenido en el gobierno ilustres antecesores que se han traspasado y dejado en herencia el reino unos á otros, de mayor á mayor, hasta que han muerto todos y ha venido aquél á mis manos. Alá me había hecho aborrecer el mundo y quise peregrinar en la tierra y abandonar al pueblo que se interesa solamente para sí, que mira como cosa leve la rebeldía, la violación de las leyes y la separación de la comunión religiosa; pero me confirmaron en el poder, á pesar mío, y despacho los asuntos del pueblo según su importancia, pongo á las puertas del alcázar mis esclavos para atemorizar á la gente malvada y aislarme de la gente pacífica y mantenida dentro de justos límites, y luego que termino el despacho de los asuntos penetro en mi cámara, me despojo de esas vestiduras

y me pongo las que estás viendo. Esta es una sobrina que me acompaña en la vida ascética y piadosa, y tal es nuestra situación desde 40 años ha». Invitó el rey al dueño de la nube á pasar la noche con ellos, y éste aceptó. Antes de la aurora se levantaron para hacer oración y penitencia, y al amanecer exclamó el rey: «¡Dios mío! Este hombre suplica la restitución de la nube; devuélvela para él.» Contestando la mujer: amen. Inmediatamente la nube había aparecido en los cielos, y ambos anunciaron al piadoso la buena nueva. Este se despidió de ellos, se puso en marcha y la nube lo acompañaba, sin que ya después pidiera á Alá en nombre de aquellos esposos cosa alguna que no le fuera concedida.

Considera, hijo mío, á este rey, cómo se conducía en el califado, cuán buena era su condición y firmeza de carácter y su capacidad, enlazando por medio de su inteligencia este mundo con la otra vida. Era su exterior hermoso, y su interior más hermoso todavía, gozando de una inteligencia perfecta. Comprende, hijo mío, que te conviene imitar su ejemplo.

b) *Acerca del rey que, por su inteligencia, alcanzará prosperidad en la otra vida con menos-cabo de la felicidad de este mundo.*

Este, hijo mío, tiene escasa inteligencia y carece de condiciones para la administración. Tendrá por carácter distintivo ocuparse únicamente en ejercicios piadosos y devotos, sin cuidarse de los asuntos de sus gobernados.

Gustará del trato con la gente pacífica; pero, en cambio, será negligente con sus tropas y su tesoro, de cuyas dos atenciones depende también su prosperidad en este mundo y en el otro, porque sus prefectos llegarán á apropiarse los bienes del tesoro sin que lo advierta, y quedará en cuadro su ejército por su descuido y falta de previsión. Y si los enemigos le sorprenden en tales condiciones de su tesoro y ejército no podrá de ninguna manera rechazarlos de su reino, contribuyendo á la destrucción de éste, acelerando su propia muerte, precisamente por no haber vigilado los asuntos de sus gobernados y partidarios, é incurriendo por esta causa en responsabilidad más grave que

aquella que esperó evitar. Por esto había dicho Omar, que gloria haya: «no es el hombre solamente de la vida futura, sino que lo es de este mundo y de la otra vida. Cuéntase también que habiendo recitado el poeta Meruán hijo de Abuhafsa al califa Almamún la siguiente estrofa

Aparece el devotísimo Almamún preocupado únicamente en la religión; mientras que el pueblo tiene sus asuntos en este mundo

este no se volvió, ni levantó su cabeza, ni hizo caso alguno del recitado. Entonces Meruán dijo á Omara, hijo de Aquil: «en verdad que no place al califa escuchar poesías.» Al cual respondió Omara: «de ningún modo, no hay nadie á quien más le guste la poesía. ¡Por Alá! que no debemos pasar de una estrofa sin que ésta sea escuchada.» Añadió Meruán que ya había recitado una estrofa, que él encontraba excelente, y ni siquiera había levantado aquél su cabeza para mostrar su atención. Y repuso Omara: no ceses de recitarla hasta que la ponga religiosamente en su cámara de oración junto á su rosario; y si el emir de los creyentes se halla

abstraído en la religión sin cuidarse del mundo, ¿por qué no le expones aquellas palabras que tu tío Cherir dijo á Abdelaziz hijo de Alualid?:

Nadie en el mundo tiene perdida su participación, ni éste aparta de la religión al que se preocupa de ella.

Considera, hijo mío, cómo Almamún era censurado por limitar su vida exclusivamente á los asuntos religiosos y descuidar la administración, que le había sido conferida, sobre los de este mundo, y procura, por tanto, enlazar la prosperidad de este mundo con la felicidad de la otra vida.

c) *El rey que alcanza prosperidad en este mundo con menoscabo de la otra vida.*

Este rey, hijo mío, posee condiciones de administración y plena inteligencia, y seguramente mantendrá la estabilidad de su reino, ordenando su conducta al buen gobierno y gestión de los asuntos de sus súbditos. Y aunque manifieste lo contrario á su deseo, su dirección tornará en beneficio de sus amigos en aquello que oculte y guarde secreto.

Él procurará mantener en el pueblo sus costumbres habituales y condiciones ordinarias, y si introduce alguna innovación lo hará de forma que los súbditos no lo adviertan hasta que ya venga á ser una costumbre, mediante su afabilidad en el gobierno, su buena dirección y ejercicio del poder. Y así llegará á ganarse los corazones de sus gobernados, brindándoles su amistad y trato cariñoso, procurando la prosperidad de sus asuntos, y cuidando igualmente de altos y bajos con sus buenas artes. De esta suerte alcanzará la duración de su dinastía y permanencia de su reino, como se ha visto claramente demostrado con los persas y otros pueblos, no obstante la incredulidad en que han vivido. Otro tanto ha sucedido con muchos hombres famosos, como Abucháfar Almanzor, á quien fué próspero este mundo, á pesar de no haberse cuidado de la otra vida en la mayor parte de sus asuntos. He aquí un hecho de su vida, que realizó con Abenabidib, Málic hijo de Anas y Abensamán. Refiere dicho Málic hijo de Anas, que los cortesanos y calumniadores habíanle acusa-

do ante Abucháfer Almanzor por ciertas frases que decían aquéllos había pronunciado. Almanzor mandóle, por medio de un emisario, que se presentara ante él, no obstante que acababa de separarse y salir de su presencia. Por lo cual sospechó que iba á ser condenado á muerte, y una vez despachados sus asuntos se purificó, hizo sus abluciones, se puso las vestiduras de la mortaja y se embalsamó. Inmediatamente descendió y penetró en la tienda de Almanzor, encontrándole sentado sobre un tapiz adornado con brillantes, rubíes y esmeraldas (cuéntase que este tapiz había pertenecido á Hixem hijo de Abdelmélíc, á quien lo había regalado el Señor de Constantina, el cual no tenía semejante que fuera conocido, y era de un precio incalculable, pues las bujías eran eclipsadas ante su presencia) y examinando un pliego que tenía en las manos. Abenabidib y Abensamán se hallaban también al lado de su señor. Llegado Málic cerca de Almanzor le saludó y volvió éste su cabeza para contemplarle, y sonriéndose con gesto colérico arrojó el pliego, y le señaló hacia la derecha que to-

mara asiento á su lado. Se sentó Málic lleno de miedo y, girando su cabeza para conocer lo que le rodeaba, vió á Almanzor con escudo al brazo y en su mano una espada que acababa de desenvainar, y á los cortesanos que estaban muy atentos y pendientes de la mirada de aquél por temor de que los encontrara distraídos, al ordenarles alguna cosa. Después Almanzor volvióse hacia Málic, diciendo: «una porción de faquies han hecho llegar á mis oídos respecto de tí algunas noticias que ya me impacientan y no puedo resistir, no obstante ser tú de la gente mas favorecida ante las leyes y de los primeros en la obediencia y lealtad en privado y en público». Málic respondió al emir con aquellas palabras de Alá, todopoderoso: «¡ay de los que hacen creer que vendrá á vosotros un falso profeta, los que se señalan por fascinar al pueblo en su ignorancia y aplauden lo que hicistéis arrepentidos!» ¡Abucháfar Almanzor preguntó enseguida á Málic si le consideraba entre los príncipes justos ó entre los tiranos, respondiendo éste: ¡Oh emir de los creyentes, te suplico, en nombre de Alá y

de Mahoma y por tu parentesco con él, que me dispenses de hablar sobre el particular». Accedió Almanzor y volviéndose á Abensamán hízole la misma pregunta: «tú, ¡por Alá! contestó éste, eres el mejor de los hombres para dirigirte en peregrinación á la casa veneranda de Alá, para hacer la guerra santa á los enemigos, para asegurar los caminos y defender al débil contra el poderoso que intenta consumirlo. En tí se apoya la columna de la religión, siendo el más excelente de los hombres y el más justo entre los príncipes».

Repetida por Almanzor la misma pregunta á Abenabidib, éste respondió: «eres, á mi juicio, el hombre más perverso, porque tú te apoderaste de los bienes de Alá y de su profeta, de la porción de mis parientes, de los huérfanos y pobres. Hiciste perecer al débil, perseguiste á los poderosos en sus riquezas y derramaste la sangre por todo, menos por la causa de la justicia. Por tanto, no tendrás justificación mañana en presencia de Alá, poderoso y altísimo».

Irritado Almanzor, al oír esto, exclamó: ¡miserable de tí! ¿no ves lo que tienes de-

lante? Sí, repuso aquél, veo unos sables y comprendo que voy á morir indefectiblemente; mas lo que no tiene remedio, hazlo cuanto antes.» Luego salieron aquellos dos cortesanos, y quedó Málic asombrado, y habiéndole dicho Almanzor que notaba en él cierto olor aromático, explicóle cómo él, sabedor de las noticias que le habían dado y al presentársele su emisario, no había dudado que éste venía á anunciarle la muerte; por lo cual se había purificado, embalsamado y revestido con los ornamentos de la mortaja. Entonces Abucháfar (Almanzor) exclamó: ¡gloria á Alá! yo no he guardado la religión; antes bien he procurado su ruina y destrucción, ni me has visto apoyado en el amor firme de aquélla ni en el honor de los juramentos buscando en Alá protección sobre lo que has dicho: ¡Oh Abuabdala (Málic)! vuelve á tu región ó si quieres mejor permanecer entre nosotros, no intentaremos contra tí cosa alguna y te apreciaremos sobre los demás hombres.» Málic contestó al emir que si le obligaba, se quedaría de buen grado; pero, si le dejaba en libertad, prefería mar-

charse perdonado, quedando agradecido á su generosa resolución. Concedióle esto último y fué perdonado Málic pasando allí aquella noche. Al amanecer pidió Almanzor unas bolsas de *dinares* <sup>1</sup>, cada una de las cuales contenía valor de 5.000 *dirhemes* <sup>2</sup>. Después llamó á un hombre de su guardia y díjole: «toma este dinero, entrega á cada uno de aquéllos una bolsa y escucha bien lo que te ordeno; si la toma Málic hijo de Anas, déjale marchar, porque no resulta culpa contra él por lo que había dicho; si la toma Abenabidib me traes su cabeza, pero si la rechaza, haya perdón para él; y si la devuelve Abensamán me traes su cabeza, mas si la toma que se marche.» El hombre corrió con las bolsas á buscarles; respecto de Abensamán la tomó y quedó libre, Abenabidib la devolvió y se salvó, y en cuanto á mí, tenía ¡por Alá! necesidad de ella y la acepté. Después de esto Abucháfar Almanzor marchó al Irac.

Otro tanto aconteció con Abdelmélíc hijo

---

<sup>1</sup> Monedas de oro.

<sup>2</sup> Dracmas, octavas partes de la onza: monedas de plata.

de Meruán, cuando acusó falsamente á Alhachach hijo de Yúsuf, le quitó el dominio del Irac logrando por su astucia que el pueblo atribuyera á éste la opresión, y no á él; aunque los nobles solamente á él imputaban la tiranía, pues Alhachach derramó sangre contra justicia y como el otro puso sitio á la Meca y destruyó la Caba, resultando completamente idénticos. A ambos fué bien en este mundo, y descuidaron la vida futura, y por esto, hijo mío, te conviene imitarles en lo que fueron buenos, y evitar la opresión de su gobierno.

d) *El rey que, por razón de su inteligencia no alcanza prosperidad en este mundo, ni en el otro.*

Este, hijo mío, carece de inteligencia, y se distingue por ser injusto con sus gobernados, afligirlos y crear innovaciones contra ellos. Favorecerá al perverso y oprimirá al virtuoso. Ocultará en su interior lo contrario de lo que manifieste, y descubrirá todo menos lo que sienta, entregándose al propio tiempo por entero á los placeres y satisfacción de sus pasiones, á los goces en todos los

momentos, y delegando sus obligaciones ó funciones en quien no sea digno, y su autoridad en el inepto para ejercitarla. Hechos, todos ellos, propios de demonios, no de sultanes, y costumbres de malvados, no prácticas de reyes. Habrán llegado á dominar las pasiones sobre su inteligencia y revelará una conducta depravada más bien que hechos laudables. Y su maldad para consigo y para con sus gobernados causará grandes daños en altos y bajos. Aunque parezca que tiene inteligencia, carece por completo de ella y de condiciones gubernativas, y perderá seguramente el negocio de este mundo y de la otra vida, por más que, al parecer, obtenga de aquél algún provecho.

Tal fué Alualid hijo de Yecid hijo de Abdelmélíc hijo de Meruán, un grande libertino, que llegó á perder por completo la vergüenza, de conducta depravada, con bajos pensamientos, criminal contra su pueblo, malvado en sus empresas, quien introdujo entre los coraixitas grandes innovaciones, causóles muchas vejaciones, profanó sus ritos sagrados, violó sus pactos, derramó su sangre

y destruyó sus grandezas. Fué intransigente con los que censuraron y reprobaron su conducta hasta que fué depuesto por su desvergüenza, y su voluptuosidad le acarrió la muerte. A propósito del uso público que hacía del vino y de las borracheras á que se entregaba con sus comensales se dice que habiendo oído mencionar á un tal Abenxaraa el cufita, célebre por sus borracheras y lujuria, hízole venir de Cufa y al ser presentado díjole: «¡oh Abenxaraa! no te he hecho llamar para preguntarte sobre los libros de Alá y la ley de su profeta». A lo cual respondió el borracho que si le interrogaba sobre tales cosas, seguramente le encontraría, como un asno. «Únicamente, añadió aquél, te llamo para que me hables sobre el vino». «Sobre ese uso, replicó el borracho, efectivamente que soy un sabio experimentado, un Locman doctísimo y un médico ingenioso», dándole sobre el particular noticias tan indignas de mención que fueron la causa de su muerte; porque llegó á ser tanta la relajación de sus costumbres, su vida licenciosa, su abandono en el gobierno del califado y su envileci-

miento, que tramaron matarle, y fué derramada su sangre y entregado á su primo el califado, habiendo reinado aquél un año, dos meses y veinte días.

Otro ejemplo semejante nos ofrece Alamín hijo de Harún Arraxid (el justiciero) el cual fué también de escaso juicio y falto de inteligencia, sin condiciones para el gobierno, no correspondiendo á la preferencia que su padre Harún le había dado sobre su hermano Almamún, ni á la nobleza de su madre Zobeida, ni á la grandeza de su tío materno Isa hijo de Cháfar, ni al espíritu vigoroso de los Beniháxim. Se le dió también el sobrenombre de Arraxid por haber sido el primero de los dos hermanos que ocupó el califado, pero fué destronado por el segundo y sobre esto dijo Arraxid:

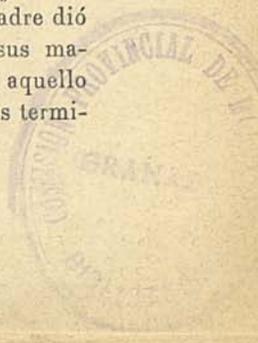
Ya se ha manifestado la opinión, que me era favorable; pero fui vencido en virtud del juicio que era más firme.

¿Como tornará la leche á su ubre después que ha sido esparcida como el botín más distribuido?

Causa espanto prometer una cosa que luego sea exigida; pues se rompe la cuerda mejor trenzada.

Ya no ocupó el califado ninguno de la

familia de Házim después de Alhasán hijo de Alí Benabitálib, sino Alamín. Se cuenta que en la noche en la cual fué concebido por su madre, penetraron tres mujeres en su habitación, y acercándose una de ellas y poniendo su mano sobre el vientre de aquella pronunció estas palabras: «un rey magnánimo, generoso, venerable y observador». Acercóse una segunda y dijo lo mismo que la anterior. Y luego la tercera, diciendo: «rey de grandes dispendios, de mucha oposición y de poca justicia», despertando asustada la madre. En la noche que ésta dió á luz á Mohámed Alamín entraron nuevamente aquellas mujeres y sentándose junto á su cabeza dijo una de ellas: «árbol de esplendor, planta olorosa, jardín de flores». Después la segunda: «fuente de agua, corta su duración, veloz su caducidad, pronta su desaparición». Y por último la tercera «enemigos para su persona, débil su coraje, fácil su engaño, caduco su trono». La madre dió conocimiento de todo esto á uno de sus mayordomos, quien le respondió que aquello ocurría á todos los que duermen. Mas termi-



nada la lactancia de Mohámed Alamín volvieron á presentarse las mujeres, se fijaron junto á su cabecera, y acercándose luego á la cama de Mohámed, que también se encontraba allí acostado, dijo la primera: «rey opresor, pródigo en cosas vanas, alejado de los hechos gloriosos, de rápidos males». La segunda: «hablador que sufrirá contradicciones, guerrero puesto en derrota, ambicioso contrariado en sus deseos». Y luego la tercera: «cavarán y abrirán su sepultura, prepararán su mortaja y presentarán su sudario, porque su muerte será preferible á su vida».

Que Almamún fué igualmente de escasa inteligencia nos lo descubre Ibrahim hijo del Mahdí, el cual refiere que habiendo solicitado permiso para entrar á presencia de aquél, cuando ya el sitio le estrechaba por todas partes, negáronle la entrada; pero Ibrahim no hizo caso alguno de la negativa y penetró viendo que aquél había atravesado el Tigris con una barca que se deslizaba á través del alcázar en cuyas orillas había una balaustrada de hierro. Saludóle y observó que sus servidores y esclavos se hallaban diseminados por

la alberca, y díjole Almamún: ¡oh tío mío! se me ha escapado del estanque al Tigris el adornado con mis pendientes, y estoy desesperado de rescatarle (y éste era un pez pequeño que lo habían pescado, y al cual había puesto unos pendientes de oro con brillantes).

Te interesa, por tanto, ¡oh hijo mío! no imitar á estos, los cuales perdieron la felicidad de la otra vida y de este mundo por la depravación de sus propósitos y pasiones.

#### SEGUNDO: ADMINISTRACIÓN

Sabe, hijo mío, que la buena administración tiene su fundamento en el exámen de las consecuencias de los asuntos, y que ésta es imposible sin previa reflexión recta y sana. Porque el que reflexiona ve los resultados de las cosas, elige lo mejor y se hace precavido librándose por esta causa de ser arrojado del poder, puesto que se hace respetar en el ejercicio de su autoridad aquel cuya administración resulta beneficiosa. La reflexión sobre los diferentes aspectos de los ne-

gocios te mostrará todo aquello que hará proclamar tu bondad con preferencia á tu maldición; por lo cual no emprendas ningún negocio sin antes examinarlo con atención y madurez, ni consientas su ejecución sino después de bien conocido, porque el que reflexiona con calma sobre las cosas, obtiene una buena dirección de las mismas; mas quien procede en esto apresuradamente no ve el tropiezo ó no precave el mal paso hasta que ha incurrido en el peligro ó se ve ahogado en su fondo. Además quien no estudie ó examine las ventajas é inconvenientes que pueden resultarle en sus asuntos, mata su inteligencia, prolonga su angustia y ciega su perspicacia. Examina, por consiguiente, tus hechos antes de ponerlos en ejecución, y de este modo serán prósperos ó favorables á tus circunstancias. En confirmación de esta doctrina, hijo mío, hay que considerar al rey respecto de la administración en cuatro casos.

CASO 1.º—*El rey ejerce recta administración mediante el examen detenido de las consecuencias de los asuntos, y un juicio racional y justo.*

Sabe, hijo mío, que te es muy conveniente examinar con cuidado á tus visires, consejeros, secretarios, faquies y cadies; á tus auxiliares, servidores domésticos, capitanes y tropas.

Respecto de tus visires, es preciso que elijas un gran visir, de probidad exquisita y de suma perspicacia para los negocios; el cual reuna, como propiedades dignas de loa, las ocho siguientes: que pertenezca á los preclaros del pueblo, y sea ilustre por su linaje y familia; de talento profundo, é instruído; de memoria fácil y viva inteligencia; de opinión y juicio preferente y celebrado por su aplicación; amigo leal y cariñoso; valiente en los peligros y calamidades; de bella figura, elocuente, original en el estilo y brillante en la exposición; y finalmente dotado de grandes riquezas.

Debe tener la primera propiedad, ó sea *pertenecer á los preclaros del pueblo etc.*, porque así será fiel guardador de su casa y de su grandeza procurando evitar defectos y sospechas, para librarse de censuras en todas las circunstancias. Estará dotado de ta-

*lento profundo* etc., para que sea guardador de los secretos que le confies, aplicado á todo cuanto ceda en ventaja de tu fortuna, veraz en sus noticias, sin que éstas sean calumniosas ni injustas en perjuicio de nadie, y de recta intención en sus promesas; porque los visires deben ser como las puertas de los reyes, por las cuales se alcanza el bien y se evita el mal. *De fácil memoria y viva inteligencia*, á fin de que no se deje influir por una idea cualquiera en su libertad de obrar, para que entienda ó se penetre de los asuntos á la menor indicación y comprende las cosas sin necesidad de explicación larga. *Amigo leal y cariñoso*, para que sea leal en tu servicio, partidario de tu causa, que no sea traidor á tu soberanía, sino que más bien siga y satisfaga tus deseos y propósitos y no te engañe, á no ser por descubrir algún secreto ó evitarte algún perjuicio. *De opinión y juicio preferente*, para que trabaje en aquellos asuntos que te sean ventajosos poniendo el mayor esfuerzo y energía posible. Si algún asunto te parece embrollado, este visir te mostrará con su buena cooperación lo favorable de tu

opinión, y si ésta es mala en algunas ocasiones, te indicará la mejor dirección para evitarte alguna desgracia. *Valeroso para arrostrar los peligros*, á fin de que te reemplace en las luchas y revueltas, sin que te veas precisado á salir al encuentro ó choque de los combatientes, á no ser en los momentos apurados y gravísimos en los cuales sea indispensable la presencia del sultán con todos sus héroes y hombres esforzados. *Dotado de grandes riquezas*, para que no le seduzcan la ambición, ni los regalos; reporte gran provecho por medio de sus bienes y tenga poco deseo de enriquecerse. *De bella figura y elocuencia etcétera*, para que refleje la belleza del califado y sea intérprete brillante de su esplendor.

Cuando el visir posea de una manera perfecta las cualidades mencionadas, prosperarán por su gestión los asuntos más ó menos importantes de tu imperio y obtendrás en el *visirato* el auxiliar más poderoso y consejero más leal, que enfilará los negocios de tu reino como son enfiladas las perlas de un collar. Guíate, pues, por la inteligencia y juicio recto para elegir ó postergar al que sea pre-

sentado para tal dignidad; más, no obstante lo que acabamos de exponer respecto de sus condiciones para ser elegido, obsérvale antes; porque ante la prueba ó examen es declarado ilustre ó es desechado el hombre, y hemos visto algunos visires que á pesar de haber recibido del mundo grandes dones, han perturbado sus buenas cualidades por el deseo de los placeres, el desenfreno de sus pasiones y su completa holgazanería.

Mas el visir que dotado de aquellas buenas propiedades no se preocupa de los placeres de este mundo, ni se hace víctima de sus apetitos, ése es el visir excelente, digno de confianza y verdadero protector. Hasta nos atrevemos á afirmar que es conveniente que el visir sea, en inteligencia, condiciones administrativas y juicio, superior al mismo rey; porque éste rige á los inferiores y aquél gobierna á su superior, que es el rey, y á sus inferiores, que son los súbditos, y le son precisas una elevada inteligencia y juicio y condiciones de administración superiores á las de su señor ó rey, para que corresponda á los fines y propósitos de éste, y se acomode á

sus circunstancias atendiendo á lo más ventajoso para su imperio; respecto de sus inferiores, ó sea los súbditos, á fin de conservar su rango al lado del rey. Porque el visir no puede menos de tener enemigos y envidiosos de su alta dignidad, y necesita prevenirse contra ellos por medio de una administración excelente, toda vez que se halla entre dos circunstancias difíciles: el temor al rey y á los inferiores que ambicionan su rango y codician su elevada posición; por razón del primero, para no dar lugar á sospechas que le hagan caer en su desgracia; y de los segundos, para que ninguno pueda hostilizarle, intrigar contra él, difamarle ó acusarle falsamente. Lo extraordinario es que aparezca un rey bueno con un visir malo ó viceversa; porque en este caso, vienen á ser como el agua y el fuego, que así como todo cuanto el agua produce de vegetación es incendiado por el ardor del fuego, del mismo modo lo que uno de aquellos produce con su bondad lo corrompe la maldad del otro. Sin embargo, es preferible en dicho caso que el visir sea el bueno, aunque el rey sea el malo,

sobre lo contrario; porque aquél entiende sobre todos los asuntos del reino, sean más ó menos importantes, graves ó peligrosos, y hace que convengan á su rey en lo particular y en lo público; mientras que éste sólo tiene conocimiento de aquellos asuntos que sus visires y magnates le participan y como éstos desean que lleguen á su conocimiento. Por eso es preferible que el bueno sea el visir, aunque el rey sea malo, en cuyo caso es aquél denominado consejero leal. Ya los sabios compararon al rey con el médico, al súbdito con el enfermo y al visir con el mediador entre ambos; y así como el mediador que miente hace inútil el tratamiento y cuando quiere matar á uno de los enfermos, describe al médico lo contrario de su enfermedad, y luego éste, al administrar, según las indicaciones del mediador, mata el enfermo; del mismo modo el visir mata al súbdito á quien acusa ante el rey por cosas ó hechos que no cometió. A fin de evitar esto, exigámos antes como laudable, entre otras cualidades del visir, la de que sea inteligente, sincero y veraz.

Además, aunque el rey sea bueno, si el visir le impide ser benéfico para sus pueblos valiéndose de artificios perversos y no consintiendo que aquéllos se le acerquen, viene á ser como el agua cristalina, dentro de la cual el cocodrilo no deja entrar al hombre, por muy hábil nadador y precavido que sea. El visir que no reúne las cinco propiedades siguientes, no espere prosperidad en ninguno de los asuntos de este mundo y de la otra vida, á saber: dignidad personal, dulzura, generosidad, perfección de espíritu y temor á su señor. Con estas condiciones, el visir tendrá la capacidad administrativa, y la sagacidad del visir del rey Sapor. Según se refiere, habiendo resuelto Sapor <sup>1</sup> penetrar disfrazado en los pueblos del imperio bizantino (Bajo imperio) para espiar y reconocer sus fortificaciones, opusieronse sus consejeros, advirtiéndole que iba á correr el riesgo de perder la vida en una empresa que bien podía realizar por medio de un vicario ó lugarteniente. Mas Sapor rechazó el consejo,

<sup>1</sup> Sapor II de Persia hijo de Hormisdas ú Hormuz II.

como ya fué dicho: los varones más desgraciados son los visires de reyes jovenzuelos, y los enamorados de las doncellas jóvenes; pues fué también dicho: únicamente es difícil apartar á los jóvenes del extravío de la pasión hacia el camino recto del juicio, en dos ocasiones: la primera, cuando las pasiones llegan á enseñorearse de ellos, y la segunda cuando la experiencia no ha podido cultivar sus espíritus hasta habituarles á resistir sus apetitos desordenados.

Pero al varón prudente sucede todo lo contrario. Inmediatamente Sapor dirigióse hacia las ciudades bizantinas, acompañado por un visir, que ya lo había sido de su padre. Era este visir un anciano sagacísimo, dotado de gran energía y juicio recto, prudente y muy instruído en asuntos religiosos y en las lenguas, muy versado en las ciencias y experimentado en los artificios y estratagemas de la guerra. A éste consignó Sapor todo lo que podría necesitar y servirle de distracción durante el viaje, y le ordenó que caminara separado de él, pero lo bastante próximo para atender á la seguridad

del mismo en todas las circunstancias del día y de la noche; y marcharon ambos hacia Siria. El visir iba vestido de frayle, hablaba la lengua gallega y era excelente médico-cirujano mediante la aplicación de una pomada de la China, que curaba y cicatrizaba perfectamente las heridas. (Mohámed hijo de Dáfer dice que conoció á muchos que habían experimentado los efectos saludables de aquella pomada, y á uno que, habiéndose hecho una incisión de propósito y aplicádose la pomada, había recobrado su estado perfecto).

Cuando el visir llegó á las ciudades bizantinas se dedicó á la curación y cicatrización rápida de las heridas administrando, en lugar de los medicamentos ordinarios, un poco de aquella pomada; si el herido era algún personaje poderoso, aplicaba la pomada en abundancia, sin tomar por su servicio honorario alguno. Todo esto extendió su efecto, el renombre de su ciencia y su veneración en los pueblos bizantinos, según aquel dicho: «quien siembra ciencia, recoge fama; quien continencia, honor; quien beneficios, afecto ó cariño; quien reflexión, sabiduría;

quien gravedad de costumbres, veneración; y quien cautela, salvación. Mas de la plantación del orgullo se cosecha el desprecio; de la avaricia el envilecimiento; de la soberbia la humillación, y de la envidia el abatimiento.» Además, todas las naciones, no obstante la diversidad de religiones, tiempos y países, unánimemente han tributado alabanza á cuatro virtudes, á saber: ciencia, continencia, generosidad y lealtad.»

Sapor y su visir caminaban separados, cuidando, sin embargo, este último, de su señor con gran solicitud; y así recorrieron toda la Siria y traspasaron sus fronteras prosiguiendo hasta penetrar en Constantinopla. Entonces el visir presentóse al patriarca (cuyo nombre quiere decir «padre de los padres»), previo el permiso correspondiente, que le fué concedido. Ya en presencia del patriarca, interrogóle éste sobre el objeto de su presentación, contestando el visir que era un inmigrante de la tierra de los gallegos deseoso de ser honrado en su servicio y de formar parte de su séquito, prometiéndole observar una conducta que le fuera sumamente beneficiosa. Fué admiti-

do desde luego por el patriarca, quien le concedió honores é hizo reconocer su dignidad y mérito entre los otros dignatarios y familiares suyos.

No obstante, lo probó, quedando admirado extraordinariamente de su poderosa inteligencia. El visir, por su parte, comenzó á estudiar el carácter y aficiones del patriarca á fin de granjearse su afecto, conviniendo en todo con él, procurando recrearle y hacerle grata su compañía, por aquello que ya fué dicho: «si quieres ganarte la voluntad afectuosa de un superior, estudia los medios de hacerte simpático y agradable al mismo, y si observas que puedes por medio de ellos conseguir su amistad y aprecio preséntate ante él; en caso contrario, ten calma hasta que conozcas que ya es prudente que los pongas en práctica, y entonces despliega la perspicacia». Estudiando el carácter del patriarca observó el visir que éste era muy aficionado á la recreación y admiración grata que causan las noticias ó historias raras y estupendas, y comenzó desde luego á narrarle toda clase de cuentos y anécdotas admirables, de tal suerte, que no

pasó mucho tiempo en su compañía para ganarse su afecto y para que se le pegara como las pestañas á sus párpados. Entretanto el visir continuaba curando gratuitamente á los heridos, adquiriendo, por tal motivo, grande ascendiente y simpatía entre las gentes, según aquel dicho: «cuando los corazones se hallan sometidos al afecto de los bienhechores, resulta éste una servidumbre; pero los hombres libres que odian la servidumbre se esfuerzan por librarse de la de sus bienhechores remunerando los servicios ó favores de éstos; mas no pudiendo conseguir esto último se ven sometidos justificadamente á dicha servidumbre.» No por esto cesaba el visir de atender á las exigencias de su rey Sapor en todo momento, hasta que el César organizó en cierto día un banquete, al cual invitó á todos los principales de su corte, según sus cargos ó dignidades, obligándoles á asistir, y amenazando al que no obedeciera. Sapor determinó asistir á dicho banquete con el propósito principal de conocer al César y espiar la situación de su alcázar, sus fortificaciones y tesoros; y, aunque el visir se

opuso á que llevara á cabo semejante resolución, que ponía su vida en peligro, no quiso Sapor obedecerle y, disfrazado de forma que él creía ocultar su personalidad, penetró en la residencia del César como uno de tantos convocados al festín. Habían llegado á oídos del César los favores que Alá había hecho á Sapor dotándole de poderosa inteligencia, grande actividad para las empresas y valor para sus campañas, lo cual le producía profunda inquietud, hasta el punto que hubo de llamar á un pintor notable, para encargarle un retrato de Sapor en ocasión de hallarse éste en consejo con sus magnates y otros detalles semejantes que fueron hábilmente dibujados. El pintor había presentado ya dicho cuadro, que el César hizo copiar sobre su tapiz, sus colgaduras y utensilios de su mesa.

En tales circunstancias entró Sapor en la residencia del César, tomó asiento en la mesa con los otros comensales llamados al banquete, y estuvo comiendo y bebiendo en copas de cristal, oro, plata y vidrio primorosamente construídas. Cerca de Sapor se hallaba sentado un sabio griego, gran fisonomista,

quien, fijándose en Sapor y notando que aquel personaje le era desconocido, comenzó á estudiar su porte, aspecto y señas particulares, observando desde luego que su aspecto revelaba cierto carácter de autoridad. Grabó en él su vista, sin apartarla un momento, cuando le fué presentado un vaso que llevaba el retrato de Sapor. Lo examinó detenidamente, reconoció la semejanza que guardaba con aquel personaje desconocido para sí, concluyendo por creer que éste era Sapor, y acto continuo agarró la copa y exclamó en alta voz: «en verdad que el retrato figurado en esta copa me sugiere una noticia admirable.» Preguntado por algunos qué noticia era ésa que adquiriría al observar aquel retrato, dijo: «guarda semejanza perfecta con uno que está sentado entre nosotros» mirando á la vez hacia el sitio ocupado por Sapor, cuyo semblante cambió de color al escuchar las palabras del sabio. Pero éste, confirmándose nuevamente en sus observaciones, las repitió levantando más la voz, que llegó á los oídos del César.

Entonces éste ordenó al sabio que se apro-

ximara para interrogarle sobre las palabras que acababa de pronunciar, y el sabio griego le notificó que el tal Sapor, representado en las copas, se encontraba sentado á su lado, señalando al mismo tiempo quién era. Al punto mandó el César prender á Sapor, y que fuera aproximado á él para que respondiera sobre la identificación de su persona. Sapor intentó negarse alegando algunas excusas, pero el sabio insistió en que aquéllas no eran dignas de fe, porque él era Sapor sin duda alguna. Entonces el César, para obligarle á confesar quién era, amenazóle con la muerte, y Sapor por temor declaró ser el legítimo rey de Persia. Esto se halla conforme con aquella sentencia: «los espíritus de los sabios penetran los pensamientos íntimos desde los primeros golpes de vista, y lo que indican las primeras observaciones viene á ser confirmado por las últimas.» «Así como los ojos son espejos en los cuales se retratan las imágenes de las cosas, cuando se hallan libres de las enfermedades que los empañan; así también las inteligencias son espejos en los que se reflejan las intenciones ú objetos, si

están libres de la enfermedad de las pasiones.» Y fué dicho: «entre las pruebas de que Alá concede á algunos ingenios la intuición de ciertas cosas ocultas, está la siguiente: que el hombre presagia algunas veces lo que va á acontecerle seguramente; y así se ve que, cuando un hombre se presenta á otro, ora sienta simpatías hacia él sin haber recibido de su parte beneficio alguno, ora le aborrezca sin que le haya causado daño, recibe después el beneficio ó el daño.»

Apenas Sapor confesó que era cierta la denuncia de aquel sabio fisonomista, fué hecho preso por el César, si bien fué tratado con liberalidad. El César mandó construir con pieles de vaca una celda que tuviera la figura de dicho animal, resultando de un tamaño mayor que el natural posible, pues fueron adaptadas siete pieles. En la parte superior de esta figura de vaca mandó abrir una puerta hacia fuera, para poder entrar ó salir de su interior, y una ventana en su parte media posterior. Hizo que trajeran á Sapor y, juntándole las manos con el cuello por medio de una argolla de oro, de

la cual pendía una cadenilla para que pudiera tomar la comida y bebida, lo encerró dentro de aquella figura. Inmediatamente el César reunió su poderoso ejército y dispuso todos los preparativos necesarios para invadir la Persia, encargando la custodia de la figura, en la cual iba preso Sapor, á 100 hombres de los más valientes y esforzados del ejército, los cuales debían trasportarla por turno, divididos en grupos de cinco números mandados por un jefe y subordinados todos ellos á las órdenes inmediatas del metropolitano (cuyo nombre quiere decir «señor del país», entendiéndose solamente del gobierno religioso y siendo como un vicario del patriarca). Aquella figura de vaca, que constituía la prisión de Sapor, era trasportada durante la campaña delante del César y, cuando el ejército acampaba, se fijaba en medio del campamento, levantando sobre ella una tienda que la cubría; á su alrededor se situaban 50 de los guardias mencionados con sus jefes respectivos, y para los 50 restantes se plantaban 10 tiendas, una para cada cinco guardias con su jefe, los cuales rodea-

ban la tienda de la figura de vaca. Próxima á ésta era fijada la tienda del metropolitano. Fuera de todas estas tiendas era construída una cocina para condimentar la comida de los guardias, que variaba según sus grados y categorías.

De este modo marchó el César al frente de su ejército muy bien pertrechado, creyendo llevar la desolación á los pueblos de Persia, y destruir todas las huellas de aquel reino, no habiendo quien le defendiese, siguiendo aquella máxima: «la firmeza consiste en engañar al enemigo (ser astuto con él), cuando dure para su imperio el viento favorable; así como la debilidad en desaprovechar la ocasión contra él mismo, cuando se amimore su poder y quede en calma el viento de su bonanza». Porque ya fué dicho: «no será inteligente para su imperio el rey que reuna estas dos propiedades: entregarse á los placeres y desaprovechar las ocasiones favorables». Puesto que el rey debe distinguirse de los súbditos por su personalidad, mas no por la pompa en sus medios ó instrumentos para la vida.

La excelencia de su personalidad consistirá en poseer las cinco propiedades siguientes: liberalidad general á todos los súbditos, vigilancia que los circunde, apartar de ellos toda violencia, inteligencia para burlar á los enemigos y constancia firme para aprovechar las ocasiones ó momentos favorables contra ellos. La excelencia del rey, respecto de los medios é instrumentos para la vida, consiste en que posea los edificios más sólidos y elevados, los vestidos más espléndidos, el tesoro más repleto, los alimentos más agradables y exquisitos, y las monturas más ágiles y excelentes. Y para que esta excelencia del rey supere á la de todos los de su categoría que le rodeen, es preciso que su alcázar, vestidos, tesoro, comida y hasta sus condiciones personales sean superiores á las de otro cualquiera. Pero la excelencia de la personalidad es superior á toda otra y la que resulta de esas cosas no hace excelente al que las posee».

Luego que el César hubo marchado al frente de sus tropas, llevando consigo á Sapor en la forma ya expuesta, dijo el visir al patriarca, que únicamente había entrado á su

servicio llevado del deseo de practicar obras buenas, y puesto que la mejor obra era dar descanso al fatigado y alguna utilidad al pobre, le permitiera acompañar al César en su expedición, pues ya conocía sus aptitudes para curar las heridas, y acaso Alá se dignaría salvar por su medio á alguna alma generosa, con lo cual él conseguiría, por intercesión de la misma, el perdón de Alá, y la santificación y custodia de su propia alma por el servicio que prestaba.

Estas palabras disgustaron mucho al patriarca, y exclamó irritado: «de ninguna manera puedo autorizar que te separes de mi compañía ni un momento; porque así como al pedirme permiso para marcharte de mi lado no pensé que tú quisieras procurarme lo que aborrezco é imponerme lo que me sería insoportable, del mismo modo pienso que tú prefieras sobre toda otra cosa mi familiaridad y amistad. Me has obligado á que piense mal de tí.» Sin embargo, no cesó el visir de suplicar humildemente al patriarca, de adularle y lisonjearle hasta que logró que le complaciera en su deseo, dándole permiso y

provisiones para el viaje y una carta de recomendación dirigida al metropolitano, en la cual decía á éste que le enviaba lo negro (fondo) de su corazón y la pupila de sus ojos y á quien él había elevado á las dignidades más altas, y consultado en todos sus asuntos arduos. El visir, llegado al ejército, presentóse al metropolitano, quien reconoció pronto los méritos que le adornaban, reteniéndole, por esta causa, en su compañía y confiándole el cuidado y defensa de todos sus asuntos. El visir desplegó desde luego todas sus artes de adulación y lisonja cerca del metropolitano, logrando pronto captarse su afabilidad y simpatía. Todas las noches le entretenía y recreaba con la narración de historias ó cuentos interesantes, elevando su voz lo bastante, para que pudiera ser escuchado por Sapor, á fin de reanimarle y significarle por medio de las narraciones las noticias y secretos que pudieran convenir á su estado y situación. Sapor, en verdad, recobró con esto la tranquilidad de su espíritu, y el visir preparaba con cuidado toda clase de artificios para salvarlo, confiando en la in-

fluencia que ejercía sobre el metropolitano, en conformidad con aquella sentencia: «el que opine que los reyes deben de ser superiores en inteligencia á los visires, se engaña, y ciertamente será desgraciado el rey que á este error junte la contrariedad ú oposición á los consejos del visir. Los visires deben tener mayor penetración intelectual que los reyes; porque éstos entienden únicamente de la administración de sus inferiores ó súbditos, mientras que los visires comprenden la administración de los reyes y la de los súbditos, viniendo á ser los primeros semejantes á aquellos animales rapaces que, si bien son diestros para cazar y agarrar su presa, son á su vez cazados por otros más poderosos, que son los que conocen mejor los medios de defensa y los artificios más ventajosos. Y así pudo decirse que el mejor de los visires es el que está preparado para cualquier asunto encomendado á su actividad y que le sea posible realizar estando dispuesto, y de este modo, al ocurrir dicho asunto, cae perfectamente dentro de la realización prevista por tal visir.

Mas el peor de los visires es aquel que, confiado en la superioridad de su inteligencia, en su poderosa sagacidad y experiencia, abandona las disposiciones ó prevenciones que deben tomarse antes de que sobrevengan los acontecimientos. Porque en tal caso se hace semejante á aquel que, debiendo pronunciar un discurso, ni lo prepara ni estudia, fiado en su elocuencia y facilidad de improvisación y, al pronunciarlo luego en la academia, se le anuda la lengua y se ve cortado en la información ó discurso. O como el guerrero que abandona el ejercicio de las armas fiado en su esfuerzo y valor personal, exponiéndose á ser vencido por su enemigo en algún encuentro».

Entre otros ardidés que había prevenido el visir fué uno de ellos negarse á comer con el metropolitano, alegando como excusa que no quería mezclar, con las provisiones que el patriarca le había preparado para el viaje, ninguna otra cosa, con cuya abstinencia esperaba la bendición del cielo, que también le serviría de alimento. Mientras fué servida la comida al metropolitano, el visir sacó parte

de sus provisiones y comió solamente de ellas.

Entre tanto el César siguió en su campaña hasta invadir la Persia, causando gran número de muertos y cautivos, torciendo el curso de los ríos, talando campos y destruyendo ciudades y fortalezas. Marchó luego en dirección á la corte de Sapor á fin de tomarla, sorprendiendo á los príncipes persas antes que eligieran nuevo rey, ya que no habían hecho más que huir ante su presencia ó á refugiarse en sus fortalezas. Llegado á la ciudad de Sapor, corte y capital del reino, llamada *Chondisapor*, sitióla con sus numerosas tropas y dirigió contra ella las máquinas de batir, sin que los príncipes persas imaginaran otra táctica de defensa que reforzar las murallas y combatir sobre ellas.

Sapor conocía al detalle el ataque emprendido contra su capital y la situación de la misma por medio de las indicaciones, alusiones y expresiones figuradas que el visir exponía en sus cuentos ó referencias al metropolitano. No se había oído á Sapor palabra alguna desde que había sido encerrado por el

César dentro de aquella figura de vaca. Pero al saber el estrecho cerco puesto por el César á la gente de Chondisapor, y que había abierto brecha con sus máquinas en los muros, estando á punto de apoderarse de la ciudad, perdió la paciencia y sospechó mal de su visir, causándole grande pena la desesperación de no verse libre de su encierro. Tal era el estado de su ánimo, cuando se presentó llevándole la comida uno de aquellos guardias á quien dijo: «ya esta argolla ha conseguido de mí todo su objeto, y me es imposible resistirla por más tiempo. Si queréis que continúe viviendo, libradme de su tormento poniendo entre mi cuello y manos vendas de seda». Cuando el guardia llevó la comida al metropolitano, notificóle las palabras pronunciadas por Sapor, las cuales fueron á la vez escuchadas por el visir, deduciendo que aquél estaba desesperado y desconfiado de él y comprendiendo los fines que se proponía. Llegada la noche de aquel día y una vez sentado el metropolitano para recrearse oyendo las narraciones del visir, anuncióle éste, que pensaba referirle en dicha noche cierta

historia admirable que ya había narrado al patriarca en tal ó cual tiempo, antes de separarse de su compañía.

El metropolitano manifestó gran deseo de escuchar á hombre tan sabio y religioso, y comenzó éste su historia con suma complacencia y levantando la voz para que pudiera ser oído por Sapor. Dijo así: había entre nosotros, en Galicia, dos jóvenes esposos; ella de hermosura extraordinaria; el marido era conocido por un nombre que traducido significa «Ojo de su familia», y la mujer por otro, cuyo significado es «Señora del fuego». Ambos vivían en perfecta armonía estrechados por grande amor recíproco y sin contrariarse en nada. Pero un día «Ojo de su familia» tomó asiento con algunos amigos y se comenzó á hablar de mujeres, y uno de aquéllos ponderó la belleza y elegancia admirables de una llamada «Señora del oro», tan extraordinariamente, que «Ojo de su familia», al escucharle, experimentó dentro de su corazón grande inclinación ó deseo de aquella mujer tan celebrada por su hermosura, y preguntó al amigo por el lugar en que

habitaba, respondiendo aquél que vivía en un pueblo distinto del que se encontraban llamado tal ó cual. Siguió después reflexionando sobre aquella mujer hasta que sintió herido su corazón de amor y vehementes deseos de poseerla, según ya fué dicho: «el marido es como la inteligencia, la esposa como la voluntad y la casa como el cuerpo; porque así como la inteligencia, cuando domina por completo todos los movimientos de la voluntad, hace que ésta procure solamente el buen estado del cuerpo, así también la esposa, dominada enteramente por el marido, se ocupa tan sólo del estado perfecto de sí misma, de su casa, de sus hijos y de su marido, resultando todos felices. Por el contrario, si existe dominio de la voluntad sobre la inteligencia, la cooperación de aquélla es viciosa, y sus deseos, malos, sucediendo otro tanto en la mujer que domina á su marido».

«Ojo de su familia» marchó al lugar en donde habitaba «Señora del oro», preguntó allá por la casa que ocupaba, y averiguada ésta, no cesó de acechar los alrededores hasta que consiguió ver á la mujer, que le pare-

ció admirable, si bien no era tan bella como su propia mujer, según aquella sentencia: «es propio del alma el deseo de cambiar en sus situaciones; cuando recibe el ser sufre un cambio uniéndose al cuerpo, luego, otro, entregándose al mundo del vicio. Ahora bien, el ser que comienza con un cambio y acaba con otro, debe tomar la condición más conveniente á la mitad de su camino. Así «Ojo de su familia» sostuvo fuerte lucha dentro de su alma, y concluyó por encontrar agradable la contemplación de «Señora del oro,» frecuentando á este fin sus merodeos á la casa en donde aquélla habitaba y gozándose de verla.

Mas advirtiéndolo el marido, hombre celoso, de carácter duro y cruel, y dotado de gran fuerza, llamado el Lobo, el cual se apostó en lugar conveniente para el acecho, esperando que pasara «Ojo de su familia», y en cuanto lo tuvo cerca de sí, le mató el caballo, rasgó sus vestiduras, le asió dándole golpes, y llamó en ayuda á algunos amigos, quienes cargaron con «Ojo de su familia» y le encerraron en la casa de el Lobo

amarrándole á la columna de una de las habitaciones. El Lobo confió la custodia del mismo á una vieja manca, sin nariz, tuerta y de aspecto repugnante. Llegada la noche, la vieja encendió fuego y comenzó á calentarse cerca de «Ojo de su familia» quien, suspirando profundamente, recordaba cuánto había sido el bienestar, las comodidades y la fortuna en que había vivido. Entonces la vieja acercóse más, preguntándole qué pecado ó falta había cometido para merecer tanta humillación y adversidad. «Ojo de su familia» respondió que ignoraba la falta en que hubiera incurrido; mas aquélla replicó: «eso mismo respondió el caballo al puerco, pero éste no le creyó, sino que examinando detenidamente el asunto, descubrió la verdad oculta, y el caballo tuvo que confesar cuán cierto era el pensamiento de aquél.

Excitado por la curiosidad, «Ojo de su familia» suplicó á la vieja que le hiciera favor de referir cómo había sucedido aquello, y ésta accedió diciendo: «cuéntase que un señor valeroso, poseía un caballo al que trataba con grande esmero, acariciándolo fre-

cuentemente, proporcionándole pienso excelente y multiplicando sus cuidados, sin apartarse un momento del lado del mismo. Todas las mañanas lo sacaba á la pradera, le quitaba allí la silla y la brida, le aflojaba la muserola, y el caballo se revolcaba á placer, y pacía hasta que el sol se elevaba y entonces volvíalo á la casa. Pero en uno de aquellos días de salida á la pradera, al apearse el caballero y poner los piés en tierra, espantóse el caballo y, mordiendo fuertemente el bocado, se lanzó á galope ensillado y con la brida puesta. Anduvo el caballero en su busca todo el día, logrando encontrarlo por fin á la puesta del sol; pero el caballo, apenas divisó á su dueño, huyó desapareciendo de su vista, teniendo éste que volverse á su casa, perdida la esperanza de apoderarse de su caballo. Había cesado el caballero de buscar al caballo cuando sorprendió á éste la oscuridad de la noche y comenzó á sentir deseo de paecer y quiso revolcarse, mas la brida y la silla, que llevaba puestas, se lo impedían: después intentó recostarse sobre sus costados, pero también esto le era imposible con los estri-

bos, por lo cual pasó muy mala noche.

Al amanecer se alejó buscando á alguien que le aliviara en sus sufrimientos y apareció un río cerrándole el paso; mas resuelto á ganar la orilla opuesta, entró en el mismo viéndose obligado á nadar, cuando llegó á faltarle fondo. Su cincha y pretal eran de cuero con poco tanino, y al salir del río, el sol los secó é hizo encogerse aumentando la presión y fatiga que ya sufría á consecuencia del hambre. En tal situación pasó algunos días hasta que, agotadas sus fuerzas por el trotar de la marcha, se vió precisado á hacer alto. Entonces pasó cerca de él un puerco que, comprendiendo que el caballo se moría sin remedio, é inspirándole compasión su flaqueza y debilidad, comenzó á hacerle preguntas sobre su historia y condición. El caballo manifestó al puerco cuánto venía sufriendo por causa de la presión de la brida, de la cincha y del pretal, suplicándole al propio tiempo que le hiciera favor de salvarle de estado tan afflictivo. El puerco preguntó al caballo cuál había sido su falta por la que hubiera merecido aquel castigo, excusándose

éste de no haber cometido falta alguna. Mas el puerco, no dando crédito á sus palabras, exclamó: «de ninguna manera, lo que hay es que tú eres un embustero ó un ignorante de tu falta, y si eres ¡oh caballo! lo primero, no debo salvarte de la asfixia, ni proporcionarte favor alguno, porque ya fué dicho: «cuando veas á uno, entregado por completo á su depravación, abandónale á ella, pues su propio carácter le hace ser tenaz en mantenerse en su estado, y una prueba de la depravación de un individuo es su cualidad de embustero, porque la mentira altera y destruye la verdad en la narración de los hechos y tiende á la negación pura y á representar el no ser como ser, y lo incierto como cierto; todo lo cual se graba también en el espíritu de aquel que es seducido por ella al confiarse ó dar crédito á sus palabras. Por esta razón se dijo: «evita la compañía ó trato con los dotados de carácter depravado, para que no te inclinen á su condición sin que lo adviertas», según aquella otra sentencia: «no busques el trato del malvado, ni procures sus demostraciones de amistad sincera, porque su carácter será más

verdadero para sí mismo que para tí, y no te lo descubrirá». Mas si eres, ¡oh caballo!, continuó el puerco, ignorante del delito que te ha hecho merecer ese castigo, tu ignorancia es más grave que el propio castigo; porque el que ignora sus faltas y persevera en ellas no tiene salvación posible. Por esto ya fué dicho: «apártate del ignorante, porque éste mata á su propio espíritu, y tú no puedes ser para él más querido que su misma persona»; según aquella sentencia: «no hay nada más semejante á la mentira que la ignorancia; porque el mentiroso finge olvidar la imagen ó realidad que impresionó sus sentidos, y se imagina la contraria hasta imprimirla en su inteligencia, negando así la verdad con propósito deliberado. Y el ignorante entiende las cosas al contrario de como son ó se ofrecen á sus sentidos, y afirma lo malo como bueno, ó viceversa, diferenciándose del mentiroso en que éste afirma lo que sabe que es erróneo, y aquél no lo sabe, y por esto comete contra sí mismo y contra los demás una falta más grave que el mentiroso». El caballo, no obstante, replicó al puerco, que

no debía abstenerse de practicar el bien.

A lo cual contestó el puerco que no desistía de tal cosa, pero que, siguiendo aquella máxima que dice: «el inteligente prefiere para practicar el bien, como el labrador para las semillas, una tierra excelente que las haga fructificar», deseaba oírle referir antes cuanto le había sucedido desde el principio de su aflicción, y cuál era su situación anterior, para saber á qué atenerse.

El caballo informó al puerco de todo lo ocurrido, su situación anterior, la fuga y peripecias dolorosas que había sufrido hasta reunirse con él, y después de oír todo esto, dijo el puerco: «ya entiendo claramente que has sido un ignorante de tu falta, la cual se compone de seis: 1.<sup>a</sup> haber abandonado á tu señor, que te dispensaba buen tratamiento y te daba todo lo necesario; 2.<sup>a</sup> tu ingratitud á la generosidad del mismo; 3.<sup>a</sup> tu resistencia para volver á él, cuando te buscó; 4.<sup>a</sup> la usurpación de lo que no es tuyo, á saber, la silla y la brida; 5.<sup>a</sup> el daño que tú mismo te has causado entregándote á una vida salvaje, sin sociedad, y que no puedes resistir, y 6.<sup>a</sup>

la persistencia en tu delito y permanencia en tu error. En consecuencia, debes volver á tu señor y pedirle perdón por tu descuido é ignorancia, antes que consuman tus fuerzas la brida, por el hambre que te ocasiona, y la cincha, por su opresión. El caballo acabó por confesar al puerco que realmente le había hecho reconocer sus faltas, y le había despertado del olvido y ceguedad producida por el velo de la ignorancia, y le suplicó nuevamente que lo soltara y dejara libre, porque así podría, haciendo un esfuerzo, realizar su deseo. Entonces el puerco exclamó: ciertamente, si observas y consideras atentamente esta providencia, te censuras y te reconoces culpable, y eliges el castigo de tu ignorancia, empleando la prudencia que debes practicar, te haces merecedor de que yo te salve de tu desgracia, conforme á lo que se cuenta que escribió nuestro Padre Lucas sobre la entrada de su ermita: «no aprovechará nuestra sabiduría, sino á aquél que se reconozca á sí mismo y se conforme con su destino. Quien posea esta cualidad puede entrar, de lo contrario que se vuelva hasta que la obtenga.»

Después el puerco cortó las riendas del caballo por la parte de las mandíbulas, y cayeron aquéllas; luego la cincha, quedando aquél completamente libre.

Escuchado por «Ojo de su familia» la narración de la vieja, reconoció la verdad de su enseñanza y el buen ejemplo que le daba para comprender su estado, y le agradeció muchísimo los consejos y advertencias tan saludables que de ella recibía. Enseguida le refirió su historia y le suplicó que le hiciera el beneficio de salvarlo, como el puerco había hecho con el caballo. Mas la vieja repuso á esto: tú, en verdad, careces de la experiencia y conocimiento de muchas cosas. El favor que pides me es imposible en las circunstancias actuales; pero si tienes paciencia, quizá halle algún consuelo para tí y medio de librarte de tu situación aflictiva.

Al llegar el visir á este punto de su narración, acercóse al metropolitano y díjole que sentía dolor de cabeza y cierta debilidad general en sus miembros, siéndole imposible, por tal causa, terminar la historia en aquella misma noche, pero que en la próxima quizás

se encontraría bien dispuesto para referirle el desenlace, á satisfacción suya. Y se retiró á dormir.

Entonces Sapor se quedó meditando sobre la historia referida por el visir, y al examinar las semejanzas que podían afectarle, comprendió que él era significado por su visir en el personaje llamado «Ojo de su familia» al decir de éste que era un príncipe caballero; que su reino de Babilonia estaba representado por «Señora del fuego», porque sus súbditos adoraban el fuego; los pueblos del imperio por «Señora del oro», y el César por el Lobo, como esposo de «Señora del oro»; que el visir, por medio de aquellas sentencias de los sabios, se proponía hacerle conocer el castigo de su codicia y de haberse expuesto á perder la vida, oponiéndose á sus consejos; que el propio visir se representaba en su condición, escaso valimiento, tristeza y deshonor de servir al metropolitano recreándole y adulándole, por medio de aquella vieja manca, sin nariz, tuerta y de aspecto repugnante, significándole, por todo ello, que no podía salvarlo por entonces, pero que seguía

procurando su fuga. Hechas estas observaciones, Sapor se tranquilizó algún tanto, y reiteró su confianza en el visir, experimentando alguna alegría durante el resto de aquella noche y el día siguiente.

A la noche inmediata, después que el metropolitano hubo cenado y tomado el asiento que ocupaba ordinariamente para su recreo, dijo al visir, á quien consideraba como varón tan religioso y sapientísimo, que le contara el resultado y desenlace de la desgracia de «Ojo de su familia», y si, por ventura, la vieja consiguió librarlo de las ligaduras de el Lobo, por cuyo conocimiento sentía vivo interés, puesto que ya veía que se encontraba en perfecto estado de salud. El visir obedeció la orden del metropolitano, y acercóse á él prosiguiendo su narración de este modo: «Ojo de su familia» permaneció atado toda aquella noche, y al amanecer entró el Lobo amenazándole con la muerte, y después de añadir á sus anteriores ligaduras una cadena muy pesada para sujetarle los piés, salió de allí. «Ojo de su familia» pasó aquel día con alguna esperanza de salvación; mas

al ver que se cerraba la noche, se entristeció y afligió sobremanera, y comenzó á sollozar y llorar hasta que entró la vieja, la cual, después de encender fuego y calentarse, se acercó á aquél exhortándole á que tuviera valor y paciencia, que recordara las desgracias de otra gente y la imitara en la resignación, lo cual le serviría de consuelo. En verdad, contestó «Ojo de su familia», se ha dicho: «es fácil al libre lo que es imposible al cautivo».

Mas la vieja replicó: ¡oh joven! tus pocos años te impiden observar muchas cosas de la vida real y voy á referirte un suceso que te sirva de consuelo. «Ojo de su familia» manifestó gran deseo de escuchar la narración de la vieja, y ésta dijo así: «Cuéntase que un comerciante tenía un hijo único á quien amaba con delirio. Un amigo del padre regaló al hijo una gacela recién nacida, á la cual se aficionó éste con todo el cariño sencillo propio de los niños, hasta el punto que apenas se separaba de ella un momento. La familia del niño ponía adornos primorosos á la gacela, y la aplicaban á una cabra para que se amamantara de ella, hasta que

llegó á hacerse fuerte y comenzaron á apuntarle los cuernos. El niño, admirado de la negrura y brillantez de éstos, preguntó al padre qué era aquello que tenía la gacela; y aquél le explicó que eran los cuernos, los cuales crecían y se prolongaban tomando tal ó cual forma determinada. No satisfecho el niño con aquella explicación, manifestó á su padre el deseo que sentía de ver una gacela ya crecida, que tuviera los cuernos en todo su desarrollo. Al instante fué cazada para el niño, por orden del padre, una gacela de dos años, que ya había alcanzado su total crecimiento, y al verla aquél, quedóse admirado y la recibió con grande júbilo. La familia la adornó también y la proporcionaba excelente trato. La gacela se familiarizó y mostróse afable desde luego con la gacelilla anterior, la cual manifestó á su compañera la creencia en que había vivido, antes de verla, de que no tuviera semejantes en el mundo: pero que su vista le hacía sospechar que pudieran existir otras más. La gacela reveló á aquélla la existencia de otras muchas semejantes á ambas; la situación, vida sal-

vaje y aislamiento de las mismas en los bosques de la tierra, huyendo siempre de la gente; sus pastos abundantes; las veredas para ir á beber agua; sus amores y generación. La gacelilla experimentó gran deleite al escuchar las palabras de su compañera, y manifestó vehemente deseo de ver y estar con aquéllas sus semejantes.

En vano la gacela se opuso al deseo de aquélla mostrándole que de ningún modo le era conveniente realizar su propósito; porque habiendo crecido en medio de comodidades y de una seguridad de vida, como nunca ya había de conocer, seguramente llegaría á arrepentirse de la ejecución de sus propósitos, en conformidad con aquella sentencia: «los deseos en la carestía son un consuelo del alma, mas en la abundancia son un desenfreno y ambición, y no conviene al inteligente tener más deseos que aquellos que puedan consolarlo en la soledad, y alegrarlo en la tristeza; pues entregarse al dominio absoluto de los mismos es como dejarse dominar por los inferiores del pueblo, cuya tendencia es convertir á los príncipes en plebe-

yos y confundir á los notables entre el vulgo, alterando la manera recta de conducirse en la vida.» La gacelilla, no obstante, obstinóse en marchar á juntarse con sus semejantes, y viendo la gacela que era imposible hacerla desistir de su propósito y temiendo que pudiera caer en las manos de un cazador antes de conseguirlo, porque careciendo de experiencia no había de saber guardarse de los artificios de la vida, no tuvo más remedio que seguirla y acompañarla, cumpliendo así un deber de amistad mutua.

Esperó, pues, la gacela el momento posible para la fuga, y ambas salieron juntas hasta llegar á una extensa llanura. Al contemplarla, la gacelilla saltó de gozo y contento y partió á toda carrera, sin que nada la contuviera, viniendo á caer en un barranco angosto y escarpado por un torrente, en el cual quedó apresada esperando en vano que llegara su compañera á salvarla, puesto que ésta no acudió y tuvo que quedarse allí. Entretanto el hijo del comerciante, al echar en falta á las gacelas, se entristeció tanto, que el padre, á fin de consolarle, convocó á todos los

cazadores de la comarca y, exponiéndoles lo que sucedía, les encomendó que buscaran las gacelas y prometió una crecida gratificación al que las presentase. Estos registraron tanto la llanura como los montes de aquella tierra en busca de las gacelas. El mismo comerciante, dejando junto á las puertas de la ciudad á los criados de su séquito, para que esperasen á los cazadores que podían presentarse, montó en su cabalgadura y salió con dos de los criados hasta llegar al llano, desde el cual vieron á lo lejos á un hombre que traía un objeto consigo. Aceleraron el paso hacia aquél y notaron que era un cazador, que después de atar una gacela, se disponía ya á sacrificarla. Conforme á la sospecha concebida por el comerciante, apenas pudo observar al cazador, resultó que la gacela que tenía era la misma que él buscaba, logrando rescatarla de manos del cazador, pues hizo que los dos criados se adelantaran, quienes registraron al hombre y le encontraron los adornos que aquélla llevaba. El comerciante interrogó al cazador sobre la manera y lugar en donde se había apoderado

de la gacela, contestando éste que había estado de caza toda la noche anterior, plantando al efecto una red y quedándose próximo á ella, y que al amanecer había aparecido aquella gacela con otra menor; ésta había pasado corriendo y retozando por un lado fuera de la red, pero la mayor había entrado en la red; y apoderándose de ella se dirigía él hacia la ciudad; pero al llegar á aquel sitio, pareciéndole mal entrar en la ciudad con la gacela viva, por temor de ser reclamado, si era visto con los adornos que aquella traía puestos, había preferido sacrificarla é introducir únicamente su carne; que esto era todo lo que podía notificarle.

«Tu avaricia, exclamó entonces el comerciante, es la causa de que hayas sufrido un desengaño y éxito desgraciado; ¿cuánto más te hubiera valido que, dejando en libertad á la gacela, ésta escapara y tú te apropiases su collar y adornos?» En verdad fué dicho: no termina su camino el glotón sin que lo detenga una acción sucia, ni el avaro sin que le cierre el paso la angustia». ¿No ves, por ventura, que aquel á quien la avaricia induce á

comerse un bocado que repugna á su estómago, se expone á la suciedad de devolverlo y á sentir después aflicción por haberlo desperdiciado». «Enseguida el comerciante envió la gacela con un criado á su hijo, y mandó al cazador que tornara, para mostrarle el sitio por donde había visto pasar corriendo la gacelilla. Vueltos á dicho sitio, comenzó el cazador á inspeccionar las alturas que dominaban la planicie, mientras que el comerciante seguía su camino por ella. Por fin escuchó éste los lamentos de la gacelilla y, reconociéndola por la voz, comenzó á llamarla. La gacelilla siguió gritando con mayor esfuerzo, y el comerciante, guiado por la dirección de donde partían los gritos, llegó hasta el lugar en que se encontraba, viéndola apresada en el barranco. La cogió y llamó al cazador, á quien despidió, entregándole algunos *dir he-mes*. Inmediatamente volvió el padre con la gacelilla á donde se hallaba su hijo, que recobró toda su alegría. Pero desde entonces la gacelilla huía de su compañera siempre que la veía, y procuraba evitar su encuentro, hasta el extremo que si alguna vez coincidían

en un sitio casualmente, se apartaba de ella, revelándole gran aversión. Esto turbó la alegría del niño, é hizo observar á su familia las gacelas hasta que se enteraron del estado tirante de las relaciones, y amistad de las mismas, y que era imposible reconciliarlas. Mas, un día, hallándose la gacelilla en la casa, entró su compañera y la recriminó y censuró por la aversión que le manifestaba y por su obstinación en mantener rotas sus relaciones amistosas. «Me hiciste traición, respondió la gacelilla, cuando mayor necesidad he tenido de tu ayuda y socorro». La gacela alegó que no le había hecho traición, ni la había engañado, y que ella más bien era la que faltaba al reconocimiento de su buena fé, ya probada, de que nunca se hubiera retardado en salvarla de cualquier peligro posible de evitar, á no haberse visto incapacitada para acudir en su auxilio; y refirió á la gacelilla cuanto le había acontecido al caer en la red del cazador. La gacelilla confesó su error, y se reconciliaron, renovándose la amistad. «Ojo de su familia», oída la narración de la vieja, dedujo que ésta quería significarle su im-

potencia para salvarlo, y perdió toda la esperanza que en la misma había depositado.

Al llegar el visir de Sapor á este punto de su historia, se calló nuevamente, y viendo esto, exclamó el metropolitano: ¡oh sabio y piadoso! ¿á qué causa es debido tu silencio? ¿por ventura quieres suspender la narración del fin que tuvo «Ojo de su familia», de lo que sufrió de parte de el Lobo, y de la conducta de la vieja con el mismo? El visir respondió que, en efecto, había resuelto callarse sobre el particular, porque sentía fatigados sus miembros. Pero insistiendo el metropolitano que, al tomar semejante determinación, no podía menos de desagradarle, que más bien debía resistir aquella noche, ya que él tanto le agradecía su afabilidad, para narrarle aquellas historias tan agradables, accedió el visir á satisfacer su deseo, anunciándole que, al conocer las noticias admirables y detalles curiosos y sorprendentes que se disponía á referirle, seguramente experimentarían extraordinario entusiasmo, y prosiguió de esta suerte: luego que «Ojo de su familia» hubo escuchado el cuento de la vieja

y traducido su significación, desconfió de ella y pasó aquella noche en el más triste estado de ánimo. Al amanecer entró el Lobo, quien le dió golpes, le pateó, le dirigió palabras infamantes, le amenazó con la muerte, agregó otra cadena á sus pies, y después de anunciarle que nadie podía prestarle auxilio, ni ponerlo en libertad, salió de allí. Todo aquel día estuvo muy abatido «Ojo de su familia» y anhelando algún consuelo; al comenzar la noche, aumentóse su aflicción, asaltándole los presentimientos más terribles. En vano esperaba que la vieja se sentara á su lado para referirle alguna historia que le sirviera de consuelo. Esta no hacía otra cosa que entrar y salir repetidas veces de la estancia de «Ojo de su familia», sin detenerse apenas en ella. La observación de todo aquello comenzó á infundirle sospechas ó malos pensamientos respecto de la vieja, y creyendo, como cosa segura, que el Lobo entraría á matarle aquella misma noche, rompió á llorar hasta que, pasadas las primeras horas de ésta, preguntó á la vieja por qué causa no se mostraba tan afable con él, como otras noches, re-

firiéndole alguna historia, ni se sentaba siquiera á su lado. Entonces la vieja se acercó, diciéndole: «la narración de los motivos por los que estoy manca, sin nariz, tuerta y deforme no ha de proporcionarte ningún tormento, y va á ser el comienzo de tu salvación, gracias debidas á Alá, á quien te confiarás para conseguirlo; porque el salvarte de la desgracia es más grave que la propia desgracia, para que luego digas que es fácil al libre lo que es imposible al cautivo, puesto que si consideras mi condición interna por mi aspecto exterior, reconocerás, en verdad, que mi cautiverio es más duro que el tuyo, luego que escuches mi historia.

Sabe, oh joven, que yo fuí esposa de un caballero bueno y cariñoso, que tuvo gran pasión por mí y en su compañía pasé una vida próspera y feliz durante largo tiempo, dándole hijos varones y hembras, que crecieron y se educaron en medio de comodidades y riquezas. Pero el rey irritóse contra mi esposo por cierto cargo que resultaba contra él y le dió muerte juntamente con los hijos varones, y á mí y á mis hijas nos ven-

dió separadamente. Me compró este caballero que te trata tan injustamente, y me trajo á este pueblo, en donde me maltrató y me impuso trabajos que no podía soportar, multiplicando mis penas sin culpa mía, debido exclusivamente á su carácter duro y cruel. En vano le pedí muchas veces que se compadeciera de mí, imploré la influencia de sus hermanos y amigos para que fuera más suave conmigo ó me vendiera; mas estas súplicas é intercesiones no sirvieron sino para avivar su dureza y crueldad contra mí, y en tal situación pasé siete años. Pasados éstos logré escapar, pero me persiguió y prendió y me cortó las narices. Siguió maltratándome y yo reiteré mis súplicas é intercesiones, pero se mantuvo en el mal juicio que de mí se había formado, trascurriendo otros siete años, al cabo de los cuales volví á escaparme; mas me cogió otra vez y me sacó un ojo reanudando mi opresión, por espacio de otros siete años. Luego escapé por tercera vez y volvió á prenderme, y cortándome una mano me dijo que únicamente me dejaba ya aquellos miembros del cuerpo que podían servir de alguna uti-

lidad, un ojo y una mano; que si volvía á fugarme me cortarían un pie, quedando solamente con un ojo para vigilar y una mano para trabajar. Lanzó terribles juramentos por la ejecución de su amenaza y hoy continúa en su opresión y tiranía conmigo. Pero yo estoy resuelta á salvarte en esta misma noche, aunque tenga que causarme la muerte con mi propia mano, porque estoy deseando acabar con mi situación tan aflictiva, y esas entradas y salidas de la estancia que me has visto repetir, son motivadas únicamente por el temor y espanto que me produce la idea de la muerte, pero ya no la temo.»

Dicho esto, la vieja rompió las cadenas de «Ojo de su familia», cortó sus ligaduras y empuñó un cuchillo para darse muerte. Pero aquél reconociéndose obligado á no abandonarla á la muerte, le arrancó el cuchillo de la mano, diciendo: «ten valor, huye conmigo para salvarnos ó perecer juntos.» «Mis muchos años, respondió la vieja, y la debilidad de mis fuerzas no me permiten seguir y huir contigo.» Mas insistiendo «Ojo de su familia» en que la noche era bastante

larga, que se hallaba próximo el lugar en que podrían considerarse seguros, y que él, en último extremo, tenía fuerzas para trasportarla, consintió en la fuga diciendo que no necesitaba que cargara con ella, ni temía ya obstáculo alguno. Ambos salieron juntos, y la noche duró todavía lo bastante para que pudieran llegar á sitio seguro. «Ojo de su familia» recompensó liberalmente á la vieja por el beneficio tan grande que le había hecho y tratóla con tal respeto y veneración, que la obedeció en todo cuanto le ordenaba. Y no tengo, concluyó el visir, más noticias acerca de esta historia. Terminada la narración exclamó el metropolitano: ¡oh sapientísimo! ¡cuán admirables son tus narraciones! Renuncio ya á separarme jamás de tí, y deseo más bien que se prolongue mi expedición para aprovecharme y gozar largo tiempo de tu afable compañía, porque ya hallo más agradable mi aislamiento de las gentes y el vivir sólo á tu lado.»

Luego ambos se acostaron y Sapor pasó aquella noche considerando la historia referida por su visir, y dedujo, meditando sobre

sus semejanzas, que él estaba representado por la gacelilla y su visir por la gacela de dos años; que la salida de aquéllas hacia el desierto y la caída de la gacelilla en el barranco figuraba su expedición acompañado del visir, hasta caer prisionero del César; y que la aversión de la gacelilla respecto de su compañera significaba los malos pensamientos que había tenido de su visir, por la tardanza de éste en salvarlo de la prisión. Sapor comprendió también que el visir estaba ya decidido á libertarle y á escapar con él durante la noche hacia la ciudad que se hallaba próxima, y que le trasportaría sino podía caminar; por lo cual ya no dudó que se acercaba el momento de la alegría.

En efecto, llegada la noche siguiente, el visir puso en juego todos sus artificios hasta que logró penetrar furtivamente en la tienda en que se cocía la comida para el metropolitano cuando los guardias encargados especialmente de la vigilancia de Sapor ya estuvieron vacantes ya de servicio, y echó en todos los alimentos adormideras de poderoso efecto.

Quando el metropolitano se presentó á

comer, se encontraba ya el visir comiendo solo de su provisión y mayor ración que de ordinario. No habría trascurrido todavía una hora, cuando ya un sueño profundo se había apoderado de todos los guardias, quienes comenzaron á tirarse por tierra, unos, en sus mismos puestos de guardia, y otros en sus dormitorios. Entonces el visir corrió y abrió la puerta de la prisión de Sapor, le sacó, soltóle las ligaduras del cuello y manos y, guardando el mayor sigilo y precaución, consiguió ponerle fuera del campo ocupado por las tropas imperiales, en dirección á las suyas que se hallaban dentro de la ciudad. Al llegar á las murallas, los centinelas diéronles voces de alto; mas el visir se adelantó, y les ordenó que bajaran la voz, descubriéndose á ellos y notificándoles la salvación de su rey. Inmediatamente los centinelas corrieron hacia ellos y los introdujeron en la ciudad. Este suceso reanimó mucho el espíritu de los habitantes, á quienes mandó reunirse Sapor, para distribuirles armas y ordenarles que estuvieran prontos al combate, que al primer toque de tambores de los bizanti-

nos saldrían de la ciudad, en orden de batalla y preparadas las armas, al encuentro de éstos, para que al segundo toque del enemigo pudieran cargar todos á la vez, cada escuadrón contra el grupo enemigo más próximo. Todos obedecieron las órdenes de Sapor, quien se puso al frente de un escuadrón numeroso para atacar con él al enemigo más inmediato al sitio del campo ocupado por el César.

En efecto, apenas sonaron los tambores enemigos por segunda vez, las tropas de Sapor acometieron por todas partes, dirigiéndose él mismo contra la tienda del César. No estaban los bizantinos preparados para rechazar aquella acometida, por considerar á los persas incapaces de tomar la ofensiva, ni de abrir siquiera las puertas de la ciudad, y no se apercibieron hasta verse sorprendidos por éstos. Sapor hizo cautivo al César y se apoderó de los tesoros y botín de su ejército, del cual únicamente lograron escapar los más esforzados. Regresó á la ciudad; distribuyó el botín entre sus tropas; concedió honores y recompensas á los habi-

tantes de aquélla, según la parte y esfuerzo de cada uno en la defensa del reino; y encomendó el gobierno y dirección de todos los asuntos al visir que lo había libertado. Luego mandó que le presentaran al César á quien trató con suma cortesía y benevolencia, diciéndole: te perdono la vida como tú has hecho conmigo, y no quiero someterte á la estrecha prisión en que me has tenido; únicamente te exijo que restaures todo lo que hubieres desolado en mi reino, que reconstruyas lo que hayas destruído, y en lugar de las palmeras que has cortado en mis tierras plantarás olivos; también pondrás en libertad á todos los persas que se hallen cautivos en tu imperio. El César aceptó estas condiciones y las cumplió fielmente. Cuando se llegó á la reparación de las brechas abiertas en los muros de la capital, ordenó Sapor al César que aquéllas fueran cerradas únicamente con argamasa del imperio bizantino: el César envió súbditos para que trasportaran dicha argamasa á Chondisapor, con la cual fueron restaurados los muros. Satisfechas por el César las condiciones impuestas, Sapor le tri-

butó honores y le dejó marchar libremente hacia la capital de su imperio, diciéndole: «haz tus preparativos y aprestos y dispón tus tropas á la defensa, porque pienso invadir tu imperio en plazo breve.»

Considera, hijo mío, el ingenio é interés grande de este visir para conseguir la salvación de su rey en todo asunto gravísimo; y pon todos los medios posibles para procurarte un semejante á aquél en inteligencia y manera de conducirse.

Semejantes fueron también el visir de Chodaima Alábras, es decir, Cáiser hijo de Sad y Azaba hija de Malih, según refiere Hixem hijo de Mohámed Alquelbi, quien á su vez lo había escuchado á su padre. Fué Chodaima hijo de un rey de Alhira <sup>4</sup> y comarcas vecinas, en las que imperó durante 60 años; no obstante que la lepra cubría todo su cuerpo, fué rey esforzado, temido por vecinos y no vecinos y tan respetado por sus árabes que por no decirle leproso le llamaron Alábras, es decir, el Abigarrado. Salió contra

---

<sup>4</sup> Nombre de una antigua ciudad de Babilonia no lejos de Cufa.

Malih hijo de Albará, rey de Alhadar, reino situado como dique entre el Bajo Imperio y la Persia, del cual hace mención Adí hijo de Zeyad en este verso:

Es hermano de Alhadar, pues lo construyó y el Tigris y el Jabur le rinden su tributo.

Chodaima dió muerte á éste, cuya hija huyó á Siria, haciendo alianza con los griegos. Era ésta muy elocuente y de valor comparable al de un rey esforzado y de grandes pensamientos; de ella dice Abenalquelbí que era la más bella de las mujeres de su época, que su nombre propio era Faria, mas, por tener su cabellera tan crecida que, extendida y echada á la espalda, la cubría por completo, era llamada Azaba (*la cubierta de pelo*) y dice, además, que abrazó la religión de Jesús, hijo de María, después de la muerte de su padre.

Con gran actividad reunió hombres, prodigando al efecto sus riquezas y volvió á la corte de su padre y de su reino, arrojando de ella á Chodaima, el Abigarrado, y edificando junto á las orillas del Eufrates dos ciudades, una enfrente de otra, al Oriente del mismo, para poder retirarse y hacerse fuerte en ellas

cuando la oprimieran los enemigos. Había renunciado al matrimonio y consagrado á Dios cuando, hecha la paz con Chodaima, tuvo éste deseo y propósito de casarse con ella, y reunió á sus nobles para consultarles sobre el asunto. Entre éstos tenía Chodaima á su primo Cáiser hijo de Sad, hombre de grande inteligencia, que era el dueño de todos los asuntos de aquél, y amante de su dignidad. Todos los nobles callaban y únicamente Cáiser habló al rey en estos términos: «quizá ese propósito, oh rey, sea una maldición para tí; porque la Cubierta de pelo ha renunciado á los hombres y ha consagrado á Dios su virginidad; no desea hombre alguno, ni siente interés por los grandezas ó tesoros; tan sólo tiene una venganza contra tí, y la fuerza de la sangre no se calma, únicamente te dará alguna tregua por deseo ó por temor; mas el rencor es una enfermedad del corazón, en el cual se halla oculto, como el fuego en las piedras, el cual si se las golpea con el eslabón, brilla, y no se hace visible si son abandonadas. De aquí que al rey convenga estar á larga distancia de las hijas de los re-

yes, sus iguales, y á éstas ponerse un velo que las oculte de aquél. Ya Alá te ha sobrepuerto al ambicioso á quien puso debajo de tu poder, engrandeciendo tu dignidad sin que nadie se te sobreponga.»

«Oh Cáiser, respondió Chodaima, tu opinión es, en verdad, acertada, y firmes tus palabras; pero mi alma está apasionada y se inclina ardentemente hacia aquella á quien ama y desea, y tengo poder para conseguir mis propósitos, sin temor ni circunspección. Inmediatamente envió el rey emisarios á Azaba para revelarle el deseo y amor que sentía por ella. Luego que éstos marcharon y escuchó Azaba, por boca de los mismos, las palabras de Chodaima, comprendiendo la sinceridad de las mismas, respondió que consideraba agradable y correspondía favorablemente á la proposición que venían á ofrecerle, aparentando al mismo tiempo gran contento y deseo, aceptando las arras y elogiando la dignidad del rey en estas palabras: «en verdad, que, no obstante haber renunciado á este asunto temiendo no encontrarme un igual, ya que el rey estaba sobre mí y yo bajo su

poder, acepto su petición y deseo, y, puesto que servir á los hombres es lo más bello, iré y me presentaré ante él.» Y mandó á Chodaima varios presentes: siervos, criados, caballos, armas, joyas, camellos, ganados, y muchos vestidos y monedas de oro y plata.

Al regresar los emisarios quedóse el rey admirado de la respuesta tan favorable dada por Azaba, y experimentó grande satisfacción y gozo al ver los presentes que aquélla le enviaba, considerándolos como la prueba última del buen deseo de aquélla. Se enveneció por esta causa y mostróse colérico con los nobles y familiares de su corte, incluso con Cáiser su tesorero. Asoció al trono, como sucesor, á su sobrino Amer hijo de Adí Alajmi, que fué el primer rey lajmita de la ciudad de Alhira quien después de gobernar por espacio de 120 años, fué arrebatado por los genios. Fué un niño rubio y, al llegar á su crecimiento y desarrollo, su madre pidió á Chodaima que le asociara al trono, contestando su tío las siguientes palabras, que quedaron como proverbio: «ya Omar ha llegado á hacerse viejo» y le declaró sucesor suyo.

Después de esto marchó Chodaima á presentarse ante Azaba y, al llegar á cierto sitio del camino hizo alto para cazar, comer y beber, y volvió á pedir consejo y parecer á sus acompañantes. Todos se callaron y sólo Cáiser tomó la palabra diciendo: «¡oh rey! ningún propósito firme debe llevarse hasta el terreno más peligroso, ni debes fiarte de palabras galantes que carezcan de resultado útil; no se armoniza la opinión con la pasión, porque aquélla se corrompe; ni la firmeza con los apetitos ó deseos, porque se repugnan. Mi parecer y consejo al rey es que vuelva á meditar sobre el asunto y tome algunas precauciones. Yo propondría al rey la resolución que debía tomar, pero no ha de realizarla, porque las cosas siguen el curso de su destino.» Pero Chodaima volviéndose preguntó á todos los demás su parecer, y éstos le informaron, como podía hacerlo cualquier súbdito, aprobando y confirmando su propósito, tan deseado. Y entonces exclamó Chodaima: «mi opinión y mi juicio se confirman é identifican con los de la Asamblea» replicando Cáiser únicamente: «el poder

triunfa sobre la circunspección.» Pero fué desechado el asunto de Cáiser, frase que ha pasado á proverbio.

Prosiguió Chodaima su marcha y al acercarse á los pueblos y ciudades de Azaba envió un mensajero para notificarla su llegada. Azaba mostróse alegre y deseosa de verle, disponiendo que le presentaran lo que suele ofrecerse á los huéspedes y pienso para las bestias, y ordenando á sus tropas, magnates y al pueblo en general que salieran al encuentro de su señor y rey de sus estados. El mensajero volvió á Chodaima manifestándole cuanto había visto y escuchado. No obstante, Chodaima, antes de continuar su marcha, llamó nuevamente á Cáiser preguntándole si persistía en su parecer respecto del asunto. «Todavía, respondió éste, me he aferrado más en mi deseo, siguiendo aquella máxima de que no es dueño de sus asuntos quien no reflexiona sobre los resultados de los mismos, ni aquel que no previene ó prevé las cosas antes de que acontezcan. Mas aun tienes tiempo, oh rey, para poder seguir una conducta recta y prudente sobre este asunto, no

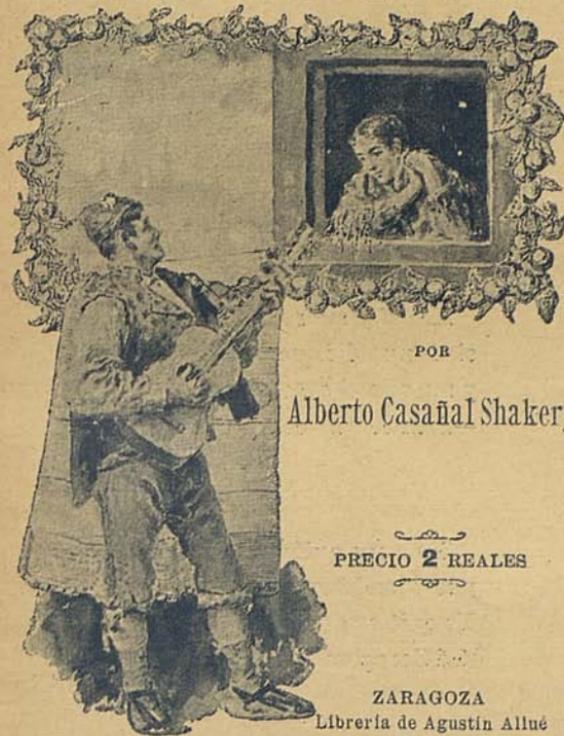
sea que fiado en que eres dueño y señor de un reino y de una familia y en que te hallas revestido de alta dignidad, arrojes todo ello en manos de quien por su astucia y perfidia no merece fe. Por supuesto que es en vano todo lo que digo, porque tú has de realizar seguramente tu propósito, dejándote arrastrar por la pasión. Mas sabe que una muchedumbre sale mañana al amanecer á tu encuentro, la cual marchará delante de tí y una multitud vendrá y otra se alejará, y ahora tienes el remedio del asunto en tus manos; porque al salir aquella muchedumbre á tu encuentro en un sitio estrecho del camino, colocándose en dos filas á tus lados, te rodeará, y buscará apoderarse de tí y aprisionarte: mas en tal caso ahí tienes á Alasa cuyo polvo no será alcanzado (era que Chodaima llevaba un caballo de ese nombre que volaba más que un pájaro y corría más que el viento); porque cuando tal cosa suceda y oprimas su lomo, te salvará si logras mantenerte sobre él». Pero Chodaima, aunque escuchó las palabras de Cáiser, siguió su camino sin volverle respuesta.

Entretanto Azaba, luego que despidió al mensajero de Chodaima, dijo á sus tropas: «sabad que mañana llega Chodaima, salid todos á su encuentro y, formando dos filas á derecha é izquierda, cuando le tengáis en medio de vosotros, caed sobre él por todos los lados á fin de rodearle y apresarle. ¡Ay de vosotros si se os escapa!» Caminaba, en efecto, Chodaima, yendo Cáiser á su derecha y, al verle, la multitud salió á su encuentro, en una angostura del camino, formando dos líneas que se cerraron por todas partes, luego que lo tuvieron en medio, y cayó de improviso sobre él, de una manera feroz, hasta rodearle completamente. Entonces conoció Chodaima que iba á ser apresado sin remedio y, acercándose á Cáiser, díjole: «dijiste verdad, oh Cáiser.» «No has querido responderme, contestó éste, hasta que has perdido la ocasión de conducirte rectamente (cuyas palabras quedaron como proverbio)». ¿Qué opinas ahora, repuso Chodaima? Cáiser aconsejó á éste que montara sobre Alasa y acaso pudiera salvarse todavía, pero renunció á la fuga; y estrecharonle las tropas de Azaba. Viendo Cáiser que

Chodaima se entregaba, dando por segura la muerte del mismo, hizo un supremo esfuerzo y montando sobre Alasa y dándole rienda suelta escapó con la impetuosidad del viento. Miróle Chodaima cuando ya iba lejos y exclamó: «no se ve frustrado en sus esperanzas quien monta sobre Alasa».

Azaba había subido á lo alto de su alcázar y, al verle, ¡qué novio, exclamó, es más feliz que tú que eres traído y conducido á mi presencia? Inmediatamente fué presentado ante Azaba, á la que acompañaban solamente algunas doncellas vírgenes y familiares de su alcázar, hallábase sentada en actitud graciosa, rodeada de mil sirvientas que se diferenciaban por su figura y aspecto y dijo á éstas: «tomad de la mano á vuestro señor y esposo de vuestra señora.» Condujéronle y sentáronle sobre un tapiz desde el cual pudiera ver y hablar con Azaba. Enseguida mandó ésta á las doncellas que le abrieran las venas, puesta debajo una escudilla para recoger la sangre, y, habiendo caído una gota sobre el tapiz, díjolas «no perdáis la sangre del rey.» No te duela, con-

# Cantares Baturros



POR

Alberto Casañal Shakery

PRECIO 2 REALES

ZARAGOZA  
Librería de Agustín Allué

1899

Acaba de publicarse este nuevo libro, editado con exquisito gusto artístico. Contiene una colección de **trescientos** cantares genuinamente aragoneses como puede verse por los siguientes

## BOTONES DE MUESTRA

---

Me caí y me rompí un brazo  
al tiempo d'irme á casar  
y me dijo el señor cura:  
—Bien se t' ha estau, por morral.

---

Si no me qués, dilo pronto  
y no t' andes con reparos.  
Yo quió estar ú dentro ú fuera  
jú á Zaragoza ú al charco!

---

No hables mal de mí á escondidas,  
que en Aragón al que falta,  
ú no se l' ice una cosa  
ú se l' ice cara á cara.

---

Anda, vé y dile á tu madre  
que te lleve á aprender modos,  
que ayer juí á hacéte una fiesta  
y me chafastes los morros.

---

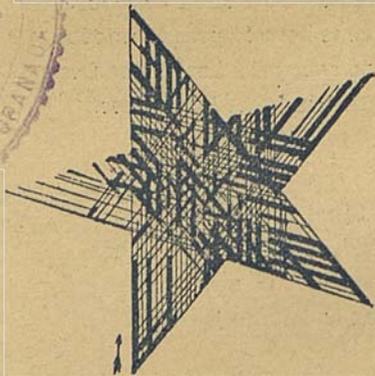
Si mi maña se muriese  
tendría un desgusto atroz.  
Pero pior pa mí sería  
que el defunto juese yo.



DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

AL PRECIO DE

**0'50 céntimos de peseta**



Los pedidos dirijanse á la  
Librería de **AGUSTÍN ALLUÉ**  
D. Jaime I, 8.-ZARAGOZA

Zaragoza--Tip. Casañal

testó Chodaima, una sangre que ha sido perdida por su pueblo.»

Muerto Chodaima, exclamó Azaba: «por Alá, que tu sangre no ha pagado ni tu muerte ha satisfecho más que un poco de lo mucho que debí», ordenando que fuera sepultado. Recuértese que Chodaima había nombrado su sucesor en el reino á su sobrino Amer hijo de Adí. Este salía todos los días hasta la vista de Alhira buscando noticias y siguiendo las huellas de la marcha de su tío. Por fin un día vió á un ginete, cuyo caballo venía corriendo como el viento y exclamó: «seguramente que el caballo es el de Chodaima, pero el ginete es extraño que monte sobre Alasa». Llegado Cáiser, preguntáronle sobre lo ocurrido: «el destino, respondió, ha arrastrado al rey hasta su muerte á pesar mío y á despecho suyo. Busca la manera de vengarte de Azaba.» Amer manifestó que ignoraba cómo podría vengarse de ella, cuando se hallaba tan defendida como las montañas más inaccesibles. Entonces Cáiser recordando á éste la sinceridad con que siempre había aconsejado á su tío, siendo su más noble par-

tidario, juró por Alá que no se dormiría sin buscar la sangre del mismo, ni brillarían los astros, ni se elevaría el sol sin que él lograra vengarle ó quedar aniquilado en justificación suya. Acto seguido agarrándose la nariz se la mutiló y marchó á presentarse ante Azaba, como si estuviera descontento de la compañía de Amer hijo de Adí.

Sabedora Azaba de la llegada de Cáiser, primo de Chodaima, su tesorero y consejero, concedióle audiencia y le preguntó sobre las causas que motivaban su presentación, cuando tanta sangre se había derramado entre ellos. «Oh hija de reyes ilustres, respondió Cáiser, ya has conseguido contra tu semejante lo que él había conseguido contra el suyo, ya has vengado la sangre del rey. Yo vengo á tí tan sólo para pedirte protección contra Amer hijo de Adí, quien, culpándome de la desgracia de su tío por haberle aconsejado que se presentara á tí, me ha cortado la nariz, me ha despojado de los bienes, desterrado de mi familia y amenazado con la muerte, y temiendo por mi vida he huido hacia tí para implorar tu protección y ampa-

ro bajo tus alas y tu poder.» Azaba accedió á las súplicas de Cáiser dándole la bienvenida y asegurándole su protección. Mandó luego que le fuera dada hospitalidad y le confirió honores y amistad, que fueron en aumento de día en día.

Así permaneció Cáiser algún tiempo sin hablar á Azaba, ni ésta á aquél, y entretanto buscaba alguna asechanza ú ocasión oportuna contra ella; pero tenía en el alcázar una guarida que la hacía inaccesible, cuyo agujero de entrada se hallaba junto á la puerta de aquél, siendo imposible que alguien atentara contra su vida. Mas, por fin, la manifestó que él poseía en el Irac muchas riquezas y tesoros preciosos muy útiles para los reyes, y que si le concedía permiso para marchar y le daba algo que tuviera valor en el comercio, mediante cuya entrega pudiera llegar adonde aquéllas se hallaban, le traería cuantas pudiera. Azaba le dió permiso y dinero, éste se dirigió al Irac, á los estados de Cosroes y, después de adquirir allá los objetos más bonitos, preciosos, nuevos y delicados y de aumentar las riquezas que había

llevado, volvióse con todo á Azaba, que se quedó admirada de él y muy contenta, y le elevó en dignidad.

Marchó Cáiser por segunda vez al Irac y la trajo mayor cantidad de objetos preciosos, perlas, telas, tisúes, sedas y bordados, y en recompensa Azaba lo elevó nuevamente en dignidad, posición y aprecio cerca de sí. Entretanto Cáiser no cesaba de emplear la mayor astucia hasta que consiguió conocer la guarida de aquélla, la cual llegaba hasta debajo del Eufrates y del camino que conducía á dicho río. Todavía marchó al Irac por tercera vez y volvió con mayor cantidad de objetos preciosos para Azaba, alcanzando por ello tal puesto y estima á su lado, que llegó á pedirle consejo en sus preocupaciones y á confiarle sus asuntos, pues era Cáiser hombre dotado de poderosa inteligencia y juicio, y muy prudente é instruído.

Un día manifestó Azaba á Cáiser el deseo que tenía de visitar ciertos pueblos de Siria y de llegar hasta el Irac para adquirir tales ó cuales armas, caballos, esclavos y vestidos. Yo tengo, respondió Cáiser, mil came-

llos y un depósito de armas en el estado de Amer hijo de Adí, sin que éste lo sepa, pues seguramente se hubiera apoderado de ellas para hacerte la guerra. Buscaré la ocasión favorable para marchar, yendo disfrazado á fin de no ser conocido, y te traeré cuanto desees.» Azaba entrególe el dinero que quiso, diciendo: «oh Cáiser! el rey es favorecido y prosperan sus asuntos en manos de un semejante á tí; por tanto, no serás contrariado en cosa alguna que pueda facilitar mi poder, ni hallarás obstáculo en nada que pueda engrandecerte.» Al escuchar estas palabras un magnate de Azaba dijo: «el león oculto en su caverna, aunque no sea vengativo, se halla siempre dispuesto al asalto.»

Cuando vió Cáiser que su posición y aprecio eran firmes en el corazón de Azaba, dijo para sí: «ésta es la ocasión oportuna contra ella»; é inmediatamente se presentó á Amer anunciándole que ya había llegado el momento de vengarse, que se dispusiera y preparara para la sorpresa; Amer respondió que se llevara á cabo la venganza lo más pronto posible y al efecto puso á disposición de Cáiser

ser los hombres y dinero que poseía, que eran los medios que éste exigía para su empresa. Cáiser reunió hasta mil hombres de los más temerarios del pueblo y de los más esforzados del reino para cargarles sobre otros tantos camellos, metidos, después de provistos de sables, puñales y sillas, en unos sacos negros, cuyas cabezas colocó hacia abajo atadas interiormente. Entre ellos iba Amer. Cáiser conducía además caballos, ganados, esclavos y armas. Notificóse á Azaba que ya venía Cáiser; mas éste al acercarse á la ciudad hizo meter en los sacos á los hombres armados de sables y dagas, diciéndoles: «cuando los camellos rodeen la ciudad, á tal señal convenida entre mí y vosotros, desataréis las cuerdas de los sacos.»

Próxima ya la caravana á la ciudad, subió Azaba al sitio de paseo más alto que tenía en su alcázar y vió á los camellos cuya carga se balanceaba infundiéndole sospechas, mucho más por haber sido prevenida por cierta acusación contra Cáiser, si bien había contestado á los acusadores que aquél estaba al presente de parte suya y se le debían tan

grandes beneficios, que seguramente se alimentaba con la leche de su dinastía y era el sol y el escogido de la misma; que únicamente la envidia sería la causa que les traía á su presencia para tal acusación, por no haber entre ellos uno semejante á Cáiser. Era estropeado el piso por aquella multitud de camellos y entonces llegaron á preocuparla sobremanera las palabras del acusador de Cáiser y exclamó:

Veo los camellos que caminan lentamente; ¿cómo no trasportarán un ejército, ó hierro, ó plomo muy pesado, ú hombres montados ocultamente?

Luego, volviéndose á sus doncellas, dijo: en verdad que la muerte violenta viene en los sacos negros. (Palabras que han quedado como proverbio).

Por fin, los camellos rodearon toda la ciudad y hecha la señal convenida, que debían conocer los hombres ocultos en los sacos, desataron las cabezas de éstos y echaron pié á tierra mil coraceros, sable en mano, dispuestos á vengar al que había sido asesinado tan pérfidamente.

Azaba corrió hacia el agujero que con-

ducía á la guarida antes mencionada, pero Cáiser la cortó el paso interponiéndose entre ella y aquél, y viéndose rodeada y que moriría sin remedio, se clavó un puñal que llevaba empuñado, cuya punta había impregnado de un veneno muy activo, gritando: «por mi propia mano, no por mano de Amer» (cuya despedida quedó también como proverbio). No obstante, se dijo que Amer se apoderó de ella y la mató de un sablazo. Cáiser hizo trazar un sepulcro para Chodaima, cubierto por una cúpula con esta inscripción:

Fué un rey que se hizo temible por sus tropas y lanzas, rodeado de magestad indescriptible; tuvo siempre fija la vista en sus enemigos. llevando la corona y el sable bien afilado.

Este, hijo mío, fué un visir amante de su rey, leal en todos sus asuntos, defensor de sus derechos y prerogativas y vengador de su sangre.

Tal fué también el visir *de las manos cortadas*. De uno de los reyes antiguos se dice que tuvo un visir, servidor tan leal y tan fiel, que llegó hasta entregarse á la muerte por salvarle la vida y por conservar su ejér-

cito, y la corte y patria del mismo. Sucedió que dicho rey era oprimido y vejado por las reclamaciones que le hacía otro su rival y adversario, más poderoso por sus tesoros y ejército y más activo y esforzado. Este dirigióse, por fin, contra aquél deseando matarle en cuanto le tuviera á su alcance. Al saber el rey débil que su poderoso enemigo marchaba contra él, conociendo que no podría rechazar sus ataques, conferenció con su visir sobre la importancia de su enemigo y el temor que sentía dada la impetuosidad y fiereza del mismo. El visir aconsejó á su rey que el mejor medio que podía adoptarse para la salvación de su persona, de su ejército y nación, era entregarse él mismo á la muerte en testimonio de la fidelidad que debía guardarle. «¿Es posible según ese parecer, exclamó el rey, que tú mueras justamente?» «Si, es favor debido á tu persona, respondió el visir». El rey pidió al visir que explicara el sentido de aquellas palabras que no acertaba á comprender, y éste continuó diciendo: «oh rey, yo soy tu visir más renombrado; ocupado en tus negocios públicos y privados ha llegado á co-

nocimiento de ese rey la fama de mi lealtad y esfuerzo en la realización de tus empresas. Te aconsejo que cortes mis manos y me destierres, y que, haciendo salir á mi familia é hijos, los abandones en alguno de tus pueblos procurándoles en secreto generosamente tus favores y beneficios, hasta tanto que yo rechazo y alejo de tí á tu traidor y opresor». El rey manifestó que le era imposible practicar su consejo, jurando que de ninguna manera ejecutaría lo que le pedía. Mas habiendo jurado igualmente el visir que, si él no lo hacía; estaba dispuesto á ejecutarlo por sí mismo, vióse el rey obligado á cortarle las manos y expulsarle de sus estados, desterrando al propio tiempo á la familia é hijos del mismo. No tardó el visir en juntarse al rey que se dirigía contra su señor y se hallaba ya con numerosas tropas y aprestos de guerra en la provincia fronteriza á los estados de éste.

Cuando el visir se presentó al rey enemigo en tan miserable estado, cortadas sus venas y manos, inspiróle gran compasión, aumentándole la cólera é irritación que ya sentía

contra su rey. A preguntas de aquél sobre el motivo que su rey hubiera tenido para imponerle semejante castigo, respondió el visir: «únicamente el haber sido acusado de servirme y de haber provocado tu cólera contra él.» «Luego que me apodere de su persona, djóle el rey enemigo, te devolveré los bienes, recompensaré tu sabia conducta y te elevaré á la dignidad de primer visir y al lugar de honor más próximo á mí y después de mí. Aparte de esto, oh visir, ¿de qué manera lograré apoderarme de tu rey que te ha engañado y hecho traición y con tal saña y perfidia te ha castigado?» «Oh rey, contestó el visir, conozco la situación de aquél y los recursos en que confía, aunque me los ha ocultado». Pidió el rey enemigo que le facilitara sus noticias y el visir declaró que su rey tenía resuelto que cuando el enemigo se apoderase de sus ciudades y derrotara á su ejército y capitanes, se refugiaría en un castillo en cuya fortificación había invertido muchos años, con alojamientos y defensas para sus aprestos y tropas, el cual castillo y fortaleza de seguridad él mismo le mostraría y facili-

taría su toma ó conquista en su servicio; que una vez tomado el castillo y puesto entre él y los defensores más bravos de su rey, volviera para conquistar sus ciudades y apoderarse de sus tropas y máquinas de guerra.

El rey insistió en sus preguntas sobre la ejecución del plan propuesto por el visir, y éste le aconsejó que marchara con todo su ejército y aprestos con provisiones para veinte días, porque tenía que atravesar desiertos áridos y terrenos incultos y despoblados, en cuya marcha él mismo le acompañaría hasta que se apoderase de cuanto aquél tuviera en su fortaleza y lograra interceptarle el paso á su refugio inexpugnable. Conocía el *visir de las manos cortadas* las rutas de los desiertos y las travesías de los mismos por sus flancos, y excitó tanto el deseo del rey enemigo para apoderarse de los tesoros, dinero, utensilios y aprestos importantes de su rival, que logró determinarle á ponerse en marcha hacia el castillo mencionado, haciéndole caer en aquella desgracia y á la vez esperanza para sí. En efecto mandó el rey enemigo á sus tropas que se aprestaran y aprovisionaran tomando

raciones para veinte días, y penetraron en los desiertos precedidas por el visir que las condujo por terrenos tan áridos é incultos que se llegó á perder la esperanza de atravesarlos sin consumir las provisiones y perecer de hambre todo el ejército. En este apuro el rey enemigo acercóse al visir preguntándole sobre el lugar del castillo y cuándo podría llegar al mismo su ejército. Mas el visir exclamó entonces: «¡por Alá que ignoro que mi rey tenga otro castillo que los pueblos en que se halla! Te he engañado metiéndote en un lugar del cual ya te es imposible regresar con vida». El rey dió muerte al visir, más luego pereció él también con todo su ejército por el hambre é inclemencias del terreno.

He aquí cómo este visir salvó á costa de su vida la de su rey y con sus venas la libertad de su patria y de sus hermanos. Semejante á éste debe ser todo visir, leal á su rey en todo momento. ¡Oh hijo mío! Si no encuentras un visir que reúna las condiciones expuestas más arriba, ni las cualidades dignas de alabanza que hemos mencionado, exigirás en él dos que comprenden aquellas

ocho, á saber: la 1.<sup>a</sup> que sea celoso de cuanto convenga á tu situación en este mundo y en la otra vida, y la 2.<sup>a</sup> que se halle dotado de juicio recto para los negocios ó asuntos, tanto durante tu poderío como en tu debilidad.

Respecto de tús consejeros sabe, hijo mío, que te es preciso elegirlos entre aquellos *jeques* de tu pueblo, que se hallen dotados de inteligencia clara y memoria feliz, correctos en el lenguaje, sinceros en público y privado, que eviten las disensiones del pueblo y te ensalcen por tus manifestaciones de bondad y largueza para con ellos; porque si están adornados de estas propiedades y se distinguen por dichos caracteres, brillará en ellos el califado y se acrecentará el poder y dignidad del mismo. Además te conviene estudiar las condiciones y examinar las palabras y obras de los mismos, para que al morir alguno de tus visires le sustituyas por alguno de aquéllos, según tu conocimiento previo del concepto que á éstos merezca, la ventaja sobre los mismos y la lealtad que le atribuyan. Le pondrás en lugar del muerto para que sea robustecida por él la fortaleza

del reino y sus columnas. A quien, una vez examinado, encuentres indiscreto para guardar los secretos y cumplir los juramentos y promesas, dando lugar por esto á que resulte la calumnia ó difamación ó aparezcan errores ó sospechas contra él, le apartarás de tan alta dignidad y posición y le abandonarás en medio del vulgo.

En conformidad con esta doctrina decía un rey á sus consejeros: «evitadme tres cosas: la lisonja, porque yo me conozco mejor que vosotros; la mentira, porque no merecen fe los embusteros; y la maledicencia contra alguno en mi presencia, porque excitaréis mi corazón contra vosotros mismos». Y Abenabás dijo á este fin: «un consejo de sabios engrandece la nobleza y la inteligencia del rey». Te conviene, por consiguiente, hijo mío, que los consejeros guarden tus secretos, que no sean indiscretos con tus noticias, que sean tus magnates más sinceros y tus familiares más leales; porque quien se rodea de familiares perversos es sofocado por ellos, como el que se sumerge en el agua. Sienta, hijo mío, en tu consejo á los virtuosos, con-

sulta con los sabios, prefiere el parecer de los leales y obedece á los maestros por la experiencia. Evita el consejo de los ignorantes, porque quien toma parecer del que no se halla versado en la tradición es como el que se arroja á las bestias.

Entre tus secretarios debes elegir uno privado tuyo, perteneciente á los príncipes del reino, que secunde tus deseos y propósitos, elocuente, enérgico y concluyente en la demostración; docto, que siga el camino de la justicia; excelente calígrafo, hábil para la solución de las dificultades, discreto para guardar los secretos, adornado por las buenas costumbres, dotado de poderosa inteligencia, comprensión y memoria fáciles y reflexión atenta; virtuoso, bello en su figura y vestido, y amigo del pueblo; porque el secretario es como el espejo del reino por el cual se reflejan los asuntos más embrollados, y de tus secretarios se infiere tu inteligencia y por ellos se trasparenta tu ciencia y virtud.

Esas son las propiedades que debes exigir en tu secretario para que se mantenga en su derecho y por consecuencia en el tuyo; por-

que realmente, si guarda dicha relación, es justo que se haga digno del desempeño de tu secretaría; mas si falta á dichas condiciones, merece ser postergado ó destituido por su depravación y falta de justicia en el ejercicio de sus funciones; puesto que sería un oprobio para la justicia de su señor y un indicio de la ignorancia del mismo para hacerse representar.

Elegirás tu ministro de hacienda y prefecto de impuestos entre los *jeques* más excelentes del reino y más idóneos para el cálculo y la administración, que te inspire confianza y te guarde fidelidad, que sea de buenas costumbres, de sentimientos religiosos, enérgico, exacto é instruido en sus asuntos, justo en todas las circunstancias, veraz en sus palabras, perito en las diferentes especies de tributación é impuestos, para ajustarse en éstos con exactitud á las reglas y cálculos, y por fin deberá ser hombre de dinero, dueño de riquezas muebles é inmuebles. Si reúne las condiciones expuestas será conservador de su casa, de su religión y hacienda, amante de tu soberanía, y fiel en todos tus negocios.

y así pondrás bajo su cuidado y libertad de acción toda tu hacienda y tus tributos, respecto de ingresos y gastos.

Entre tus faquies, hijo mío, preferirás uno que sea famoso por su sabiduría y esclarecido por su bondad, que siga el camino de la rectitud y bienaventuranza para que se conduzca, resuelva, realice los asuntos y ordene en estricta justicia; para que te haga distinguir lo bueno de lo malo, lo que ofrecerás como lícito de aquello que declares ilícito, lo que él halle conforme con los códigos legales y lo que te convenga respecto de los asuntos de esta vida y de la futura; que sea, en fin, para tí como un padre en las exhortaciones, que te recuerde las condiciones de la otra vida y te aparte de la ociosidad.

En cuanto á tus cadíes debes elegir uno entre los faquies que más se distingan por su ortodoxia y por su deseo de la prosperidad de los musulimes, que no acepte la calumnia como verdad, ni consienta la injusticia del opresor, ni se deje sobornar con donaciones, ni ganar su voluntad con presentes, sino que

trate por igual al ilustre y al oscuro, al fuerte y al débil. Debe ser también versado en el procedimiento judicial, que sepa distinguir lo legal de lo ilegal, juez justo y probo, conciso y diligente en sus fallos.

Entre tus auxiliares elegirás uno, como jefe de los demás, que entienda libremente en los asuntos de tu reino, confiando á su autoridad todo aquello que pueda caer bajo su acción. Dichos auxiliares aplicarán el castigo á aquellos que merezcan tu cólera, por lo cual conviene que el jefe de los mismos tenga la práctica, valor, capacidad, energía y celo suficientes para la ejecución de tus órdenes y que sea obediente á cuanto le exijas en público y en privado. Será también conoedor de tu manera de ser y de tu carácter dulce ó áspero; porque puede suceder que te irrites contra alguien á quien no quisieras que alcanzara tu castigo, sino que le reprimiera únicamente tu amenaza ó tu temor, y en este caso tu auxiliar suspenderá la ejecución de tu mandato sin realizarlo violentamente hasta que tu cólera se haya calmado. Esta ventaja resultará de la facultad

libre que posea el auxiliar para la ejecución de tus deseos, y por esto le es muy útil observar la condición de tu espíritu y profesar grande amor á tu soberanía.

Tus caudillos ó capitanes debes elegirlos entre los más valerosos de tu ejército, cuya fidelidad y afecto te inspiren verdadera confianza, que sean los ejecutores de tus pactos, dotados de energía, capacidad, instrucción y ciencia; que no causen vejámenes ni daños á tus súbditos, sino que más bien defiendan tus fronteras, rechacen á tus enemigos, custodien tus ciudades y las hagan inaccesibles á todo opresor, enemigo ó instigador sedicioso. Por medio de ellos gozarás de tranquilidad de espíritu, seguro en el interior y exterior por su defensa de tus fronteras, por su poder que dominará las potencias enemigas y por sustituirte en las desgracias, cuando al enviar tus enemigos un ejército poderoso para la devastación de tus pueblos, mandes contra ellos á uno de tus caudillos como sucedió cuando habiendo enviado Alamín á su caudillo Alí hijo de Isa hijo de Mahan con un ejército de 200.000 combatientes, opúsole

Almamún á su caudillo Táhir hijo de Alhosáin con solos 13.000. Antes había escrito Alamín una carta á Almamún, diciéndole que mandaba contra él un saco de sésamo y que sólo contaría el número de sus soldados el que pudiera contar los granos que aquél contenía. A lo cual contestó Almamún que tenía por su parte unos palomos que se encargarían de picotear en un solo día todo aquel sésamo. Hallándose Alí hijo de Isa próximo ya al lugar donde se encontraba Táhir hijo de Alhosáin, díjole su hijo: «Guárdate, padre mío, de Táhir, porque es hombre astuto.» Pero Alí no hizo caso de aquella advertencia replicando que únicamente se prevenían los hombres contra sus rivales, pero que el infeliz Táhir se le iba á presentar seguramente implorando salvación, en cuanto le viera.

Puestos en contacto ambos ejércitos en una misma región, adelantóse Táhir con toda la caballería, situándose en un punto desde el cual dominaba el lugar ocupado por el ejército de Alí hijo de Isa y viendo que toda aquella tierra estaba llena de enemigos,

tuvo miedo y retrocedió adonde se hallaba Hartama, para pedirle parecer ante aquella multitud insuperable.

Hartama dióle su parecer, pero cualquiera que éste fuese, es lo cierto que exclamó Táhir: «por mi parte, juro por Alá, que no vuelvo jamás puesto en derrota á la presencia de mi señor, aunque tenga que morir; antes al contrario cargaré sobre las tropas enemigas como si fueran idólatras, al frente de los compañeros que quieran seguirme hasta que perezca, ó Alá me conceda la victoria». Otro tanto haré yo, dijo Hartama, y quizá salgas victorioso. Volvieron ambos á sus divisiones respectivas y eligieron unos 600 hombres con los cuales se precipitaron contra el ejército de Alí, hijo de Isa atravesando por la gente hasta que pudo ser alcanzado y muerto el propio Alí. Un esclavo negro de éste, muy esforzado, había corrido á defenderle y prestarle auxilio, pero Táhir empuñando su sable con ambas manos, dió muerte al negro, siendo por esta hazaña apodado *el dotado de dos dias*. é inmediatamente acometió y mató á Alí. Muerto éste, huyó disperso su ejército,

siendo perseguido y combatido en todo aquel territorio por Táhir y sus compañeros durante seis días próximamente. Táhir y Hartama marcharon hasta alcanzar á Alamín en Bagdad donde le sitiaron. Cuando el cerco llegó á ser estrecho y apurado, escribió Alamín á Táhir en estos términos: «Alabado sea Alá que engrandece con su poder y humilla con su sabiduría á aquel á quien quiere, que da y quita, aminora y acrecienta á aquel á quien desea. Lado sea en medio de las calamidades del tiempo y el abandono de los defensores. Y Alá bendiga á nuestro Señor Mahoma y á su ilustre familia. Considero justa la entrega de este imperio á mi hermano, porque pienso que le pertenece antes que á mí y tiene mejor derecho que yo. Dame un salvoconducto extensivo á mi madre, mis hijos y clientes, para que pueda salir á satisfacer la justicia de mi hermano y reclamar su perdón». «De ninguna manera, contesta Táhir, ¿por qué no hiciste esto antes de encarnizarse la disputa y de esparcirse la miseria?» Alamín, perdida su esperanza de obtener de Táhir lo que le pedía, volvió á escribirle, di-

ciendo: «sabe, Táhir, que nadie se ha levantado jamás para oponerse á nosotros ó contra alguno de nuestra familia, sin que le hayamos pagado ó remunerado con el sable».

Guárdate y mira por tí mismo, pues ya sabes lo que aconteció á Abuselma al principio de este gobierno, y lo que fué de Abulabás respecto del mismo, y de Abumoslim, jefe del partido, y de qué manera fué concluído el asunto con Abucháfar y Asafah». Pero Táhir exclamó: «ó el pueblo considera débil á Alamín, ó ¡por Alá! trata de infundirme el fuego del temor que seguramente no había de apagar jamás el salvoconducto». Y fué que habiendo leído la carta de Alamín en presencia de la gente de Jorasán, fué dicho: no está acobardado, sino falto de recursos ó auxilios.

Perdida por completo la esperanza en Táhir escribió Alamín á Hartama pidiéndole el salvoconducto; pero sabedor de esto Táhir descendió del lugar en que se hallaba y dió muerte á Hartama, cuya cabeza envió á Almamún. Fué dicho que la expedición de Táhir hijo de Alhosáin contra Alí hijo de Mahan

fué debida al consejo de Dubán, un sabio indio perteneciente á los varones de Calmasán que fueron donados por el rey de esta región á Almamún, diciéndole de este sabio que le mandaba un regalo el más noble, elevado, precioso y útil que había en la tierra. Admirado Almamún al leer las palabras precedentes, dijo á su visir Alfádal, hijo de Sáhel que preguntara al jeque en qué consistía su mérito.

Preguntado, en efecto, por el visir, respondió el jeque que poseía el más grande de los conocimientos; una opinión, añadió contestando á una nueva pregunta de aquél sobre la especie de su conocimiento, que será utilísima, una dirección decisiva y una información de gran utilidad. Y cuando Almamún resolvió mandar la expedición hacia el Irac contra Alí, hijo de Isa, hijo de Mahan, añadió el jeque: «he aquí, un parecer racional, una orden enérgica y una resolución recta; un rey próximo y una jornada feliz, puedes llevar á cabo tu decisión». Al preguntarle Almamún sobre cuál de los capitanes mandaría al frente de la expedición,

respondió el jeque: que propusiera al leal Táhír, al bravo y famoso que conduce las tropas sin tropiezo, y tan formidable que siempre resulta victorioso.

A nueva pregunta de Almamún sobre el número de caballeros que pondría á las órdenes de Táhír, pidió el jeque 4.000 armados de sable sin disminuir dicho número, no siendo preciso más socorros. Almamún dió orden de marchar á Táhír y preguntando al jeque sobre la hora de salida para la expedición respondió que al amanecer estuviera dispuesto todo lo necesario para emprender la jornada y que obtendría seguramente una victoria instantánea y una matanza rápida de los enemigos, que el triunfo sería en favor de Táhír, no en contra suya, volviendo pronto el imperio á sus manos no á las de aquél (Alamín).

Triunfó efectivamente Táhír sobre Alí y derrotó al ejército de éste. Entonces Almamún envió á Dubán 100.000 monedas, pero las rehusó diciendo: «mi rey no me envió á tí para disminuir tus riquezas, únicamente aceptaría con gusto un objeto que vale tanto

ó más que esas monedas.» Preguntado acerca del objeto que deseaba, declaró que consistía en un libro, que se encontraba en el Irac y contenía curiosidades más notables y noticias más útiles que las comprendidas en los libros más importantes de Persia, y proporcionaba al espíritu satisfacciones en los diferentes géneros de cultura no producidas por ningún otro libro ni sabio, ni hombre inteligente ó instruído; que dicho libro se encontraría en unas cámaras situadas debajo de las puertas de la ciudad á dos codos exactos en el centro del palacio; que mandara cavar la tierra y arrancar las piedras y al llegar al centro aparecería el objeto buscado; pero que se hacía preciso no ocuparse de otra cosa hasta descubrir su escondite.

Almamún envió algunos operarios al palacio de Cosroes, quienes cavaron en el centro hasta que lograron encontrar un pequeño cofre de mármol negro que se hallaba candado. Fué trasportado á presencia de Almamún quien preguntó á Dubán si era aquello el objeto de sus deseos y respondiendo afirmativamente se lo entregó dándole libertad

para marcharse con él. Dubán pronunció algunas palabras y sopló sobre el candado del cofre y éste se abrió inmediatamente. De él sacó un lienzo de seda y al desplegarlo cayóse al suelo un legajo de 100 folios, que era lo único contenido en el cofre. Recogidas las hojas ó folios se retiró á su cuarto. Alfádal hijo de Sáhel se fué á él para preguntarle qué especie de libro era aquél, contestando el jeque que era una obra de Chaubádán, extracto de la crónica de Canchur, visir del rey Anusriván, en la cual deseaba encontrar cierta noticia; que ya algunas de sus hojas le había dado traducidas Aljádar hijo de Alí, de todo lo cual pensaba dar pronto conocimiento á Almamún. Léeme el contenido de ellas, díjole Ben Sáhel y yo lo comunicaré á Almamún. El jeque leyó las hojas y exclamó: «este es, por Alá, un discurso que encierra los fundamentos más elocuentes contra los adversarios de nuestra tradición, hasta tal punto que si los testimonios de la misma no se sucedieran en parte por mano de Alá y en parte por mano nuestra, ciertamente que yo los sacaría de dicho discurso.»

Tales capitanes, hijo mío, te conviene elegir para que puedas confiarles los asuntos de tus provincias, tropas y ciudades. Y si consigues un caudillo semejante á Tâhir hijo de Alhosáin manifiéstale y reitérale cada día tu agradecimiento, no olvides su mérito y excelencia, escúchale y ejecuta sus disposiciones, si te merece entera confianza, si fuera semejante, por ejemplo, al jeque persa que aconsejó al emir de los creyentes Almamún que enviara á Tâhir hijo de Alhosáin contra Alí hijo de Isa hijo de Møhan, cuando el califa Alamín resolvió derramar la sangre de aquél su hermano, matarle y aniquilarle.

La verdad de este hecho fué que Alamín Mohámed hijo de Harún Arraxid resolvió usurpar el derecho al califado á su hermano Almamún, siendo éste príncipe de Jorasán puesto por su padre, el califa Harún. Aunque éste tenía cuatro hijos, Alamín, Almamún, Alcásim y Almotásim, quería con predilección á Almamún por su grande inteligencia y nobleza de alma y de aquí que le nombrara príncipe sucesor suyo en el califado. Mas impidióle llevar á cabo su propósito Zo-

baida madre de Alamín, viéndose obligado á redactar un documento firmado por los sabios y magnates de la corte, por el cual establecía príncipe sucesor suyo en el califado á Alamín, quedando independiente Almamún como príncipe de Jorasán y con derecho á suceder en el califado después de su hermano, é igualmente quedaría independiente Alcásim en su principado de Alchezira <sup>1</sup> y Atogur <sup>2</sup> con derecho al califado después de Almamún. Dicho documento fué colocado por orden de Harún dentro de la Caba veneranda para que fuera respetado y nadie pudiera alterar su texto.

Hecha la división del califado entre los tres hermanos dijeron algunos sabios: «ya estalló la furia entre ellos con detrimento de los súbditos; aunque ¡juicio admirable! no se ha acordado de su hijo Almotásim por ser ignorante.» Mas Alá altísimo puso en manos de éste el califado después de sus hermanos, resultando que todos ellos alcanzaron el califado, según el orden de su descendencia.

---

1 La Mesopotamia.

2 La región de las fronteras del califado.

Muerto Harún Arraxid y dueño del califado su hijo Alamín, decidió romper el documento escrito por su padre y nombrar su sucesor inmediato á su hijo Muza. Al efecto, escribió á su hermano Almamún ordenándole que se presentara ante él inmediatamente, porque necesitaba hablarle de un asunto importante que no podía comunicarle por carta. Pero Almamún tenía espías cerca de Alamín en Bagdad y éstos le escribieron exponiéndole la realidad de las cosas; de modo que al recibir la carta de su hermano le contestó excusándose de salir fuera de su territorio, por encontrarse próximo á los estados de reyes infieles y, temiendo alguna perfidia de parte de éstos, se veía precisado á custodiar las fronteras islámicas. Alamín envió, no obstante, segundo aviso á su hermano, para conseguir su deseo; pero éste se excusó nuevamente, descubriéndose entre ambos sus intenciones secretas, cuyo conocimiento llegó á hacerse público entre los príncipes y magnates del califado. Todavía Alamín envió á su hermano una embajada que le presentó una hoja escrita con una nota marginal ocul-

ta ilegalmente en una casilla, por la cual era declarado sucesor inmediato en el califado su hijo Muza á pesar de su corta edad, quedando privados de su derecho Almamún y Alcásim. Luego reunió un numeroso ejército contra su hermano dando el mando al emir Alí, hijo de Isa, hijo de Mahan, como ya dijimos. Alí había gobernado durante algún tiempo en Jorasán, extendiendo entre sus moradores la justicia y la prosperidad, por cuyo motivo era ya conocido y muy apreciado en aquella región. Sabía, por consiguiente, Almamún que presentándose aquél en Jorasán, no sería rechazado ni siquiera por dos de sus habitantes. Esto contristó grandemente á Almamún, y considerándose impotente para resistir á Alí, hijo de Isa, corrió hacia un lugar que le ofreciera seguridad para consultar allí á sus magnates, compañeros y partidarios sobre la mejor resolución que podría tomar ante conflicto tan grave.

Durante aquella marcha se le presentó un jeque mago de la Persia implorando, en su lengua natal, auxilio contra cierta injusticia de que había sido víctima. Almamún

compadecido del jeque mandó que le montaran sobre un asno y que marchara con ellos hasta el lugar de seguridad adonde se dirigían, para escuchar por sí mismo sus quejas. Llegado Almamún al lugar de su refugio, entraron á presencia del mismo los visires y magnates y entre ellos fué introducido el mago, quien tomó asiento en medio de la cámara. Almamún dió principio á la conferencia con sus visires creyendo que el jeque no conocería la lengua árabe y que estando fatigado por el viaje quizá no expusiera al principio con claridad su acusación ó por timidez y respeto á la asamblea.

Dejándole, por tanto, que descansara ó que se calmara la agitación de su espíritu, comenzó á tratar con sus visires sobre la conducta que debían seguir ante el conflicto, diciendo uno de éstos: «soy de parecer que reunamos un ejército formado por gente extraña á Jorasán ó de los pueblos que no conozcan á Alí hijo de Isa.» Otro aconsejaba á Almamún que transigiera y se sometiera al propósito de su hermano; puesto que él siempre quedaría justificado al ser obligado

á ello violentamente. Otro proponía que reuniendo la gente debían atacar y conquistar algún estado de los infieles en el cual pudieran establecerse. Otro que se pidiera auxilio al rey de los turcos que se hallaba vecino, práctica muy corriente entre los reyes cuando no tienen otro remedio para rechazar la sorpresa de algún peligro.

Escuchado este último parecer, Almamún asintió al principio; mas reflexionando un poco, ¿cómo, exclamó, podré excitar á los turcos á hacer la guerra contra los musulimes por la causa de Alá? Y luego ordenó á sus compañeros que se levantaran y retiraran todos de su presencia, volviéndose y acercándose con amabilidad al jeque persa, para preguntarle sobre su asunto y deseo por medio de un intérprete que hizo se quedara con él. «¡Oh emir! respondió el jeque en lengua árabe, ciertamente que yo he venido sobre un asunto particular, pero ya se me ha presentado otro cuya seguridad es anterior, y el cual ofrece un primer cuidado y solicitud». «Dí lo que quieras, replicóle Almamún, siguiendo el camino de la rectitud.»

¡Oh emir! prosiguió diciendo el jeque, en verdad que yo he acudido á tu presencia sin que me inspiraras simpatía alguna; mas luego Alá ha infundido en mi corazón tal cariño hacia tí que lo ha llenado por completo, porque ya fué dicho que la servidumbre es de tres especies: la primera y más fuerte es la servidumbre que comprende la parte interna y externa, servidumbre de la creación debida á Alá que es alabado, creador de las cosas y de los inventores de las mismas; la segunda es la servidumbre producida por la beneficencia en virtud de la cual el beneficiado se somete á la voluntad de su bienhechor; y la tercera es la servidumbre de partido, que se subdivide en dos clases: una de amor que se asemeja á la servidumbre de creación, porque ejerce un poder casi absoluto sobre la parte interna y externa, y otra es la servidumbre de los súbditos á su gobernante ó de los siervos á su señor. Ahora bien, debo confesar al emir, á quien Alá haga muy poderoso, que ha conseguido ya sobre mí las tres clases de servidumbre: de amor, de beneficencia y de par-

tido. Si el emir juzga conveniente aceptar mi influencia, asentir á mi esperanza y realizar mi deseo, seguramente que ha de juntarme á la gente de su afecto especial, y contarme en el número de sus primates y consejeros; porque acaso hallará en mí alguna utilidad que haga innecesaria cualesquiera otra. Pues el siervo, por la esperanza de conseguir algún beneficio, se muestra siempre generoso, y profesándole afecto especial llega á ser amigo fiel y sincero.»

Almamún preguntó al jeque acerca de la religión que profesaba, y al contestar éste que era mago, comenzó á reflexionar sobre las palabras que le había escuchado, hasta que el jeque continuó diciendo: «no alejes de tu partido á uno solo, porque puede serte útil, cualquiera que sea su condición; puesto que él, ó es un hombre ilustre y serás honrado por su compañía, ó es un hombre humilde y defenderá tu honor y dignidad personal. Además yo no soy un hombre de humilde condición ante el emir, ni por mis cualidades ni por mi sangre ó linaje. Respecto á mis cualidades, en su mano está el expe-

rimentarlas; y en cuanto á mi sangre, soy ciertamente un brahmán, hijo del brahmán señor de los reyes de Persia, el intercesor entre ella y el príncipe de sus príncipes. Unicamente soy ínfimo por mi fe religiosa y por mi condición al solicitar algún favor y pequeña recompensa» ¿Qué cosa podemos desear de tí, oh jeque, contestó Almamún, como no sea que pasando de nuestra clientela á nuestra religión te impongamos la vestidura característica? «Trásladadme á donde me invita el emir, replicó el jeque; me es muy duro y jamás lo haré en mi situación actual, pero quizás lo haga más adelante. Aparte de esto, permítame el emir que hable acerca de los consejos y opiniones que acaban de emitir sus consejeros. Almamún dióle permiso sobre dicho particular, y el jeque manifestó que había escuchado dichos consejos, y que si bien cada uno de los visires se había esforzado para dar en el blanco ó solución de la dificultad, en nada habíanle satisfecho.» Entonces Almamún pidió parecer sobre el asunto al jeque, que continuó hablando de esta manera: «recuerdo un con-

sejo que mis padres heredaron ya de mis abuelos, á saber, que conviene al hombre inteligente, cuando le sorprende algún conflicto gravísimo, poner su salvación en manos del Sabio y Prudente que hace la división de partes, según su poder, y así su porción no sea dilapidada por sus deudores; porque aun en el caso de que no obtenga la victoria, siempre conseguirá su justificación y excusa legítima. Almamún respondió al jeque que, prescindiendo de aquel axioma que dice: «no merece fe el embustero», le entregaba, sin prueba alguna, aquello que más estimaba, la confianza, y que, sin renunciar á su firme resolución en el asunto, quería darle un testimonio de su amistad y afecto, revelándole que aquel que venía contra ellos, llamado Alí, hijo de Isa, había gobernado su estado antes que él, y aunque quisiera rechazarle gastando todos sus bienes y recursos, le sería imposible. ¡Oh emir, replicó el jeque, desecha por completo de tu mente esa creencia, y no prestes oídos á quien te hable en ese sentido; ten en cuenta aquella sentencia: «no es mayor aquel á quien multiplica

la injusticia, ni más poderoso, quien resulta engrandecido por la tiranía; ni tampoco es rey quien llega á serlo por la violencia.»

Voy á citarte un ejemplo, que debes imitar, deseando que obtengas el mismo resultado de aquél. Sucedió que Aljansuar, rey de los Alhayatiles <sup>4</sup> había hecho cautivo al de Persia, Firuz, hijo de Yazdachird, y para darle libertad, impúsole la condición que no había de manifestarse como enemigo suyo ni atacar sus estados en lo sucesivo; y, al efecto, fué colocada en las fronteras del reino una piedra, quedando Firuz obligado á no repasarla. Confiado Aljansuar en que Firuz cumpliría las condiciones de paz establecidas, le restituyó libremente á su reino. Pero apenas volvió Firuz á la capital de su estado, vióse agitado por los sentimientos del honor y de la vergüenza sufrida, y resolvió emprender nueva campaña contra Aljansuar.

Notificó su propósito á los visires, quienes le previnieron que violaba el pacto establecido é hicieronle temer un funesto resultado,

---

<sup>4</sup> Antigua y poderosa nación de raza turca.

si faltaba á las condiciones que Aljansuar le había impuesto. las cuales le recordaron. Sin embargo, no desistió Firuz de llevar á cabo su campaña, contestando á sus visires, que si bien había jurado no repasar aquella piedra fijada en los límites de ambos reinos, mandaría trasportarla sobre elefantes delante de sus soldados, sin que nadie la repasara. Viendo los visires que la pasión impedía á Firuz asentir á las prevenciones que se le hacían, conocieron que su inteligencia se hallaba completamente dominada por aquélla, y le dejaron estar, acordando no replicarle más sobre el asunto, en conformidad con aquella sentencia: «cuando la pasión se excita sobreponiéndose á la inteligencia, no deja á ésta recibir la impresión de la realidad; porque ya fué dicho, que allí á donde no llega la pasión, alcanza la persistencia ó tenacidad en la misma; puesto que la pasión es como el aturdimiento producido por la borrachera, y la persistencia en aquélla viene á resultar como el refinamiento de la misma y la fuerza irresistible de su imperio». De aquí dimanaba aquella sentencia: «no conducirás por camino

recto á quien se deja mover por la pasión hasta el punto que se haya apoderado del mismo la concupiscencia ó la ira; porque su estado viene á ver como una petrificación de su inteligencia, apareciendo su alma dominada y sugestionada por la pasión y oscurecida la luz de la razón; porque ésta tiene dos velos que la oscurecen, la concupiscencia y la ira, y no percibe cosa alguna que no sea velado por aquélla, haciéndose cada vez más intenso el dominio de la pasión y más tergiversado el juicio de la inteligencia». Firuz convocó á los cuatro jefes de las satrapías ó prefecturas, de que se componía su reino de Babilonia, con los 50.000 combatientes que seguían á cada uno de éstos, ordenándoles que se dispusieran para hacer la guerra contra los alhayatiles.

Cumplióse la orden y salió Firuz al encuentro de Aljansuar con un ejército, que creía invencible, toda vez que su enemigo era incapaz de resistir á uno solo de sus sátrapas, y únicamente había conseguido vencerle antes por medio de una asechanza, que no hace al caso mencionar en este lugar. Había

entre los persas un jefe llamado el *Mambasán de los Mambasanes*, que quiere decir, superior de los vigilantes de la observancia de la religión, el cual era considerado como un profeta. Este aconsejó á Firuz, al saber su resolución de emprender nueva campaña contra Aljansuar, que de ningún modo realizara su propósito; porque el Señor del universo favorece á los reyes contra los tiranos, si aquellos no comienzan por violar los fundamentos legales; mas si comienzan por dicha violación, no les presta su ayuda. Porque los pactos y alianzas constituyen el principal fundamento de la ley; y por tanto debía respetarlos. Firuz, no prestando atención á estas palabras, se obstinó en desobedecer á sus consejeros; tan cierta es aquella sentencia: «las postrimerías de un rey se señalan por los cinco hechos siguientes: 1.º que el rey introduzca ó exija innovaciones sin darse cuenta, ni reflexionar sobre los resultados de las mismas; 2.º que maltrate á sus amigos; 3.º que resulte deficiente la recaudación de los tributos para las necesidades del reino; 4.º que obre por pasión y no con juicio recto;

y 5.º que desprecie los consejos de los sabios y opiniones de los hombres prudentes, olvidando aquella sentencia: «quien rechaza á un consejero leal, proporciona ventaja á su enemigo,» y aquella otra: «se acepta ó rechaza la manera recta de conducirse, según que se llega á hacer predominar ó no la reflexión, porque quien hace predominar su reflexión sale victorioso en el discernimiento ó parecer sobre los asuntos; mas quien no consigue dicho predominio, es vencido en la lucha por la pasión; porque ya fué dicho en conformidad de esto: «quien prescinde de la reflexión, se aproxima á las bestias.» Así sentía el jeque persa, pero Firuz se dirigió hacia el territorio de Aljansuar llegando á la piedra que había sido fijada como límite entre los dos estados, no obstante haber jurado no pasarla. Este ordenó que fuese arrancada y cargada sobre los elefantes, para que la transportaran á la cabeza del ejército, prohibiendo que ni un solo soldado traspasara dichos elefantes. Todavía no se había alejado Firuz del lugar en que se encontraba la piedra, cuando se le acercó uno de sus compañeros

de más confianza, notificándole que uno de los caballeros más diestros en el manejo de las armas había dado muerte injustamente á un hombre infeliz, cuyo hermano acababa de presentarse pidiéndole auxilio y reclamando su justicia contra el caballero asesino. Firuz ofreció á éste cierta cantidad, como indemnización por la sangre de su hermano; pero no quiso aceptar el dinero contestando que solamente podía satisfacerle la sangre del asesino. En vista de esto, Firuz dióle permiso para que acometiera al caballero, asesino de su hermano, y lanzóse aquél enfurecido puñal en mano contra éste, que viéndole venir hacia sí, dió rienda suelta á su caballo, escapando de su presencia. Llegó la noticia de tal suceso á oídos de Firuz, y todavía no había salido del asombro que le produjo, cuando uno de sus visires, apeándose de su montura y llegando á presencia del mismo, se inclinó respetuosamente. Firuz interrogó al visir acerca de su deseo, y éste pidióle que se dignara celebrar una conferencia á solas con él, porque tenía que revelarle un asunto de importancia. Firuz mandó le-

vantar una tienda y, entrando en la misma, concedió audiencia al visir, permitiéndole que manifestara cuanto le ocurriese. «Oh rey feliz, dijo el visir, señor de siete estados semejante en prosperidad, grandeza y poderío á Yady-Resif, deseo manifestarte la enseñanza importantísima que te proporciona el ejemplo del asunto de ese caballero; puesto que siendo tan esforzado es imposible que haya escapado de la presencia de aquel infeliz armado de un solo puñal, como no fuera por causa de su injusticia é iniquidad.» «Seguramente, observó Firuz, que el tal caballero no ha huído de ese desgraciado por cobardía, sino por miedo á nosotros: no fuera que después de cometer aquella acción tan vergonzosa, se viera en precisión de realizar otra semejante.» «Llámale, continuó diciendo el visir, invítale á luchar en duelo con ese desgraciado, asegurándole que no has de castigarle por tal causa, y presenta al desgraciado contra aquél para que conozcas la enseñanza que el Príncipe del universo te proporcionará con su ejemplo.» Accedió Firuz y, llamando al caballero, le perdonó, or-

denándole que luchara en duelo con aquel desgraciado que reclamaba venganza por la muerte de su hermano.

Aceptó el caballero de buen grado, y perfectamente armado montó á caballo, dirigiéndose hacia donde se encontraba aquel infeliz. Sabedor este último de que el duelo había sido autorizado, mostróse ávido y deseoso de batirse cuanto antes y, aunque había sido atemorizado con la seguridad de su muerte, no decayó su ánimo; pues cuando algunos le dijeron: «¿por ventura no has visto el escudo del caballero, su armamento y caballo?, ¿no has oído la fama de su bravura y esfuerzo?; con seguridad que vas á suicidarte exponiéndote á una muerte cierta, sin que sea nuestra la culpa ó responsabilidad». «Dejadme, contestó el desgraciado, que cargue contra él, porque viene montado sobre un caballo vano, y yo sobre un caballo inteligente, él vestido con la coraza de la duda, más yo con la confianza, él acomete con el sable de la tiranía y yo con el puñal de la justicia». Entonces dijo el visir á Firuz: «si las palabras de este infeliz, oh rey, llegan á convencerte de la

seguridad de su victoria sobre el caballero, aparta á éste, déjale vivir en paz, y no des ocasión á que muera en el choque. Haz á ese infeliz algún beneficio que le satisfaga, y si nada apetece más que la vindicta ó la pena del tali6n, júzgale según tu justicia ordinaria. Pero insiste en tu primera providencia de concederle alguna gracia que le satisfaga, y que difícilmente pueda rehusar». «No hay más remedio, respondió Firuz, que convocar particularmente á los dos para escuchar sus pareceres, y ver si ese infeliz prefiere y desea el duelo.

Hecha de nuevo la proposición del combate entre el caballero y el infeliz, insistió éste en su deseo de preferir la lucha y, aunque volvieron á atemorizarle con la muerte, no consiguieron otra cosa que excitar más su coraje y ardimiento; por lo cual se permitió al caballero que acometiera sin temor á su contrario. Ambos se acometieron y vinieron á las manos, pero, asiendo aquel infeliz el bocado del caballo de su enemigo y salvando al mismo tiempo un golpe de sable que aquél le tiró, pues al abajar su cabeza, solamente

sufrió un rasguño leve en el grueso de la nalga, le dió una puñalada en el cuello, le derribó y undió nuevamente su puñal entre las mallas de la cota, atravesando el corazón al caballero y dando cuenta de la vida del mismo. Pasó Firuz aquella noche en dicho sitio meditando sobre las contingencias de su empresa; pero se inclinó á su pasión, conforme aquella máxima: «el principio y el fin de la pasión es el envilecimiento; porque fué dicho ya que la pasión es como el tirano que mata á aquel á quien somete á su dominio, y como el fuego cuya llama una vez excitada es muy difícil ó imposible apagarla, y como el torrente que cuando salva sus límites se hace imposible contenerlo», y á aquella otra: «no es el verdadero cautivo aquel á quien encadena su enemigo, sino aquel á quien la pasión ata violentamente y le oprime hasta perderle». Sabedor Aljansuar de los propósitos de Firuz, de hacerle la guerra, armóse de fortaleza y confió su cuidado al príncipe encargado de los negocios exteriores, consultándole si debía defender los pactos y promesas violadas por Firuz y cuya señal

convenida había éste repasado sin temor alguno. Tomó felizmente sus disposiciones, fortificó sus fronteras, y rodeóse de numeroso ejército ordenando que una división del mismo saliera al encuentro de Firuz. Procedió en su campaña con calma dejando que Firuz se apoderase de gran parte de su territorio, hasta el punto que éste logró situarse en medio de sus estados dominando en sus ciudades y causando grandes vejaciones á sus súbditos. Por fin, Aljansuar revolvióse contra Firuz atacándole de improviso y empeñando un combate encarnizado, del cual huyó derrotado Firuz seguido por sus compañeros; pero Aljansuar pasó á cuchillo á toda su infantería, se apoderó de sus tesoros y, siguiendo luego en persecución de aquél, logró vencerle por segunda vez y darle muerte, apoderándose de su familia y de las familias de sus compañeros. Así acabó Firuz.

Luego que Almamún recogió la enseñanza que el jeque persa quería revelarle por medio del ejemplo anterior, se acercó á él felicitándole y diciendo: «hemos escuchado con gusto tus palabras, cuya enseñanza aceptamos de

buen grado sumamente agradecidos y gozosos; mas ¿qué piensas acerca de la exhortación que te he hecho para que reconozcas como único Dios á Alá altísimo y poderoso, que liberalmente te proporciona la felicidad por medio de la inteligencia, te facilita los conocimientos por medio de la reflexión, te dota de la palabra para la expresión del juicio y te devuelve la inocencia por medio de Mahoma á quien Alá bendiga y glorifique?» «Creo, respondió el jeque, que no hay más Dios verdadero que Alá, y que Mahoma es su profeta.» Alegróse Almamún por la conversión del jeque persa, á quien colmó de beneficios, concedió grandes dignidades y le presentó á sus príncipes, magnates y compañeros ordenándole permanecer en su corte, hasta que, pasados pocos días, el jeque fué á reunirse con el Señor. Almamún siguió el consejo del jeque persa alcanzando el califado como era su deseo.

Semejantes á los mencionados, hijo mío, deben ser tus caudillos ó capitanes.

Para ser tus prefectos (administradores) de hacienda elegirás á los inteligentes en la

tributación y peritos en las diferentes especies de la misma; que se hallen dotados de energía y capacidad, de práctica é instrucción; que te inspiren confianza; que sean probos y religiosos; que no dilapiden tu hacienda ni opriman á tus súbditos por dicha causa; y que sean celosos de la equidad en el reparto, según las condiciones de aquéllos. ¡Oh hijo mío! No te fies de tus prefectos, aunque se te presenten modestos, penitentes y revestidos de cierto misticismo aparente. Antigua es entre califas y reyes la costumbre de probar á sus prefectos: así cuenta Arabia, hijo de Zeyad Alharetí acerca de Omar hijo de Aljatab, cuando éste escribió á Abu-muza príncipe del Irac para que le enviara los prefectos: «era yo prefecto de Albahráin <sup>1</sup>, bajo la autoridad inmediata de Abu-muza Alaxarí, y ordenó Omar que se presentaran todos los prefectos, para prestar juramento. En cuanto llegué á Medina, busqué á Yarfí, cliente de Omar, y le pregunté por qué causa deseaba el emir de los creyentes

---

1 En el Irac arábigo.

ver á sus prefectos; pero me respondió groseramente. Y tomando yo el *motra/jain* <sup>1</sup> y un manto de lana me revestí, me coloqué el turbante sobre la cabeza, y me marché, sin más providencia. Entramos todos los prefectos á presencia de Omar, hijo de Aljatab, nos colocamos en filas y empezó á levantar y bajar la cabeza sobre nosotros, sin fijar su vista en otro que en mí, y llamándome la atención: ¿quién eres tú? me preguntó. Y contesté: Arebia, hijo de Zeyad Alharetí? ¿Cuál de nuestras prefecturas posees, y cuánto recaudas? añadió. La prefectura de Albahráin, y recaudo un millar, respondí. Mucho es, exclamó, volviendo á preguntarme en qué empleaba yo tanta cantidad; á lo cual contesté que reservaba una parte, procurando que volviera á mis deudos, y el resto á los musulimes pobres. Quedó satisfecho con mi respuesta ordenándome que volviera á mi lugar en la fila. Así lo hice, y él volvió á levantar é inclinar la cabeza fijando su vista en mí únicamente y, llamándome otra vez,

<sup>1</sup> (Túnica de seda con adornos en sus dos extremidades. Dozy).

me preguntó cuántos años tenía. Respondí que ya había cumplido 45 años, y, al oír esto, exclamó: Ahora encuentro perfectamente justificada tu conducta. Enseguida pidió la comida, y mis compañeros creyeron ballar allí sabrosos manjares (y en verdad que ya todos sentíamos hambre), cuando fué presentado un pan duro y unos trozos de camello, y comenzaron aquéllos á rehusar la comida. Sólo yo me puse á comer encontrándola agradable, y entretanto veía que Omar me atisbaba entre mis compañeros. Después se me escaparon algunas palabras por las que hubiera deseado ser sepultado en tierra, mejor que haberlas pronunciado: «¡Oh emir de los creyentes! dije, el pueblo necesita de tu perfecto estado de salud y debes establecer una comida más sabrosa que ésta;» y me reprendió, irritado, exigiéndome que explicara el sentido de mis palabras.» Si mandarás, contesté, que te fuera presentado el pan y la carne esta, cocidos el día anterior á aquel en que los necesitaras, seguramente te sería ofrecido pan dulce y carne fresca.» Estas últimas palabras calmaron su cólera y dijo-

me, después de haberse asegurado del verdadero sentido de las mismas: «ciertamente, Rebia, sería un deshonor llenar este espacio de pelos y pezuñas de camello, para significar un pan reciente, sino mirara á Alá que castigó á un pueblo por cierto pecado que había cometido, diciendo el Ser más poderoso: «ensalzasteis vuestras riquezas en la vida de este mundo y os gozasteis en disfrutarlas.» Luego mandó Omar á Abumuza que me dejara tranquilo en mi prefectura y ordenó la destitución de todos mis compañeros.

Albojarí refiere que, habiendo encargado el Profeta á un tal Alotbia la dirección de una prefectura, se le presentó éste diciendo: «¡Oh Profeta de Alá, esta parte para tí, pero dame esa otra!» Irritóse el profeta al escuchar tales palabras y respondió: «¿Qué condición revela aquel hombre que, habiendo recibido el gobierno de una de nuestras prefecturas, dice «esto para vosotros y eso otro para mí?» ¿Cómo, teniendo asiento en casa de su padre y de su madre, exige que se le dé?

Málic cuenta que Omar hijo de Aljatab solía pedir parte de los bienes adquiridos por

sus prefectos la cual ascendía á una mitad de los mismos; pero únicamente hacía esto cuando aquéllos aparecían con bienes que no les habían sido reconocidos antes de ser nombrados. Así refiere Abuhoraira que al destituirle de la prefectura de Albahráin díjole Omar: «has tomado los bienes de Alá». Aquél negó la acusación, pero Omar replicó: «¿de dónde has sacado los 10.000 *dirhemes*? Del aumento de mis caballos, de las sumas de mis pagas, y del buen éxito en mis negocios privados, contestó Abuhoraira. Omar, no obstante le reclamó la mitad de su caudal. Al día siguiente, Abuhoraira pidió perdón al emir de los creyentes para marcharse, dejando la prefectura que le había conferido, y éste le contestó: «está bien, ya se encargará de la prefectura otro más excelente que tú, Yúsuf». Abuhoraira se limitó á replicar: «Yúsuf es un profeta, yo soy un *quidam*, más temo que censures mi buena reputación, que hieras mis espaldas y te apoderes de mis bienes».

El mismo Omar llamó á Alháret hijo de Uáhab, cuando le destituyó de la prefectura, y díjole: «¿de dónde has sacado los camellos

y siervos que has vendido en 200 *din*ares?» Aquél respondió que los había comprado con su propio dinero para negociarlos. Pero Omar replicó: «¡por Alá! que no te hemos enviado allá para negociar con los bienes de los musulimes; restituye, y juro por Alá que jamás vuelvo á encargarte de otra prefectura, ni esperes que yo te nombre otra vez.»

En otra ocasión escribió Omar á Amer hijo de Alasi, prefecto suyo en Egipto en los términos siguientes: «Del siervo de Dios Omar hijo de Aljatab á Amer hijo de Alasi. «Ha llegado á mi conocimiento que te atribuyes falsamente, como propiedad privada, caballos, camellos y bueyes, á pesar de haberte conocido yo pobre; dime de dónde proceden esos bienes». Amer contestó: al siervo de Dios Omar, emir de los creyentes, de parte de Amer hijo de Alasi. Te deseo la bendición de Alá, Dios único, que me ha depurado tu carta, en la cual se me acusa, falsamente, de atribuirme bienes que anteriormente no me han sido conocidos. Ten presente, oh emir de lo creyentes que me encuentro en un país en el cual el precio de las

cosas es muy módico, que me consagro al negocio de la industria y agricultura propia del pueblo, y me esfuerzo por enviar con jargueza las provisiones debidas al emir, y ¡por Alá, Dios único! si crees que te engaño, búscate otro hombre; porque nosotros poseemos bienes propios superiores á los de tu prefectura, á los cuales concretaremos nuestra existencia, y gracias á mi prosperidad hay en tu casa bienes para que puedas seguir viviendo sin vilipendio, aunque por lo que á mí toca, ni he de vituperar, á pesar de esto, tu conducta ni he de agradecerle la prefectura». Omar escribió por segunda vez á Amer diciendo: «¡por Alá! que no he hecho caso de las líneas que has trazado ni de tus frases encaminadas á otro fin distinto; no tienes que hacerte ilusiones, pues ya he enviado á Mohámed hijo de Moslima para que le entregues la mitad de tus bienes. Porque á vosotros, ¡oh descendencia de los emires!, después de haberos sentado sobre fuentes de riqueza, no os faltan excusas para reunir bienes para vuestros hijos ó para vosotros mismos, ó para levantar y excitar el fuego de la dis-

cordia. Salud». Cuando se presentó Mohámed hijo de Moslima á Amer hijo de Alasi, ofrecióle éste una comida abundante; pero aquél no quiso comer y al preguntarle Amer porqué motivo rechazaba su obsequio, respondió: «si me hubieras presentado una comida frugal, seguramente la hubiera aceptado; pero esa me parece mala, y, por Alá, que no he de beber en tu casa ni agua. Dame un inventario escrito de todo lo que poseas, sin ocultar nada. Hízolo así Amer, y Mohámed dividió en dos partes todos los bienes de aquél, incluso las sandalias, de las cuales tomó una y le dejó la otra. Amer irritóse al contemplar aquella acción, y exclamó: «maldito sea el tiempo durante el cual he sido prefecto de Omar, y quiera Dios que yo conozca á Aljatab llevando sobre su cabeza un ramo de ignominia, é igualmente á su hijo, y que ambos lleguen á no tener un punto en donde posar sus plantas. Y ¡por Alá!, que no quede satisfecho Alasi hijo de Uáil con vestir la túnica guarnecida de oro». «Calla, dijo Mohámed, que Omar, por Alá, es más excelente que tú, y en cuanto á tu padre y

su padre, éstos ya pasaron; no sea que mientras le injurias, encuentre refugio cerca de tí alguna oveja cuyo balido te descubra y pierda.» Tu eres hombre fiel, contestóle Amer, y reservarás mis palabras».

Moavia, siendo príncipe de Siria, envió á Omar hijo de Aljatab cierta cantidad de dinero y caballos de los llamados *cabeza de moro*, y como se encontraba muy distante tuvo que escribir á su padre Abusofián, ordenándole que fuera en representación suya á entregarlos á Omar. A este fin despachó Moavia un emisario á su padre con el dinero y los caballos. Este marchó á presentarse á Omar, á quien entregó solamente una carta de su hijo y los caballos, guardándose el dinero para sí. Pero Omar, después de leer la carta de Moavia, preguntó á Abusofián en dónde se hallaba el dinero mandado por su hijo. Abusofián juró, por el temor á la religión y al castigo, que no tenía más dinero que el suyo propio. Sin embargo, Omar mandó que fuera encerrado juntamente con los caballos hasta que presentara el dinero. Al verse así tratado, mandó traer Abusofián el

dinero y lo presentó, y entonces Omar dispuso que fuera puesto en libertad. Cuando el emisario regresó á presencia de Moavia preguntó éste si Omar se había admirado al ver los caballos mandados. El emisario contestó afirmativamente y que además Omar había encerrado con ellos á su padre, por haberse guardado el dinero presentando solamente dichos caballos y la carta, «¡Por Alá!, exclamó Moavia, ha hecho muy bien encerrándolo».

Supo también Omar hijo de Aljatab que un tal Sad, hijo de Abuacás se había hecho dueño de un castillo, en cuya puerta fijó el siguiente rótulo: «se prohíbe el paso al que dé voces,» y envió á Mohámed hijo de Moslima ordenándole quemar la puerta de aquel castillo, pues quería que sus órdenes fueran cumplidas como mandaba. Mohámed se presentó en Cufa, y al llegar á la puerta de Sad sacó su pedernal y, encendiendo fuego, la quemó. Enteróse Sad de tal suceso, pero habiéndole mostrado Mohámed quién era, le reconoció y salió á su encuentro. Entonces Mohámed manifestó á Sad como ha-

bía llegado á conocimiento del emir que él había dicho «se prohíbe el paso al que dé voces». Sad juró por Alá no haber dicho tales palabras, y Mohámed contestó que no había hecho más que cumplir la orden que le había sido confiada; pero que, no obstante, daría cuenta de su negativa al emir, y montando á caballo regresó á la corte de Omar, quien díjole: «si no fuera por el buen concepto que tengo de tí, creería que no habías llegado allá á pesar de ser un viaje breve. Mohámed manifestó de qué manera había realizado su viaje; y que Sad habíase justificado negando por Alá que él hubiera dicho las palabras cuya pronunciación le había sido atribuída. No obstante, Omar instó á Mohámed preguntándole si Sad le había ofrecido alguna cosa, á lo cual contestó aquél que ignoraba haber intervenido en ningún otro acto, fuera de los encaminados á cumplir sus órdenes. «Ciertamente, añadió Omar, la tierra de Irac es muy hospitalaria, y la gente de Medina se muere de hambre, y de aquí que yo haya temido que aquél te ofreciera algo que te sirviera de refrigerio y á mí de irritación.»

También en otra ocasión visitó Abusofíán á su hijo Moavia en la Siria, y al regresar, presentóse á Omar hijo de Aljatab quien le preguntó si traía algo útil. Habiendo contestado éste negativamente, tomó Omar su sello y envió un emisario á la India ordenándole que dijera á los habitantes de la misma lo propio que diría Abusofíán, á saber: «presentas las dos contribuciones que has traído.» Y no tardó Omar en recibir ambas contribuciones que ascendían á la suma de 10.000 *dirhemes*, los cuales fueron depositados en la casa de hacienda. Cuando Otmán fué nombrado príncipe quiso devolver dicha cantidad á Abusofíán; pero éste la rechazó, diciendo que no quería tomar aquel dinero de cuya sustracción había sido acusado por Omar.

Cuéntase igualmente que Omar hijo de Aljatab encargó de la prefectura de Emesa á un tal Omáir hijo de Sad, y trascurrido un año llamóle á su presencia, sin indicarle la forma en que debía presentarse. Este hizo el viaje á pié desnudo, con su cayado en la mano y llevando á la espalda un jarro de agua, un

saco de provisiones y una escudilla. Omar, al contemplarle en dicha forma, exclamó: «¡oh Omáir! ¿acaso nos trata la madre patria como á pueblos perversos?» «¡Oh emir de los creyentes! respondió Omáir: si cesaras de cometer en público actos vergonzosos, no tendrías tan mala opinión, ni juzgarías mal por apariencia al presentarte yo mi vida en este mundo, cara á cara para que se vea». Preguntado por Omar en qué consistía su vida en este mundo, añadió: «en un cayado que uso para apoyarme y defenderme contra el enemigo que me cierre el paso, en un saco de provisiones para llevar mi comida, en el jarro de agua que me sirve para beber y purificarme y en la escudilla que empleo para hacer mis abluciones, lavarme la cabeza y verter la comida, y por Alá ¡oh emir! ¿qué otra cosa más puede dar el mundo? Omar levantándose se dirigió al sepulcro del Profeta de Alá y de Abubéquer y lloró allí, exclamando: «¡Dios mío! júntame á tu amigo, que se halla muy apartado de la ignominia y apostasía». Después volvió á su cámara de consejo y preguntó á Omáir sobre la conducta

que hubiera observado en la prefectura. Este contestó que recaudaba siervos, camellos y el tributo de capitación entre aquellas gentes sometidas á esa obligación, que soportaban sin quejarse; que una vez hecha la recaudación, distribuía su producto entre los faquíes, peregrinos y pobres, jurando que, si algo le restaba, lo enviaba á él. Omar ordenó que volviera á encargarse de su prefectura: «Te juro en nombre de Alá, exclamó éste, que, si al volver á mi prefectura cometo alguna acción censurable, sea condenado y confundido. Pues temo que Mahoma me acuse ante Alá según aquellas palabras que le he escuchado: «yo soy un acusador terrible y venzo en el debate á aquél contra quien lanzo mi acusación». Permíteme, por tanto, que vuelva á mi pueblo». Omar dejóle marchar á su prefectura; pero luego envió á un tal Habib con 100 *dinaves*, diciéndole que se presentara por tres veces de improviso en casa de Omáir, á fin de que éste no pudiera ocultarle su especie de alimentación, la situación de su familia y de su casa, apareciendo si existía engaño por parte de aquél; y si no resultaba

engaño, que le entregara los 100 *dinares*.

Habib cumplió fielmente su misión sorprendiendo en tres diferentes ocasiones á Omáir; pero en ninguna observó que tuviera otro alimento que trigo y aceite.

En la tercera visita hecha por Habib recomendó á Omáir que debía trasladarse á vivir con sus vecinos, que quizá tuvieran manjares más delicados que ofrecerle, jurando que, si él tuviera cosa mejor, ¡por Alá!, preferiría tenerle en su casa. Entonces Habib le entregó los 100 *dinares*, diciéndole que procedían de parte del emir de los creyentes, Omar; pero Omáir pidió un pañuelo de los de uso de su mujer y dividiendo el dinero en porciones de 5, 6 y 7 *dinares* lo distribuyó totalmente entre el pueblo.

Volvió Habib á presencia de Omar diciéndole que venía de conocer al más austero de los hombres, quien carecía de todas las comodidades ordinarias de este mundo. Omar llamó otra vez á Omáir para preguntarle qué había hecho con los 100 *dinares*. Este se excusaba de contestar, pero, instado nuevamente por el emir, declaró que los había distribuido

entre sí y sus compañeros, *moháchires* y *ansares* <sup>1</sup>. Omar dispuso que le fueran entregadas dos cargas de provisiones y dos vestiduras; mas Omáir manifestó que aceptaba de buen grado las vestiduras, pero que no necesitaba las provisiones, puesto que para su familia le bastaba con un *saa* <sup>2</sup> de trigo.

Del mismo Omar se refiere que, metiendo en una bolsa 400 *dinares*, mandó á un criado que los llevase á Abuobaida hijo de Alcharah, previniéndole que permaneciera por espacio de una hora en casa de éste, á fin de enterarse del empleo que daba á dicha cantidad. El criado entregó á Abuobaida aquel dinero de parte del emir para emplearlo en las necesidades que tuviese. «Alá bendiga y se compadezca del emir, exclamó Abuobaida; eh muchacha, marcha para entregar estos 6 *dinares* á fulano y esos 5 á zutano» y así prosiguió hasta distribuirlos completamente. Volvió el criado á Omar dándole noticias de

---

1 Los que acompañaron á Mahoma en la hégira ó huida y los que le ayudaron en Medina.

2 Nombre de medida para granos.

su encargo y encontró que éste ya le guardaba preparada otra cantidad igual á la anterior para llevarla á Moad hijo de Chábal, previniéndole también que permaneciera en casa del mismo hasta ver qué hacía con el dinero. Marchó el criado y entregó á Moad el dinero de parte del emir para que lo gastara en sus necesidades. Pero Moad, después de implorar la bendición y clemencia de Alá para su emir, mandó á la criada que llevase tanto á este, tanto al otro, etc., hasta que, haciéndole observar su mujer la pobreza en que ellos vivían, arrojó á ésta los dos únicos *dineros* que ya quedaban en la bolsa. Regresó el criado notificando á Omar lo que había presenciado, y éste exclamó: «ciertamente son hermanos el uno del otro».

Cuando Otmán hijo de Afán destituyó de la prefectura de Egipto á Amer hijo de Alasi sustituyéndole por Abenabisarhi é imponiendo una tributación más crecida que en tiempo de Omar, llamó á dicho Amer y díjole que notara cuánto habían aumentado los productos de la recaudación en Egipto después de su gobierno. Pero éste le replicó:

«ese aumento es debido á que vosotros habéis dejado en cueros á los habitantes de aquella región».

Ya dijo Zeyad: «sed benéficos con los que siembran y vosotros no perderéis tampoco la semilla que arrojéis ó la sustancia que aportéis», y Cháfar hijo de Yahya dijo también á este fin: «el tributo es el sostén del imperio; pero por nada es más acrecentado que por la justicia, ni más disminuído que por la tiranía, la cual es la causa que conduce con mayor rapidez á la ruina del mismo.

Debes, hijo mío, confiar el mando de tu ejército á los caudillos más esforzados, elegidos entre tus tropas más valerosas; porque ya dijeron los sabios: «un león capitanea á mil zorras mejor que una zorra á mil leones». Para la formación de tu ejército alistarás á la gente más animosa y esforzada, dotada de robustez, sagacidad, destreza para el ataque, vigor para la defensa en las ocasiones apuradas, y para la lucha cuerpo ó cuerpo con los más bravos, y que desprecie los peligros de la muerte. También has de tener presente,

hijo mío, que tus compañeros deben ser cuatro, para el mejor éxito de la campaña, é igualmente tus escuadrones serán de 400 hombres y tus cuerpos de ejército de 4.000; porque seguramente llega á ser vencido un ejército de 12.000 hombres por otro de menor número, si éste se halla bien ordenado; pues ya dijeron los sabios: «para muchos el espanto, y para pocos el triunfo.»

El ejército, hijo mío, debe coastar de cuatro cuerpos: el 1.<sup>er</sup> cuerpo será constituido por tus caballeros nobles; el 2.<sup>o</sup> por tu cabila; el 3.<sup>o</sup> por tus tropas auxiliares; y el 4.<sup>o</sup> por tus mamelucos ó siervos.

1.<sup>er</sup> cuerpo de ejército. Los magnates ó nobles del reino. Formarás este cuerpo, hijo mío, escogiendo á los principales de tu cabila y á los más ilustres de las tribus, para que te informen sobre los secretos peculiares á cada banda. Todos ellos deberán ser amantes de tu soberanía, inclinados por afecto á tu persona y confiados á tus disposiciones; por que de esta suerte (conducirán á tu puerta) pondrán á tus órdenes sus respectivas bandadas, y se esforzarán por satisfacerte y secun-

dar tus propósitos. Debes por tu parte elevarles á la dignidad que les corresponda, y darles el grado jerárquico conveniente á cada uno.

2.º cuerpo de ejército. Estará constituido por la cabila, es decir, por la cabila del rey. Te conviene, hijo mío, mostrar gran celo por tu cabila, atendiendo á sus necesidades del mejor modo posible y compatible con tu abundancia ó penuria, para que no deseen á otro señor que á tí, si les niegas tu generosidad. Entre ellos te atraerás con especial afecto á aquel á quien observes que es tu amigo leal y sincero, y á quien consideres como más digno de tu afección íntima y más agradable para el trato familiar. Pondrás á la cabeza de cada banda de la cabila á su jefe propio; porque el partidario encuentra siempre bien el seguir á su jefe natural. Este deberá ser el más respetable y excelente de los jeques, amante de tu compañía y majestad y de su banda, la cual pondrá con ciega obediencia á tu servicio; del cual pueda creerse que no ha de atacarle el odio secreto de la calumnia y maledicencia; que no sea

vicioso ni inspire desconfianza; que exhorte á su banda á seguir la bandera de su rey; que te exponga las condiciones y situación de sus partidarios en cada ocasión, manifestando únicamente aquello que sea justo, y revelando siempre la verdad á su rey.

3.<sup>er</sup> cuerpo de ejército. Debe estar formado por las tropas auxiliares del rey, al que defenderán rodeándole por todas partes. Te conviene, hijo mío, alistar dichas tropas, las cuales no se apartarán de tí ni de noche ni de día, distribuídas en cuatro divisiones, formando respectivamente en la derecha, izquierda, vanguardia y zaga ó retaguardia. Para la formación del ala derecha elegirás á los más robustos y fuertes, valientes y vigorosos, y les pondrás á las órdenes de alguno de tus magnates más insignes, que sea inquebrantable por su firmeza y dotado de valor extraordinario. Estos, en tiempo de guerra, acamparán igualmente á tu derecha en la forma más adecuada y conveniente. Para el ala izquierda debes elegir á los soldados más intrépidos, que desprecien los peligros, que sean hábiles ginetes y diestros para ma-

nejar el sable y la lanza y también á gente brava, audaz y formidable en el ataque, los cuales serán capitaneados por un caudillo de corazón impetuoso, práctico en los campos de batalla, ejercitado en la guerra y hábil para rechazar las cargas de lanza y sable. Estos acamparán á tu izquierda, atentos siempre á tu avance ó retirada. Debes constituir la vanguardia con aquellos caballeros victoriosos en las carreras á caballo, prácticos en los accidentes y desfiladeros del terreno y con todo héroe y bravo guerrero que sepa cazar al enemigo, dándoles un capitán conocedor de los lugares que ofrecen posiciones favorables ó desfavorables para el combate, aguerrido, y que no ceje en su avance, manteniéndose firme en las posiciones conquistadas, aunque vacile su gente. En campaña hará alto esta vanguardia delante de tí, á la distancia conveniente para tu plan y deseo. En la retaguardia, hijo mío, formará la gente de tu afecto especial y más decidida por tu causa y defensa. Alistarás, por consiguiente, en ella á los magnates más ilustres y valerosos de tus cabilas, vigorosos en la

lucha cuerpo á cuerpo, tenaces en los casos desgraciados, y firmes, aunque sean rechazados los escuadrones de la vanguardia y de los flancos, y á todos aquellos, en general, que sean serenos y esforzados en los momentos de apuro; porque estos vienen á constituir como el punto de apoyo ó eje del ejército; son la defensa para la retirada de los que tienen la suerte de escapar ilesos; por su medio se evita la total derrota del ejército y que sobrevengan graves desgracias y calamidades; sobre ellos se sostiene la batalla; infunden pavor al enemigo con su presencia tenaz y resistente; y le rechazan por la firmeza inquebrantable de sus filas. Esta división debe ser tan poderosa, que pueda combatir al mismo tiempo á las otras tres que forman las alas y vanguardia. Así opina todo aquel que sabe dirigir bien una campaña y administrar su pueblo con liberalidad y á la vez con disciplina; porque puede suceder que dichas divisiones se insolenten ó subleven en alguna ocasión, y podrás someterlas ó evitar sus perturbaciones con tu retaguardia constituída por las tropas afectas

especialmente á tu soberanía. Confiarás el mando de esta división á uno de tus magnates más preclaros, amigo íntimo, aguerrido, sincero y dócil á tu obediencia, activo, batallador famoso, caballero sin tacha y de noble estirpe; y acampará detrás de tí cuando salgas de expedición, lo mismo en tiempo de paz que en guerra. Les cuatro divisiones mencionadas afectas á tu campamento, rodeándolo en la forma antes descrita, marcharán ó harán alto, cuando tú lo hagas á fin de conseguir tus propósitos, envolviéndote por todas partes de noche y de día y en todas las circunstancias de paz y guerra. Serán, por fin, superiores en poder y valor á tu cabila, para que algunas divisiones de ésta no se aparten de tu obediencia, y para que, si llegan á abandonarte ó á sublevarse contra tí, puedas dominarlas con dichas tropas de auxiliares y defensores.

4.º cuerpo de ejército. Debe estar formado por los mamelucos ó siervos del rey, y dividido en cuatro divisiones: extranjeros, cristianos, arqueros y esclavos negros. Tendrán, respecto de tus auxiliares y defensores,

la misma misión especial que éstos tienen respecto de las tropas de tu cabila, según hemos mencionado anteriormente, á saber, impedir la deserción ó resistencia de dichos defensores cuando se descorre el velo de alguna rebelión contra tí ó de oposición al respeto debido á tu soberanía. Al efecto, este cuerpo de ejército será nutrido de gente robusta y hábil, valiente y bien pertrechada, brava, impetuosa y ágil, y tendrá sus cuarteles en la corte ó ciudad de tu residencia para que se halle siempre pronta á acudir en tu auxilio y defensa; y por tanto no debes alejarlos del alcance de tu vista, ni apartarlos nunca de tu presencia, en cualquiera parte donde te encuentres. La formación del mismo en la marcha, y su distribución para el mejor éxito del fin deseado, sería de la manera siguiente: sus arqueros y extranjeros marcharán delante de tí precediendo inmediatamente á los caballeros que te abran paso; mientras que los cristianos y esclavos negros formarán á tu espalda siguiendo de igual suerte á los caballeros de tu afecto especial que caminen detrás de tí. Cada una

de las divisiones de este cuerpo tendrá un jefe atento y esforzado; y la de los arqueros se subdividirá en cuatro grupos: esclavos negros, extranjeros, turcos y soldados huéspedes con su jefe correspondiente y distintivo especial para que puedan diferenciarse con facilidad.

Además es muy conveniente al rey elegir algunos hombres valerosos de elevada estatura, los cuales marchen delante de él cuando salga á caballo, siguiéndole á donde quiera que se dirija, y tendrán cierta dignidad, distinguiéndose de las otras tropas por sus vestiduras, túnicas magníficas de diferentes colores, é irán armados de lanza adornada al extremo por una banderita de seda de colores diversos; porque de esta suerte contribuyen á hacer que resalte la magnificencia del rey en ornato, grandeza y perfección, puesto que sirven de embellecimiento á los reyes, emires, nobles y altos dignatarios del reino.

*Caso 2.º respecto de la administración.*

Sabe, hijo mío, que te será muy útil clasificar á los hombres del reino y ordenarlos

en diferentes categorías, correspondientes á los cargos ó funciones que desempeñen cerca de tí, estableciendo jerarquías y dignidades entre los mismos.

Clase 1.<sup>a</sup> El primer súbdito que deberá entrar á presencia tuya será el chambelán y auxiliar, ya conocido, para que te anuncie quién se halla á tu puerta, de tus visires, guardias, magnates de tu corte y secretarios. Entre éstos, pasarán los primeros tu secretario y tu visir predilectos; porque en ambos estriba el buen estado y dirección de tus asuntos. Tu conferencia con ellos versará, en primer lugar, sobre el asunto más grave ó importante, respecto del cual manifestarás á tu secretario las noticias ocultas que desees revelarles, y á su vez él te informará de las cartas ó documentos escritos que se hayan recibido de tus provincias, debiendo estar presente á todo esto el visir afecto á tu buena dirección, para que te ilustre en tus juicios y resoluciones y en la mayor ó menor importancia de las noticias recibidas. Y si tu visir está dotado de aquellas condiciones expuestas anteriormente, no debes ocultarle

detalle alguno respecto de tus asuntos; sino hacerle partícipe de tus alegrías ó amarguras, de tu penuria ó abundancia. Es preciso que tu secretario, cuyas cualidades de lealtad y pericia hemos expuesto ya, sea hábil en la lectura de las cartas y en prescindir de alguna que otra frase sin detenerse, para que pueda guardar silencio respecto de aquellas frases vergonzosas, que puedan ocurrir, insertas en el cuerpo de los escritos; porque acaso en dichas frases se diga algo que sirva de oprobio y vergüenza contra tus consejeros, cuya noticia convenga ocultar por entonces, pasándola por alto el secretario sin detenerse en lo restante de la escritura, y sin perjuicio de que una vez terminado el consejo y retirándose contigo te repita la lectura, á fin de revelarte la frase ó frases que omitió respecto de tus consejeros, á juicio de su poderosa inteligencia y sagacidad. Después que el secretario termine la lectura de escritos y documentos, y te presente al *placet* la decisión que hayas tomado, firmarás los documentos que redactare para que les dé curso en la forma más adecuada; y te quedarás toda-

vía con tu visir conferenciando y consultándole sobre lo que más convenga á tu soberanía en particular y en general.

¡Oh hijo mío!, tu conferencia con el visir debe ser celebrada con seriedad y respeto, con magnificencia y majestad, y de esta suerte la consulta sobre noticias y resoluciones que deban tomarse, te proporcionará grandes beneficios y prosperidades. Mas no conviertas el consejo en ocasión para entregarte á la frivolidad, al placer y al chiste; porque si así te conduces con tu visir llegará á perderte el respeto y la consideración cuando, al dirigirle quizás ciertas palabras y él á tí, os faltaréis mutuamente al respeto debido y acabarás por despreciar su inteligencia y dignidad.

Después que haya entrado á consejo tu secretario, tu visir y tus cadíes, para despachar sus asuntos respectivos, comparecerá el ministro de hacienda encargado de la observancia de la tributación, para darte cuenta de la recaudación, de las cantidades presentadas por tus prefectos, y de todos los tesoros de tu casa con su cargo y data, como

clases de ornamentos, vestiduras, mobiliario y víveres; y para recibir órdenes sobre los asuntos que haya de despachar conforme á tu deseo y sobre los que deba omitir diariamente.

A continuación del anterior entrará tu jefe de policía y ejecutor de sentencias de tu corte, para que informe de las novedades ocurridas durante la noche, sin ocultarte cosa alguna acerca de las circunstancias de los súbditos y de la ciudad; porque aunque tu reino se encuentre perfectamente consolidado, debes interrogarle sobre los sucesos ocurridos, sean pocos ó muchos, graves ó leves, para que aquellos que disfruten de tu favor no atormenten ó causen vejámenes, ni el jefe de policía atropelle ú oprima injustamente á ninguno de tus súbditos. Pues al saber, el jefe de policía ó cualquiera otro de los encargados de perseguir é imponer multas á los súbditos delincuentes, que el rey se halla enterado de todo cuanto sucede en la ciudad, no se atreverán á contravenir las leyes, y se mantendrá la gente dentro de sus justos límites, asegurada contra la tiranía de sus je-

fes, en sus derechos y obligaciones; resultando de todo esto la conservación del estado para el rey y la seguridad para los súbditos de no verse arruinados. Por tanto, hijo mío, te conviene muchísimo acertar en la elección del prefecto de policía, porque es asunto importantísimo para los reyes, y debes preferir á quien sea religioso, continente y casto, de buenos propósitos, de aspecto grave y serio y dotado de condiciones y sagacidad para el gobierno.

Después darás entrada á tus parientes, á los magnates y nobles de tu intimidad y á los jeques más leales de tu cabila, para darles participación en aquellas noticias que creas conveniente revelarles, y para conversar con ellos sobre las disposiciones que puedan ser beneficiosas á los mismos y á sus intereses, á tus circunstancias y á las de ellos.

Luego darás audiencia á los jeques amigos tuyos, á los de las cabilas afectas á tu servicio y á los jefes de las tropas auxiliares.

Debes también, hijo mío, dar un banquete estableciendo esto como costumbre, para trasportar de alegría los corazones, invitan-

do al mismo á los jeques de las cabilas y á los embajadores de otros reyes acreditados cerca de tí. Terminado el banquete, celebrado en tu presencia, te levantarás en dirección á tu cámara y al entrar en ella, despedirás á la concurrencia, excepto á los cortesanos.

Enseguida volverás á celebrar consejo, llamando al visir y á los magnates, cuya práctica establecerás también como costumbre, para conversar con ellos seria y respetuosamente con tranquilidad é interés, á fin de que ellos escuchen con agrado tu narración é información, sin que divulguen tus secretos, y te informen á su vez de las circunstancias secretas en que se hallen tus servidores y tus tropas. Al mismo tiempo les consultarás acerca de las disposiciones que puedan convenir á tu gobierno y resultar beneficiosas para tí y los súbditos. Estas conferencias durarán todo el tiempo que exijan las circunstancias y discusión de los asuntos. Luego entrarás á tus habitaciones particulares para descansar y distraerte, retirándose los magnates y permaneciendo solamente el visir por breve tiempo, para el despacho de algunos

asuntos que no merezcan ser despachados en tu presencia. Terminado el despacho de dichos asuntos referentes al pueblo, el visir mandará formar la guardia á la puerta de tu alcázar, y habrá cumplido ya con todas las obligaciones de su ministerio.

Cuando sea anunciada la hora señalada al caer de la tarde, saldrás á la oración vestido con toda la corrección posible. A continuación tomarás asiento en la cámara habitual para celebrar consejo, y permitirás la entrada á tu visir, prescindiendo ahora de tus cortesanos y capitanes, y le consultarás sobre lo que te ocurra especialmente, ú opines sobre ciertos asuntos particulares. Enseguida mandarás entrar á los magnates y, siguiendo en tu conferencia con los mismos el procedimiento ó método más adecuado, tomarás aquellas resoluciones más conducentes al triunfo sobre tus enemigos y más ventajosas para tus defensores y partidarios, y las medidas más eficaces para apoderarte de las ciudades enemigas, de las rebeldes y de las que resistan ó se opongan á los fines que persigas. Terminada la conferencia anterior,

tomarás la cena, que concluirás consagrándote á Alá y dándole gracias por sus beneficios. Luego te retirarás á tu habitación habiendo conseguido la mejor elección entre los consejos de tus cortesanos, quienes se retirarán igualmente á sus moradas respectivas, quedando únicamente el visir por breve tiempo para colocar centinelas en los cuerpos de guardia, los cuales serán cerrados después de hecho esto, y establecer algunas patrullas que recorran al exterior las cercanías del alcázar, colocando centinelas en todos los caminos que conduzcan al mismo.

Tal será, hijo mío, tu plan de vida perpetua y habitualmente en los restantes días; excepto el viernes, que es día de reposo y expansión, y en el cual saldrás á la oración perfectamente revestido para la cabalgada por tus domésticos, quienes te adornarán, perfumarán y purificarán, y ostentarás tu mejor vestidura en calidad, según prescribe el rito divino. Después de la oración tomarás asiento en consejo para escuchar las acusaciones ó demandas, juzgar sobre los asuntos de las mismas y dictar sen-

tencias entre las partes contrarias, vengando la injusticia de los opresores, castigando y tratando duramente al injusto y amparando y favoreciendo al afligido. A este consejo convocarás á tus faquíes dándoles intervención en las sentencias, para evitar errores ó confusiones, y será dedicado especialmente este día á todos los súbditos en general, dando acceso al mismo á los afligidos, despreciados, pobres y huérfanos. También debes atender en él á la gente de tus prisiones, observando cuál ha sido su delito, y darás libertad al que te parezca digno de la misma, volviendo al calabozo á quien no quiera Alá que respire libremente. Socorrerás igualmente á los necesitados y á los que merecieren tus auxilios. Si alguno demanda algún derecho conforme á ley, remitirás el asunto al tribunal del cadí para que falle en juicio, y si el asunto es de la exclusiva competencia del soberano, dictarás sentencia desde luego, según tu saber y entender justo y recto; como de Almamún refiere Abenhamid, cuando compareció ante aquél, en ocasión de hallarse sentado en el tribunal de justicia. Di-

ce que se presentó ante el emir una mujer, que parecía llegar de viaje por el aspecto de su vestido ya estropeado, la cual exclamó: «Alá te guarde, oh emir de los creyentes, y su misericordia y bendición recaiga sobre tí.» Almamún dirigió su mirada á Yahya, hijo de Actam, y éste respondió: «y á tí también, oh sierva de Alá; expón tu demanda.» Y aquélla comenzó á recitar estos versos:

¡Oh el más justo de los hombres, á quien guía la rectitud!; ¡oh imán (príncipe) por cuya dirección brillan los pueblos!

Aquí viene á quejarse, ¡oh jefe del pueblo!, una desvalida: un lobo se ha precipitado sobre ella, sin soltar su presa.

Arrebatándola violenta é injustamente los bienes, y separándola de su familia é hijos.

Almamún bajó los ojos por un momento y, levantando luego la cabeza hacia la mujer, exclamó:

Aunque no fueran tan graves tus palabras, hubieran agotado mi paciencia y conmovido mi corazón y mis entrañas.

Mas es la hora de la oración vespertina: marcha y presenta á tu adversario en el día que tengo señalado.

En el Consejo del sábado, seguramente, la asam-

blea fallará en nuestro favor: justificate ante la misma; porque no admite apelación.

Llegado aquel día señalado, se presentó en primer lugar la mujer y dijo: «Alá te guarde, oh emir de los creyentes, y su misericordia y bendición recaiga sobre tí». Almamún correspondió al saludo y preguntóla quién era su adversario. «Se encuentra cerca de tí, respondió la mujer, señalando á Abás, hijo de Almamún.» El emir mandó á Ahmed, hijo de Abujálid que, agarrando á Abás, lo hiciera sentar al lado de la mujer. La orden fué ejecutada y comenzó á hablar la mujer en alta voz, mientras que Abás replicaba en voz muy baja. Ahmed, hijo de Abujálid mandó á la mujer que bajase la voz considerando que se hallaba en presencia del emir de los creyentes. Pero entonces Almamún dijo á Ahmed que la dejara seguir así, porque la verdad la permitía hablar en alta voz; mientras que la mentira hacía enmudecer á Abás.

Inmediatamente dictó sentencia en favor de la mujer, condenando á Abás, y mandó una carta al prefecto de la ciudad, para que

la restituyera los bienes, y además la socorrió entregándola un donativo.

Entre los días que sean viernes, hijo mío, debes elegir uno, en el cual prescindirás del pueblo, en cuanto á la administración de justicia, para consagrarte por completo al examen é inspección de tu hacienda y tesoro, para que sepas la situación en que te encuentras y conozcas el estado de tus bienes en los almacenes de la casa hacienda, así como los muebles y aprestos especialmente de guerra, por cuya revista podrás calcular el grado de tu poder en general. De igual manera examinarás todo aquello que afecta privadamente á tu persona, á tus bienes peculiares y á tu familia para saber tus muchas ó pocas necesidades.

¡Oh hijo mío!, será muy útil también que dediques ciertos días del año, y esto es una buena práctica, á examinar las manio-  
bras de tu ejército, capitanes, tropas auxiliares é instrumentos y máquinas de guerra. Al efecto los separarás por divisiones, para observar las aptitudes especiales, las regiones y bienes respectivos de tus soldados, pasar

revista y examinar sus aprestos, concediendo recompensas á los que se hagan dignos de las mismas, y castigando á quien lo merezca. Practicarás dicha revista todos los años, y será de esperar la felicidad de tus días y la duración de tu reino, si quiere Alá todopoderoso.

*Caso tercero, respecto de la administración.*

Sabe, hijo mío, que te conviene tratar á los súbditos según los tiempos, circunstancias, aspiraciones, caracteres y clases de los mismos, corrigiendo á aquellos que se abandonen á la ignorancia y refrenando á los que rechacen obstinados, ó resistan, á tu rienda á fin de aprovecharte de su bondad y vivir asegurado contra su maldad, ganándote sus corazones mediante los beneficios de tu administración recta y atrayéndolos á tus designios sagazmente, hasta que lleguen á mostrarse dóciles á tu dirección, á pesar de la dureza primeramente manifestada por los mismos. Al efecto no castigarás á los rebeldes desde el primer momento; porque es mejor ganarles con dulzura y paciencia, que castigarles con ligereza. Ni tampoco serás exigente con

ellos en las épocas de penuria, aunque fuere preciso; sé como el médico experto que, conociendo los diversos accidentes de la vida, aplica aquellos medicamentos adecuados á las enfermedades. Así, cuando alguna cabila ó banda numerosa se presente en lucha por sus circunstancias, atiende en primer término á sus deseos, sin inquietarte por su dureza y cualidades, concediéndole lo que pida á fin de ganarte los corazones de sus individuos. Mas cuando unos se sometan á tu ordenación y otros persistan en afligirte y exasperarte, haz que los que te sigan triunfen sobre los revoltosos, á fin de conseguir tu propósito de vengarte de unos por medio de otros, suscitando entre ambas partes el odio y enemistad mutua.

Debes también clasificar á tus servidores, tropas y habitantes de tus diversas regiones, de la mejor manera posible, procurándoles gracias y beneficios. Serán considerados ante tí como los más elevados en categoría, aquellos que resulten más ilustres por su nobleza, mérito personal ó linaje. A éstos seguirán los faqués; porque son las antorchas de la

religión y el modelo de los musulmanes; por ellos son mantenidas las leyes y conservados los códigos; son la defensa contra las pasiones y las herejías, realzando y vigorizando el islamismo; pues ellos son los sucesores de los profetas y los porta-estandartes dignos de imitación.

Después de dichos faquíes seguirán en categoría los jeques de las ciudades, los perfectos, personajes principales y excelentes jefes de tribu; y á continuación los que ocupan un término medio entre aquéllos y los súbditos inferiores, como son los comerciantes, artistas é industriales. Cada fracción ó tribu tendrá sus categorías especiales y se hallará dividida en diferentes clases, alcanzando tus beneficios y extendiéndose tus manos hacia todas ellas; porque quizás la necesidad te obligará á aprovecharte de las mismas en ocasiones desgraciadas y establecerán contigo pactos satisfactorios, á pérdidas ó á ganancias, en virtud de la confianza que tengan respecto de tu protección liberal; por cuya causa debes tratarlos con generosidad, solicitud y consideración.

En cuanto al vulgo ó pueblo inferior, debes guiarlo por cierto camino, del cual no se extralimite, haciéndole ejercitar aquellas buenas costumbres que le sean peculiares y se hallen en armonía con un gobierno glorioso, y permitiéndoles entregarse á propósitos viciosos ú opiniones contrarias á la recta manera de obrar; porque si el vulgo llega á petrificarse en la depravación y á entregarse á las pasiones y falta de justicia, seguramente que vendrá á enseñorearse del mismo la iniquidad, la concupiscencia y la malignidad. Ten presente que si el vulgo puede hablar, puede también rugir; pues ya dijo Aristóteles: «temed al vulgo; porque si se levanta no es humillado, y si reclama no llega á considerarse satisfecho.»

Respecto de la conducta que debe observarse con los súbditos según sus circunstancias, tiempos y categorías, si es época de paz y prosperidad, procederás con estricta justicia, exigiéndoles aquellos tributos compatibles con su fortuna, y rigiéndoles y manteniéndoles en el orden más correcto, pero sin violencia, exageración, exceso ó humillación.

Si es época de rebeldía, perturbación ó queja en los pueblos, debes ante todo restablecer con gran celo la sumisión de los mismos, mostrándoles tu excelencia, ora por medio de la administración y dirección recta del califado, ora por medio de tu sagacidad, ora por medio de tus tropas más ó menos numerosas, según tu poderío, fortuna y prosperidad. Si sobreviene época de sequía, esterilidad y hambre, harás suave para tus súbditos la tributación é impuestos, y socorrerás á los indigentes proporcionándoles con solicitud los frutos y aprovechamientos que hubieres atesorado en el tiempo de abundancia para aliviar las calamidades públicas, y llenando sus mercados con los víveres reservados para suplir lo que falte al pueblo en dicho tiempo.

Si gobiernas, hijo mío, según este plan, los corazones de tus súbditos rebotarán de amor hacia tí y proclamarán la perpetuidad de tu soberanía, poderío y victoria eterna. De él dependerá el estado perfecto de tu imperio y la felicidad de tus súbditos. Porque ten presente, hijo mío, que la subsistencia del género humano es debida á la alimentación:

por lo cual almacenarás víveres todos los años, imitando al profeta de Alá, José, amigo de nuestro profeta, á quien Alá bendiga y glorifique, que en las épocas de abundancia atesoraba provisiones ó medios de subsistencia para aprovecharlos en las de hambre y sequía, siendo proclamado, por dicha causa, rey de Egipto, á pesar de su humilde condición.

*Caso cuarto, respecto de la administración.*

Sabe, hijo mío, que debes ser vigilante, astuto, enérgico y resuelto para tus asuntos, concedor de lo más importante é insignificante de los mismos dentro de tu dirección. Acerca de la vigilancia y circunspección sobre los asuntos vamos á ocuparnos en los dos párrafos siguientes; porque ella viene á ser el fundamento y predisposición para la energía y resolución firme que debe emplearse en la dirección de los mismos.

*Párrafo 1.º* Todo rey famoso, hijo mío, debe tener la energía, vigilancia, circunspección y astucia suficientes para prevenirse con la posesión de las cuatro cosas siguientes:

- 1.ª Una fortaleza ó castillo que pueda

servirle de refugio. Sabe, hijo mío, que te interesa mucho tener preparado un castillo de refugio, á donde puedas retirarte en los momentos de apuro y desgracia, haciéndote fuerte dentro del mismo contra tus enemigos ó rebeldes.

He aquí las cualidades que debe reunir el castillo: robustez, para que no sea destruído; gran firmeza en sus cimientos, para que no sea quebrantado; elevación, como una montaña, para que no sea dominado; dureza, como roca, para que no sufra brecha alguna; como perla, para que no se desmorone; como virgen, que no pierda su pureza; y como ciudadela inexpugnable; debiendo hallarse provisto y protegido con agua, provisiones, máquinas de guerra, almacenes para guardar tus tesoros, utensilios, muebles y objetos preciosos, habitaciones para los jefes de tus tropas, defensores y capitanes, para tus guarniciones de infantería y arqueros á pie y para los jefes de los soldados retenidos á tu fidelidad que no tengan miedo á la muerte, ni les causen espanto los sables desenvainados, ni hagan caso de amenazas ó promesas. Da-

rás también habitaciones en el castillo á los fabricantes, industriales y comerciantes que se hagan necesarios para las exigencias de la vida dentro del mismo. El terreno interior del castillo que pueda aprovecharse entre los diferentes departamentos ó edificios, tendrá plantaciones de olivos, higueras y otros productos semejantes.

Si consigues que dicha fortaleza se halle situada junto á la costa del mar, obtendrás, para la misma, la muralla más excelente; y si además ese mar pertenece á tu dominio, aumentará tu respeto y poderío; puesto que en tal caso tu fortaleza será la más fuerte, inexpugnable é inaccesible que pueda imaginarse, semejante á aquella que menciona la historia siguiente:

Cuéntase que fué descrita á Cosroes Anusriván cierta región situada en los confines de la India con Babilonia, en donde se ofrecían á la vista bellísimos paisajes y se gozaba de agradabilísimo ambiente, llena de mansiones suntuosas y de pueblos florecientes por su civilización, y guarnecida por excelentes castillos. También fué descrita al mismo

la gente que habitaba dicha región como dotada de robustez física, inteligencia, valor, riqueza, cultura y carácter dulce y sumiso. Tal descripción excitó en Cosroes la avaricia ó ansia de someter al rey de aquella tierra grandiosa, por aquello que ya se ha dicho: «la avaricia tiene su fundamento en la infamia, es su padre la codicia, la injusticia su hija, la ambición su hermana y la vileza su amiga»; «la avaricia nace con el temperamento y es excitada por la ambición».

Cuando Coroos, lleno de avaricia, resolvió apoderarse de aquella región, preguntó sobre las condiciones que adornaban á su rey, averiguando que era uno de los más poderosos reyes de la India, que había envejecido dócil á sus pasiones é inclinado á los placeres, si bien había seguido en su dirección el camino de la justicia, sin oprimir á nadie y gobernando con entera liberalidad y generosidad á sus súbditos; por cuya causa los corazones de éstos se hallaban rebosando de afecto hacia aquél en quien cifraban todas sus esperanzas. Cosroes envió á la región mencionada á uno de sus más leales compa-

ñeros, muy instruído en los asuntos y administración de los reinos y á la vez dotado de ingenio agudo, energía y sagacidad, encargándole el estudio y observación de los caminos que conducían á aquélla, de las fronteras y fortalezas, de los lugares indefensos y de las costumbres del rey y gente de la misma. Entregó además al embajador una carta para aquel rey, en la cual ordenaba á éste que se sometiera á su imperio, amenazándole con la fuerza, sino obedecía de buen grado.

Marchó el embajador á la corte de dicho rey, quien le recibió afectuosamente y esforzándose por agasajarle y obsequiarle con toda la esplendidez que le fué posible; si bien procuraba no revelarle noticia alguna referente á su situación, privándole é impidiendo que tuviese libre acción para conversar con el pueblo. Tampoco quiso por entonces recibir la carta de Cosroes de manos del embajador y, para conocer á fondo los propósitos que éste trajera, ordenó á uno de sus compañeros, hombre muy sagaz, que espíase las intenciones y misión secreta del nuevo

embajador, por todos los medios que su astucia y sagacidad pudieran sugerirle. Salió el espía y arrendó una tienda enfrente de la casa habitada por el embajador de Cosroes, llenóla de vasijas y sentándose en medio de la misma se dispuso á venderlas.

Tenía el embajador á sus órdenes un mancebo que le asistía en las necesidades de la vida, y apenas el espía vió á éste, comenzó á tratarle con cortesía y amistad, ofreciéndosele para todo lo que pudiera serle útil, hasta que logró captarse la familiaridad é intimidad del mismo, que llegó á pasar algunos ratos sentado á su lado y á recibir de él varios favores. En esta situación dejó el espía que trascurriera un corto período de tiempo, sin preguntar, al mancebo, noticia alguna sobre las condiciones de su señor; mas cuando estuvo seguro ya de la sincera amistad del mismo, díjole cierto día: «¿quién eres tú y á quién tienes en esa casa donde entras?» «Eres amigo mío desde tanto tiempo ha, respondió el mancebo, y todavía no sa bes quién soy?» Habiendo insistido el espía en mostrar su ignorancia sobre dicho par-

ticular, prosiguió diciendo el mancebo que era el criado del embajador de Cosroes, quien habitaba en la casa citada. Insistió el espía preguntando al mancebo quién era Cosroes y quién su embajador, contestando aquél que Cosroes era el rey de Babilonia, quien había enviado á su amo como embajador cerca del rey del país en que se encontraban. Entonces el espía manifestó que ya conocía el reino de Babilonia que acababa de citarle, por haber sido en su juventud criado de un señor natural de dicho reino. Después de esto, abstúvose durante algunos días de preguntar al mancebo, siguiendo aquella máxima que dice: «la indagatoria continuada inspira desconfianza», y aquella «las preguntas repetidas infunden duda ó sospecha en el hombre culto», y aquélla «no debe ser censurado quien desconfía de aquel que se apresura en manifestar buena fe; ni quien desconfía igualmente de la veracidad de aquel que se apresura á revelar un secreto; ni quien atribuye engaño á los consejos del que se ofrece como consejero, antes de ser estimado como tal; ni quien sospecha de ma-

liciosas, las artes empleadas por aquel que revela excesivo interés en inspeccionar las cosas que le son desconocidas.»

Pero ya cierto día dijo el espía al mancebo: «cuando salga de casa tu señor, muéstrame quién es.» El mancebo reveló que su señor no andaba de acá para allá, ni se movía de casa. A una nueva observación hecha por el espía, sobre si la causa de no salir de casa el embajador sería el hallarse enfermo, contestó el mancebo que la única causa que retenía á su señor sin salir á la calle era el rey de aquella tierra, que le seguía la pista é igualmente espía á cuantas personas entraban á conferenciar con él. Al oír estas palabras comenzó el espía á llorar, y preguntado por el mancebo sobre la causa de su llanto: «me hace llorar, respondió, la compasión que me inspira tu señor, por la triste situación en que se halla, semejante á la que yo experimenté en otro tiempo cuando fui condenado en juicio y aprisionado, sin que fuera permitido á mi mujer entrar á verme. Entonces si no hubiera sido por Alá, quien me deparó un compañero de prisión que me

consolaba y confortaba con sus palabras cariñosas, seguramente que me hubiera muerto de pesadumbre. Pero tú ciertamente que distraerás y consolarás á tu señor refiriéndole algunas noticias... El mancebo confesó su ignorancia para dar noticias á su señor.

Entonces el espía ofreció indicar al mancebo algún medio para poder adquirirlas, y aceptando éste con sumo agradecimiento el favor, dijo aquél: «cuando salgas de casa de tu señor recorre las calles de la ciudad observando cuanto se te presente á la vista y, si ves algún grupo de hombres conversando unos con otros, te sientas entre los mismos para escuchar y enterarte de los asuntos ó noticias que refieran; después vuelves á la presencia de tu señor y cuando te encuentres á solas con él, le manifiestas lo que hubieres visto en tal ó cual día, ó á quien escuchaste diciendo tal ó cual cosa. Seguramente que tus referencias han de distraer y consolar á tu señor y contribuirán á granjearle el aumento de su estimación. El mancebo puso en práctica los consejos del espía; pero su señor preguntóle quién era el que

le había indicado aquella nueva manera de conducirse en su servicio. El mancebo pretextó que era efecto de una inspiración de su propia inteligencia, por cuya causa se había apresurado á realizarla; pero no habiendo dado crédito el embajador á la explicación dada por su mancebo y exigiéndole que al punto le revelase quién le había sugerido su nuevo proceder, acabó por confesar la verdad de lo sucedido, declarando que había sido aconsejado por el mercader que les vendía la vajilla, el cual era el hombre más ignorante y estúpido que había visto en toda su vida.

Escuchadas estas palabras, preguntó nuevamente el embajador á su doméstico por qué causa tildaba de ignorante y estúpido al comerciante. Se hizo amigo mío, contestó el mancebo, ha ya más de un mes, sin conocerme y sin saber quién era mi señor y el rey Cosroes á quien le mencioné. Esta segunda declaración sugirió al embajador vehemente sospecha de que el vajillero era un espía suyo, que por disimulo se esforzaba en aparecer como un hombre ignorante; porque ya fué

dicho: «el que se extralimite en sus acciones es como el que obra con negligencia; y el que se esfuerza en exagerar su elevación, más bajo queda»; é igualmente fué dicho: «no hay cosa que mejor revele las condiciones (del hombre), que las palabras del mismo», y «nada desgarrá mejor el velo de la inteligencia, que la audición atenta del discurso», y «quien no te conozca con sus orejas estando tú ausente, no te conocerá presente á su vista». Enterado el embajador de las palabras de su doméstico, mandóle que le presentara al mercader, y luego que vió á éste, confirmóse en la sospecha que había formado anteriormente de que quizá fuera su espía. Recibióle, sin embargo, con gran afecto y familiaridad, fingiéndose ante él tan ignorante é imbécil que ya no cabía más, y rogándole que repitiera con frecuencia sus visitas. El espía continuó observando al embajador de Cosroes noche y día durante algún tiempo, y cuando juzgó que ya había conseguido su propósito de conocer las intenciones del mismo, marchó á ver á su rey manifestándole que dicho embajador era un ser

imbécil, sin astucia y sin más condición personal notable, que hallarse dotado de gran valor y espíritu independiente por su fiereza. El rey creyó las palabras del espía é imaginóse al embajador de Cosroes según el retrato que acababa de hacerle, olvidando aquella máxima que dice: «no des oídos al primero que te traiga noticias, ni entregues tu fe al primer consejero; porque ya fué dicho que una noticia puede ser verdadera ó falsa, y el creerla bajo uno ú otro aspecto, sin confirmarla previamente, es una verdadera injusticia. Unicamente hará que la noticia sea tenida como cierta, la infalibilidad del que la dé, no su sinceridad, y la razón de esto consiste en que el noticiero, por muy sincero y veraz que sea, si no es infalible ó inmune de error, puede equivocarse ó ser engañado. Es más, aunque el noticiero sea digno de crédito por su veracidad, solamente podrá garantizar que no haya engaño en sus noticias; pero de ninguna manera la exención de falsedad en el sentido en que las haya tomado ó el concepto que haya formado respecto de las mismas. Así hay hombres veraces que, al ob-

servar la luz del sol, dicen que éste no camina; pero miran, en cambio, la luna y ven que pasa de las nubes que están debajo de la misma, y cuentan que han comprendido la rapidez de su marcha; se mira el mar desde una nave ligera, y se dice que aquél corre; se ven los juegos de un prestidigitador, y se juzga de las cosas como no son en realidad; y se escuchan, por fin, las palabras del papagayo, privado de la inteligencia, y se les atribuye idéntico valor que á las del hombre. En todos estos casos la falsedad no nace de engaño ó malicia del noticiero, sino de la concepción errónea del mismo». Confiado el rey en las palabras del espía, llamó al embajador de Cosroes recibéndole con grande cortesía y afabilidad, aceptó de manos del mismo la carta que traía de Cosroes, colmóle de bienes y favores, permitiéndole volver á su morada con suma deferencia y consintiendo que fuera visitado libremente por quien quisiera, y continuó honrándole con su amistad y benevolencia. Así trascurrió un año hasta que el rey mandó llamar á su presencia, entrególe una carta en contestación á la de Cosroes.

y varios regalos para éste, entre los cuales se mencionan un sable de cinco palmos de longitud, de color semejante al cobre rojo el cual penetraba en el hierro mejor que cualesquiera otro sable en el plomo; una escudilla labrada con turquesas; diez *manas* de víveres <sup>4</sup>; un vaso formado de esmeraldas marinas capaz de contener una libra de líquido; un millar de perlas preciosas; un candil de cristal con un rubí del tamaño de un huevo de paloma, el cual cuando era suspendido de noche en una habitación alumbrada por una lámpara, despedía rayos tan brillantes, que aparecía roja toda la casa; y finalmente muchos aromas, escudos, corazas y otros objetos. Hizo también regalos particulares, consistentes en objetos preciosos, al embajador, permitiéndole volver á la corte de su rey.

Llegado el embajador á presencia de Cosroes é interrogado por éste acerca de las noticias que podría traerle respecto de aquel país, manifestó la excelencia del mismo, la

---

4 Medida de peso.

bondad de sus propiedades y condiciones, la fortificación de sus fronteras, y que no había encontrado en él parte alguna indefensa, como no fuera la negligencia é imprevisión de sus habitantes, que se hallaban dotados de inteligencia fácil al engaño é incapaz de calcular y prever las consecuencias de los acontecimientos, y que el mejor medio para conseguir la sumisión de los mismos, sería enviarles algunos hombres que conocieran bien los resortes para sublevarlos contra sus autoridades constituídas, hasta conseguir desviarles y apartarles de la obediencia á su rey; con lo cual ninguno de ellos se prestaría á la defensa de éste y más bien le combatirían; porque ellos en la molicie son fruto de fácil recolección, mas ante el peligro, son espadas penetrantes. Después Cosroes examinó la carta del rey no encontrando en ella otra cosa que frases afectuosas en las que reconocía su excelencia, le adulaba y lisonjeaba, suplicándole amistad y fraternidad; pero consultó á sus visires sobre este asunto manifestando por su parte que no le parecía bien dejar en paz á aquel rey. Estos, sin embar-

go, fueron de parecer contrario á los propósitos de Cosroes, quien, no obstante, resolvió remitir al rey indio los regalos que le enviaba.

Inmediatamente propuso á algunos de sus servidores, que sabían muy bien corromper á los súbditos y sublevarles contra las autoridades constituídas, para que marcharan á dicha región con tales fines. Proporcionóles dinero, disipó las dudas que éstos oponían para el feliz éxito de la empresa y marcóles el camino que debían seguir.

Obedeciendo, por tanto, las órdenes de Cosroes, llegaron los sobredichos hombres al estado de aquel rey, por cuyo país se diseminaron, laborando cada uno en aquella parte que podía corresponderle, dentro del plan general que se proponían. Después de dos años de observación y formado el juicio que deseaban respecto de la corte del rey y de otras ciudades, de las fortificaciones y extensión de las mismas, comunicáronlo á Cosroes. Este ordenó que se dispusiera para reunirse con aquéllos al sátrapa ó gobernador de la cuarta región del imperio, limítrofe á

aquel reino de la India; pues el estado de Babilonia se hallaba dividido en cuatro sátrapías con un gobernador y un ejército de 50.000 hombres cada una de ellas.

Apenas comenzó el sátrapa á movilizar y pertrechar su ejército para la campaña, las tropas del rey que guarnecían la región fronteriza á aquella parte de Babilonia, avisaron á éste sobre la novedad que ocurría. El rey reconoció las intenciones del sátrapa; pero surgió la traición dentro de sus ciudades, miró su pueblo con simpatía la venida del sátrapa, y se multiplicaron los revoltosos. En tan grave apuro, el rey despertó de la negligencia en que vivía, vió claro el asunto y comprendió toda la importancia del mismo. El gobierno de su estado giraba bajo la dirección de cinco hombres, los cuatro visires, y el quinto era el jefe de los sacerdotes magos y director del culto de los templos en donde se adora al fuego, es decir, el pontífice de la religión. A éstos convocó el rey para darles noticia y consultarles respecto de la sedición del pueblo y de la movilización de tropas hecha por el sátrapa para apoderarse de su

reino, pidiéndoles que le ayudasen con su consejo ante aquel peligro tan inminente.

Todos se sentaron para convenir y adoptar la resolución más acertada y uno de los visires comenzó diciendo: «mi parecer es que el rey pida á sus súbditos que vuelvan al restablecimiento del orden, y seguramente éstos inclinarán sus manos y corazones suplicantes hacia él esperando que el sedicioso sea perdonado y el desertor tratado con generosidad. Luego que nuestros enemigos conozcan la actitud de nuestro pueblo desistirán de acometernos; mas si, no obstante, se atreven á esto, combatámosles todos á una voz y prestándonos mutuo auxilio.»

Contra este parecer, observó el jefe de los magos que sería aceptable únicamente cuando la sedición del pueblo hubiera sido ocasionada por la tiranía ó falta de buena dirección en el gobierno, y así al cesar la causa de la sedición el pueblo, se mostraría pacífico y benévolo á su rey; mas los súbditos no se encontraban en tales circunstancias, sino que habían sido arrastrados á la revolución por su ignorancia respecto de las ventajas de

una administración recta y por su insolencia, á fin de conseguir privilegios ó gracias; porque ya fué dicho: «la insolencia arrastra á la sublevación, sin que la generosidad del perdón sirva más que para acrecentarla, á cuatro clases de seres, á saber, al hijo, á la esposa, al siervo y al pueblo.»

«Sucede en esto como en las cuatro cualidades viciosas del alma, que resultan de la extralimitación de las cuatro virtudes correlativas; la cólera, por traspasar los límites del valor y de la vergüenza que deben ocasionar los vicios; la pasión, cuando se va más allá de la tranquilidad que debe poseer el espíritu para buscar y ganar virtudes; la avaricia, cuando se saltan los límites de la suficiencia; y la pereza, cuando se excede el marido en el reposo del trabajo que debe darse al cuerpo en la lucha por la vida. Ahora bien, si á estas cuatro cualidades viciosas, una vez que han traspasado sus justos límites, se les trata con dulzura y compasión, no se consigue otra cosa que la mayor agitación y depravación de las mismas, y por tanto hay que combatir las únicamente á golpe de sable». El rey admi-

tió el parecer de este sabio. Otro de los visires opinó que se combatiera, con los súbditos adictos, á los revoltosos, hasta que todos se mantuvieran fieles, y después combatirían á los enemigos extraños con aquellos cuya sedición ó traición no hubiera que temer, y que al luchar con el enemigo no encontrarán satisfacción más que en lo que ellos pudieran proporcionarles.» También el jefe de los magos se opuso á este parecer, diciendo: «la resolución expuesta sería más útil á nuestros enemigos que su propio ejército, y más favorable para que nuestros súbditos rebeldes se sometieran á la obediencia del mismo; porque apenas advirtiera nuestra división y lucha interior, dejaría de temernos y llegaría á conseguir fácilmente su propósito respecto de nosotros, en conformidad con aquella sentencia de los sabios: «existen cuatro seres de tal naturaleza, que matan á quien los trata con dureza y desprecio, á saber: el rey, cuando se halla encolerizado; el torrente, en su desbordamiento; al elefante, en su adolescencia; y el pueblo, en su revolución;» y aquella otra: «que es tan difícil reprimir

al pueblo, cuando se halla sublevado, como la viruela cuando llega á extenderse por toda la superficie del cuerpo.» El rey asintió por segunda vez á las observaciones de este sabio. El tercer visir expuso que lo primero que convenía hacer era determinar con exactitud quiénes fueran los revoltosos entre los súbditos, para separarlos de los restantes que se mantenían fieles; luégo, podría tomarse una segunda resolución, según las condiciones en que aquéllos resultasen, si eran pocos ó muchos, nobles ó plebeyos, débiles ó poderosos, y según los medios que la dirección de los mismos pudiera exigir. Pero nuevamente se opuso el jefe de los magos diciendo «esa determinación hecha ahora, constituiría un grave peligro; porque arrojaría de nuestro lado á los dudosos y marcharían á unirse con nuestros enemigos, para auxiliarnos con consejos é indicaciones respecto de nuestros lugares indefensos; y además, unidos unos y otros, nos acometerían favorecidos por el conocimiento de nuestra situación verdadera, que nuestros enemigos no tienen en la actualidad; más aún, lucharían nuestros re-

voltosos con gran denuedo para poder regresar á sus hogares, al seno de sus familias y á la posesión de sus bienes; mientras que sin el auxilio de éstos, nuestros enemigos no combatirían con el brío que infunden los motivos anteriores. También podrá suceder, al tomar dicha resolución, que los dudosos no se marchen de nuestro lado, sino que prefieran combatirnos en nuestra propia región, y se multipliquen contra nosotros bajo la apariencia de súbditos, auxiliando á nuestros enemigos, aunque tengan fines contrarios á los de éstos, á semejanza de dos perros cuya enemistad ó querrela no impide que se unan en mutuo auxilio contra el lobo, apenas le ven, y sin perder tiempo en asegurarse si es efectivamente lobo por el parecido que guarde con el perro, sino que inmediatamente ambos se lanzan contra éste, reconciliados en defensa común y atendiendo únicamente á las dos cualidades de salvajes del mismo, la fiereza y la audacia.

De una manera semejante el súbdito no considera á su rey por la igualdad de naturaleza, como hombre, sino por las dos pro-

piedades que le singularizan, á saber, el temor que inspira y la elevación de sus propósitos, y para disputarle dicha singularidad se une con aquel que se presenta como semejante al mismo en la apariencia. A este fin dijeron los sabios: «existen tres clases de seres que llegan á perderse cuando se les aflige en determinadas circunstancias, á saber; los maestros, si son despreciados; los amigos sinceros, si son tratados con acritud; y las mujeres, cuando se llega á edad avanzada.» En nuestro caso, los súbditos vienen á ser como la mujer, y las postrimerías del reino como la vejez del rey.» Del mismo modo dijeron: que el adoptar dicha resolución daría resultados semejantes á las crisis que experimentan las fuerzas físicas del cuerpo, cuando durante la convalecencia de las enfermedades se las aflige con manjares suculentos cuya digestión es difícil».

Reconoció el rey otra vez más, cuánta verdad decía aquel sabio, y el cuarto visir, hombre de instrucción más vasta y de juicio más preferente que sus compañeros, habló en los términos siguientes: «por lo que á mí toca,

voy á referir una historia que aprendí de mi preceptor, quien á su vez habíala escuchado á otro, y díjome que la guardase entre la sangre de mi corazón, sin dudar que me proporcionaría la vida el día en que necesitara aprovecharme de su enseñanza, y creo que este día ha llegado hoy. El rey ordenó al visir que refiriese la historia, la cual escucharía con sumo agrado. Idéntico deseo manifestaron el jefe de los magos y demás consejeros, y el cuarto visir continuó diciendo: «nosotros venimos á ser como los dedos de la mano, que necesitan unos de otros auxiliándose mutuamente con su poder y adornándose entre sí. Además todos somos iluminados por la luz de la inteligencia del rey, á semejanza de las estrellas por la luz del sol, y todos necesitamos del rey que nos sirve de modelo.»

A estas frases de cortesía correspondió el rey diciendo: «refiere la historia, oh visir leal, seguro de nuestro agrado y benevolencia; tu opinión, para mí, casi siempre es decisiva: vosotros, al aconsejarme, sustituirme y prestarme vuestra ayuda, sois como los cinco

sentidos para mi corazón.» Todos recibieron con una profunda reverencia aquellas palabras afectuosas de su rey, y el cuarto visir comenzó su narración como sigue: «Narróme mi preceptor que un comerciante muy rico había trasladado, en cierta ocasión, su residencia secreta á una de las diferentes habitaciones de su casa, cuya techumbre se hallaba cubierta por un cielo raso, en cuyo hueco una multitud de ratas tenía su albergue, con toda comodidad, creyéndose seguras contra cualquier peligro, comiendo y jugueteando alegremente durante el día. Cuando llegaba la noche, descendían del techo, separándose y recorriendo los almacenes y habitaciones de la familia del comerciante, para comer y divertirse á placer. El comerciante, que era hombre muy discreto, entró un día en aquella habitación para reflexionar, oculto allí, sobre uno de sus negocios, y comenzaron las ratas á corretear ufanas por el hueco de la techumbre, cayendo el polvo del mismo por las rendijas de las tablas. El comerciante, al observar esto, levantóse irritado y salió corriendo para mandar que la habitación fuera desalo-

jada de todos sus muebles. Seguidamente ordenó á sus criados que echaran abajo el cielo raso, como así fué ejecutado, y cayeron las ratas corriendo atolondradas por toda la habitación, hasta que todas fueron muertas horriblemente, sin que escapara de la cruel matanza más que un gran ratón que juntamente con su compañera se hallaba fuera del techo, al ser echado á bajo. Cuando al volver éstos vieron la destrucción de su albergue y á los que asesinaban á sus vecinas por toda la habitación, experimentaron honda pena y, acercándose el ratón á su compañera, díjole: habló verdad aquel sabio que dijo: «el que hace amistad con el mundo, creyéndose seguro en él, es como quien se acuesta para dormir á la sombra que aparece anterior á la llegada del sol á su meridiano, en cuyo caso queda aquél expuesto á los rayos de éste, los cuales le atormentan con su ardor, sin encontrar sombra, ni vestigio alguno de sombra.

La compañera manifestóse conforme con la verdad de la sentencia pronunciada por su ratón y preguntóle sobre la resolución que pensaba tomar ante peligro tan inminente.

«He pensado, respondió aquél, que no debo habitar en sitio donde sobrevienen tales desgracias, sino guardarme de resistir á los hombres, cuya acometida es violenta y cruel, y cuyo poder es más formidable que el de todos los otros seres del mundo. La compañera resolvió seguir á su ratón, y ambos emprendieron la marcha hasta llegar á una región extensa, desnuda de vegetación, poblada de diferentes especies de animales, y limitada por un valle frondoso surcado por un riachuelo, en donde se criaban las ranas y tortugas. La vista de aquel paraje causóles admiración, y siguieron caminando por el valle en busca de sitio á propósito para cavar una madriguera en la cual pudieran fijar su residencia definitiva. Con tal deseo llegaron, por fin, á una pequeña colina que se alzaba en el centro del valle, dividiéndose el cauce del riachuelo á derecha é izquierda de la misma, en cuya base cavaron á su satisfacción una madriguera que eligieron como su morada definitiva. Pero subieron un día á lo alto de la colina y vieron allí un gerbo moviendo los dientes junto á la puerta de su

cado, quien recibíoles cortésmente, entabló conversación y preguntóles sobre la situación en que se encontraban, informándose de todo lo que había ocurrido á los mismos hasta venir á establecerse en la madriguera, situada en la base de aquella colina.

«Si no fuera, manifestó luego el gerbo, que el aconsejar con insistencia excesiva llega á parecerse á todo lo que infunde sospecha, s guramente que me tomaría la libertad de haceros una observación. Las ratas respondieron al conejo que no creían que pudieran necesitar los consejos del mismo; pero, no obstante, éste continuó diciendo: «ya fué dicho antiguamente que existen cuatro cosas á las que nadie debe acercarse, sin informarse previamente, respecto de las mismas, por alguien que las conozca perfectamente, á saber: el mercado, donde no deberás entrar sin preguntar ó tener noticias anteriores respecto de los géneros acreditados ó desacreditados que sean expendidos dentro del mismo; la mujer, á la cual no debes solicitar para matrimonio, hasta tanto que conozcas su linaje y figura; el camino, por el cual no caminarás

sin saber previamente la seguridad ó peligros que pueda ofrecerte; y el país, al que no elegirás para morada definitiva, hasta saber las ventajas que pueda proporcionarte la conducta de su rey, las costumbres de sus naturales y el poder de los que viven alrededor del mismo y sean sus enemigos.» Igualmente fué dicho: «observa á quien se te presente como consejero y, si te propone algo que perjudique á un tercero sin que ceda en provecho tuyo, sabe que es un perverso; si te propone algo útil para tí y perjudicial para otro, sabe que es un ambicioso; mas si te aconseja aquello que te conviene y no daña á nadie, acepta su consejo y confíate á él siguiendo aquella sentencia: «si no ayudas á tu consejero leal en favor tuyo, te haces semejante á aquel que intenta en vano enderezar un arbolillo ya torcido, sin haberlo plantado derecho en su lugar.» También fué dicho: «la peor cualidad del mundo es la vanagloria; porque ésta empeora, daña y pone en ridículo al que se encuentre poseído de ella; tal sucede al enfermo que presume de poseer fortaleza, al ignorante que hace alar-

de de sabiduría y al pobre que se cree rico. «Cuando necesites tomar consejo sobre algún asunto, acude á los prudentes y experimentados de tu clase, ó que posean tu habilidad ó profesión, y no te separes del consejo de los mismos prefiriendo el de los estraños, porque te sacarán de tus límites por hallarse éstos fuera del mundo de tus circunstancias.» Y sabed que, tanto á vosotros, como á mí, nos comprende la misma analogía de arte, á saber: cavar nuestra madriguera entre las piedras, con sola la excepción de estar yo más experimentado que vosotros en su conocimiento; salid, por tanto, de vuestra madriguera, porque yo soy buen guía en esta tierra, y ya fué dicho que en una tierra triunfa aquel que la conoce; trasladaos de esa madriguera, y buscad lugar más adecuado para construirla, si queréis aceptar mi consejo.» Las ratas se retiraron de la presencia del gerbo, riéndose y mofándose de la decrepitud y cobardía manifestada por el mismo, y regresaron confiados á su madriguera. En ella habitaron durante largo tiempo, engendrando varios hijos. Pero un día el ratón sa-

lió lejos de su vivienda, internándose en aquella región, para despachar uno de sus asuntos, y al regresar á la colina vió, con triste asombro, que la corriente del riachuelo inundaba todo el valle. La colina de su morada hallábase rodeada por la corriente, que elevándose habíala aislado como en medio de un mar proceloso. El ratón detúvose en la ribera del valle contemplando suspirante la destrucción de su casa, la muerte de su compañera é hijos y la pérdida de sus provisiones almacenadas, y vió al gerbo sentado en la cumbre de la colina, libre de peligro, que le gritaba diciendo: ¿qué te parece ahora esto, oh ratón? ¡Has obtenido el fruto de tu falta de resolución negándote á seguir mi buen consejo! «!Ya no hay remedio!, respondió con dolor el ratón». «Ten resignación, añadió el gerbo, déjate de suspirar, y puedes quedarte conmigo para que mi amistad sincera pueda consolarte de la desgracia de tu familia.» El ratón aceptó muy agradecido la amistad del gerbo, y gozó de ella en paz y tranquilidad, siguiendo aquella máxima que dice: «el hombre debe mos-

trarse agradecido á tres seres: al amigo verdadero, al deudor que paga fielmente y al bienhechor; porque ya fué dicho: «cuando alguien te preste un beneficio, aunque luégo te revele antipatía ó te cause algún daño, no te vuelvas contra el mismo, antes bien, persevera en darle gracias y bendecirle; porque esta conducta será la mejor intercesión por tí cerca del mismo, para que te vuelva su favor, puesto que ya fué dicho que el hombre bien nacido debe mostrarse siempre agradecido al favor que recibió, anterior al daño, de parte de su bienhechor.»

El ratón, acabó por confesar al gerbo cuán desgraciado era por haber desatendido sus observaciones sabias, así apartándose de aquella máxima que dice: «conviene al hombre inteligente seguir la compañía de los sabios adornados por el buen juicio y experiencia;» mientras que, si hubiera sido inteligente, con seguridad hubiera conocido que un tan sabio, como él era, no se iba á imponer la molestia de subir y bajar de lo alto de aquella colina, y esto diferentes veces cada día, á pesar de la flaqueza de su

cuerpo por su edad avanzada, si no fuera por que su buen juicio y experiencia le dictaran que obrara de tal suerte. El ratón esperó hasta que cesó la corriente y pudo subir á la colina, y cavando su nueva madriguera al lado de la ocupada por el gerbo, vivió tranquilo y consolado con la amistad de su vecino. Hasta aquí lo que mi preceptor me refirió acerca de esta historia, dijo el cuarto visir.

«Has hablado con verdad, exclamó el rey, oh noble visir; has propuesto el bien, como consejero leal; has revelado justicia, como buen ministro; has demostrado habilidad é ingenio y nos has convencido con tu elocuencia; búscanos una colina capaz de ofrecernos paz y seguridad, aunque tengamos que soportar la fatiga de subir á lo más alto de ella, y contrariar la inclinación de nuestros corazones á buscar su refugio habitual y su alegría en esta sociedad en que vivimos, tan perniciosa para ellos, y acaso alcanzaremos la salvación, como aquel gerbo alcanzó su seguridad contra los peligros del torrente. «Oh rey feliz, contestó el visir, que rescates los corazones guerreros, ¡ojalá vivas mucho

tiempo y alcances lo que esperas! ¡cuán admirable es tu asentimiento al consejo que acabamos de proponerte por tu honor, y demostrarte por tu bien. Sí, conozco en cierta región fronteriza de tu reino una fortaleza, desde la cual dominarás sobre la gente del país como un planeta sobre las estrellas, quedando debajo de tí las miradas más fulgurantes y los pensamientos más ambiciosos. Dicha fortaleza hállase además dotada de ambiente agradable, de agua dulce, de jardines elevados y de excelentes comodidades. Uno de los antecesores del rey felicísimo puso en ella particular cuidado y atención, pero el destino fatal, que corta el hilo del collar de la vida, hizo que se desvanecieran todas sus esperanzas.»

Luego que el rey escuchó las palabras del visir, lleno de alegría, púsose en marcha seguido por sus magnates y compañeros fieles hasta que llegó á la fortaleza descrita por aquél, encontrándola aún más excelente que le había sido ponderada y notando, dentro de la misma, restos y huellas fidedignas de haber sido habitada por alguno de sus ante-

cesores. Allá convocó arquitectos, albañiles y obreros encargándoles que la reparasen lo lo antes posible, trabajando al efecto sin descanso. Con toda celeridad trasladó á dicha fortaleza todo lo que constituía su hacienda y tesoro público, la armería y bienes propios. Hizo que sus súbditos pagaran un tributo extraordinario de arroz, parte limpio y parte sin limpiar, en la cantidad que juzgó conveniente (y en atención á que el arroz sin limpiar se conserva sano durante más tiempo) y dispuso á la vez que se hicieran aprestos de toda clase de máquinas y utensilios necesarios para una larga resistencia. A pesar de esto, él reparó por su parte las fronteras, organizó las tropas y fortificó los castillos.

Tres meses después que los espías del rey habíanle anunciado la movilización y aprestos de las tropas del sátrapa de Babilonia, atravesó éste las fronteras de aquel estado con un ejército numeroso y perfectamente equipado. Arrastrando consigo á los proclamadores de Cosroes, á aquellos súbditos que habían sido sublevados en favor de éste, pronto logró el sátrapa apoderarse de las ciuda-

des inmediatas al imperio babilónico, dejando en cada una, como gobernador, á uno de sus compañeros de confianza con una guarnición compuesta de gente de su ejército y de sus partidarios naturales del país.

Siguió el sátrapa recorriendo aquel reino y aunque un ejército del rey le salió al encuentro y opúsole alguna resistencia, pronto algunos jefes traidores se declararon en fuga, viéndose precisados á huir también los leales, cuyas tropas cayeron en poder del sátrapa, quien perdonóles la vida, apoderándose únicamente de sus riquezas y autorizándoles para que salieran, fuera de los límites de su país, á las regiones vecinas. El rey, mientras el enemigo atravesaba las fronteras de su reino, había reunido á su gente estableciéndola alrededor de la fortaleza y, convocando á los magnates fieles á su dinastía, habíales recordado los beneficios que les prestó antes, el afecto que les profesaba, así como sus padres y abuelos á los de aquellos. Echóles en cara también las noticias que habían llegado á sus oídos, respecto de los propósitos que abrigaban de separarse de su obediencia,

manifestándoles al propio tiempo con cuánto disgusto había visto la aflicción y repetidas calamidades que habían sufrido.

Todos se excusaron y juraron ante el rey guardarle la más ciega obediencia y fidelidad, y éste continuó diciendo: «no os he convocado solamente para esto, sino para deciros también que yo no soy de los que vuelven la espalda ante el enemigo, ó se someten á servidumbre por triunfar ó tener auxilio contra el mismo. No tengo sospecha de ninguno de vosotros; pero acontece que uno de mis visires me ha dado noticia respecto de uno de mis antecesores, quien se apresuró á construir, con todo empeño, una fortaleza que pudiera servirle de refugio en los trances apurados; mas sorprendió á éste la muerte antes de que pudiera ver terminada su obra, y yo he resuelto completarla con todo el esfuerzo y celeridad posible, siguiendo aquella máxima del sabio que dijo: «el mejor rey es el que perfecciona el esfuerzo de sus antecesores y el peor aquel que destruye dicho esfuerzo.» Por consiguiente, mi deseo es hacer de esa fortaleza lugar de seguridad para mis

tropas y tesoros, en conformidad con aquella sentencia de los sabios: «el más firme de los demandantes en juicios, es aquel que desea que á todos se aplique la recta inteligencia de las leyes»; y aquella otra: «es preciso que el rey no prescinda de poseer cinco recursos, por los cuales sea confortado, á saber: un visir leal, que le auxilie con sus consejos; un sable cortante, cuyo filo le infunda valor durante la lucha; un caballo velocísimo, que le proporcione el triunfo en la carrera; una mujer hermosa, que le inspire alegría y recree su vista; y, por último, una fortaleza inexpugnable, que pueda servirle de refugio seguro, cuando se vea estrechado por los enemigos.» Por estas causas he tomado la fortaleza mencionada perfeccionando sus fortificaciones, y he trasladado á la misma mis tesoros y cuanto me ha sido donado. El que de vosotros quiera seguirme, que imite mi conducta.»

Terminadas las anteriores palabras del rey, los magnates se retiraron, siguiendo, los más inteligentes y experimentados en los acontecimientos del mundo, el ejemplo de aquél, hasta venir á establecerse alrededor de

aquella fortaleza, á donde trasladaron sus familias, riquezas y provisiones. Entretanto el sátrapa avanzó, arrollando todo el reino, como el escribano arrolla una escritura, y derrotando á todo ejército que intentó oponerse á su marcha, hasta que se acercó á la capital del reino é hizo alto á distancia de una parasanga de la misma, temiendo avanzar más allá porque el rey había ordenado á su gente que hiciera una salida contra aquél.

Salió, en efecto, una gran multitud, y el rey salió también separadamente de aquélla con 4.000 hombres, entre esclavos, magnates y compañeros leales, permaneciendo con éstos á larga distancia de su ejército y de sus súbditos fuera de la ciudad. Pero había dentro de dicha ciudad dos partidarios de Cosroes acechando y espiando la salida del rey, y al enterarse de ella reunieron á sus adictos, se apoderaron por sorpresa del vicario que aquél había dejado en la ciudad, y le dieron muerte, quedando dueños del recinto, que organizaron á su gusto.

El rey se hallaba con sus tropas acampa-

do fuera de la ciudad, cuando se le presentó el jefe de los magos, descalzo y abatido abofeteándose y mesándose sus cabellos; y aquél ordenó que montaran sobre su elefante á dicho jefe, quien le refirió la pérdida de la capital y cuán grande había sido la perfidia de sus súbditos.

El rey partió con sus magnates, partidarios y aquellos que se resolvieron á seguir en la obediencia del mismo, corriendo todos á defender la fortaleza. El sátrapa, apenas tuvo noticia de la partida de aquél, mandó alguna caballería en su persecución; pero, aunque fué alcanzado, algunos de sus partidarios mantuviéronse resistiendo el avance de la caballería enemiga y, entretanto, pudo escapar y penetrar en la fortaleza.

El sátrapa avanzó hasta la ciudad, entrando fácilmente en ella y dejando allí una guarnición, y después de organizarla á su gusto, dirigióse á la fortaleza; pero, cuando advirtió su aspecto formidable y que era tan inexpugnable que ni siquiera podía permanecer alrededor de la misma, retrocedió hasta donde creyóse seguro, acampó allí con su

ejército, en observación, y mandó una carta, escrita con todo respeto y cortesía al rey indio, proponiéndole, entre otras cosas, que le restituiría generosamente el reino, á condición de someterse por su parte á la obediencia y gobierno de Cosroes.

Cuando el portador de la carta llegó á donde se hallaba el rey, no sólo no fué recibido por éste, sino que ni le aceptó la carta, respondiéndole que la devolviera á su remitente; y contrariando así las esperanzas del sátrapa en conformidad con aquellas máximas antiguas: «si prestas atención á tu enemigo, eres perdido; y si te inclinas á escuchar sus palabras, te sometes á su obediencia»; «si autorizas á tu enemigo hasta el punto de prestarle tus oídos, te expones á verte sumergido en el abismo y á caer en el lazo corrido de su astucia»; «es necio que alguien dé oídos á su enemigo, sin esperar del mismo alguna ventaja»; «si eres débil contra las palabras de tu enemigo, lo serás igualmente contra sus asechanzas.»

El sátrapa, frustrado en sus intenciones, retrocedió á la ciudad, y escribió á Cosroes

notificándole la toma de la misma y la situación, más ó menos favorable ó adversa, en que se hallaba. Cosroes contestó ordenándole permanecer en aquel reino; pero que abandonara el propósito de someter al rey en su fortaleza á viva fuerza, si no preparándole alguna traición, á cuyo efecto mandaría algunos espías y establecería algunos partidarios fieles en las inmediaciones de aquélla. El sátrapa ajustó su conducta á las órdenes recibidas de Cosroes, y en tal situación transcurrió bastante tiempo hasta que los persas comenzaron á molestarse de permanecer sufriendo dificultades en aquel reino y, como consecuencia, á tratar con dureza y crueldad á los naturales del país; por lo cual suscitóse entre éstos una reacción adversa á los nuevos dominadores, se agitó el odio en las almas y nació la envidia contra los invasores, cuando vieron que sus tributos eran trasportados á país distinto y consumidos por otros que ellos, y reconocieron palpablemente la prosperidad en que habían vivido antes y la triste situación á que se veían reducidos al presente. El murmullo se extendió por todas

partes; pero el sátrapa, temiendo ser rechazado, si intentaba ahogarlo, se hizo el sordo, y fué en aumento el número de los que excitaban las voces de descontento, según aquella máxima: «las manos de los súbditos siguen á sus lenguas, y euando éstos pueden hablar, pueden acometer con violencia»; «el descuido en reprimir las faltas leves es una excitación para que se cometan hechos criminales»; «una sola palabra de lisonja basta para la primera falta de una mujer, y con una ligera desviación que se permita al asno comienza éste á mostrarse rehacio.

Al mismo tiempo el rey, luego que fijó su residencia en la fortaleza, consultó nuevamente con sus visires, los cuales fueron de parecer que debía resistir y mantenerse firme sin tomar la ofensiva. Condújose según este consejo, é hizo que la justicia y la beneficencia resplandecieran, dió seguridad á los caminos, auxilió á los acogidos á su autoridad y trató familiarmente á los extranjeros, ejercitando la virtud y el perdón; por lo cual todas las manos convirtiéronse hacia él, la fama de su bondad fué en aumento, los co-

razones se inclinaron á su obediencia y las lenguas comenzaron á alabarle.

Por entonces aconteció que uno de los prefectos establecidos por el sátrapa para el gobierno de una de las regiones fronterizas, observaba conducta tan depravada, que un hombre virtuosísimo, habitante en aquélla, se levantó á amonestarle exhortándole á la práctica del bien. El prefecto, aunque reconoció la sinceridad de aquella exhortación, escribió al sátrapa diciéndole que un hombre de su región censuraba sus prácticas de gobierno excitando al pueblo en contra suya. Habiendo contestado el sátrapa que le enviara encadenado á tal hombre, el prefecto hízolo así, mandando algunos indios que le custodiaran durante la marcha; pero otros jóvenes bravos, y los más audaces de aquella frontera, siguieron y mataron á los guardias, dejando en libertad al hombre. Este volvióse al prefecto refiriéndole lo ocurrido á sus compañeros de viaje de parte de los jóvenes, sin que él hubiera podido evitarlo. Entonces el prefecto ordenó que le dieran muerte, á pesar de la gran dignidad y respeto que gozaba entre

los naturales del país, lo cual fué causa de que éstos se amotinaron, sorprendiendo al prefecto, que fué muerto con la mayor parte de sus hombres.

Acto continuo, los habitantes de aquella región fortificaron sus fronteras y convocaron á todos los que tenían igual opinión y se hallaban en otros castillos; escribieron también á los habitantes de otras regiones próximas, quienes respondieron al alzamiento, realizando lo mismo que aquéllos hicieron y arrojando á los prefectos hasta tal punto que la sumisión á Cosroes había desaparecido en breve tiempo de muchas regiones de aquel reino.

Cuando el sátrapa tuvo conocimiento del alzamiento reconcentró sus tropas, fortificóse en la capital, lleno de miedo y consternación, y escribió á Cosroes pidiéndole refuerzos. Al retirarse de la capital el jefe de los magos, para ir á refugiarse con el rey en la fortaleza inexpugnable, los habitantes habían reconocido un vicario suyo el cual vivía satisfecho entre los mismos. Pero cuando aquél advirtió la situación triste y pavorosa del sátrapa y

sus propósitos de apartarse de su conducta tolerante é indulgente, entró á presencia del mismo anunciándole que le dejara interrogarle acerca de un asunto que según creía, debía conocer ya. Obtenido permiso para hablar, dicho jefe se expresó así: «sé que, entre otras recomendaciones hechas por Azdaxir hijo de Bábec, rey de Babilonia, dijo la siguiente: «la dureza del gobierno, empuja á veces á los súbditos á una revolución que no pensaban hacer» y también, «conviene que el que se apodera á viva fuerza del reino de otro tenga presente el modo y condiciones por las cuales se le sometió; pues, de lo contrario, se sustraerá á su obediencia por la misma causa que se entregó al mismo. Según me dijeron, esta recomendación quedó escrita en la cámara de consejo de aquel rey enfrente de su trono y tribunal».

El sátrapa comprendió desde luego la significación de las palabras del jefe de los magos, pero quiso sostenerse en otros propósitos muy diferentes y se limitó á responder irónicamente: ¿es éste todo el asunto que ha llegado á tu conocimiento, jeque leal? Ese es

todo el asunto, replicó el jefe de los magos, muy interesante á tí que no ejércitas aquella conducta sabia que conoces, sino que tratas duramente en la administración á los súbditos; evita esa condición y acaso no temerás salir de este reino, como fué pactado contigo.

Apenas el sátrapa escuchó estas palabras del jefe de los magos, echóle bruscamente de su presencia, y como era un anciano de compleción débil, cayóse en tierra desfallecido, y tuvo que ser trasladado á su morada, donde murió á pocos días con gran sentimiento de todos. Con tal motivo suscitáronse las conversaciones de descontento, los ánimos se exacerbaron y se revelaron los sentimientos hostiles que se mantenían ya antes ocultos contra el sátrapa, y esta situación de ánimo se hizo general entre los súbditos. En vano el sátrapa convocó á los magnates residentes en la capital para exhortarles y pedirles que se mantuvieran pacíficos, amenazándoles que en caso contrario serían reprimidos por la fuerza de Cosroes; éstos tranquilizáronle con buenas palabras, pero al propio tiempo aprovecharon la ocasión de hallarse cerca del

mismo para observar algunos asuntos embrollados que aquél procuraba ocultar. Después de esta entrevista, el sátrapa puso toda su atención en fortificar la plaza, sin preocuparse de los magnates; pero éstos enviaron un comisionado al rey que antes les había gobernado, implorando su perdón y pidiéndole un jefe para pasarse á su obediencia. El rey les garantizó plenamente su perdón y les mandó un prefecto á cuyo encuentro salieron y le invistieron de la autoridad, manteniéndose en su obediencia y defensa con lealtad absoluta. El sátrapa envió, como pudo, un ejército contra aquéllos, pero fué completamente rechazado. Entonces no tuvo más remedio que salir en persona al frente del ejército, dejando guarnecido el palacio y como vicario suyo á quien creyó que podría sostenerse mejor. Pero apenas salió de la capital en busca del enemigo, los habitantes prendieron por asalto á los compañeros que había dejado de guarnición, matándoles sin piedad, y se dispusieron á conservar y defender la ciudad contra aquél. Cuando el sátrapa supo todo lo acontecido en la capital, se

retiró manteniéndose á la defensiva al exterior de aquel reino, hasta que, completamente derrotado, tuvo que regresar á presencia de Cosroes.

El rey trasladóse á la capital de su reino y allí, siguiendo los caminos de la justicia y refrenando con energía sus pasiones, practicó la conducta prudente que la experiencia le había enseñado.

Emprende, por consiguiente, hijo mío, la posesión de una fortaleza semejante á la mencionada, y obtendrás con ella la seguridad y tranquilidad que tuvo el rey indio al refugiarse y sostenerse dentro de la misma.

2.<sup>a</sup> Sabe, hijo mío, que te conviene elegir para tu servicio uno de los caballos mejores, más excelentes y nobles, que sea vencedor en las carreras, de estructura perfecta y de hermosa lámina, que no pierda el paso, ni se aviente en la carrera, que vuele cuando corra, y no se resista al paso cuando camine, que venza ó sea el primero en la carrera forzada y alcance al perseguido cuando persiga, que sea más veloz que la flecha y más rápido que el pensamiento, al cual tendrás habi-

tuado á los momentos de grave apuro y reservado para las desgracias y reveses de la fortuna.

3.<sup>a</sup> Sabe, hijo mío, que te interesa mucho reservar alguna parte del tesoro, para aplicarla en los tiempos de calamidad y tribulación, la cual deberá consistir en objetos de gran valor y fácil transporte, como zafiros y brillantes, que tengan gran estima y precio elevado; porque quizá te sorprenda algún apuro en los asuntos de tu vida sobre este mundo y con la reserva del tesoro podrás resolverlo felizmente, evitando aquello que te preocupe ó sorprenda, y á la vez, podrás atacar por su medio á tus enemigos, conseguir que tus partidarios permanezcan á tu lado y solucionar perfectamente todas tus dificultades; pues ciertamente la reserva del tesoro es el auxilio contra las calamidades y reveses de la fortuna.

Y 4.<sup>a</sup> Te interesa igualmente, hijo mío, un visir tal como lo hemos descrito y que se halle dotado de las cualidades expuestas anteriormente para encontrarle activo en tu adversidad y dulce en tu aislamiento, que

arrostre en satisfacción tuya toda clase de peligros, que siga contigo los mejores caminos, habituado á las expediciones, á la resolución de los asuntos y á la adquisición de noticias. Es conveniente que el visir posea reflexión y capacidad administrativa más excelente que el rey; porque éste administra al que se encuentra debajo de él, que son los súbditos en general, mientras que el visir administra á su superior, que es el rey, y á su inferior, que son los súbditos. De ahí que necesite de mejores condiciones administrativas, inteligencia y reflexión; puesto que el rey es como el médico, los súbditos como el enfermo y el visir como el intermediario entre el médico y el enfermo, y si miente éste, inutiliza la dirección del médico. Porque así como el intermediario que desea matar á un enfermo no tiene más que proporcionar al médico algún medicamento contrario á la enfermedad, el cual, al ser aplicado al enfermo, le produce la muerte; del mismo modo el visir puede causar la muerte á un súbdito, con sólo prescribir al rey algo contrario á lo que existe en aquél. Además el visir perverso

impide al rey, aunque éste sea excelente, comunicarse con el pueblo, y á éste acercarse á su rey, á semejanza del agua cristalina en que se esconde el cocodrilo y no deja acceso al hombre necesitado de la misma, aunque sea hábil nadador.

No seas envidioso, hijo mío, evita que lo sea todo el que se encuentra á tu alrededor, y recomienda esto mismo á tus familiares, á tu visir y á tus parientes; porque si el visir es envidioso, causará en tu reino y en tu persona la perturbación y la ruina. El profeta de Alá decía: «la envidia consume las acciones buenas, como el fuego consume la madera»; algunos sabios dijeron que para conocer al envidioso basta observar que éste se entristece cuando el envidiado experimenta alguna alegría, y que todo beneficio otorgado á éste por Alá, sirve á aquél de tormento, porque es sabido que la envidia abraza el cuerpo. Otro sabio escribía á un amigo en estos términos: «el que te envidie no dormirá hasta que consiga vengarse de tí, y el que te persiga no descansará hasta apoderarse de tí; por lo cual debes prevenirte ó guar-

darte de éstos, poniendo tu confianza en Alá, que es todopoderoso». Cuéntase también que un rey mandó poner como texto de su sello la inscripción siguiente: «el envidioso no será honrado jamás con el título de señor, ni el pérfido obtendrá otro resultado que su propia desgracia»; y Alí hijo de Abutáleb dijo: «El envidioso no causará daño en la persona objeto de su envidia, sin consumirse él mismo por su tristeza constante y por estupidez y preocupación de su inteligencia; no he visto opresor que más se parezca al oprimido que el envidioso». Finalmente un poeta se expresó así:

¡Cuán larga hace Alá la tristeza del envidioso, y con cuánta intensidad aflige los días de su envidia!

Porque el envidioso además de las fatigas que experimenta al entregarse á la envidia, ve luégo acrecentada su reprobación.

Sabe, hijo mío, que son tres las ocasiones que engendrán la envidia: 1.<sup>a</sup> enemistad manifiesta con la persona envidiada, antes de ser ésta favorecida por la fortuna: dicha enemistad suscita la envidia contra el enemigo luego que se manifiesta la situación favorable ó se hace pública la cualidad preponderante

del mismo; la 2.<sup>a</sup> tiene lugar cuando entre dos personas, una de ellas alcanza una fortuna ó cualidad eminente, y la otra, considerándose incapaz ó imposibilitada por su propia preocupación para obtenerla, lleva mal la preeminencia de aquella ó su inferioridad á la misma y comienza á envidiarla; y la 3.<sup>a</sup> aparece cuando una persona siente deseos de poseer ciertas cualidades que pueden ser adquiridas ó favores que son concedidos, y al ver que no puede conseguirlas, que no se hallan en sus manos ó no le son conferidas, siente envidia de todo el que recibe de Alá, altísimo, grandes dones ó beneficios.

La envidia es causa de una enfermedad incurable; porque si el sujeto de la misma es hombre de influencia y poder, llega á ser arrastrado hasta tomar venganza contra el envidiado; más si es hombre de escaso valimiento, cae en una preocupación constante y enfermedad crónica. Por eso, es muy conveniente cortar de raíz las ocasiones de la envidia, absteniéndose de caer en ellas, desechando el hábito de sus malas obras, para evitar sus daños y guardarse de sus consecuen-

cias, sin discutir los juicios de Alá para no ser vencido ni contrariar sus designios para no verse arrebatado.

Para hacerte conocer la influencia y consecuencias funestísimas de la envidia, vamos á narrar la historia del rey envidioso y del visir malo. Los historiadores cuentan que Bahram hijo de Yazdachud rey de Persia y Jacán rey de los Turcos eran íntimos amigos, se cambiaban regalos preciosos y se dispensaban el trato más amable. Pero respecto de Bahram llegó á ser pública la fama de su poderío y valor personal, de la generosidad, recta administración y justicia con que regía á sus súbditos, por la cual causa excitó contra sí la envidia más vehemente de parte de Jacán. Este tenía dos visires, y descubrió el estado de su ánimo al que le parecía más excelente entre ellos, pidiéndole consejo sobre el medio más hábil para matar á Bahram. El visir manifestó á Jacán que pondría todo su empeño en el asunto, á condición de que él guardara el mayor secreto respecto del mismo. Jacán prometió que así lo haría, y transcurrió algún tiempo durante el

cual preguntó más de una vez á su visir sobre lo que hubiera maquinado para realizar su cometido, hasta que por último, éste entristecido contestóle: «oh rey, carezco de astucia suficiente para realizar la empresa que me encomendaste. Unicamente debo hacerme observar, con todo el respeto debido, que deseches el deseo de tu corazón, porque creo que solamente la envidia te mueve á consumarlo. La conducta del envidioso vuelve sus consecuencias funestas contra sí mismo, y temo que el rey trate de tender alguna red, en la cual él mismo se vea cogido. Jacán, irritado contra este visir, informó sobre el asunto al otro, hombre perverso, lleno de ambición y envidia, y sagacísimo, ofreciéndole alta recompensa si realizaba su cometido. El visir encomendó á su vez la ejecución del hecho á un turco de los más inicuos, y más audaz que él para los golpes de astucia, prometiendo nombrarle, si mataba á Bahram y escapaba libremente, jefe supremo del ejército, cuyo cargo pasaría además á manos de sus hijos después de él; y si moría sin conseguir la realización de su cometido,

su hijo mayor sería nombrado desde luego para tal dignidad, á fin de que su memoria se perpetuara en éste. Aquel hombre inicuo asocióse para la empresa á un hermano suyo, y ambos salieron en dirección al alcázar de Bahram. Cuando llegaron al término de su partida, el inicuo ordenó á su hermano que le vendiera á uno de los empleados ó servidores de aquél y, aunque se resistió á obedecerle, no cesó de instarle con halagos hasta conseguir que le vendiera á un guardia del alcázar, que era el jefe de los centinelas nocturnos. El inicuo mostróse desde el primer momento tan cariñoso y obediente á su señor, que pronto fué considerado por éste como su consejero fiel, obtuvo gran ascendiente é influencia cerca del mismo y se granjeó su trato familiar.

Así pasó algún tiempo hasta que una noche su señor tuvo que cesar en la vigilancia de los centinelas, por encontrarse enfermo, y le confió que le sustituyera en su cargo. Aprovechó tan buena ocasión para su propósito y dirigiéndose á la casa armería de Bahram, situada en frente del alcázar, la puso

fuego, dificultando á sus compañeros que acudieran á extinguirlo, hasta que llegó á hacerse muy intenso y creció la confusión y el tumulto. Esto hizo que Bahram saliera precipitadamente de su alcázar á caballo y sin armas. En aquel momento el inicuo se acercó á Bahram empuñando un puñal que ocultaba entre su manga; pero éste le descubrió, gracias al resplandor del fuego, y notando la intención páfida reflejada en su semblante, juntó sus piés y saltó fuera del caballo precipitándose sobre aquél, sujetándole ambas manos; encontróle el puñal y se lo arrancó con la mano derecha á la vez que, agarrando con la izquierda las dos de aquél, le arrastró hasta el interior del alcázar, donde le soltó é interrogó sobre los móviles de su propósito. El inicuo declaró la verdad del hecho y Bahram prometió conservar le la vida y tratarle generosamente, si en realidad no había hecho otra cosa que obedecer á Jacán, serle fiel y exponer su vida en satisfacción del mismo, y que igualmente trataría á todo el que hubiera obrado como él; reiteró que le conservaría la vida que su señor, me-

nos generoso, había querido arrebatarle, y que únicamente deseaba retenerle preso por espacio de algún tiempo, concediéndole luego la libertad y beneficiándole conforme á su deseo. A petición de Bahram, el inicuo dió las señas de su hermano y á aquél ordenó que le prendieran. Ambos hermanos fueron aprisionados en el alcázar, pero Bahram les conservó la vida, encargándoles que no revelaran la causa de su prisión.

Había acontecido á Bahram anteriormente, que un súbdito labrador, que habitaba en una de las provincias de su reino, poseía una hija tan hermosa, que jamás se había escuchado que pudiera existir otra igual: tenía seis codos de estatura, su cabellera le caía hasta cubrir sus piés, y su piel se parecía por el color y finura á la nata de la leche, resultando en conjunto su figura tan extraordinariamente bella y delicada, que todo el que la contemplaba no podía volver su vista, sino después de sostener una lucha violenta dentro de su alma, y si alguien al verla cambiaba con ella su mirada, sentía al punto su corazón tan apasionado y preso de tal agi-

tación, que solamente la posesión de la misma podía calmarla. Además de esta hermosura tan extraordinaria poseía cierta cultura, gran inteligencia y carácter firme y sereno. Bahram tuvo deseo de poseer á dicha joven, pero desistió por repugnancia de que fuera la hija de un labrador, ordenando que nadie le hablase de ella; únicamente la encomendó al cuidado del prefecto de la ciudad en que vivía y prohibió á su padre que la casara. En esta situación se hallaba la joven cuando Bahram descubrió la trama que Jacán había fraguado contra él para que fuera asesinado, como hemos dicho. Aquél llamó á su presencia á uno de sus compañeros, hombre astuto, sagaz y habilidoso, y le encomendó que tendiera alguna asechanza contra Jacán, á cuyo fin le facilitó oro, plata y objetos preciosos de uso peculiar para los reyes, en la cantidad que estimó podría necesitar para la realización de su cometido, encargándole que se presentara disfrazado en traje de comerciante al padre de aquella joven, á la cual compraría de manos de éste para valerse de la misma en la consecución del propósito

que le encomendaba. A la vez despachó un emisario al prefecto de la capital de la provincia en que habitaba el padre de la joven, ordenándole que encerrase y reclamase á éste una cantidad tan crecida, que no pudiera satisfacer.

Esta orden fué ejecutada puntualmente, y al llegar el supuesto comerciante á presencia de aquel padre, pudo comprarle su hija á peso de oro, según era frecuente entre los persas, los cuales vendían á sus hijos cuando el rey les oprimía en la tributación.

El supuesto comerciante dirigióse con la joven al país de los turcos, fijando su residencia en la corte de Jacán, presentóse al visir de éste, que tanto se había esforzado para tramar la muerte de Bahram y le hizo un regalo de gran valor, después siguió repitiendo sus visitas y presentes al visir hasta granjearse su amistad y familiaridad, que disfrutó durante un año. Al cabo de este tiempo dijo al visir, entre otras frases de afecto, que hacía ya un año que deseaba hacerle un regalo tan valioso, que no existía en el mundo otro semejante, al que había tenido en

grande estima, y cuya posesión esperaba que también á él había de agradarle mucho. El visir, movido por curiosidad, preguntó al supuesto comerciante en qué consistía presente tan valioso, y éste manifestó que era una joven de seis codos de estatura, cuya cabellera la caía hasta los pies, y su piel parecía como si estuviera cubierta por nata de leche.

Al escuchar el visir la descripción de la joven sintióse tan apasionado de ella, que pidió con gran instancia al supuesto comerciante que se la presentara inmediatamente. Este hízolo así, y al verla el visir no pudo dominarse *et projecit se super eam, amplexus fuit et osculatus, suo ex ore salivam sorbens*; después volvióse diciendo al supuesto comerciante que pidiera por ella el precio que quisiera, pero éste contestó que no deseaba otra cosa en cambio, que su amistad y compañía. No obstante, el visir instóle para que además de lo que pedía tomara el dinero que desease; pero éste, repitiendo que no necesitaba dinero alguno, se retiró de allí; dirigióse con presteza á la puerta del alcázar del rey Ja-

cán y dijo á uno de los familiares que le permitiera pasar, pues deseaba dar al rey una noticia urgente.

Concedido el permiso que solicitaba, entró á presencia de Jacán manifestando que habíale dirigido un presente sumamente grato por medio del visir fulano, pero éste se lo había guardado injustamente, y aunque había ofrecido dinero para que ocultara el hecho, él había preferido descubrirlo, declarando seguidamente que dicho presente consistía en una doncella que poseía tales ó cuales bellezas. Jacán envió inmediatamente á algunos varones, celosos vigilantes de la observancia de sus leyes, para que sorprendieran y observaran la situación del visir con la doncella, y que condujeran á ambos á su presencia trayendo á esta última oculta á las miradas de la gente. Los emisarios cumplieron la orden recibida, regresando luego á presencia de su rey con los detenidos, y diciendo respecto de la doncella que habíanla sorprendido sentada *et plene nudam* al lado del visir. Jacán interrogó á la joven sobre la conducta del visir con ella. Y respondió ésta:

*me amplexus et osculatus fuit; deinde nudavit meum totum corpus spectandi gratia, et jam in eo erat ut super me se projiceret, cuando han aparecido de improviso estos hombres, que me han cogido y traído á tu presencia.»*

Jacán mandó que cortaran al visir las manos y le extrajeran los ojos, la lengua y los labios, y quedóse solo con la joven; preguntó á ésta si era doncella ó mujer separada de su marido y en cuanto oyó que era doncella, *non potuit quin super eam se projiceret. Postquam rex cum puella coivit, ipsa velum, quo suum caput operiebat, adimens, illius virilia cum eodem fricuit. Statim rex vehementi fuit affectus angore et continuo in ipsum accidit tumentia acres producens dolores.* Sospechó que todo su mal-estar pudiera ser efecto de alguna ponzoña y llamó á un médico que le amputó la parte dañada. Mandó llamar á la joven, pero ésta se había retirado y no fué encontrada por ninguna parte. En vano hizo también que buscaran al patrono de aquélla. Jacán siguió curándose hasta que por fin le presentaron la joven. Hízola varias preguntas acerca de su condición, familia y país á que

pertenecía; á todas ellas respondió aquélla manifestando que respecto de su patrono únicamente sabía que era un comerciante que la había comprado á su padre á peso de oro. Jacán preguntóla, no obstante, por la procedencia de su velo, y ella declaró que su patrono se lo había vestido diciéndola que se lo entregaba para usarlo con el rey, porque era costumbre entre reyes que *dum ex eis quis cum puella coiret, postea ipsa ipsius fricaret virilia* con la prenda que cubriera su cabeza, cualesquiera que fuese, y que sino seguía esta costumbre se expondría á incurrir en la desgracia y cólera del rey. Jacán comprendió que la joven había sido engañada y no la impuso castigo alguno.

Enterado Bahram del buen éxito del encargo confiado á su compañero, cuando éste regresó á su presencia, mandó que le presentaran al turco inicuo y al hermano de éste, y después de tratarles con toda liberalidad, envióles á Jacán con una carta que decía: «la envidia y la iniquidad te han arrastrado, así como á tu visir, por el camino del sufrimiento, á pesar de haberte esti-

mado nosotros antes como un hermano. Pero luego que hemos conocido la perfidia de tu intención y tu envidia, hemos deseado que recayera sobre tí aquello que has tramado contra nosotros, siéndonos Alá más propicio que á tí al observar la bondad de nuestros deseos y la perversidad de los tuyos. Ahora que Alá tenga misericordia de tí, ya que nosotros no hemos de ocasionarte daño alguno: debes mirar mejor por tu propio bien aprovechando nuestro perdón.»

Jacán conoció al punto la procedencia de la carta y, lleno de furor y despecho, se dispuso para combatir á Bahram levantando en armas innumerables pueblos turcos, con los cuales invadió la Persia. Pero Bahram que había elegido para rechazarle á sus más bravos caballeros, salió al encuentro de aquél y derrotóle completamente, pasando á cuchillo á toda su infantería y apoderándose de sus tesoros y ciudades. Así la envidia y la perversidad fueron las causas que encendieron aquella guerra tan sangrienta.

Respecto de tus consejeros, hijo mío, debes elegirlos entre los sabios, faquies y

magnates más inteligentes, elocuentes y sinceros en público y privado.

Por lo que hace á tus compañeros y familiares más íntimos, debes evitar que tengan comunicación frecuente con el pueblo, y procurar que te respeten y estimen aún en las ocasiones de expansión y alegría. Porque si éstos poseen dichas cualidades, contribuirán á la prosperidad de tu reino, acrecentando la grandeza y superioridad del mismo. Al efecto, debes observar las condiciones y examinar las palabras y conducta de los mismos, y cuando alguno de tus visires muera, podrás sustituirlo con acierto por alguno de aquéllos, conociendo previamente las condiciones que le rodean, y la preferencia y confianza que te inspire para elevarlo á la dignidad de visir, á fin de sostener con firmeza las columnas ó bases de tu reino. Si después de haber elevado á visir á alguno de éstos, observaras que divulga tus secretos, que no cumple sus juramentos ó no da perfecta solución á los asuntos, y se le censura ó critica y aparecen cargos ó sospechas contra el mismo, le destituirás de su elevada dignidad, le

privarás de tu familiaridad y le relegarás al vulgo. Un rey decía á sus consejeros: «evítadme tres cosas; la lisonja, porque yo me conozco mejor que vosotros; la mentira, porque no mereceréis mi fe; y la calumnia, porque volveréis mi corazón contra vosotros mismos. Abenabás decía también á este propósito: «el consejo formado por hombres inteligentes acrecienta la ilustración é inteligencia del rey.» ¡Oh hijo mío! es preciso que tus consejeros oculten y no sean propensos á divulgar noticias respecto de tus asuntos; que ellos sean tus magnates y familiares más sinceros y leales, pues el que llega á dejarse corromper por sus familiares, llega á quedar asfixiado, como el que se sumerge en el agua. ¡Oh hijo mío! sienta en tu consejo á los hombres virtuosos, consulta á los inteligentes, sigue el parecer de los leales, é imita á los prácticos y experimentados; evita todo consejo formado por ignorantes, porque quien toma consejo del ignorante es como el que ofrece su costado á las fieras.»

Para tus asuntos reservados, hijo mío, elegirás entre tus escribientes un secretario

perteneciente á los varones más preclaros del reino, que desempeñe el cargo en conformidad con tus propósitos y deseos; elocuente, sencillo y claro en la exposición, ilustrado, recto, excelente escritor y calígrafo, perito en los enlaces y desenlaces de las letras; reservado para tus asuntos, de buenas costumbres, dotado de talento profundo, aguda inteligencia, memoria fácil, juicio excelente y carácter dulce, virtuoso, bien figurado y correcto en el vestido; porque el secretario viene á ser como el espejo del reino, al esclarecer los asuntos embrollados y reflejar tu inteligencia, ilustración y excelencia, y de ahí que se le exijan las condiciones expuestas, á fin de que se haga necesario dentro de tu derecho y del suyo. Puesto que si reúne tales condiciones es justo que se le confíe la secretaría; así como, en caso contrario, lo es también que sea postergado y que cese en el desempeño de la misma perdiendo su bienestar y dignidad, pues el sostenerle sería un oprobio para su señor y una prueba de la ignorancia de este mismo.

Tu ministro de hacienda, hijo mío, de-

bes elegirle entre los hombres más ilustres, excelentes y aptos para el cálculo y la administración de tu reino y que te inspiren mayor confianza; ha de ser sobrio, modesto, de buenas costumbres y piadoso, enérgico en sus resoluciones, exacto, inteligente y justo, en atención á las circunstancias del pueblo, veraz, perito en las diferentes especies de tributos é impuestos, práctico en los registros y examen de las cuentas, dotado de bienes muebles é inmuebles, amante de tu soberanía y sincero en tus asuntos; porque todos tus bienes y tributos recaudados han de estar bajo su custodia y libre disposición tanto en los ingresos como en los gastos.

Entre tus fauques, hijo mío, elegirás como superior al que sea famoso por su sabiduría y virtud, que siga el camino de la justicia y bienaventuranza, que señale la senda de la recta conducta, que dirija todos los asuntos hacia el bien y dicte órdenes justas, que te haga distinguir el bien del mal, lo lícito de lo ilícito y prohibido por las leyes, en las cuales estriba la consistencia del rey y de los súbditos, que te muestre cuanto te

interesa conocer respecto de los asuntos de esta vida y de la futura, que te aconseje como un padre, que te exponga los medios para alcanzar la bienaventuranza y ciertamente te apartará de la senda del descuido.

Entre los faquíes, hijo mío, elegirás para ser tu cadí supremo al más excelente por la solidez de su fe religiosa y por su deseo de la prosperidad de los musulimes, que observe conducta irreprochable, que no incurra en errores, ni se deje seducir con presentes, ni haga depender sus fallos de los mismos, sino que mire por igual al noble y al plebeyo, al poderoso y al débil, que conozca el procedimiento que debe seguirse en los juicios, que sentencie según justicia, que sea celoso por la virtud y diligente en la decisión de las sentencias.

Debes, hijo mío, elegir también un jefe entre tus auxiliares (esbirros) encargado de despachar libremente los asuntos pertenecientes á tu soberanía que debes confiarle y de aplicar el castigo que ordenes sea impuesto á quien te falte ó irrite. Al efecto, conviene que sea hombre de experiencia, valor, apti-

tud y audacia, diligente para la ejecución de tus órdenes y presto para el desempeño de los asuntos que le estén encomendados, que ejerza influencia sobre los hombres, que no se haga reprochable en el ejercicio de tu soberanía, será enérgico en todas tus situaciones y comparecerá todos los días á la puerta de tu alcázar, dispuesto á cumplir fielmente tus órdenes, mostrándose iracundo á tus enemigos, cuando así le ordenes que se conduzca, y ejecutando tus sentencias en conformidad con tus indicaciones. Los auxiliares restantes sometidos á la autoridad inmediata de este jefe, debarán ser atentos á las disposiciones y servicio del mismo, obedientes para ejecutar las órdenes y castigos, cuya imposición les confíe, dotados de gran valor, no serán compasivos con los criminales del pueblo, cuidando de no incurrir en las censuras ó reproches del mismo, y finalmente, comprenderán á simple vista las indicaciones que les sean hechas.

Sabe, hijo mío, que conviene á todo rey, que desee ser proclamado magnífico, ser, tocante á su conducta y desempeño de sus obli-

gaciones, semejante á estos ocho elementos: lluvia, sol, luna, aire, fuego, agua, tierra y muerte. Respecto de la lluvia, porque así como ésta cae periódicamente por espacio de cuatro meses, lo mismo sobre las colinas más altas que sobre los valles más bajos, cubriendo de agua todo el suelo más ó menos, según la mayor ó menor elevación de cada terreno, y atesorando en los campos la cantidad de aquélla suficiente para alimentar las plantas durante los ocho meses restantes del año; así también el rey debe suministrar por espacio de cuatro meses del año, á sus tropas y auxiliares, de todo lo necesario para la alimentación de los mismos durante los ocho meses restantes, extendiendo su cuidado á todos, al alto y al bajo, á semejanza de la lluvia con los campos de la tierra, aunque de una manera distributiva prudencial y conforme á la situación del mismo y á las categorías diversas de aquéllos.

Será semejante al sol; porque así como éste, al descender sobre la tierra durante ocho meses consecutivos del año, seca la humedad producida por la lluvia periódica de los cua-

tro meses restantes del año; así también el rey debe percibir con gran presteza los tributos y exigir de sus súbditos el pago de los impuestos sobre las ocho cosechas, ganados y demás que le sean debidos sobre aquéllos.

A la luna, porque así como ésta, al llegar á su plenitud, esparce su resplandor sobre las criaturas, regocijando á los pueblos con su luz y claridad y mostrándose igualmente al que se encuentra próximo ó distante de la misma; así también es conveniente que el rey brille igualmente para todos los súbditos en medio de su alegría, dignidad y esplendor de su corte, afabilidad y cortesía, que no mire al ilustre con preferencia al ínfimo dentro de su justicia y liberalidad, ni se oculte á las miradas de uno ni de otro; porque de lo contrario sus virtudes quedarían oscurecidas, su alegría desaparecería y su grandeza disminuiría, como acontece á la luna en las noches tenebrosas.

Al aire; porque á la manera como éste extiende su influencia benéfica por todo el mundo inferior, así el rey debe extender los beneficios dentro de su reino, haciendo que

sus espías é inspectores observen las condiciones y situaciones de los súbditos, capitanes y gobernadores de las fronteras y provincias, tropas y auxiliares, adquiriendo al mismo tiempo noticias acerca de sus enemigos y contrarios, y descubriendo las obras y maquinaciones de los mismos por medio de esos inspectores ó espías fieles y sin tacha.

Al fuego debe asemejarse el rey, aniquilando rápidamente á la gente depravada y corrompida y no dejando ojo ni rastro alguno de criminales. Al agua; porque así como ésta, á pesar de su dulzura y fluidez, arranca enormes peñascos y llega á causar angustias á quien intenta resistir á nado la corriente de la misma; así el rey debe mostrarse dulce con quien le siga dócilmente, y violento contra quien intente resistirle, llevando, á pesar de su dulzura y bondad habitual, la desgracia á sus enemigos hasta desarraigarlos, como hace el agua con los peñascos. A la tierra; porque el rey debe ser sufrido y tolerante, así como aquélla sufre secretamente las hendiduras y riegos que se le infligen. A la muerte, por fin, porque así como ésta se pre-

senta y sorprende á las gentes en medio de sus placeres cuando menos se la espera, y no aceptando presentes de nadie para que se retire sin conseguir su objeto; así también el rey debe sorprender á sus enemigos sin que tengan tiempo de enterarse de su llegada y caer de improviso sobre la gente rebelde y perversa, cogiéndola desprevenida.

El reino, hijo mío, es semejante á un huerto, y la administración del rey en la mayor parte de las circunstancias debe parecerse á la de un hortelano. Así el rey escogerá á la gente más sufrida de sus tropas y á los más espinosos entre sus auxiliares, estableciéndoles en los pueblos y regiones más remotas del reino, para preservar por medio de ellos á los otros súbditos, á semejanza del hortelano que saca fuera del huerto los arbustos espinosos y el ramaje supérfluo de las grandes palmeras, circundando con todo ello los árboles frutales y los cereales de excelente calidad, para preservarlos de la gente ratera y de los animales dañinos.

El rey debe separar también de sus súbditos á la gente malévola, echándola fuera ó

hacerles ver la conveniencia de mantenerse dentro de sus justos límites y de coadyuvar á la bondad de la administración; porque de esta suerte bonificará la situación ó condiciones de los súbditos, los cuales crecerán y prosperarán; imitando al hortelano que rodea su huerto con plantas inútiles y extrae del interior del mismo los abrojos y plantas malignas para que los cereales se alcen, los árboles crezcan y todos los frutos resulten de excelente calidad.

El rey, al sobrevenir la época de la tributación ó exigencia de algún impuesto obligatorio á sus súbditos respecto de dinero, frutos, etc., no demorará ni un momento la percepción de los mismos, para no exponerse á perderlos á causa de las corrupciones del tiempo, imitando al hortelano que no retrasa la recolección de los frutos, ya maduros ó flores ya lozanas, para que no se caigan al suelo y se pudran. Es conveniente así mismo que el rey cuide de los hijos de los soldados y auxiliares muertos en su servicio y obediencia, concediéndoles una módica donación á cargo de su tesoro y suficiente para el sos-

tenimiento de los mismos; porque resultan luego más leales y fieles á su servicio que cualesquiera otros, cuando llegan á la virilidad, á semejanza del hortelano que riega y recubre con tierra los retoños de sus árboles perecidos, esperando que le tributen excelentes y sabrosos frutos. Cuando entre dos de tus caudillos establecidos en distritos contiguos estalle la enemistad ó antipatía recíproca, convendrá que separes ó alejes uno de otro; porque no habrá que esperar que te den buen fruto continuando vecinos, mientras que si los separas, acaso ambos ó, por lo menos, uno de ellos te reportará los más grandes beneficios; á la manera del hortelano que separa dos árboles cuyas ramas se penetran entre sí, porque sabe que no puede esperar todo el beneficio que pueden reportarle, permaneciendo en tal situación.

Ten presente también, hijo mío, que los súbditos, aunque recaudes fielmente los tributos, poseas grandes tesoros, mucho ejército y guardias para tu defensa y vigilancia, siempre retienen cierta excitación, como las fieras, y cierta propensión al desbordamiento,

como el torrente, y que así como pueden hablar pueden también obrar. Estos vienen á constituir tres clases distintas, y por tanto exigen tres direcciones correlativas de parte del rey. Forman la 1.<sup>a</sup> clase los varones ilustrados, piadosos y distinguidos por sus virtudes, quienes reconocen la excelencia y superioridad del rey y le atribuyen la magnificencia y veneración que disfrutaron sus antecesores; el rey debe recibir á éstos mostrando grande alegría por encontrarles y escuchando con agrado y cortesía las conversaciones y tradiciones de los mismos. Regirá la segunda clase, en la que entran buenos y malos, demostrando grande interés y deseo de proporcionarla el bienestar é infundiéndola temor al mismo tiempo; y á la tercera y última clase constituida por el pueblo bajo, propensa á inclinarse á cualquier agitador, la refrenará por medio del temor sin llegar á exasperarla y por medio del castigo, pero cuidando de no incurrir en excesos é injusticias. Esta dirección del rey respecto de los súbditos resultará perfecta cuando la misericordia sea su cualidad eminente; porque el

rey debe distinguirse del pueblo por dos causas, que son: la excelencia de su personalidad y la de sus instrumentos ó útiles. Ahora bien, la excelencia de su personalidad exige en él cinco cualidades: la misericordia, por medio de la cual fortifique los ánimos de los súbditos; la vigilancia con la que debe circundarles de todo peligro; la suavidad para gobernarles; la inteligencia para burlar las asechanzas del enemigo; y la previsión constante para aprovechar la ocasión favorable que se le presente contra éste. La excelencia de los instrumentos de gobierno exige á su vez en el rey seis propiedades: estado floreciente de su hacienda, numeroso ejército, castillos bien fortificados, previsión de fortalezas inexpugnables que le sirvan de refugio y seguridad, abundancia de ricas vestiduras y reserva de tesoros preciosos.

El rey no debe confiar únicamente en su poderosa inteligencia y perspicacia, en la abundancia de sus tesoros, multitud de sus tropas y resistencia de sus fortalezas, abandonando por tales causas la previsión constante en que debe vivir para triunfar sobre los

múltiples accidentes y novedades que pueden ocurrirle, no sea que le suceda lo que al orador que fiado en su elocuencia y poderosa facultad de improvisación no ordena las ideas de su discurso y al subir luego á la tribuna no puede menos de verse embarazado ó cortado por la premiosidad; sino que le es más conveniente ser perspicaz para prevenir el resultado de cualquier asunto antes que sobrevenga, porque luego se hace más difícil; procediendo en esto como en la fabricación del azúcar en terreno que es de temer que sea inundado por el agua, la operación debe hacerse antes que aquella sobrevenga, y el azúcar cristaliza y no se pierde; mientras que si se abandona para cuando el agua venga, de nada sirve la astucia ó habilidad. A este propósito dijo uno de los poetas:

Acomoda á otro (por semejanza) tu propio asunto, y observa y considera y seguramente tendrás perfecta inteligencia de las cosas.

Y cuando te halles preocupado del futuro acaecimiento del asunto, prevenle contra sus resultados antes que sobrevengan.

Aunque el rey sepa que su enemigo está á punto de caer en la emboscada que le haya

preparado, es conveniente que ande muy prevenido para no caer él mismo en otra semejante; porque pudiera acontecerle como al arquero que es vencido en la lucha, porque careciendo de previsión al hacer el disparo, dé en blanco distinto del que se proponía. Así el rey, cuando prepare una emboscada á su enemigo sin prevenirse contra lo que pudiera ocurrirle de parte de éste, no alcanza resultado útil en aquella acción que podría dárselo muy satisfactorio. Ya fué dicho en la antigüedad: «pon gran cuidado en tu dirección contra el enemigo, del mismo modo que en la de éste contra tí; porque quizá puedas destruirle dentro de su propia dirección, hacerle caer en el foso que él mismo cavó y herirle con sus propias armas».

Conviene igualmente al rey mostrarse firme y resuelto para todos los asuntos restantes, sin abandonar la precaución y circunspección respecto de los mismos. El profeta de Alá decía: «la firme resolución sobre un asunto viene á ser como una sospecha que no puede ser justificada sino en virtud de la precaución y previsión.» Un sabio, á quien

se preguntó en qué consistía la firmeza en la resolución de los asuntos, respondió: «en prevenirse contra todo lo que pueda ocurrir.» Preguntado nuevamente acerca de la debilidad ó falta de poder, respondió que era «confiarse sin previsión alguna respecto de lo que puede acontecer.» Y un poeta dijo ya también:

No abandones tu firmeza para prevenirte contra algún asunto, y si te salvas, no prefieras el coraje en lugar de aquella un valor heroico.

La debilidad de carácter es un vilipendio y el abandono de la previsión firme, una infamia

La previsión firme más excelente consiste en sospechar de los hombres.

El rey, hijo mío, siempre que se proponga alguna empresa, debe insistir sobre ella hasta alcanzar su realización completa, en cuanto le sea posible, aunque sea insignificante, á semejanza del león que acomete á las liebres del mismo modo que á los elefantes; porque si el rey desprecia algún asunto por su pequeñez, puede más tarde hacerse grande, como sucede con las lesiones que se manifiestan en el cuerpo, las cuales, si son descuidadas por ser leves, pueden llegar á

hacerse graves y necesitar de grandes remedios y curaciones peligrosas. A este fin decía un poeta

No mires como cosa despreciable el lanzar proyectiles contra tus enemigos, aunque tengas entre sus dos alas una fortaleza inexpugnable.

Porque los sables tajan los cuellos é impiden que las flechas den en el blanco.

Cuando el rey se vea sorprendido por algún asunto de parte de su enemigo, siendo de temer resultados funestos contra su persona y su imperio, convendrá que le dé algunas explicaciones satisfactorias y mostrarse afable y dócil; pero vigilará, no obstante, y tomará sus precauciones disponiéndose para darle el asalto en cuanto se le presente ocasión favorable, á semejanza del gavilán que se muestra dócil y sumiso en presencia de su amo y luego huye rompiendo la cuerda que le sujeta, apenas se le presenta ocasión oportuna para conseguir su propósito. Ya fué dicho: «la firmeza (del rey) es un peso insupportable para su enemigo, cuando á éste le sopla el viento favorable ó le es próspera la revolución del tiempo; así como la negligencia del primero es una pérdida de su oca-

sión favorable contra el segundo, cuando aquel viento deja de soplar en auxilio de éste ó se le revuelve el tiempo de la bonanza; como dijo un poeta:

Si eres débil para vencer á tu enemigo, redúcele facilitándole placeres, con lo cual obtendrás una ventaja; á semejanza del fuego, enemigo del agua, que facilita á ésta la propiedad de cocer los alimentos, y la consume.

Ten presente, hijo mío, que si tu enemigo es vecino á tu nación y pueblos y te ocasiona gran perturbación y resistencia, haz que tu caballería haga incursiones en sus pueblos, para procurarle disensiones y sublevaciones, debilitar grandemente sus pueblos y oprimirle con algaradas y sorpresas. Si consigues hacer esto con tu enemigo y sitiario, caer sobre sus pueblos y someterlos, no ceses luego de atacarle y estrecharle en su cerco.

Mas si te fuera imposible conseguir lo anterior, porque veas que tus fuerzas no están suficientemente organizadas al efecto ó que tus enemigos se hallan dispuestos á rechazarte, te apoderas de todo lo que puedas y regresarás á tus pueblos con todas tus tropas. Después no cesarás de aumentar el contin-

gente de tu ejército, tus vituallas, máquinas y pertrechos de guerra, para no dejar un momento sin hostilizar á tu enemigo hasta que logres apoderarte del mismo y someterle. Conduciéndote así, tu enemigo no podrá atacarte y ni siquiera defenderse por temor á tu ejército de avance y á tus reservas; el espanto y pavor se apoderará de su ánimo, desconfiará de sus fuerzas y experimentará grande agitación y turbación, al ver la corrupción de sus pueblos, huído su ejército y acaso el número de sus adictos, y aun en el caso de que tu enemigo, sabedor de tu incursión en sus pueblos, haya avisado previamente á su ejército, y no hallándose éste lejos se le reuna antes que puedas sorprenderle y atacarle, aunque se halle preparado para oponerse á tu avance, se encuentre ya frente á tí y al choque entre ambos tenga lugar en los confines de vuestros estados, alardeando de que los dos os encontráis perfectamente dispuestos para la batalla, la victoria y el triunfo completo serán rápidos en favor tuyo, resultando tu enemigo defraudado en sus esperanzas, y siendo la causa de su desastre el

encontrarse inferior á tí en número de combatientes y sin el entusiasmo bélico y aprestos que tu acumulaste en tu ejército. Conseguirás, por tanto, el fin que te habías propuesto alcanzar sobre tu enemigo; porque el aumento de tu ejército infunde profundo desaliento en aquél, contribuye á su derrota y es una gran fuerza en los momentos críticos de la lucha.

Tal sucedió, según cuenta la Historia, en la batalla que sostuvo el rey Abenramiro, el cristiano, con Almostáin Abenhud, emir de los musulimes, junto á la ciudad de Huesca, perteneciente al Andalus. Ambos ejércitos aparecieron frente á frente equilibrados en número, contando cada uno 20.000 hombres próximamente entre caballería é infantería. Próximo ya el momento del choque, el rey infiel llamó á uno de sus hombres cuya inteligencia y pericia en la guerra inspirábale plena confianza, y le ordenó que explorase cuantos caballeros héroes contaba el ejército de los musulimes, quiénes de ellos se encontraban presentes á la sazón y quiénes ausentes, á fin de conocer la situación de és-

tos, como conocerían también la suya. Aquel hombre partió y volvió diciendo que se encontraban entre los musulimes fulano, zutano etc., hasta siete héroes.

Después, el infiel ordenó al mismo que hiciera idéntica exploración entre su ejército, y fueron contados ocho héroes. Al saber esto, el infiel levantóse y exclamó sonriente: «¡Oh, tuya es la victoria! Comenzó la batalla y ninguno de los dos ejércitos cesaba de resistir y mantenerse firme, ninguno de ellos iniciaba la retirada, ni perdía sus posiciones, pereciendo gran parte de los combatientes, sin que uno sólo volviera la espalda. Mas en el momento que le fué oportuno, Abenramiro nos acometió con grande ímpetu, penetrando entre nuestras filas y dividiéndonos en dos mitades; mezclóse entre nosotros, causando con su maniobra nuestro abatimiento, no prolongándose ya el combate más de una hora, durante la cual llevábamos la peor parte. En consecuencia de esto, los jefes del ejército avisaron al emir que se pusiera en salvo, y fué derrotado el ejército de los musulimes y tomada por el enemigo la ciudad de

Huesca. Realmente merece ser observado atentamente por el hombre firme y perspicaz ese hecho, de que en un conjunto de 40.000 combatientes únicamente se encontraran 15 héroes, é igualmente la confianza manifestada por el infiel de conseguir la victoria y apoderarse de la ciudad contando tan sólo con un héroe más que su adversario.

Cuéntase también que Almanzor hijo de Abuámir, en una de sus campañas detúvose sobre una elevada colina de tierra y, al ver el ejército de los musulimes á su frente y espalda, á su derecha é izquierda, cubriendo la llanura y los montes, volvió su vista al jefe superior de su ejército, conocido por el sobrenombre de Abenalmoshaffí, y preguntóle qué juicio le merecía aquel ejército. Almoshafí respondió que era muy numeroso y excesivo. Almanzor preguntóle nuevamente si podrían contarse 1.000 héroes entre todo aquel ejército; el jefe se calló; mas instado por Almanzor á que dijera si el motivo de su silencio era debido á su parecer de que no existiera dicho número de héroes, respondió que efectivamente creía que no hubiera tantos

en todo el ejército. Manifestóse Almanzor asombrado por la respuesta de aquél, y preguntóle afablemente si creía que existieran por lo menos 500. Almoshafí replicó que tampoco le parecía que llegaran á dicho número; é irritado Almanzor por esto, le maltrató y despachó de su presencia de la manera más dura y vergonzosa.

Cuando Almanzor llegó á situarse en medio de los pueblos cristianos, y reunidos éstos, chocaron y empeñaron batalla ambos ejércitos, apareció un infiel cristiano armado de pies á cabeza, corriendo de un lado á otro del campo y retando á combate singular á los campeones musulimes. Uno de éstos salió contra aquél, pero fué muerto inmediatamente, causando el hecho grande alegría y vocerío de entusiasmo entre los cristianos y pesadumbre entre los musulimes. Después aquel infiel mostróse más engreído ante las filas y gritando: «vengan á mí solo dos campeones.» Corrió contra él un segundo musulim y también fué muerto por aquél. Entonces los musulimes se acobardaron y á punto estaban de amilanarse cuando se aconsejó

á Almanzor que no quedaba otro remedio para evitar el desastre, que llamar á Almoshafí y seguir sus indicaciones. Almanzor mandó llamar á éste y díjole: «¿acaso no ves lo que está haciendo ese perro infiel desde hace rato?» «Lo he visto todo», respondió Almoshafí. «¿Qué ardid emplearías tú para librarnos de él?», añadió Almanzor, y respondiendo Almoshafí que estaba á sus órdenes para cuanto quisiera ordenarle, encargóle Almanzor que evitara al desastre que amenazaba á los musulmes.

Almoshafí prometió hacerlo así, é inmediatamente dirigióse hacia donde se hallaban los hombres que le eran más conocidos y acudió á él un hombre de la gente de Atagur (fronteras del califado) sobre un caballo ya extenuado por la fatiga, llevando una cantimplora de agua, que á la sazón tenía entre sus manos, sin manifestarse afectado interior ni exteriormente, y díjole Almoshafí: «¿no ves lo que está haciendo ese infiel?» «Sí; ¿qué quieres?» respondió aquel hombre. «Su cabeza inmediatamente», volvió á decir Almoshafí. El hombre contestó que así lo

haría, contando con la voluntad de Alá, y echándose la cantimplora á la espalda, armóse la coraza y corrió contra el infiel, empeñándose la lucha entre ambos. La gente ya no observó otra cosa que al musulm que regresaba, no sabiendo al principio lo que había ocurrido allá; pero pronto salieron todos de su incertidumbre, cuando vieron que traía consigo la cabeza del infiel, la cual arrojó en presencia de Almanzor y de Abenalmohafí que se hallaba allí presente, y exclamó: «oh emir, como éste, y algunos otros que pudieran serle semejantes, debo decirte que no tienes entre todas tus tropas 1.000, ni 500, ni 100, ni 20, ni siquiera 10». Y Almanzor devolvió á Almosahfí su anterior dignidad y grado jerárquico.

¡Oh hijo mío! te es conveniente conceder mercedes á los varones excelentes, sin olvidarte de los bravos, esforzados y héroes. Observa á los que posean esta cualidad, para no descuidarte en las altas recompensas que merezcan.

TERCERO: JUSTICIA

Ten presente, hijo mío, que el reino es como un edificio que tiene la justicia por fundamento, y si éste es firme y robusto, sostiene perpetuamente el edificio; mas si es débil, acelera la ruina del mismo.

No hay reino sin ejército, ni ejército sin hacienda, ni hacienda sin tributación, ni tributación sin prosperidad nacional, ni ésta es posible sin justicia. La justicia, por consiguiente, es el fundamento del reino, y el que la ejercita, lo fortifica; mas el que emplea la tiranía, causa la destrucción rápida del mismo. Refiriéndose á nosotros dijo ya el Profeta: «cada uno de vosotros es como un pastor, y responderá de la suerte de sus súbditos»; y también dijo hablando en nombre de su Señor: «¡Oh siervos míos! la tiranía es ilícita para mí, y por esto la he señalado como cosa ilícita entre vosotros; no os tratéis injustamente. ¡Oh siervos míos! Todos vosotros os halláis en error, excepto aquel á quien dirijo hacia el bien; suplicadme, que

yo os he de conducir rectamente al mismo. ¡Oh siervos míos! Todos vosotros estáis hambrientos, excepto aquel á quien doy de comer; pedidme, que yo os facilitaré alimento. ¡Oh siervos míos! Todos vosotros sois unos desnudos, excepto aquel á quien visto; pedidme, que yo os he de vestir. ¡Oh siervos míos! Todos vosotros pecáis de noche y de día; yo perdono todos los pecados; suplicadme, que os perdonaré seguramente. ¡Oh siervos míos! No conseguiréis perjudicarme, ni favorecerme, aunque lo intentéis. ¡Oh siervos míos! Aunque desde el primero hasta el último de vosotros, toda vuestra humanidad y todos vuestros genios se postraran para adorarme como un solo hombre, no aumentaréis en nada la gloria de mi reino. ¡Oh siervos míos! Aunque desde el primero hasta el último de vosotros, toda vuestra humanidad y todos vuestros genios se levantaran pidiéndome á una voz y yo concediera á cada uno el objeto de su petición, no disminuiría en nada mi reino, como no disminuye el Océano, porque sus aguas penetren en el Mediterráneo. ¡Oh siervos míos! Únicamente ten-

dré en cuenta vuestras obras y las satisfaré según su merecido, y aquel que consiga bien, alabará á Alá, y el que encuentre mal, no podrá echar la culpa más que á sí mismo».

Abuedrís Aljaulaní refería la anterior sentencia que había escuchado de Abudar quien á su vez la había oído de otros que la oyeron decir al Profeta. También dijo Alí, que gloria haya: «un príncipe justo es mejor que una lluvia copiosa, un rey bravo es mejor que otro opresor, y éste es mejor que una guerra civil constante».

¡Oh hijo mío! El que gobierna con justicia acrecienta su poder; pero el que se hace tirano, aminora la prosperidad de su reino. Al extender la justicia, se fortifica el espíritu, se satisface al Señor, se consigue el bien del alma, se profesa la verdadera ciencia y se obtiene la seguridad contra el enemigo. Cuando Alharmazán entró á presencia de Omar hijo de Aljatab encontrándole recostado en la mezquita sobre una almohada guardada de perlas y brillantes, exclamó: «hiciste justicia y por eso estás tranquilo y duermes en paz». A Omar hijo de Abdelaziz

escribióle su prefecto en Emesa, notificándole que la ciudad se hallaba arruinada y necesitaba ser reconstruída, y aquél le contestó: «reconstrúyela por medio de la justicia, y limpia sus caminos de toda tiranía»:

Sentado ya, hijo mío, que la justicia es el fundamento del reino, la base de la religión, el principio de la administración y el eje de la autoridad, vamos á considerar al rey en relación con la misma en los cuatro casos siguientes:

1<sup>er</sup> CASO. *Que el rey sea justo para sí mismo y para sus súbditos, parientes y magnates.*

Sabe, hijo mío, que te conviene ser justo tanto para tí mismo, como para tus súbditos, procurando seguir en bien de éstos el camino y las prácticas legales, siendo recto en todas tus circunstancias y dándoles satisfacción por tus palabras y acciones.

Cuéntase que Moavia hijo de Abusofían, que gloria haya, pidió á Sasa hijo de Safuán que le hiciera una descripción de las cualidades de Omar hijo de Aljatab, y aquél respondió de esta suerte: «conocía perfectamente la situación de sus súbditos, era justificado

en sus juicios, modesto con el que le hablaba con justicia, inclinado al perdón, de fácil acceso, pero discreto, amante siempre de todo lo recto, amigo del débil, imparcial con el poderoso y suave con el extranjero.

Semejante fué también Omar hijo de Abdelaziz, que llenó la tierra de justicia á pesar de haberla encontrado llena de opresión, del cual ya hemos hablado antes. Tal camino y tales huellas, hijo mío, debes seguir.

2.º CASO. *Que el rey sea justo para sí mismo, sus deudos y magnates, pero negligente para sus súbditos.*

Tal rey, preocupado exclusivamente del negocio de su salvación en la vida futura, descuidará los asuntos de la vida sobre la tierra; no observará la conducta de los prefectos en sus provincias, ni la tiranía que éstos puedan ejercer sobre sus inferiores, creyendo de buena fe que éstos siguen sus indicaciones y manera de ser y que no se extralimitan en sus funciones y reglamentos, y al obrar así, juzgará que profesa la justicia, la virtud y más excelente conducta.

Cuéntase que un rey justo para sí mismo

y sus magnates vivía consagrado por completo á la piedad, recogimiento y ascetismo, creyendo que regía justamente al pueblo y que éste se hallaba entregado á los ejercicios de la virtud y, aunque tenía noticia de la situación de su capital, ignoraba la de las otras ciudades pertenecientes á su dominio. Así las cosas, los súbditos comenzaron á sufrir las pérdidas y daños que le ocasionaba la vida exclusivamente piadosa de su rey y comenzaron á separarse de su dominio las ciudades, haciéndose independientes sus prefectos y caudillos. De esta suerte dicho rey ocasionó con su conducta su propia ruina y la desaparición de su imperio, sin que quedara rastro, ni indicio del mismo.

3.<sup>er</sup> CASO. *Que el rey procure entre los súbditos el cumplimiento de las leyes y costumbres conocidas, prescindiendo de innovaciones ó abusos respecto de las mismas, y consagrado preferentemente á los asuntos de esta vida, sea negligente para algunos de la vida futura.*

La justicia, hijo mío, de tal rey es el término medio de la misma y la generalmente profesada por los reyes de nuestra época.

4.º CASO. *Contrario al primero, es decir, que el rey no procure el cumplimiento de las leyes y costumbres reconocidas en la dirección de los asuntos.*

Tales fueron los reyes Faraones, opresores de sus súbditos; hicieronles víctimas de sus perversos deseos, castigando á los inocentes y perdonando á los culpables, apretando más todavía á los perseguidos y dando expansión á los perseguidores, dejando que sus pasiones triunfaran sobre su inteligencia, y su tiranía sobre la justicia y entregándose por completo al placer y á la lujuria.

Un rey semejante, hijo mío, no resulta justo para sí mismo, ni para los súbditos y no realiza el bien material ni espiritual; por cuya causa su reinado es efímero y rapidísima la perdición del mismo; así sucedió á Alualid hijo de Abdelmélíc, según refiere Omar hijo de Abdelaziz, cuando decía respecto de la tiranía: «Alualid en Siria, Alhachach en el Irac, Corra hijo de Xaric en Egipto, Otmán hijo de Hayán en el Hechaz y Mohámed hijo de Yúsuf en el Yemen, ¡toda la tierra, por Alá, está llena de injusticia!

Aludiendo también á Alualid dijo Abderamen hijo de Mohámed Alansarí: «ví que las mansiones del Profeta habían sido asoladas», y en efecto, cuando Alualid llegó á Medina y vió las mansiones del Profeta, exclamó: «no hay más remedio que destruirlas; ea, echémoslas abajo».

Semejante acción fué censurada por Habib hijo de Abdala hijo de Azobáir, quien dijo así: «ha procedido contra uno de los prodigios de Alá, según nosotros lo veneramos, y lo ha devastado». Estas palabras llegaron á oídos de Alualid, quien escribió á su vicario en Medina ordenándole que hiciera presentarse á Habib á la puerta de la mezquita y le diera 100 azotes, dejándole después junto al pozo que había en dicha puerta, metido en la fuente hasta la siguiente mañana. La orden fué ejecutada puntualmente, pereciendo Habib á causa del excesivo frío que se sintió en aquel día. Por último, hijo mío, Alualid fué un hombre lujurioso y desvergonzado, que no hacía caso alguno de censuras, ni escuchaba advertencias, hasta que perdió el trono y la vida, resultando desgra-

ciado en este mundo y en el otro, sin sacar verdadero provecho de sus deseos.

CUARTO: LA REUNIÓN DE LA RIQUEZA Y DEL EJÉRCITO

Tratamos juntamente, y dentro de un mismo artículo, de la riqueza y del ejército, porque ambas cosas se corroboran entre sí y son consecuencia una de otra, toda vez que no puede existir riqueza nacional sin ejército, ni ejército sin riqueza nacional, y uno y otro reconocen como fundamento la justicia, la cual aumenta la riqueza, con que se alimenta el ejército, que á su vez vela por el bienestar de los súbditos.

En confirmación de esta doctrina, hijo mío, sabe que el rey debe ser considerado en cuatro casos.

1.<sup>er</sup> CASO. *El rey debe reunir un ejército y hacienda que se hallen en proporción con los pueblos sometidos á su soberanía y con la riqueza de sus provincias y agrupaciones, sin que haya falta, ni exageración.*

Ten presente, hijo mío, cuán útil te será constituir para tu defensa un ejército propor-

cional á las circunstancias de tus pueblos, no dejándote llevar de la codicia hasta el extremo de multiplicar imprudentemente el número de tus tropas, sino sosteniendo tan sólo aquellas que permita la situación de tu hacienda. En esto debes proceder con sumo cuidado, á fin de no crearte una situación imposible de sostener, lo cual te sucederá si tu hacienda llega á ser escasa para llenar las exigencias de tu ejército numeroso; porque éste, al sentirse hambriento, te pedirá socorros, y al ver tu penuria, rechazará tu mando. Dichas exigencias te moverán á pedir subsidios al pueblo, y como éstos tendrán que ser onerosos, todo el reino se sublevará contra tu autoridad.

Si, por el contrario, tienes poco ejército y hacienda abundante ó rica, tu reino estará expuesto también á una perturbación gravísima, porque quizás tus enemigos te causarán vejámenes y te promoverán revueltas y, más aún, tratarán de apoderarse de tus ciudades, despreciándote por la escasez de tu ejército y aprovechándose de tu negligencia y de su ventaja de sorprenderte desprevenido. En

tal caso, la aglomeración rápida de un ejército numeroso que constituyas; consumirá toda tu hacienda, no encontrando luego su reposición en tí mismo, ni de quien percibirla, ni aliado que arriesgue la suya en tu auxilio.

Sabe, hijo mío, que no te conviene emplear tu hacienda, si no es en asuntos justos, ni gastarla, á no ser en cosas debidas, ni darla, á no ser para fines que puedan proporcionarte algún bien ó utilidad, y de ningún modo debes disiparla en los placeres, ni en las vanidades y caprichos del mundo, como son, los gastos excesivos en la ornamentación y vestido, y la edificación inútil fuera de las exigencias de la arquitectura; porque en todas las cosas la virtud consiste en el término medio, y el bien, en lo suficiente y preciso para las mismas.

¡Oh hijo mío! No gastes tu riqueza á no ser en cosas útiles, porque lo contrario es una propiedad perniciosa; ni des mil á quien sólo merezca ciento, ni ciento á quien merezca mil, porque eso sería una injusticia y prodigalidad completa. ¡Ay de tí si el de-

seo de la alabanza te arrastra á ser demasiado espléndido en tus dádivas!; porque llegarás á ser despreciado cuando, agotada tu hacienda, cesen de alabarte. Y ¡ay de tí, hijo mío, si disipas despreciativamente tu riqueza, sea mucha ó poca, y si eres indiferente á tus gastos, aunque te sea fácil reponerlos con los tributos!; porque un mar puede ser formado gota á gota, mas puede también disiparse el agua de un pozo hasta quedar éste completamente seco.

La prodigalidad, lo mismo que la codicia, son causas de ruina y destrucción, y por tanto, hijo mío, debes sostener tu hacienda en proporción con tu ejército y tropas de distrito. En las épocas de calamidad no producidas por enemigos ó guerras exteriores, como son las de sequía ó disensiones interiores, ya dijimos cómo deberás informarte respecto de las mismas y recurrir contra ellas á tu hacienda, logrando que se sostenga y haga fuerte tu ejército y, aunque estalle la rebelión, no podrá resistirte, y la someterás, y en la época de sequía, socorrerás á tus súbditos y defenderás sus derechos, sin que cause im-

presión ó deje rastro en tu reino la guerra civil, ni sequía ó calamidad alguna del tiempo. La tiranía, la opresión y el miedo no llegarán á hacer decaer el ánimo de tus súbditos, los cuales vivirán satisfechos con tu hacienda, régimen, administración y dirección de los asuntos encomendados á tu autoridad.

Expuesta ya la organización del ejército en el artículo que trata especialmente acerca de la administración, vamos á ocuparnos aquí en la manera de reunir su contingente y de tratarlo, y en las modificaciones y restricciones del mismo. ¡Oh hijo mío! Te interesa muchísimo poner gran cuidado en la manera de reunir tu ejército y aumentar tus tropas de distrito y aprestos de guerra, así como establecer la graduación jerárquica de tus servidores y caudillos, alistándoles en tiempo de paz, á fin de encontrarles preparados en tiempo de guerra y agitación.

¡Oh hijo mío! Procura ganarte los corazones de los magnates más esforzados de tu cabila y sus adictos, sea mucha ó poca tu prosperidad, mostrándote liberal con ellos y tratándoles sin violencia, á fin de que no te

guarden odio secreto; sé transigente con los mismos, si la falta en que puedan incurrir lo consiente, y devuelve amor por la enemistad que algunos te revelaren, á fin de atraerles á tu adhesión y no abandonarles á tus enemigos, los cuales se auxiliarían de los mismos para combatirte. De esta suerte conseguirás con buenas artes lo que te sería imposible mediante una dirección torpe, y alcanzarás con tu recta administración y liberalidad resultados que no obtendrías por medio de asperezas y actos violentos; porque muchas veces el buen trato hecho á los enemigos y el concederles beneficios, es una estratagema y una necesidad.

¡Oh hijo mío! Te conviene introducir á algunos de tus adictos fieles entre tus enemigos, para que fomenten entre los mismos tu adhesión y dividan sus corazones haciéndoles desistir de sus propósitos y pretensiones contra tí; y después que hayas hecho esto, elevando á los inferiores y humillando á los poderosos, quedarás tranquilo respecto de su adhesión, sacarás felices resultados en lugar de los malos propósitos que abrigaban,

y permanecerás seguro contra sus intrigas y maquinaciones; porque cada uno de ellos se guardará de su compañero, deseará la caída de su vecino, te descubrirá las intenciones secretas de éste, y lo que manifiestes á uno, se lo reservará intencionadamente. Preocupados así unos de otros y disputándose su elevación ó caída, volverán á tu amistad y preferencia, y entrarán en el partido de tus antecesores, reconociendo tu soberanía. Sin embargo, no deberán formar parte de tus compañeros, porque cada uno de ellos se mostrará receloso del otro, y temerá su mala intención. Tal medida es indispensable al reunir unos con otros dentro del ejército, á fin de asegurarse de toda agitación ó disgregación de éste promovida por aquéllos.

¡Oh hijo mío! Te conviene cubrir las bajas de tu ejército en cada año, y examinar tu gobierno y aumentar una cosa después de otra, teniendo en cuenta el aumento, consolidación y prosperidad de tu hacienda, las exigencias de la administración y la agitación de tu soberanía; porque el aumento de la hacienda y del ejército en un reino, acre-

cienta el honor y consideración del rey, y hará grande tu poder ante los ojos de los magnates y llenará de temor los corazones de tus enemigos. Mas si eres negligente para aumentar tu ejército, multiplicar tu hacienda, dirigir y arreglar tus asuntos, crecerán tus enemigos, disminuirán tus defensores, se empequeñecerá tu reino y desaparecerá tu soberanía.

El ejército tendrá su clasificación para las pagas ó sueldos según la nobleza, valor, antigüedad, servicios prestados, afecto, obediencia y fidelidad especial de los individuos, ora pertenezcan á los pueblos sometidos, á los tributarios ó nacionales, ó sea á las cabillas, defensores, auxiliares y tropas de distrito, excepto los mamelucos que vivan contigo ocupados en el servicio de tu corte. Las pagas del ejército, según la clasificación mencionada, correrán á cargo de la casa de hacienda, serán satisfechas por meses no interrumpidos y proporcionadas á la dignidad ó categoría que los individuos merezcan cerca de tí. Los jefes de las ciudades reclamarán las pagas en el tiempo reconocido según la

clasificación señalada, y en la cantidad suficiente para sus compañeros y conveniente á sus familias, hijos, caballos y equipos. Observarás también con suma atención, las condiciones y situación de tu ejército respecto del celo que sus individuos manifiesten por seguir en tu obediencia y servicio; porque aquel que descuida su ejército, favorece á sus enemigos contra sí propio; mas el que lo vigila, impide que sus enemigos traspasen los límites del camino que conduce contra él: en la negligencia y disipación se encuentra la verdadera causa de la perdición de muchos reyes, que se han visto obligados á salir de su corte y de sus estados, como aconteció á los Omeyas, Abásidas, Almoravides, Almohades y Obaidíes, cuando descuidaron y dieron mala dirección á sus ejércitos y se entregaron á los placeres y disipación.

SEGUNDO CASO. *Que el rey sea diligente para aumentar su hacienda y descuidado respecto de su ejército.*

La situación y conducta de este rey no son dignas de loa; porque quizás le sorprenderá un enemigo más fuerte que él ó le aco-

meterá incesantemente otro que, aunque más débil en apariencia, resulte más poderoso que él en la guerra.

Un enemigo (semejante á este rey) se apoyaría contra tí en su opulencia, multitud de su gente é impetuosidad; pero te apoderarás, no obstante, de sus ciudades, recuperando el territorio que te hubiera ocupado y quitándole el suyo, y esto será causa de la devastación, empequeñecimiento y ruina de su estado; porque llamará á quienes pagar con sus bienes, mas no les encontrará en aquel momento, experimentará grande aflicción y no conseguirá su deseo, aunque ofrezca dinero, porque no le será aceptado, ni le aprovechará, ni lo traducirá en bravura, puesto que la gente estará habituada á recibir pagas mezquinas, lo mismo en tiempo de paz que de guerra, y sabrá que aquél, si bien se afana por reunir riquezas, es poco amigo de darlas. Tal rey, hijo mío, es como el comerciante avariento que acumula lo mucho y lo poco y atesora sus cantidades para otro que su hijo, ó que sí propio. Cuenta la historia acerca de un rey que éste tenía dos visi-

res, uno, que le aconsejaba acumular riquezas, y el otro, atraerse á los héroes de la guerra. El primero de éstos le dijo así: «aunque los hombres lleguen un día á abandonarte, con tus tesoros reunirás pronto á tu lado á todo un pueblo; porque si, cuando te hagan falta, les facilitas bienes, acudirán á tí de todas partes y por su medio realizarás tu propósito, por muy apurada que sea tu situación.» El rey exigió á este visir que le demostrara de alguna manera la excelencia del consejo que le daba. ¿Ves alguna mosca en esta estancia? dijo el visir. El rey contestó que efectivamente no veía ninguna; y habiendo pedido el visir una escudilla llena de miel, en cuanto fué presentada, se precipitaron muchas moscas sobre ella. El rey consultó, no obstante, acerca de esto al otro de sus compañeros, quien le hizo desistir de aceptar el consejo anterior, diciéndole que la resolución que podía serle más próspera sería atraerse hombres y tener preparados héroes, porque éstos no se le presentarían en cualquier tiempo que quisiere, ni acudirían en su auxilio, aunque les llamare, después de

haberles abandonado. «Dices bien, respondióle el rey, mas quisiera que me demostraras el acierto de tu parecer. El consejero contestó que de buen grado y contando con su permiso le presentaría la demostración ó aclaración de su consejo. En efecto, llegada la noche pidió al rey que fuera presentada la escudilla de miel y no acudió una sola mosca. «Puesto que la guerra es como una noche (dijo entonces el segundo visir), prepara para ella hombres y caballos.»

Te conviene, por tanto, hijo mío, no ser negligente para tu hacienda ni para tu ejército, como antes hemos expuesto; porque el ejército y la hacienda constituyen dos elementos tan enlazados entre sí, que si uno se pierde, acaba por perderse también el otro. De un rey de Egipto, llamado Baldafur, oímos referir que fué diligente para aumentar su hacienda y no el número de hombres capaces para la guerra. Sus compañeros le avisaron un día que el emir de Siria le amenazaba, que ya se había puesto en marcha y descendía para atacarle, que debía prevenir á sus hombres, gastando al efecto sus tesoros

y vaciando sus cofres. El rey contestó á aquellos que tenía hombres dentro de sus cofres; pero el emir de Siria invadió el Egipto y dió muerte á su rey, sin que éste ni sus cofres pudieran salvarse, por su resolución defectuosa al no reunir, ni preparar, hombres capaces para la guerra en su tiempo oportuno y necesario, y al oponer al enemigo pelotones formados por gente de diferente origen y escuadrones que, no hallándose bien combinados, no proporcionan defensa, ni ofrecen resistencia alguna por carecer de práctica para la lucha.

Otro tanto aconteció al rey Abutexuffin que había descuidado la organización de su ejército, cuando le sitiaron los Benimerín, no quiso pagar soldados durante el asedio y buscó su apoyo en el castillo, y en escaso número de auxiliares, hasta que, viendo al enemigo á punto ya de apoderarse de la plaza, buscó soldados ofreciendo paga, y no acudió ninguno, ni encontró quien tomara dinero, viéndose abandonado á su situación y á las consecuencias forzosas de la inclinación que había dado á sus asuntos, perdiendo la capital y

viéndose envilecido á pesar de su magestad y altivez.

¡Ay de tí, hijo mío, si eres negligente para tu ejército, preocupándote sólo de tu hacienda!; porque tal conducta es muy peligrosa por ser mala en todas las circunstancias.

3<sup>er</sup> CASO. *Que el rey sea diligente para aumentar su ejército, pero descuidado respecto de su hacienda.*

La conducta de éste, lo mismo que la del caso anterior, es indigna de aplauso.

Sabe, hijo mío, que no tendrás excusa, ni justificación ante tus mayores, si fueres mezquino en pagar á tus soldados. Porque podrá suceder que te sorprenda un enemigo que rivalice contigo y que siendo igual á tí en ejército, te supere en hacienda, y buscará suscitar cerca de tí alguna traición, pagando bien á su ejército y seduciendo al tuyo con dinero y provisiones.

El rey que sigue la conducta del caso que nos ocupa se hace semejante á aquel que facilita fuerzas á su enemigo contra sí mismo, acarreándose su propia ruina, como aconteció á Mósab hijo de Azobáir de parte de Ab-

delmélíc hijo de Meruán. Sucedió que, declarada la guerra entre ambos, Abdelmélíc escribió á algunos compañeros de Mósab enviándoles dinero y prometiéndoles la seguridad de sus personas á condición de ser traidores á su rey. Entre estos se encontraba Ibrahim, hijo de Alástar, que dando pruebas de su lealtad presentóse á Mósab con la carta que había recibido de Abdelmélíc, y llevaba la firma auténtica de éste, que decía: «de Abdelmélíc hijo de Meruán á Ibrahim hijo de Alástar Alnajáf», en la cual carta le prometía el gobierno del Irac si hacía traición á Mósab hijo de Azobáir. Después que Ibrahim leyó la carta á su rey, díjole: «no me ha escrito Abdelmélíc sin hacerlo también á todos tus compañeros, porque no tendrá mayor deseo de mi persona que de cualquiera otro de éstos; ¿acaso te ha mostrado alguno de los mismos la carta que ha debido recibir de Abdelmélíc prometiéndole el mando de alguna provincia?»

Habiendo respondido Mósab que ningún otro le había dicho nada acerca de tal asunto, siguió diciendo Ibrahim: «resulta que yo sólo

soy tu fiel consejero; llámales á tu presencia y córtales el cuello, porque no sólo te han ocultado las cartas que han recibido, sino que ya habrán resuelto hacerte traición.» Mósab replicó que no haría eso hasta tanto que viera claramente que así era lo que decía. Insistió, no obstante, Ibrahim aconsejándole que les llamara y observara. Pero Mósab contestó que tampoco pensaba hacer esto último, porque ninguno de aquellos sus compañeros había dejado de darle pruebas de lealtad, como Abunomán y Abubahr más conocido por Aláhnaf, hijo de Cais, quien habíale prevenido la rebelión de la gente del Irac.

Entretanto Abdelmélíc, dirigióse con su ejército al encuentro de Mósab, trabándose la batalla en Alchatolic, donde fué muerto Ibrahim. Entonces Mósab dijo á Cotan, hijo de Abdelharití: «haz que cargue contra ellos Abuabdala con tu caballería.» Pero Cotan respondióle: «no verás eso jamás, porque no quiero que ése muera después de una lucha sin resultado.» Mósab, dirigiéndose á Há-char, hijo de Bahr, Abusiad, díjole: «avan-

za tu bandera», pero éste respondió: «avanzar contra éstos es una infamia.» Mósab replicóle que más infame era su tardanza en el avance, y dijo á Mohámed, hijo de Abderramen, que avanzase él; mas respondió éste que, cuando viera á otro avanzar, lo haría él también. Mósab, viéndose en esta situación, exclamó: «¡Oh Ibrahim, hoy ya no te tengo! (aludiendo á Ibrahim, hijo de Alástar, cuyo consejo no había escuchado, y reconociendo entonces que sólo éste le había sido fiel entre aquellos sus compañeros). Después dijo á su hijo Isa, hijo de Mósab: «reúnete con tu tío en la Meca, cuéntale la manera cómo se ha conducido conmigo la gente del Irac y pide por mí, hijo mío, si muero: «¡Por Alá! respondió éste, que no han de decir jamás los Coraixitas, que te abandoné á la muerte.» «Marcha, hijo mío, insistió Mósab, bien sé que eres generoso conmigo, pero ya estás excusado; ¡á Dios, hasta la muerte!» La gente del Irac acabó por hacer traición á Mósab y pasarse al campo de Abdelmélic, hijo de Meruán, quedando aquél con un escuadrón escaso. Entonces llegó á donde se encontra-

ba Mósab, Obaidala, hijo de Zeyad, hijo de Taibán, preguntándole qué había sido de sus compañeros y donde se encontraba su gente. «Habéis sido traidores, respondióle Mósab, oh gente del Irac.» Obaidala, al oír estas palabras del emir, levantó su mano para herirle; pero éste, lanzándose sobre aquél, le tiró un golpe al corazón, mas no penetró el sable, y llegando en esto un escudero de Obaidala hirió y dió muerte á Mósab.

Después Obaidala presentó á Abdelmélíc la cabeza de Mósab, ante la cual se prosternó aquél al verla; siendo esto causa de que luego dijera Obaidala: «no tengo mayor arrepentimiento que aquel que experimento de no haber cortado el cuello á Abdelmélíc, cuando se prosternó, y así hubiera dado muerte á los dos reyes árabes en un mismo día.»

No descuides, pues, tu hacienda, hijo mío, porque lo contrario te arrastraría á la perturbación de tu reino y á que te hagan traición tus auxiliares, aunque sean tus propios hermanos, como aconteció á dicho Mósab cuando le abandonó y escapó de su lado

la multitud. Observa, hijo mío, mi recomendación para conducirte rectamente; practica mi consejo y serás feliz.

4.º CASO. *Contrario al primero, á saber, que el rey sea negligente, respecto de su ejército y hacienda, no atendiendo al buen estado de su reino.*

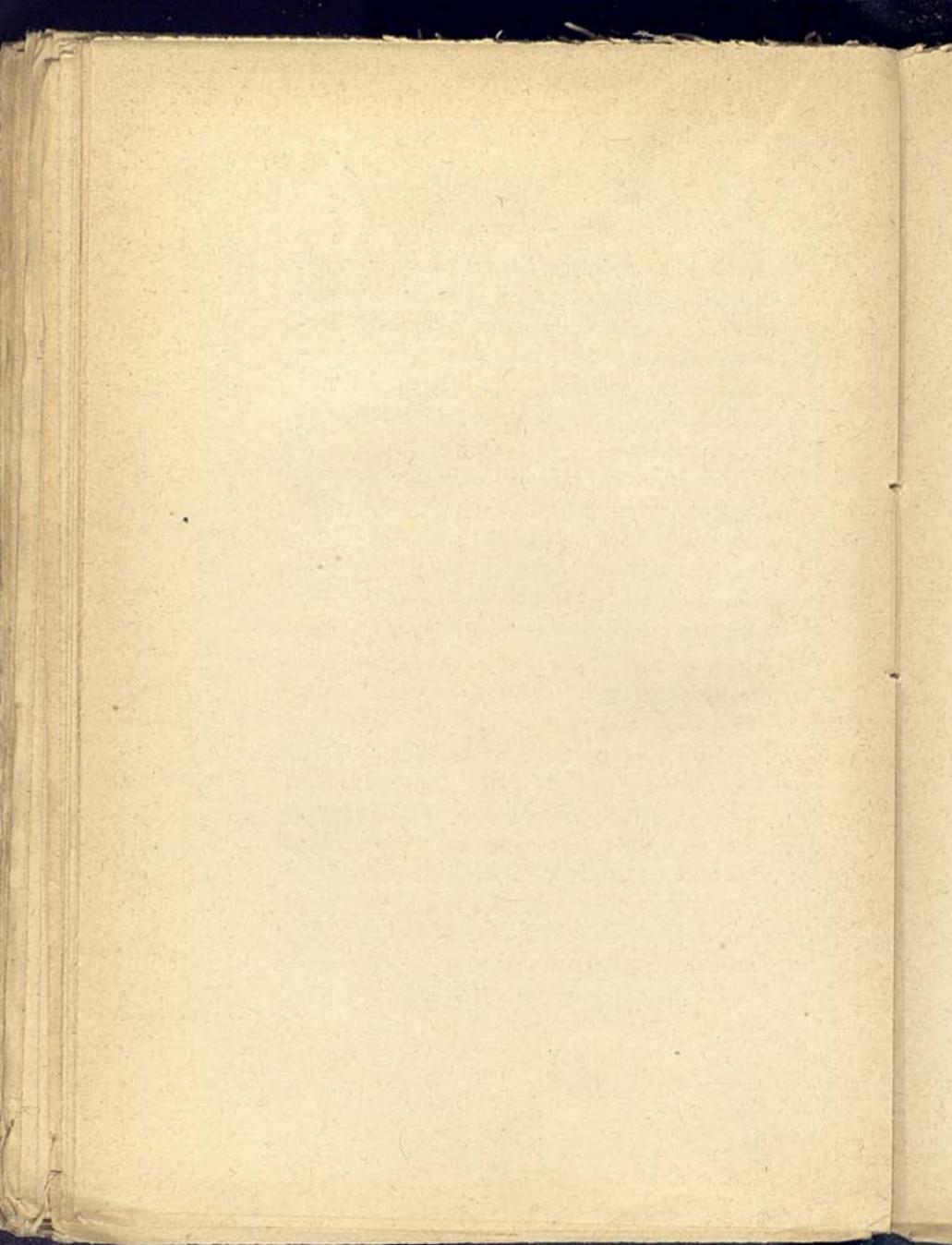
Este rey, hijo mío, debe ser desechado, apartado de vista y arrancado por inútil entre los reyes; porque vivirá entregado por completo á los placeres, gustará de los edificios y ornamentos suntuosos, recreos y pasatiempos, será aficionado al juego, á la voluptuosidad y festivales, afeminado, en fin, y exagerado en todas las circunstancias de su vida. Este, hijo mío, es el rey que destruirá su reino con sus propias manos y ayudará á su enemigo á conquistarlo y subyugarlo, y sabe que siendo de tal condición, será imposible que alcance un fin próspero en su vida, no hará duradero su reinado, ni floreciente su patria, por su mala conducta, su abandono del ejército y hacienda, su voluptuosidad y lujuria y género de vida. Estas fueron las causas que motivaron la ruina del imperio de los Beniomeyas y el predominio de los Beni-

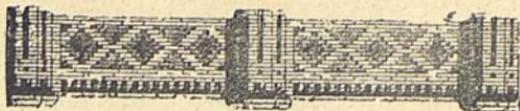
alabás sobre aquéllos; pues ten presente, hijo mío, que el gobierno de los primeros, no cesó de sostenerse recto hasta que pasó á manos de sus hijos afeminados y de sus descendientes impúdicos, los cuales, en lugar de preocuparse del gran negocio encomendado á los reyes y de la grandeza de sus facultades, se entregaron por completo á la satisfacción de sus pasiones, á preferir los placeres y á mostrarse rebeldes á la autoridad de Alá, cuya cólera sufrieron incurriendo en la ignorancia gradual de su esperanza y en la seguridad de su engaño. Alá todopoderoso les destituyó privándoles de sus beneficios, enviando la discordia y lanzando su venganza contra los mismos. Abdala, hijo de Meruán, el cual Meruán se apodaba Alhamar, último de los reyes Beniomeyas, cuenta lo siguiente: «cuando cesó nuestro imperio y huímos con nuestros compañeros más fieles á tierras de la Nubia, al saber nuestra llegada, se nos presentó el rey de dicha región y tomó asiento en el suelo, rehusando el tapiz que le fué extendido á los pies, y como le preguntáramos por qué causa no to-

maba asiento sobre nuestras vestiduras, contestó que él era un rey, y todo rey estaba obligado á humillarse en presencia de Alá, que es el que le ensalza sobre las otras criaturas. Después nos dijo: «no bebáis vino ni holléis las plantas en vuestro avance, ni vistáis de seda ó brocado, ni empleéis el oro ó la plata en servicio vuestro, porque todo esto os está prohibido.» Nosotros dijímosle: «aunque sean pocos nuestros auxiliares, nos vengaremos, con el auxilio de la multitud, sobre los persas que entraron en nuestra obediencia y fueron nuestros siervos y partidarios contra nuestro gusto.» Permaneció en silencio un rato con la cabeza inclinada y removiendo con sus manos la tierra, como absorto en su reflexión, y luego me contestó: «no ha sido así como vosotros manifestáis, sino por haber constituido un pueblo en el que habéis considerado como lícito lo que Alá os tenía prohibido, habéis obrado injustamente en aquello que os había ordenado, y por vuestros crímenes os ha destituido violentamente y no puede alcanzarle vuestra venganza, más bien temo que su castigo des-

cienda sobre vosotros hallándoos aquí en mi capital, y recaiga también sobre mí con vosotros. Por tanto, únicamente os dispense hospitalidad para tres cosas, para que os proveáis de lo necesario, para que abandonéis mi capital y para que no os establezcáis en mi vecindad.»

¡Oh hijo mío! Sé temeroso de Dios, evita los pasatiempos y placeres, para que no seas seducido por los halagos de este mundo, sé diligente respecto de tu ejército y hacienda, para que puedas ver realizadas todas tus esperanzas, si quiere Alá altísimo.





### CAPÍTULO III

**Cualidades dignas de alabanza que integran,  
perfeccionan  
y engrandecen la personalidad del rey**

Sabe que el rey debe poseer cuatro cualidades: valor, liberalidad, misericordia y tolerancia, las cuales infunde Alá, alto y poderoso, en aquel que quiere entre sus siervos.

#### PRIMERA CUALIDAD: VALOR

Ten presente, hijo mío, que el valor es una cualidad loable, en cuya posesión deben rivalizar todas las criaturas, y que aquel que se halle dotado de la misma, obtiene en el

mundo una ventaja sin igual, principalmente los reyes, cuyas hazañas, alcanzadas por virtud del valor, son como las perlas más preciosas de sus collares.

La esencia del valor consiste en la fortaleza para sostenerse en las batallas y en la firmeza ante los peligros; su fundamento está en la precaución y previsión, y la dirección hábil del mismo nace de la experiencia adquirida en los campos de batalla. ¡Oh hijo mío! Si trabas batalla en el campo que te sea más favorable y después de haber previsto las contingencias de los sitios de peligro, serás un valiente y héroe perfecto en la guerra. Pero si, confiado en tu arrojo en medio de los choques cuerpo á cuerpo de los héroes y en tu serenidad ante los peligros ó riesgos inminentes, dejas de tomar precauciones para el momento de comenzar la batalla, tu valor será una temeridad y dudoso el éxito de la lucha. Sabe, hijo mío, que si el rey es valeroso, alcanza la victoria, es obedecido ciegamente por sus súbditos y temido por sus enemigos; gracias al mismo, reposan seguros los restos de sus antecesores, sirve de sostén

á su ejército en los choques de la guerra, y en sus embestidas infunde espanto entre los enemigos, ora persiga, ora sea perseguido. El valor, hijo mío, es el compendio de las cualidades más estimadas en todos los pueblos. El valiente resulta victorioso por el miedo que causa en el enemigo, y en su época es engrandecido por la fama.

Conviene, hijo mío, aunque seas valeroso, que tomes algunas precauciones en aquellas batallas cuyo campo pueda ofrecerte peligro. Sabe que el valor y la liberalidad se hermanan así, como también el miedo y avaricia, distinguiéndose en que el valiente da su propia persona y el liberal da su riqueza, mientras que el avaro ambiciona su riqueza y da su persona aparentemente. El valor puede ser considerado en cuatro casos:

PRIMER CASO.—*Que el valor sea acompañado de la prudencia.*

Sabe, hijo mío, que te conviene ser prudente en los encuentros con el enemigo y mantenerte firme en los choques de retaguardia, sin que las cargas impetuosas ni el chocar de los sables, ni las luchas en sus di-

ferentes especies, ni los accidentes graves que sobrevengan, te produzcan espanto. Ya te aconsejamos anteriormente que no debes arriesgar tu vida, aunque seas el más esforzado de tu gente; porque el exponerse á perder la vida no es plausible en un rey, á no ser cuando tenga que recuperar su imperio: sólo en este caso se hace digno de alabanza en todos los tiempos.

!Oh hijo mío! Cuando empeñes la batalla y los héroes luchen ya confundidos en el choque de unos con otros, tu deber es mostrarte prudente, perseverando firme y atento á tu retaguardia, que es el corazón y centro de tu ejército, cuidando de que resista y no ceda replegándose hacia uno de los flancos: de esta manera los héroes, servidores, todos los combatientes y gente armada se sostendrán briosamente apoyados en tu firmeza. Aunque llegue á ser rota una de las alas de tu ejército, no te preocupe, ni desmayes; porque la derrota de un ala no es de gran peligro, mientras se sostenga firme el centro; antes bien, la resistencia de éste, en tal caso, podrá reportarte alguna alegría, puesto que

ondeando sus banderas y redoblando sus tambores, constituirá una fortaleza para las dos alas, un refugio seguro para las tropas en todo revés, y una esperanza para alcanzar la victoria sobre el enemigo, al volver aquéllas á recuperar sus posiciones primeras.

¡Oh hijo mío! Al trabar batalla, pon delante de tí tus banderas y estandarte, sin volverte jamás á la derecha ó á la izquierda; porque podrá suceder que, al ver rota una de las alas de tu ejercito, te agites demasiado y te sientas excitado á acudir en su auxilio, y correrás hacia ella con las tropas que tengas á tu alrededor, lo cual será causa de tu confusión interior y exterior, por ser defectuosa tu maniobra y salirte del justo medio de las cosas. Pues cuando vean tus soldados que te inclinas ó vuelves hacia uno de los flancos, creerán que has sido derrotado realmente, ó que no has podido restablecer el ala que fué rota, por lo cual cundirá el temor entre tus soldados, que cederán abandonando sus posiciones, y te será indispensable hacer un supremo esfuerzo y corroborar tu atención so-

bre el enemigo para resistirle y procurar rechazarle.

¡Oh hijo mío! No prescindas de la prudencia en tu valor, para que tu esfuerzo sea coronado por un fin próspero, y sea de esperar en tu favor el dominio y victoria sobre el enemigo.

¡Oh hijo mío! Presenta tu ejército perfectamente ordenado el día de la batalla y del choque; porque la acertada disposición del mismo infundirá temor al enemigo. Haz que ofrezca el aspecto más formidable que sea posible, distribuyéndolo en cuatro divisiones: el ala derecha, formada por tus tropas más resistentes; la izquierda, por las más ligeras; la vanguardia, por tus caballeros y héroes; y la retaguardia, por tus bravos más esforzados. En cada una de las alas pondrás un caudillo valeroso. Respecto de la vanguardia haz que algunos de tus caballeros formen delante de tí, para que contengan al enemigo cuando se dirija resueltamente á donde tu te halles situado; éstos serán de los más esforzados de tu cabila y de la gente de tu afecto íntimo, amaestrados en los ejercicios de sable

y lanza, y estarán á las órdenes de uno de los caudillos más intrépidos, que se lancen al fondo de los peligros y divididos en dos grupos: uno dominando el frente del flanco derecho y el otro en igual forma respecto del izquierdo. La acción de cada uno de dichos grupos servirá de apoyo para los que se hallen detrás, á derecha é izquierda, y los flancos triunfarán por su auxilio.

La retaguardia, hijo mío, es el corazón del ejército; y ten presente que no debe convertirse hacia la derecha ó izquierda, porque, como centro, ha de dar consistencia y apoyar al resto del ejército, resistir y rechazar al enemigo. Al efecto, no formarán parte de la misma, sino los más valientes, esforzados, fuertes é impetuosos, todo soldado héroe y todo grupo que haya demostrado su bravura en los combates, que sean terror para los más audaces y espanto para los más excelentes en la lucha cuerpo á cuerpo.

Al frente de la misma pondrás dos caudillos escogidos entre tus magnates más esforzados, y tus defensores que más se hayan distinguido por su valor, uno á la derecha y

otro á la izquierda, para que le animen y vigilen en su avance ó retroceso, en su ofensiva ó defensiva, á fin de que se mantenga firme y sus defensores resistentes y compactos, sin que escape uno sólo, ni se desvíe, retroceda ó cambie de posición.

Aunque sean rotas las dos alas, si la retaguardia resiste firme en su posición sostenida por tus defensores y héroes, debes poner una atención suprema sobre el enemigo, sin volverte á ningún flanco, como te hemos dicho antes, sin atender á ninguna otra cosa, y poniendo en Alá la confianza.

Cuando tu enemigo se sitúe á tu derecha ó izquierda, guárdate de acudir contra él, cambiando de posición, porque el volverse y trasladarse de una parte á otra son causas que hacen perder las batallas á los reyes, aunque tengan un ejército más numeroso, compacto y esforzado que su enemigo.

¡Oh hijo mío! Es conveniente que elijas algunos caballeros que te precedan y sirvan de guía, cuando se acerque el enemigo. Estos se colocarán frente á frente del mismo y de su retaguardia, cuando resuelvas empezar

la batalla; porque, al chocar los dos ejércitos y confundirse unas filas con otras, se te ofrecerá oscura la posición del enemigo y no conocerás la distancia de los que se hallen más inmediatos, principalmente cuando se mezclen confusamente los héroes de ambas partes, levantando espesa polvareda, cambien de situación las filas, ó avancen los escuadrones. Por esto, hijo mío, necesitas de esos caballeros que te guíen y sirvan de emisarios, que se adelanten y te traigan noticias de la situación del enemigo, para que puedas dirigirte contra su frente, atacándole con tus auxiliares.

Si, no obstante, el frente de tu enemigo se presenta confuso á los héroes que formen delante de tí ó ignoran la distancia á que se hallan los contrarios más próximos y el sitio por donde puedas avanzar ó acometer á causa de la confusión de la gente, del desorden y embestida en la lucha cuerpo á cuerpo, y luego, al disiparse la oscuridad producida por el polvo y aparecer entre los dos flancos el fondo de la batalla, distingues al enemigo á tu derecha ó izquierda sin con-

frontar contigo en el avance, te convendrá seguir el camino más ventajoso para atacarle, buscando hábilmente, en tu evolución ó cambio de lugar, una posición de frente al mismo. Dicha evolución será ejecutada con firmeza y calma, á fin de que tu ejército no advierta que has cambiado de posición; de esta suerte, podrá proporcionarte ventaja y resultado próspero; pues al ver el enemigo que tu retaguardia se mantiene firme y muy lejos de emprender la fuga, quizá cambiará de posición, dirigiéndose aceleradamente hacia tí, para acometerte de improviso, y esto será causa de su confusión, derrota, fuga y vergüenza; porque el movimiento operado tortuosamente en las batallas, es anuncio de derrota, y contraproducente para el objeto que por él se busca; puesto que las alas, derecha é izquierda, siempre están atentas al centro que les sirve de apoyo durante la batalla, y si la gente de las mismas advierte que éste cambia de posición, á pesar de tener que mantenerse sirviendo de eje del círculo formado para la lucha, ven los combatientes que sus banderas se vuelven y que todo él

se conmueve, comienzan á decaer, ceden, buscan la huída para salvarse de la muerte, creyendo que su rey ha sido vencido, y roto todo su ejército, y escapan del campo de la batalla, faltos de esfuerzo y valor, llevando la confusión á la retaguardia, y el pánico á todo el ejército. Esta causa de perturbación sólo puede ocultarse á aquel que no sea práctico en los campos de batalla. Tal sucedió á Abulhasán el Meriní en su lucha con Alfonso el infiel <sup>4</sup>: la precipitación fué causa de la derrota de aquél. Después que Abulhasán tomó á Tremecén, en la cual fijó su residencia, haciéndola corte de su reino, que comprendía los dos Almagrebs, central y occidental, alcanzando un éxito mayor que el que se había propuesto conseguir, resolvió trasladarse á España, como conquistador y protector del islamismo, después de haber llevado la devastación al rey cristiano y de apresarle los barcos y naves de guerra que tenía en el mar. Realizó la travesía rápidamente con todas las tropas y provisiones que había acumulado, y

<sup>4</sup> Alfonso XI, vencedor, auxiliado por Alfonso IV de Portugal, en la batalla del Salado.

desembarcó en las afueras de la ciudad de Algeciras, infundiendo grande temor en el rey infiel, y en todos sus enemigos, la muchedumbre de su ejército, que excedía de 60.000 combatientes, entre héroes, jeques, arqueros é infantes. Dirigióse á Tarifa, ciudad tan floreciente en la antigüedad como en nuestros días, y se detuvo á sitiarla. Pudo haberla tomado por asalto en un solo día, pero no lo hizo por creer que había dentro de la ciudad numerosa guarnición y provisiones abundantes, y permaneció junto á ella algún tiempo, dando ocasión á que se acercara Alfonso al frente de los infieles confederados. En efecto, el cristiano, seguido de sus magnates y confederados salió al encuentro de Abulhasán, que á su vez había avanzado, hallándole Alfonso dispuesto para la batalla. Una vez situados los escuadrones en orden de combate y colocados los batallones frente á frente, pronto comenzó la lucha, generalizándose la batalla con grande encarnizamiento, y acometieron los héroes, trabándose sangrienta pelea y siguiéndose sin interrupción las cargas de las lanzas y sables. En tal situación,

vió Abulhasán que el infiel rehuía su frente separándose para caer sobre una de sus alas y encontrar ocasión de atacarle por la espalda, y cambió de posición volviéndose frente á éste, cuanto le fué posible y con suma rapidez, para atacarle de improviso dando una carga compacta y vigorosa. Pero sus compañeros, que combatían en las alas, notaron que sus banderas habían cambiado de posición y que su retaguardia seguía la misma dirección que Alfonso, chocando con el mismo, y creyeron que había sido arrollado y roto su ejército. Las alas derecha é izquierda fueron desechas prontamente y recayó sobre Abulhasán el baldón de esta derrota que humilló la cabeza del islamismo y llenó de regocijo á los idólatras. El haber cambiado de posición y la escasa resistencia que opusieron su retaguardia y sus héroes, fueron causa de su perdición y de que triunfaran sobre él los confederados.

Guárdate pues, hijo mío, de cambiar de posición cuando trabes las batallas, porque esto es causa de las derrotas, como acabamos de mostrarte por el ejemplo precedente.

Cuando te halles ya en contacto con el enemigo, no le atacarás apresuradamente, sino con calma y lentitud, porque á cada golpe sigue necesariamente una repulsión y á cada caída un alzamiento.

Debes dirigirte contra el enemigo avanzando, para infundirle miedo y pavor y para que tus héroes luchen plenamente confiados en tí.

Si el enemigo es derrotado y huye delante de tí, debes correr inmediatamente tras él para alcanzar de su derrota todo el fin que te hayas propuesto, persiguiéndole sin cesar; al efecto, debes situar detrás de tí tu campamento, bagajes, provisiones y tesoros y continuar la persecución del enemigo, de día y de noche, á fin de obtener contra el mismo los resultados más prósperos, como son apoderarte de sus bienes y bagajes y destruir á sus defensores y héroes. Puede suceder además que sus propios partidarios te lo entreguen, en garantía de sus vidas, ó que le hagan traición, ó que su caballo más excelente caiga en tierra, tropiece, se espante ó desboque, y podrás cogerle sin emplear grande es-

fuerzo ó fatiga en su persecución. Si el enemigo, no obstante, salva su cabeza y escapa con vida, para refugiarse prontamente en lugar seguro, castillo ó plaza que le sirva de refugio, persíguele tenazmente, búscale sin descanso y lograrás apoderarte de la ciudad en que se haya refugiado ó del castillo en que se crea seguro; porque no proseguirá sino es con gran pena y fatiga, agitado y tembloroso al verse separado de sus defensores y abandonado por sus auxiliares y amigos y te será fácil apoderarte del mismo y someterle pronto á tu dominio.

Pero si la suerte te es adversa y te hallas alejado del resto de tu ejército, sin confianza de que éste tenga noticia de tu grave situación ni de que vuelva á la carga contra el enemigo, si carece de valor suficiente ó de caudillo perteneciente á tus defensores, capitanes, auxiliares ó tropas de distrito que se ponga al frente del mismo, debes valerte del caballo excelente que tengas reservado para tal caso y del visir que hayas elegido y preferido y acompañado únicamente de éste á quien has encomendado de una manera es-

pecial tu dirección y aceptado como tu consejero fiel en la adversidad lo mismo que en la fortuna, debes correr á encerrarte en la fortaleza de refugio que tendrás prevenida igualmente para el caso y elegida como lugar de seguridad para tu persona y auxiliares. Luego que te hayas fortificado en dicha fortaleza, lugar de tu seguridad, base de tu reino y capital de tus construcciones, combatirás á tu enemigo, empleando toda clase de estratagemas y golpes de audacia hasta que puedas alcanzar la realización de tu esperanza y obligarle á levantar el asedio, á cuyo fin trabajarás día y noche sin confiar á ninguno de tus servidores el gobierno y vigilancia de tu fortaleza que ejercerás personalmente todos los días. Si así te conduces, hijo mío, y con tal asiduidad, el enemigo no conseguirá ver realizados sus propósitos contra tí.

2.º CASO. *Que el valor esté acompañado de la inteligencia, pero desprovisto del juicio acertado.*

Aparece este caso en el rey que si bien es inteligente para los asuntos que le son privativos, atento á sus circunstancias propias,

enemigo de discordias y agitaciones y diligente para los asuntos referentes á la vida futura, es despreocupado para los negocios de sus súbditos, descuidado con su ejército, sin atender á las condiciones de los que se hallen sometidos á su soberanía. Este creará por su religiosidad que no debe causar vejámenes á ninguno de sus enemigos, ni que éstos puedan atacarle, hasta que le sorprenda el conflicto ó se vea dañado por la perfidia del enemigo: entonces revelará su valor y mérito excelente, pero ya no le aprovechará, ni excitará el entusiasmo en su favor, ni le servirá para nada esa revelación.

Tal rey, hijo mío, no es digno de loa por su valor, ni debe ser conmemorado por su falta de prosperidad; porque su valor no está acompañado de un juicio acertado y es vituperable, por tanto, en lo concerniente á esta vida y á la futura.

3.<sup>er</sup> CASO. *Que el valor del rey sea mediocre con respecto al juicio, es decir, que el rey no se guíe siempre por un juicio acertado, y si únicamente en las situaciones apuradas.*

El rey comprendido en este caso se hace

digno de aplauso y es celebrado por su valor, aunque el rey su enemigo sea más esforzado que él, siempre que uno y otro hayan gobernado sin juicio acertado; porque el primero llegará en su apuro á juntar á su valor mediocre un juicio acertado y alcanzará un fin próspero.

Efectivamente, este obtendrá mediante la ejecución de las estratagemas que le sugiera su juicio acertado algunas ventajas que le serían imposibles por solo su esfuerzo y valentía; prescindirá de empeñar batallas, y sin embargo conseguirá su propósito, empleando las emboscadas y cayendo de improviso sobre el enemigo, ávido como el león. Si algún accidente desgraciado le sorprende ó se ve estrechado por el enemigo, no le palpita el corazón, ni se arredra, porque si no consigue el éxito que desea por medio de su valor, lo alcanza por su mérito y capacidad, de igual suerte que el rey comprendido en el primer caso expuesto, que lo consigue por su valor y acertada inteligencia. Si la suerte, hijo mío, llega á serle adversa, encuentra, gracias á su juicio acertado, lugar á propósito

para sostenerse, resultando por consiguiente de mejor condición que su enemigo, aunque éste sea más esforzado.

4.º CASO. *Que el valor sea falta de inteligencia y juicio acertado.*

El valor del rey, hijo mío, comprendido en este caso es vituperable y propio de la ignorancia, constituyendo realmente un gran riesgo, y su empleo es un peligro constante para perder la vida; porque al trabarse la batalla el sujeto del mismo no puede dominarse y se lanza á la pelea y se engolfa en medio del campo de los héroes sin juicio, plan, reflexión y previsión de los hechos con grave riesgo de su vida. El rey, hijo mío, que sigue este ejemplo tiene, por principio, su muerte y por fin la desaparición de su reino.

#### CUALIDAD SEGUNDA: LIBERALIDAD

*El rey debe ser estudiado con respecto á la liberalidad en cuatro casos, correspondientes á las cuatro divisiones que siempre se han hecho del mismo.*

PRIMER CASO. Sabe, hijo mío, que al rey conviene ejercer una liberalidad que sea un término medio, es decir, no excesiva, ni escasa.

La liberalidad, hijo mío, debes ejercitarla para tí mismo y para tus súbditos sin prodigalidad, ni disipación en conformidad con tus circunstancias; porque tal es la liberalidad digna de alabanza y ejercitada por los varones dotados de piedad, virtud y nobleza de alma.

Si eres, hijo mío, liberal, las almas te amarán, los corazones se inclinarán hacia tí y las cabezas se humillarán en tu presencia; pues en la historia de la humanidad siempre los corazones se han inclinado hacia aquel que les proporciona bien y han aborrecido á aquel que les causa mal, y la beneficencia es la cosa que más cautiva al hombre.

La liberalidad nace del valor, como éste de aquélla, y de ahí que ambas virtudes se sobreentiendan por uno solo de esos nombres, así como la avaricia nace de la cobardía y ésta de aquélla, atribuyéndose ambos defectos á todo ser innoble y vil.

Cada una de dichas cualidades reconoce un mismo origen y son comprendidas en un solo juicio, con la diferencia de que el valeroso resulta excelente por su personalidad, y el liberal por su riqueza, así como el avaro codicia su riqueza y vestido y el cobarde codicia la conservación de su vida. Reflexiona sobre estas semejanzas y comprenderás el verdadero sentido de la locución.

Oh hijo mío, el valeroso es amado y obedecido, encuentra quien le preste auxilio en las situaciones apuradas y luchas, quien le salve y rescate de los infortunios aun á costa de su propia vida, y todos se disputan el limpiarle el polvo de sus vestiduras.

¡Oh hijo mío! Cuando el rey es valiente, pero avaro al mismo tiempo, su valor es vulnerable, y su pueblo no procurará salvarle en los campos de batalla, nadie correrá á auxiliarse en su retirada por su mala conducta é insaciable avaricia, y será descartado del número de los valerosos y contado más bien entre los envidiosos y avaros.

Pero cuando el rey llega á hacerse famoso por su liberalidad, corren los hombres hacia

él desde todos los ángulos de la tierra, acrecentando el número de sus auxiliares, entre los cuales será alabado y aplaudido é igualmente en otros sitios fuera de sus distritos y provincias. De esta suerte, su ejército será numeroso, y grande su gloria, tendrá pocos rebeldes y muchos partidarios, subyugará á aquellos que le envidien, dilatará su nación y hará respetar su soberanía, porque hallándose adornado por cualidad tan excelente no tendrá competidor en el ejercicio del poder. Tal es, hijo mío, el fin último de la liberalidad loable, propia del varón dotado de grandeza de alma.

SEGUNDO CASO. *Que el rey sea liberal para sus súbditos, más no para sí, ni para sus magnates y familia.*

Tal liberalidad no es loable, ni excelente, porque el avaro, aunque sea parco para sí y su familia, es un ser innoble, á no ser cuando de los productos de su avaricia resulten beneficiados preferentemente los indigentes, y él solo se imponga la estrechez de vida; en cuyo caso ya viene á ser cualidad propia de seres excelentes y extraordinarios en el mun-

do, de los cuales decía Alá: «fueron liberales con sus almas, y entre ellos reinó la pobreza; más ¿qué importa que sufran hambre?» El rey, hijo mío, que sigue el ejemplo de éstos, obtiene la más alta recompensa.

TERCER CASO. *Que el rey sea liberal para sí y su familia, mas no para los súbditos.*

Tal liberalidad, hijo mío, no es loable en el rey, y el sujeto de la misma lo es también de la envidia; porque indúcele á apoderarse de los bienes de los súbditos desviándose en su conducta del camino de la equidad, y á consumirlos en su vida de placer sin dejar residuo alguno á sus súbditos, ni gratificación á los héroes que le siguen.

Este, hijo mío, es un rey pródigo, y Alá no ama á los pródigos; arrebatá los bienes lo mismo del débil que del poderoso y no se cuida del pobre, ni del rico, y por fin, hijo mío, llega, cuando realmente le son necesarias las riquezas, á no tener de donde sacarlas; porque su despilfarro le habrá conducido á la adversidad. ¡Ay de tí, si sigues tal conducta, que es causa de muerte y perdición!

CUARTO CASO. *Contrario del primero, á sa-*

*ber, que el rey no sea liberal para sí mismo, ni para los magnates, ni para los súbditos inferiores, sino que atesore codiciosamente toda la riqueza.*

Este rey, hijo mío, no debe ser contado en el número de los reyes liberales, ni distinguido por tan honrosa cualidad; porque no dejará cosa alguna en manos de los súbditos, ni se conducirá por el camino de la equidad, sino que más bien tomará los bienes ajenos con derecho ó sin él, para encontrarse luego sin conseguir su propósito en este mundo y en el otro. El creerá que es liberal, cuando en realidad será un pródigo envilecido y sin liberalidad para sí mismo, ni para sus magnates y súbditos inferiores; será de conducta é intención depravada, y guárdate, hijo mío, de imitar sus cualidades, porque son causa de graves infortunios.

#### TERCERA CUALIDAD: TOLERANCIA

La tolerancia es una de las cualidades loables, recomendada por la tradición desde

tiempo inmemorial y admitida sin restricción alguna. Por lo que importa al rey, debemos considerarla en cuatro casos.

1.<sup>er</sup> CASO. *Que el rey sea tolerante con sus magnates y súbditos inferiores, rigiéndoles con el mejor deseo, perdonándoles las faltas leves y castigando únicamente las graves.*

Este rey consigue que su inteligencia predomine sobre sus pasiones, y que su virtud triunfe sobre la maldad, se hace querer por todo el pueblo; por su afabilidad y cortesía es amado por el débil, al ver éste que le tolera y perdona sus faltas leves, y por la bondad de su conducta excelente ninguno de sus súbditos le guarda odio secreto; sus visires, porteros y secretarios siguen confiados y tranquilos en su servicio y amistad, puesto que ven que la cólera producida en su rey por las faltas y errores que cometan es templada por la tolerancia y perdón del mismo respecto de ellas.

Tal es la tolerancia digna de loa y que tan grande utilidad proporciona á aquel que la posee; ella es una de las cualidades del Creador, altísimo, y quien la consigue me-

rece plácemes en la vida futura, que es el asunto principal.

2.º CASO. *Que el rey sea tolerante con los súbditos inferiores, pero no con los magnates.*

Este rey castiga principalmente á los magnates y aplica inmediatamente la pena correspondiente á cualquiera de éstos que haya cometido algún delito; mientras que, por el contrario, al súbdito inferior, que se hace reo por la infracción de la ley, deja de perseguirle ó se compadece del mismo, y le perdona ó se inclina á salvarle graciosamente. Pues cree que el rey, que perdona á sus súbditos inferiores que delinquen, consigue que éstos le guarden sumo agradecimiento, y por eso no castiga las faltas que cometen, les tolera sus errores y no los reprende, justificando su conducta en atención á la debilidad, temor, escasa inteligencia, humildad de condición, bajeza de clase y escasa trascendencia de la acción de los mismos; únicamente castiga y no tolera las faltas de los magnates, porque cree que son los que merecen castigo y aquellos á quienes es preciso sujetar, aislar del pueblo y tener á raya para

que no abusen del débil, ni dañen ó amedrenten á la gente que recurra á él contra los mismos.

Tal tolerancia, hijo mío, no debe ser alabada, sino más bien desechada como vituperable en la vida; porque es principio de justicia la igualdad de juicio entre el noble y el plebeyo, es más, el noble debe ser preferido al plebeyo en la tolerancia de las faltas leves, pero respecto de las graves no debe ser perdonado el noble y sí el plebeyo alguna vez. Guárdate, hijo mío, de perdonar una falta grave al noble, á no ser que se hiciere merecedor de tu misericordia.

3.<sup>er</sup> CASO. *Que el rey sea tolerante con los magnates familiares suyos, y no con el resto del pueblo.*

La tolerancia así ejercitada es origen de la catástrofe más espantosa. Pues sabe, hijo mío, que al ser tolerante tan sólo con los magnates, los súbditos inferiores rompen con ellos, quiébranse completamente las relaciones entre unos y otros y sepáranse los segundos poseídos del odio más implacable contra los primeros; porque es de justicia,

hijo mío, guardar, tanto en la tolerancia como en la punición, la igualdad estricta entre el poderoso y el débil, entre el ilustre y el sencillo. Ten presente que éste es el camino que debe seguirse, el contrario es pura tiranía que no hace feliz, no satisface el espíritu, ni es propia del varón inteligente.

4.º CASO. *Que la tolerancia del rey sea tornadiza, es decir, que no ofrezcan norma fija sus palabras ni conducta, ni pueda uno fiarse de no incurrir en su desgracia.*

Tal tolerancia es propia de hombres corrompidos y no inspira confianza alguna. El rey que la ejercita debe ser estimado como un ser vil, y de ninguna manera se atribuirá al mismo el calificativo de tolerante; porque nadie puede fiarse de su tolerancia, ni creerse seguro de no sufrir sus vejaciones y tormentos; importará poco á dicho rey hallarse en guerra ó en paz; el pueblo temerá su venganza y los magnates no tendrán seguridad de no caer en su desgracia.

CUARTA CUALIDAD: LA MISERICORDIA

La misericordia, hijo mío, es cualidad loable, virtud característica de los varones ilustres, y hacia su posesión deben dirigir su esfuerzo todas las criaturas, incluso los reyes, por muy poderosos que sean. El rey debe ser considerado también en relación con la misericordia en cuatro casos.

1.<sup>er</sup> CASO. *Que el rey perdone ó castigue á aquel que se haga merecedor de su misericordia ó venganza, atendiendo juntamente á los tiempos, personas y costumbres del reino.*

Puede ocurrir, en efecto, que una persona merezca ser castigada, y sin embargo, haya que perdonarle, y viceversa, que otra cuya transgresión de la ley sea menos grave, tenga que sufrir todo el rigor de la pena por conveniencias especiales de esta vida, aunque no convenga á los fines de la otra; porque acaso, hijo mío, el castigo del primero pudiera suscitar alguna perturbación en el reino, é igualmente el indultar al segundo, dar por resultado alguna excisión ó guerra civil.

Ten presente, hijo mío, que no debe ser ejercitada la misericordia respecto de estos tres delitos: la profanación de las cosas sagradas, la revelación de secretos que deban mantenerse ocultos, y la difamación de la persona del rey en perjuicio del respeto que le es debido. Aquel que se haga reo de cualquiera de estas tres especies de delito será castigado con la muerte sin remisión.

¡Oh hijo mío! No conserves la vida de tal reo, á no ser que su indulto te reporte un bienestar general y una grande utilidad para tus súbditos; en este único caso es preferible, más conveniente y útil que le perdones, porque el rey que concede el indulto en bien de la tranquilidad pública, sofocando así el incendio terrible de la guerra interior, es celebrado por su moderación y aplaudido por su tino para aplicar las leyes. Tal es la misericordia digna de loa, característica de espíritus generosos y nobles.

¡Oh hijo mío! La misericordia, cuando se ejerce el poder supremo, tiene su fundamento en el califado, por su virtud y excelencia gozarás de una situación más feliz que la que

podrían proporcionarte tus riquezas y ordenarás algunos asuntos con éxito más completo que por medio de tu administración y ejercicio de tu autoridad; así hemos conocido á grandes criminales, reos de muerte, los cuales se inclinaron á la obediencia, cuando se les concedió el indulto, y se sometieron al reiterarles la seguridad de la vida, y aunque tú ofrezcas riquezas á hombres semejantes y dispongas contra ellos auxiliares y defensores á fin de dominarlos, te será imposible someterlos á tu obediencia; porque la misericordia es el negocio más útil para el rey, y á la vez el mayor beneficio que concede al hombre, puesto que el misericordioso alcanza misericordia, y aquel que consuela al triste, encuentra también consuelo en sus propias preocupaciones y tristezas.

¡Oh hijo mío! El rey no debe privar de su misericordia á su hijo; porque es la conducta mejor, más excelente, perfecta y sublime. ¡Oh hijo mío! Castiga secretamente á aquel que divulgue algunos de tus secretos en privado; pero públicamente á aquel que los revela á todos los súbditos en general.

¡Oh hijo mío! No condenes á muerte á tus visires á no ser por causas evidentemente justificadas, pues de lo contrario la muerte de los mismos no es loable para el rey, que se acarrea por tal causa la destrucción de su reino y el odio de sus íntimos y familiares. ¡Oh hijo mío! Si das muerte á tu visir por motivos frívolos, además de ser tu conducta vituperable será de temer que recaigan sobre tí las consecuencias que más arriba te anunciábamos, que tus visires no tendrán seguridad de no sufrir tus vejaciones, y tú á la vez no podrás confiarte en su amistad, sino que más bien habrás de esperar la iniquidad de los mismos, resultando finalmente la pérdida del respeto debido á tu persona y tu maldición ante los magnates y súbditos inferiores.

2.º CASO. *Que el rey dispense su misericordia indistintamente á aquellos que sean ó no dignos de la misma.*

La misericordia así ejercitada es vituperable, porque entre los delitos hay algunos que no deben ser perdonados, y es más conveniente aplicarles el castigo merecido, como

son, la divulgación de hechos secretos que puedan producir escándalo, menoscabar tu dignidad, descubrir tu falta de poder, debilidad y oprobio. Todo lo cual da por resultado la opresión de los visires, la separación de los guardias y magnates y la perturbación interna y externa. Por consiguiente, hijo mío, debes tener muy presentes estas observaciones, estudiarlas, meditarlas y penetrarte bien de ellas.

3.<sup>er</sup> CASO. *Que el rey, al dispensar su misericordia, siga un término medio, es decir, que no sea demasiado, ni poco, propenso á imponer el castigo, ni muy rigorista, ni benévolo, sino que al reo de muerte, por ejemplo, impondrá la pena de azotes sin que lleguen á producirle la muerte, pensando que en esto consiste la verdadera misericordia y que de esa suerte sigue la mejor conducta, pues creará que aquel rey que conserva la vida de su súbdito, se conserva la suya propia, porque aquel le perdonará á la vez, cuando no le siga en su caída.*

Tal misericordia, hijo mío, no es loable, ni propia de varones ilustres; porque es principio fundamental de justicia que sufra la pena de muerte aquel que la merezca, y gol-

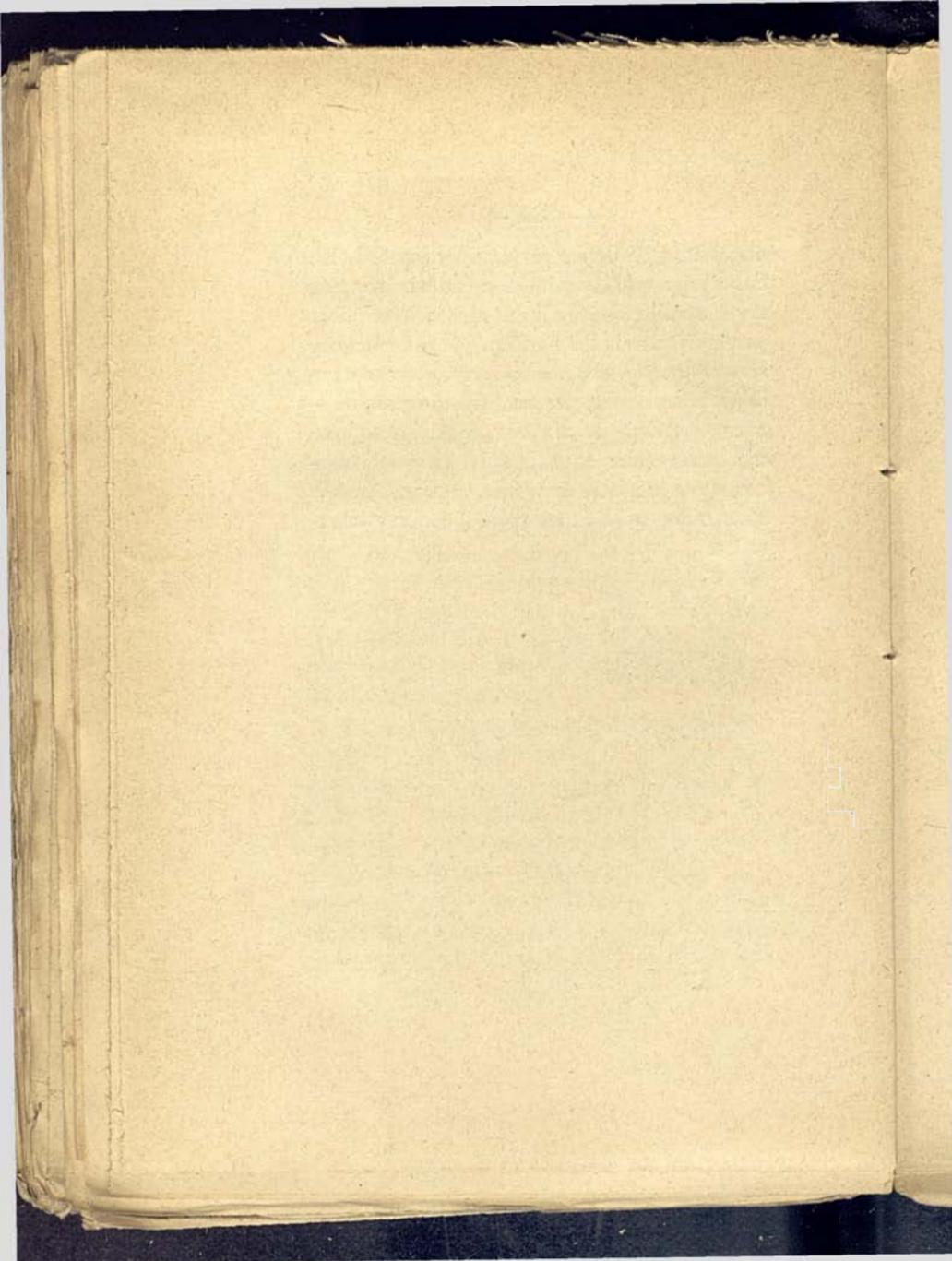
pes ó azotes el que incurra en tal pena. Aprende, hijo mío, esta doctrina y serás feliz; saca de la misma el mayor fruto posible y procederás rectamente.

4.º CASO. *Que el rey indulte al indigno.*

Este rey es de aquellos que se muestran intransigentes con el dócil, y clementes con el rebelde, con el divulgador de secretos ó con aquel que profana las cosas sagradas y viola los juramentos y pactos; la misericordia así ejercitada es vituperable é impropia de espíritus excelentes; se hace semejante á aquel que castiga é impone pena de muerte á su portero ó secretario por haberse equivocado en una sola palabra ó incurrido en algún dislate ó ligera falta.

Tal rey procede contra el fundamento de las leyes, resultando execrable su misericordia y punición, é insensato su gobierno, á no ser que dependa de su misericordia, así ejercitada, la pacificación total de su reino, como hemos dicho anteriormente. Ten presente, hijo mío, estas observaciones y Alá te conducirá y hará correr por los mejores caminos, teniendo su gracia no necesitas de

otro señor, ni debes servir á otro que á El. Sabe, hijo mío, que la recta administración es el sostén del rey y el medio más eficaz para salvarse de los peligros de muerte; observa cuanto acabamos de exponerte acerca de la misma para que tu gobierno sea próspero y se aleje de tí toda defección; sigue mis recomendaciones, porque ellas te conducirán por la senda derecha, y por su medio alcanzarás la felicidad entre los bienaventurados.





#### CAPÍTULO IV

##### **La ciencia fisiognómica, como complemento de la administración**

La penetración fisiognómica es una facultad anímica y un secreto divino que Alá concede á los hombres, por cuya virtud lo insensible se hace sensible y lo invisible aparece como visible.

Cuentan de Omar hijo de Aljatab, que Alá tenga en su gloria, que se le presentó un día su hijo Abdala enfermo de la vista y cerrados los ojos por causa de una mujer con la cual se había encontrado al acaso, y al verle aquél en tal estado exclamó: «es posible que Abdala hijo de Omar se me presente mostrando el vestigio del adulterio que ha

cometido.» El hijo quedóse estupefacto al oír las palabras anteriores, más luego preguntó á su padre si había sido inspirado en su conocimiento por el Profeta de Alá: «únicamente me ha inspirado, respondió Omar, la penetración fisiognómica de que goza el creyente, según aquellas palabras del Profeta, que oí referir: «temed la penetración fisiognómica del creyente, porque ve iluminado por la luz de Alá.»

Tu ciencia fisiognómica debe tener por objeto el conocimiento de las cualidades de tu visir, secretario, consejeros, cadí, muftí, ministro de negocios, ministro de hacienda, capitanes y caudillo supremo de tus tropas, enemigos, embajadores que envíes á otros reyes, de las cartas que recibas de tus enemigos, etc.

Respecto del visir, hijo mío, á quien has escogido preferentemente para que te informe en los asuntos y te dirija con acierto y sea tu compañero lo mismo en la penuria que en la prosperidad, debes observarlo examinando con toda sagacidad sus palabras, hechos y condiciones. Si te hace demandas

de vez en cuando acerca de cosas que no son de utilidad ó importancia para el reino, v. gr.; si habiéndote manifestado que en casa de alguno se hallan riquezas, te aconseja después que lo dejes tranquilamente en su situación, ora persistiendo en hablarte del mismo, ora aduciéndote pretextos fundados en la insignificancia, escasez ó baja calidad de lo encontrado, deducirás que el visir busca su provecho particular, y por tanto debes reprehenderle sus palabras y conducta para que no vuelva á incurrir en cosas semejantes.

Si, á pesar de tu reprensión, persiste en sus demandas cerca de tí, reconoce con toda seguridad que no busca más que aprovecharse de tus bienes; pero si se abstiene, después de haberle reprendido, y no vuelve á presentarte las demandas que le reprochaste, infiere que éstas las expuso con recta intención y propósito, y no con ánimo de lucrarse. ¡Oh hijo mío! Si tienes algún servidor leal que cumpla exactamente tus mandatos y prohibiciones y á quien el visir impute faltas deseando que caiga en tu desgracia ó que cambies de concepto, juicio y deseo respecto

del mismo, contesta que no es posible culparle de haber cometido falta alguna anterior, ni actualmente.

Si, no obstante, ves que tu visir te contradice y persiste en culpar al servidor fiel de modo que pueda parecerte más aborrecible, infiere que tu visir es enemigo personal de dicho servidor cuya desgracia busca al censurarle de una manera falsa y artificiosa, y si continúa presentándote de vez en cuando censuras y daños contra el mismo, pero sólo de palabra, no le prestes oídos ni le reprendas duramente, y él acabará también de mencionar, insistir y preocuparse del servidor fiel, confirmando más por su conducta, que no te habló con justicia, ni fué tu consejero leal, y por tanto debes seguir probándolo y observándolo hasta que logres conocerlo á fondo, si quiere Alá excelso. ¡Oh hijo mío! No hagas caso de lo que uno te diga respecto de otro, hasta que lo hayas observado fisiognómicamente por partes y en conjunto.

¡Oh hijo mío! Conocerás si tu visir es ó no inteligente, de esta manera: si observas que los asuntos más ínfimos le irritan, preo-

cupan ó agobian, ó que el más insignificante de los mismos le satisface por completo y le sirve de solaz y distracción, es señal de que tiene escasa inteligencia ó que ésta es en él tan ligera como una pluma en la balanza, cuyo platillo no llega á ser inclinado en favor de aquélla por su poco peso. Si, por el contrario, no llega á irritarse sino es ante la gravedad suma de los negocios, ni se preocupa á no ser por causa de un asunto trascendental; si revela satisfacción en aceptar y soportar tu carga, creyendo con su poderosa penetración que le has elevado á la dignidad de que goza, le has cambiado de situación y has deseado engrandecerle graciosamente; si asume con agrado tu responsabilidad y sobrelleva con la alegría que produce la confianza en el éxito, todos los asuntos, excepto aquellos que puedan perjudicarte ó que no convengan ó concuerden con su recta razón, infiere que se halla dotado de una perfecta inteligencia, de gran virtud y excelente afecto á tu soberanía, que es amante de tu personalidad y fiel intérprete de todos tus designios.

¡Oh hijo mío! Aunque tu visir sea perfecto de inteligencia y se halle dotado de otras cualidades excelentes, debes observarlo fisiognómicamente en las ocasiones de alegría y tristeza, de exaltación y abatimiento del mismo. Si se te presenta con semblante risueño y placentero, infiere que acaba de escuchar á tu puerta alguna noticia favorable á tí ó á sí mismo; en tal caso lo examinas y si te declara lo que haya escuchado es evidente que se alegra por tu bien; mas si guarda reserva es que se alegra por su propio bien con preferencia al tuyo. Si se presenta en la forma de gravedad ordinaria es señal que ninguna novedad ha experimentado; pero si aparece con la cabeza baja, abatido y entrecortado en su respiración, infiere que ha escuchado alguna conversación desfavorable á tí de parte de tus enemigos, ó desfavorable á sí mismo de parte tuya; si en tal situación revela lo que escuchó, es que te es desfavorable, mas si guarda silencio es señal que la noticia es desfavorable á sí mismo y proviene de tí. Cuando te anuncien que tu visir ha incurrido en alguna falta, que no te sea be-

neficiosa, y quieras examinar la certeza ó falsedad de la misma, porque bien puede ser que haya faltado realmente y hasta que crea que su falta ha llegado á tus oídos, obsérvale con toda sagacidad, y si ves que aparece en tu presencia más amable, dócil y humilde que de ordinario, es cierta y evidente su falta y créela sin duda alguna, porque habiendo procedido rectamente no ocultaría su condición, y no teniendo que ocultar ésta no tendría tampoco que alterar su manera habitual de presentarse, ni habría cortedad ó exageración en sus palabras. Por el contrario, conocerás que es inocente en la falta que se le imputa, si su aspecto exterior revela aquello mismo que siente interiormente. ¡Oh hijo mío! Cuando quieras escudriñar el interior de tu visir inteligente, trátale con toda la afabilidad, cariño y dulzura que te sea posible, y déjale comenzar por aquello que más le agrada y desee hasta que descubras todos sus pensamientos internos con gran maña y prudencia.

Pero si te propones, hijo mío, escudriñar el interior de un visir dotado de escasa inte-

ligencia no seas moroso para hablarle, sino más bien conversa con él frecuentemente, y con seguridad que no podrá disimular por su poca inteligencia y te revelará todo cuanto sienta interiormente, sea grave ó insignificante.

¡Oh hijo mío! Te conviene observar fisiológicamente y probar á tus consejeros á fin de conocer sus cualidades y quién de ellos es amante de tu soberanía, fiel á tu servicio y presto para secundar tus juicios, ó quién es todo lo contrario de esto. Sabrás igualmente quién divulga ó reserva tus noticias secretas, pues aquel que observes sumamente locuaz y que desea sobresalir sin miramiento alguno y sin reservar sus propios secretos, ni los de otro, aunque la divulgación no le reporte ventaja alguna, es seguro que el tal no es fiel guardador de tus secretos y debes precaverte del mismo, porque no sabiendo ocultar sus propias noticias, tampoco ocultará las tuyas.

De igual suerte debes conducirte con aquel que sea propenso á difundir la calumnia, porque la condición de éste es gravísima

y busca la popularidad, amistad y aplauso entre la gente. Aunque hable poco en tu consejo no le confies tus secretos, porque su deseo de popularidad le incitará á extenderlos y publicarlos.

¡Oh hijo mío! A quien veas, entre tus consejeros, que hable poco, no tiene compromisos con otros hombres, ni amistad íntima con ninguno, ni deseo siquiera, ni conversacion con otros á no ser en reunión, ni toma parte más que en aquellos asuntos que le reclaman lo mismo los magnates que los súbditos inferiores, considérale seguramente como consejero discreto y reservado que se guía por su razón y conoce el alcance de sus palabras. Este guardará tus secretos ocultos y observará la mejor conducta, y por tanto puedes confiarle tus noticias y todo cuanto sea necesario para procurarte el bien y evitarte el mal.

¡Oh hijo mío! Si quieres conocer quién, entre tus consejeros, te guarda afecto, desempeña fielmente tu servicio, secunda tus disposiciones y procura aquello que pueda satisfacerte, ó quién se conduce contrariamente tratando de engañarte de un modo

inico, observa sagazmente los caracteres y examina las lisonjas y adulaciones de los mismos y obsérvalos igualmente en el momento crítico que te sobrevenga repentinamente algún motivo de alegría ó se te presente alguien trayéndote una buena nueva.

Mas tu observación ha de ser realizada de tal suerte que instantáneamente estudies sus semblantes y así distinguirás quiénes de ellos te quieren y quiénes te aborrecen; pues al que sorprendas con cara risueña es que se ha alegrado interiormente por la noticia y sabe que éste te quiere y se alegra de tu bien, pero al que veas que contrae su faz considera que te aborrece dentro de su corazón. Porque la expansión ó contracción de la faz producidas por la alegría ó tristeza que se experimenta, son reflejos evidentes del amor ú odio del corazón, é indican si el sujeto siente interiormente satisfacción ó desagrado por tu alegría.

De esta manera tus consejeros descubrirán el fondo oculto de su corazón y tu podrás reconocer sus sentimientos y escudriñar sus pensamientos más íntimos, y aunque

alguno de ellos, que no te quiera bien, se muestre alegre y afable, en dicho caso obsérvale, no obstante, porque la faz del que siente verdadera alegría en su interior, preséntase dulce y sonrojada, más la del envidioso ó enemigo se oscurece y palidece, al escuchar aquello que le enoja, por la vehemencia de su rencor y odio secreto.

¡Oh hijo mío! Cuando te sobrevenga alguna noticia infausta y suceda que la faz del consejero que te quiere se contraiga por efecto del disgusto y la del que te aborrezca presente indicios de su alegría interior, debes observar al primero separadamente del segundo en ambos casos, de alegría y de tristeza, para que puedas observarlo en uno y otro examen.

¡Oh hijo mío! Si observas á alguno que aparece en tu presencia contento siempre y alguna vez más que de ordinario, sabe que éste te quiere entrañablemente y se halla consagrado por completo á tu servicio.

¡Oh hijo mío! Cuando quieras saber si tus consejeros magnates y príncipes se hallan ó no en buena amistad, obsérvalos al mani-

festar á alguno de ellos un asunto cualquiera cuya realización te sea necesaria y si hablan todos acerca del mismo y corren á ordenarlo y ponerlo en ejecución, es señal que hay armonía y paz recíproca en sus corazones. Igualmente si al presentar uno de ellos algún parecer, todos convienen, sea favorable ó desfavorable, verdadero ó falso, infiere que sus voluntades se mantienen unánimes y en perfecta armonía; más si manifiestan opiniones contrarias y deseos opuestos, es señal que la enemistad reina entre los mismos y que no se aúnan sus voluntades.

¡Oh hijo mío! Si observas á tu visir buscando que el pueblo le tribute mayor fama y alabanza que á tí mismo y hacerse más querido por éste, es señal que descuida tus asuntos privados y públicos y que es desleal en tu servicio; porque aquel que busca la fama y alabanza y cree que su situación elevada le viene del cielo, llega á realizar actos desfavorables para tu califado, los cuales te harán caer de tu preeminencia, puesto que, á trueque de conseguir su deseo antes que todo, le importa poco la buena marcha de los

asuntos, apartarse de la recta conducta y seguir una dirección torcida. En cambio, á quien observes que desea aquello que puede convenir á tu prosperidad con preferencia á la suya, considérale como interesado por tu bien y no por el suyo, como amigo de tu soberanía y consejero leal, y como visir que procura la acertada dirección de tus asuntos, y bondadoso.

¡Oh hijo mío! Si observas que los magnates, consejeros, caudillos, ejército y poderosos aborrecen á tu visir sin que éste cometa contra los mismos acto alguno reprochable, infiere que el odio de estos es motivado por su lealtad á tu persona, por tenerles á raya y apretarles en servicio y utilidad tuya.

¡Oh hijo mío! Cuando veas que tu visir se acerca á tí afectuosamente pero con escasos beneficios en el momento de rendir cuentas de los gastos é ingresos á pesar de sacarte las cantidades necesarias, ya presentes ó ausentes, es señal que descuida totalmente los negocios, sean ó no importantes, cuya dirección le has encomendado; si tal es la condición de tu visir, observa el afecto que te

guarde y lo encontrarás conducente á la perturbación de tu servicio.

Observa también, hijo mío, si tu secretario, cuya función cerca de tí es de tanta trascendencia, reúne las cuatro cualidades siguientes: rectitud, veracidad, pocos amigos y camaradas, y bienes muebles é inmuebles. Será recto en su conducta, si observas que en sus conversaciones atiende siempre á la justicia, que no habla á no ser para decir la verdad, que no puede ser reprochado en cosa alguna y que todo cuanto ejecuta lleva el sello de la razón. Será veraz, cuando de sus palabras no se desprenda una sola mentira, ni sospecha siquiera; porque su rectitud le inclinará á hablar con verdad y su veracidad á guardar tus secretos por temor de publicarlos sin antes comprender las consecuencias de los mismos, y aunque interrogado se viera movido á decir la verdad, por su rectitud indefectible temerá ser castigado, y este temor le hará preferir el silencio guardando el secreto que le fué confiado. Debe tener pocos amigos y camaradas, porque de lo contrario alguno de éstos le instará á hablar, á

darle noticias y confiarle secretos, y aunque aquel encargue á su amigo que guarde silencio, éste los confiará seguramente á un tercero y así sucesivamente, haciéndose públicos. Por eso el secretario tendrá habitaciones especiales y reservadas en todas las circunstancias, lo cual juntamente con la veracidad y rectitud impedirán toda perturbación, que divulgue sus secretos ó que tenga confidencias íntimas.

¡Oh hijo mío! Si observas á tu secretario que se muestra excesivamente afable con el pueblo, que habla mucho faltando á las reglas, sin cuidarse de lo que dice y sin contener su lengua, ora se halle sentado ó en pie, y trata de presentarte algunos asuntos como favorables para tí y perjudiciales para otro, es seguro que falta á su deber, y el que falta á su deber es imposible que guarde tus secretos: por tanto es preciso que evites su compañía y asociación en el gobierno de tu reino.

¡Oh hijo mío! Cuando observes que tu visir y tus consejeros alaban á tu secretario, ora se halle presente ó ausente, y que éste á

su vez manifiesta grande afecto hacia éstos y al pueblo, infiere que les revela tus secretos y les participa las nuevas que recoge.

¡Oh hijo mío! Si quieres saber si tu secretario guarda tus secretos, conversa con él acerca ya de cosas que te sean propicias ó adversas que deban quedar ocultas para los habitantes de tu corte, incluso los magnates, faquies, cadés, jeques y nobles de tu confianza y ser conocidas exclusivamente por aquél, ya de asuntos de beneficencia ó amistad los cuales no puedan saberse sino es por causa del mismo; quizá su inclinación á divulgar los secretos le moverá á hacerlos públicos y anunciarlos prontamente al pueblo. Mas luego envías á alguien que pregunte en la ciudad acerca de los asuntos cuyo secreto confiaste á aquél, y sabrás si realmente los ha revelado y descubierto, y de ahí inferirás si guarda ó no tus secretos, si es ó no ávido de publicar tus asuntos reservados.

Ten presente, hijo mío, que muy bien puede suceder que tu secretario tenga enemigos, los cuales lleguen á causarle algún daño, y desee que les sea impuesto el castigo

correspondiente: en tal caso debes auxiliarle ratificando el castigo y corrección de aquéllos. Mas acaso el odio violento del secretario contra sus enemigos le excite á publicar tu ratificación en su deseo de que les des muerte, y á fin de averiguar esto último, mandarás á uno que observe si ha publicado el secreto que le confiaste sobre el particular, y si un tercero lo sabe, es seguro que fué revelado por el secretario, y que se ha hecho del dominio público; porque los secretos, cuando son transferidos á un tercero se exteriorizan, y son extendidos y divulgados; después, si el secretario guarda la debida reserva sobre este particular, infiere que oculta fielmente tus secretos; mas si lo ha divulgado, tenle por aficionado á publicar las noticias referentes á tu persona; porque aquel que se mantiene reservado en tal situación, seguramente que no será propenso á revelar tus secretos.

Respecto de tus cadíes, sabe, hijo mío, que si quieres conocer á fondo á tu cadí supremo, debes observarle con la mayor sagacidad y más exquisita prudencia que te sea

posible, estudiando todas sus condiciones. Si manifiesta afán ó gran deseo de ejercer tan elevada dignidad, infiere que no es varón de conducta recta y que carece de condiciones sólidas para el cargo. He aquí la prueba á que debes someterlo para este efecto: le invitas varias veces á aceptar dicha dignidad mostrándole á él con aspecto alegre; él se opondrá de palabra, aunque interiormente lo esté deseando; porque no es de esperar que manifieste desde el primer momento que desea ser elegido para el cargo; pues sabrá que en tal caso no habías de preferirle. Mas, no obstante, reitérale tus palabras de ofrecimiento mostrándole más afable con él y ponderándole el honor que va á disfrutar al situarse inmediatamente detrás de tí en dignidad, y entonces seguramente que no renunciará por completo, sino que descubrirá su verdadero deseo interior manifestando gozo y alegría en su semblante y acabando por obedecerte, no obstante de haberse negado á aceptar el cargo, en un principio, por mera apariencia y por disimular sus deseos. Si desde el primer momento te revela esta

condición, y tales cualidades, despáchalo y no le promuevas á tan alta dignidad, á no ser después de darte satisfacciones, y si al despedirle ves que su semblante se enrojece, confírmate en tu certeza de que ambiciona el cargo y se arrepiente de haber rehusado una dignidad que, si la alcanzara, se pegaría á ella del mismo modo que la camisa se pega al cuerpo.

¡Oh hijo mío! Si, por el contrario, aquel á quien invites para el cargo de juez supremo, lo rehusa absolutamente mostrando indiferencia de ser ó no investido y sin revelar deseo ni disimulo aparente, nómbrale y ruégale que acepte, y si por fin transige en obedecerle, ayúdale y préstale toda clase de auxilios.

A pesar de esta primera prueba, debes seguir observándolo, ya nombrado, y si ves que tiene afición á las mujeres, deseo de tener hijos y alcanzar una descendencia numerosa, infiere que esta condición le arrastrará indefectiblemente á inclinarse apasionadamente en los juicios, ya en pro de la demanda, ya de la defensa, y que esta misma causa le arrastrará también á aceptar presentes á cambio de ilegalidades.

Aunque sepas que el cadí no acepta presentes, ni tiene descendencia numerosa, ni siente deseo de poseer mujeres, obsérvale chanceándote con él, tratándole familiarmente, concediéndole mercedes é intimando con él hasta que veas que ya te lo has ganado y que se halla entregado completamente á tus deseos. En seguida de esto le pides una resolución en tu favor, mostrándole que se trata de un asunto sumamente beneficioso para tí, aunque en realidad sea insignificante; quizá el deseo de seguir en tu familiaridad le mueva á resolver dicho asunto contra lo que exige la conducta recta del rey, acordando favorablemente y ejecutando conforme á tu demanda, y de aquí deducirás que tu cadí es capaz de favorecer á otro por idéntico motivo que á tí. Si se opone á tu demanda y no resuelve totalmente á favor tuyo, obsérvalo no obstante en la conversación y silencio, en la manera de andar y sentarse y en todas sus actitudes. Si antes de ser nombrado cadí era conocido por hombre discreto y poco hablador, y luego al ser propuesto para dicho cargo se muestra locuaz acerca de co-

sas que no le incumben, afable, lisonjero y agradecido, infiere que ambiciona la dignidad y que es hombre farsante. Si, por el contrario, antes era locuaz y después se muestra reservado, infiere igualmente que te engaña, y en efecto será disimulado contigo, se presentará delante de tí como un asceta, haciendo ostentación de hombre templado y engañándote con sus apariencias, á fin de que le tengas en buen concepto para que no sospeches del mismo en ninguno de tus asuntos, ni le observes y descubras sus engaños.

¡Oh hijo mío! Si observas que tu cadí no apetece hijos, ni mujeres, que le es indiferente tu familiaridad ó generosidad, que no es amanerado ó artificioso en sus actitudes de andar y sentarse, ni revela cosa alguna que de una manera disimulada y astuta venga á enaltecer sus cualidades, ni alteración ó exageración en sus conversaciones y conducta, puedes estar segurísimo que este será el buen cadí, y más excelente será todavía aquel que desempeña las funciones de su ministerio á satisfacción tuya y suya.

¡Oh hijo mío! Semejantes observaciones

realizarás cerca de tu muftí y de cualesquiera otro funcionario de tu corte, cuyo género de vida, conducta, sentimientos y carácter desees conocer y escudriñar.

Respecto de tus caudillos militares, hijo mío, debes observarlos y tentarles sembrando mercedes entre los mismos y haciéndote el despreocupado, y si ves que las aceptan y gracias á las mismas cumplen sus deberes, infiere que violan tu derecho y lo perturban y por tanto no los nombres para ese cargo y, si lo hubieran sido antes, degrádalos, pues de esta suerte procederás con rectitud. Pues dichos caudillos ó tomarán presentes de manos de los súbditos contra el derecho prescrito por Alá, excelso y poderoso, lo cual es una gran calamidad, porque lo que daña á los súbditos causa la perturbación general del reino, y todo cuanto corrompe á los mismos da por resultado la destrucción de la patria, aminorando los tributos y borrando el estado floreciente del país; ó toman tales presentes contra tu derecho, y en este caso sus intenciones serán malévolas, se guardarán de tí para que no los observes y les hagas

torcerse en sus propósitos y esto les arrastrará á sublevarse contra tí ó hacerte víctima de una perfidia aleve ó traición vil y vergonzosa, porque las mismas causas que les induzcan á recibir presentes de parte de los súbditos les inducirán á hacerte traición y á dejar destruída tu hacienda. Pero si se guardan de recibir presentes en conformidad con el derecho de Alá y el tuyo, infiere que te son leales y sinceros, y deja en su empleo á quien de ellos fuere ya caudillo militar, y eleva á tal graduación á quien no lo fuere en premio á la fidelidad y confianza que te inspire. Pues la jefatura militar de estos últimos será loable y por su medio alcanzarás el fin próspero de tu misión en el califado, como ya expusimos en el capítulo acerca de la administración.

Por lo que toca, hijo mío, á los individuos de tu ejército, tropas de distrito, auxiliares y capitanes, debes observarlos estudiando las condiciones y conducta de los mismos. Si los ves aficionados á tener comodidades, pasatiempos, juegos y mujeres, infiere que no serán de confiar en los momentos

de apuro y en los campos de peligro y de muerte. Pero si ves que rivalizan en poseer el mejor caballo, equipo, coraza y armas, y en acometer actos de valor, reconoce, hijo mío, que éstos son los dignos de confianza en los trances adversos, y por ellos salvarás los obstáculos en los campos de peligro; pues éstos, durante el período de paz, se ocuparan en equiparse mejor y en adiestrarse más y más en el manejo de las armas.

Además debes observarlos al comenzar la batalla y si ves que, al acercarse el enemigo, se enardecen, se muestran superiores, más esforzados y ansiosos de luchar cuerpo á cuerpo formando todos, magnates é inferiores una masa compacta, espera tu victoria sobre los enemigos. Pero si, por el contrario, observas que al ponerse en contacto con el enemigo disminuye su ardimiento y aumenta su confusión, deseando unos acometer y otros volver las espaldas, recorre las filas y exhórtales á acometer compactos, como un solo hombre, ofreciéndoles recompensas y honores, arengándoles y recordándoles el auxilio del Poderoso y la recompensa prometida al

mártir por la causa santa. Sin embargo, con tales soldados no empeñes la batalla á no ser en aquellos lugares cuya posición te ofrezca ventajas sobre el enemigo, calme los corazones de aquéllos y levante sus espíritus viendo que las posiciones ocupadas guardan naturalmente sus espaldas y les pueden servir de sostén para avanzar ó emprender la retirada. Si no encontraras lugar en cuya posición estratégica pudieras sostenerte y hacerte fuerte y ves que tu enemigo te supera por tener un ejército compacto y vigoroso, mientras que el tuyo se halla desordenado, debes elegir, como te advertíamos en el capítulo acerca de la administración, una fortaleza inexpugnable que te sirva de refugio, imitando al arconte mencionado allí, y de esta suerte procederás rectamente, si quiere Alá excelso.

Observa, hijo mío, con la mayor sagacidad que te sea posible á tu ministro de hacienda, jefe supremo de tus prefectos, que es el encargado de vigilar la exactitud con que han de ser recaudados tus tributos. Si ves que tu visir, magnates y consejeros le quieren y adulan á fin de conseguir del mismo

los favores que desean, infiere que descuida completamente tus negocios y malversa tu hacienda, en cuyo caso su conducta es la más detestable que puede seguir. Si, por el contrario, observas que es odiado entre tus visirres, caudillos militares, prefectos y tropas, ten por seguro que únicamente le odian éstos por reclamarles los derechos, beneficios y utilidades debidas á tu soberanía; porque si el ministro de hacienda llega á ser odiado por nobles y plebeyos, es señal que desempeña fielmente su ministerio, que se guarda de recibir presentes de manos de los hombres y no se fía, sabiendo que tiene muchos enemigos, ni de aquellos que pueden ocasionarle la mayor desgracia, ni de las alabanzas que otros le tributen traidoramente, buscando de hecho la ruina y muerte del mismo. Después observa su manera de vestir y andar, sus alimentos y bebidas, la situación y comodidades de su casa y si notas aumento en todo esto, infiere que se aprovecha de tus bienes. Pero si no se ven alrededor del mismo otras mejoras de situación ó comodidades que aquellas que pueda tener, dada su posición ante-

rior, aunque la gente le calumnie á fin de hacerle caer en tu desgracia, estímale como hombre de corazón puro é intachable.

Si observaras que es descuidado para tus negocios, aunque no se apropie tus bienes, no te confies á él ¡por Alá!

Respecto de tus gobernadores, hijo mío, si ves que alguno de ellos se apodera de los bienes del pueblo y te los entrega creyendo que te ocasiona alguna alegría, buscando que le tengas en más alta estima, é imaginándose que con su conducta satisface tus deseos y propósitos, considérale como el peor, más detestable, opresor y funesto de los gobernadores, prívale del cargo, y de ninguna manera vuelvas á admitirle en tu servicio; pues contribuye á aminorar tus bienes, perjudicando á tus súbditos y corrompiendo la bondad de tu gobierno y propósitos. Porque éste, de la misma suerte que arrebató los bienes al pueblo, reduciéndole á la miseria en provecho suyo y tuyo, se apodera luego de tus bienes para dárselos á un tercero. Pero si no te entrega bienes y únicamente se manifiesta disimulado y artificioso y bus-

cando con engaño inspirarte confianza, pruébale, hijo mío, sembrando mercedes á su alrededor y, si las acepta, ten por seguro que se apodera de tus bienes. Aunque las rechace observa, no obstante, su casa, enviando á ella quien te traiga noticias sobre la situación de la misma, si ha mejorado en bienestar, si sus bienes han crecido, si vive rodeado de comodidades que antes no le fueron reconocidas, y si es así, piensa que ese aumento de bienestar podrá tener otro origen que tus bienes, á no ser que los súbditos se quejen contra él, y realmente sean oprimidos y vejados por el mismo; porque en este último caso ténle ciertamente por un tirano y fuente de tormento para el pueblo, pues sabe, hijo mío, que aquél que posee bienes es como el que lleva almizcle, que por mucho que quiera, á nadie puede ocultarlo.

Luego que ya conozcas su condición, el estado más ó menos próspero de su casa sin haber notado aumento sospechoso en la misma, y sepas que no causa vejaciones ni á uno solo de tus súbditos, pruébale alguna que otra vez, y si tampoco resulta contra él queja al-

guna, ni comete actos de opresión, considérale como el verdadero gobernador que toma aquello que se le permite y ordena.

Debes también, hijo mío, observar y escudriñar los pensamientos íntimos de tus *alháquem* (magistrados). Si observas que tu *alháquem* es odiado por los varones probos y querido por los perversos, piensa que se halla muy distante de seguir el camino de la rectitud, y recibe presentes á cambio de injusticias, por cuanto los probos únicamente pueden detestarle por los vejámenes, ilegalidades, relatos falsos y recusaciones de testimonios verídicos con que les oprima; él odia á los probos por saber que le censuran y reprueban, y éstos á su vez le aborrecerán por conocer perfectamente su mala conducta. Por el contrario, amará á los perversos porque la utilidad que puedan reportarle con sus malas artes le excitará á dejarlos libremente, y éstos á su vez á él para que les consienta su criminalidad; de manera que tu *alháquem* en tanto amará á los perversos cuantos mayores utilidades le reporten, y como la gente no tributa su afecto sino á

aquel que aplaude sus costumbres y carácter y aborrece á aquel que se opone y desea re- frenarla, los buenos le aborrecerán por opo- nerse á la realización del bien y los perversos le querrán por conformarse con sus costum- bres y consentirles su conducta perniciosa. Por esto, aquél vomitará injurias contra los buenos y dejará hacer á los perversos.

Pero si observas á tu *alháquem* que per- sigue á los perversos y honra á los probos, tenle por amante de la justicia y de la ver- dad. Después, hijo mío, examina su situa- ción y si notas cerca del mismo alguna no- vedad ó aumento que antes de ejercer el car- go no le era reconocido, ni al comenzar di- cho ejercicio se hallaba en posesión de los bienes, muebles y tesoros, etc., que puedas observar á su alrededor, es evidente que se deja ganar por las dádivas en privado y en público. Mas si no observas aumento alguno en su posición, ni se encuentran indicios de que haya multiplicado sus bienes, infiere que éste es tu *alháquem* digno de alabanza y exce- lente para la vida.

Semejante observación harás, hijo mío,

con tu *ministro de cuentas* hasta que reconozcas su condición é inclinaciones.

Respecto de tu enemigo, hijo mío, considérale siempre como tal. Si te manifiesta afabilidad y deseos de entrar en tu amistad, correspóndele como te hemos expuesto en el capítulo acerca de la administración, porque tal conducta constituye uno de los principios capitales del ejercicio de la soberanía. Ora observes que tu enemigo te envía presentes, te presta auxilios, promete satisfacerte y cumplir tus exigencias sin faltar á una sola, ora que te ofrezca pérfidamente su amistad y se muestre realmente tu rival en todas las circunstancias, considérale siempre con igual sagacidad, lo mismo en la rivalidad que en el auxilio mutuo.

¡Oh hijo mío! Si el enemigo te envía algún embajador con pretexto de ofrecerte ó prestarte auxilio ó consuelo, de revelarte afecto ó invitarte á la reconciliación y la paz, sabe que únicamente lo envía para confirmarse en las noticias que tenga respecto de los aprestos militares que hayas acumulado, ó se vean cerca de tí, y para conocer de esta

suerte aquello que le falte ó no reuna cerca de sí en comparación con lo que tú tengas presente ó ausente.

Tales han sido nuestras relaciones con los enemigos cuando nos traían ó remitían presentes. Si nos manifestaban deseos de entrar en nuestra amistad ó nos escribían cartas afectuosas, observábamos con toda sagacidad sus circunstancias y encontrábamos que todo ello eran ardidés, resultando el asunto tal cual lo habíamos sospechado. Examinábamos las cartas, apreciando sus antecedentes y consiguientes y del mismo modo á los embajadores que se nos presentaban, estudiando sus condiciones.

¡Oh hijo mío! Respecto de los embajadores que envíes á otros reyes, semejantes á tí, te conviene elegirlos entre los varones más excelentes de tu cábila ó de tu familia, aptos para el desempeño satisfactorio de la embajada, y al efecto no les enviarás sino después de haberles probado y asegurarte que has hecho buena elección. ¡Oh hijo mío! Todo embajador tuyo deberá poseer estas cuatro condiciones indispensables: gran corazón é inte-

ligencia, veracidad, exactitud para cumplir sus deberes, y discreción para no revelar las noticias y asuntos referentes á tu persona. Además de las anteriores condiciones necesarias debe poseer otras cuatro, como complementarias, á saber: elocuencia y belleza de expresión; hermosa figura y gallardía; ser amante de tu soberanía y celoso por el buen éxito de los asuntos que puedan convenirte; y modestia y austeridad en aquello de que debe abstenerse.

¡Oh hijo mío! Si tu embajador posee las condiciones expuestas conseguirás, por él mismo, el fin que te hayas propuesto en la embajada; pero aun á aquel que reúna dichas condiciones de una manera perfecta y loable debes observarlo, cuando regrese á tu corte y se te presente á dar cuenta de su comisión, según te hemos manifestado antes; de ningún modo dejes de examinarlo con toda la sagacidad fisiognómica que te sea posible.

Ten presente, hijo mío, que los reyes pueden pertenecer á una de estas tres clases: poderosos, débiles, amigos ó enemigos; y de

aquí tu observación fisiognómica respecto de los mismos, será de tres especies. En las embajadas, por consiguiente, que envíes á otros reyes tendrás en cuenta si envías tu embajador á quien sea más poderoso que tú, ó más débil, ó amigo tuyo, y además las circunstancias graves de la negociación y las necesidades de los asuntos que sean objeto de la embajada.

¡Oh hijo mío! Cuando hayas enviado un embajador á un rey más poderoso que tú por razón de un asunto que te haya reclamado, ó tú á él, examínale luego que regrese á tí, habiendo cumplido ya el objeto de la embajada, realizado tu deseo en el asunto por cuya causa le envíaste y obtenido felices resultados. Si el embajador te presenta mercedes y alabanzas de parte de aquel rey, debes corresponder á éste igualmente; porque, á pesar de ser más poderoso que tú, satisfizo tu exigencia y cumplió favorablemente á tus deseos. Sin embargo, no despaches á tu embajador sin observarle sagazmente hasta que te sea manifiesto que te ha informado con la mayor sinceridad; al efecto

hazle preguntas sobre la superioridad de tu enemigo, de los fundamentos en que apoyó tu demanda, los subterfugios y réplicas que opuso á aquél durante el tiempo de la embajada, y si te da noticias respecto de la conducta del mismo, de sus cualidades, ocupaciones y defectos, de los motivos que le producen alegría ó tristeza, de su altivez ó humildad, de su manera de sentarse y andar, de sus sentimientos más íntimos, de la situación y organización de su ejército sin ocultarte cosa alguna respecto de la agitación ó tranquilidad de ánimo en que vive dicho rey, considérale como al embajador excelente por cuya cooperación alcanzarás el fin que te propongas en las embajadas.

Pero si tu embajador guarda silencio respecto de tus preguntas anteriores y no habla más que para tributar elogios y gracias á dicho rey, mostrando insistencia en mencionarle y alabarle, ponle un espía que lo observe hasta que averigues lo que haya de verdad en las palabras que expresó y si este espía no encuentra cerca del mismo otra cosa que elogios y agradecimiento para dicho

rey sin que nada mencione relativo á sus cualidades y defectos, infiere que los presentes que recibió de aquél son la única causa que le hace callar respecto de lo último é insistir en tributarle elogios. En tal caso vuelve á preguntarle acerca de los presentes con que le haya honrado aquel rey para ganarse su afecto, y si se muestra reservado en algo, observa sus vestiduras y ornamentos, y si éstos son preciosos, ten por seguro que ha sido remunerado en más de lo que manifieste y que trata de engañarte con sus negativas; porque los presentes son proporcionados á las vestiduras que acompañan á aquéllos, pues es costumbre de reyes y príncipes acompañar á las vestiduras que regalan, otros presentes doblemente preciosos que éstas. Pero si te revelare los presentes que recibió en proporción con las vestiduras que ostente, según acabamos de exponer, y te manifestare que aquel rey le colmó de honores y le hizo magníficos regalos; mas no te revela detalle ni noticia alguna respecto del mismo, infiere que desconoce por completo las funciones propias del embajador y es un ignorante en

el terreno de la diplomacia; porque solamente su escasa inteligencia le mueve á alabar á aquel rey y á mostrarse satisfecho y alegre por los regalos y honores que recibió largamente de sus manos, y solamente su ignorancia y absoluta carencia de conocimiento es causa de que no haya adquirido una información exacta acerca de las condiciones y conducta del mismo. Por tanto no debes ya nombrarle embajador, ni le vuelvas á honrar con tan alta dignidad, porque carece de las cualidades indispensables é igualmente de las complementarias para su mejor desempeño.

¡Oh hijo mío! Si envías tu embajador á un rey menos poderoso que tú y deseas observarlo cuando regrese y se te presente, cumplida ya su misión, supongamos que el rey sea inteligente, sagaz y juicioso y que el asunto objeto de la embajada sea de regular importancia, es decir, ni muy grave, ni tan leve que apenas exija la atención y cuidado del embajador, supongamos también que el rey ha cumplido á satisfacción tuya, esforzándose y acudiendo con diligencia á reali-

zar tu propósito; si en tales circunstancias se te presenta tu embajador censurando al rey en lugar de alabarlo, es señal que éste no le hizo regalos ó concedió honores y por tanto supusiste mal al considerar á aquél como exento de ambición; porque habiendo satisfecho el rey tu demanda, solamente podrá censurarle porque no le concedió sus mercedes. Inferirás, por consiguiente, que tu embajador tuvo ambición, mas no fué satisfecho en ella, ni obtuvo el fin particular que buscaba. Pregúntale, no obstante, en tal caso si el rey le ha concedido honores y dado presentes y si observas que le ha concedido aquellos que le eran adecuados y correspondientes á su dignidad, infiere que tu embajador quiso hacerte traición vendiendo tus secretos, y por tanto no te confies, ni converses con él, porque seguirá en relación con tu enemigo hasta que se pacte y consolide la conformidad entre las exigencias de ambos, obligándose por su parte tu embajador á informar al rey tu enemigo sobre algunos secretos y noticias tuyas. Pero si los presentes que el rey hizo á tu embajador fueran infe-

riores á los tributados en igual caso á los de su dignidad, infiere que las censuras de éste contra aquél tienen por causa única lo exiguo de las mercedes obtenidas.

Si en tal caso, hijo mío, quieres conocer la importancia de los presentes concedidos á este tu embajador, examina su vestidura, y si fuere de elevado precio, es señal que el presente concedido corresponderá en valía á ésta y habrá sido espléndido también. Mas si el enemigo no cumplió á satisfacción tuya el objeto de la embajada, y no obstante regresa tu embajador tributándole elogios ó sin censurarle, ten por seguro que la conducta de éste obedece á que el rey tu enemigo le prometió mercedes y á la esperanza que tiene de volver por segunda vez á la corte de aquél y obtener del mismo abundantes beneficios, porque ha de hacer allí todo el bien posible á tu enemigo y tributarle las mayores alabanzas y muestras de agradecimiento. Infiere por consiguiente, que la perfidia caracteriza á tu embajador, que es incapaz de conseguir el objeto de la embajada, que carece de las condiciones loables que supusiste en él y que,

por el contrario, sus condiciones son infames y vituperables. Pregúntale todavía acerca de los presentes que le haya hecho y si se lo dió satisfactorios, ten por seguro que nada enmudece su lengua y le hace callar, á pesar de que no habiendo el rey enemigo cumplido el asunto de la embajada debiera vituperarle, más que los presentes y honores que le concedió.

Si habiendo enviado una embajada cerca de un rey amigo, luego se te presenta tu embajador después de haber cumplido satisfactoriamente su misión y de haber realizado el rey tu propósito siguiendo en el terreno de tu amistad, favor y afecto, y no obstante censura á éste, infiere que sus censuras son debidas únicamente á la falta de utilidad que le haya reportado la embajada; mas si le tributa elogios es por causa de la buena amistad entre vosotros y en agradecimiento á los presentes valiosos que le haya hecho. Pero si dicho rey no satisface tu deseo respecto del asunto, motivo de la embajada, y te escribe alegando pretextos ó excusas para no cumplirlo, estudia sagazmente su carta y el sen-

tido íntimo de sus frases, y si observas que ésta se halla redactada fuera de las formas ordinarias y usuales entre vosotros y versa sobre cosas incoherentes con el asunto propuesto, infiere que esto es debido al embajador que ha expuesto ante el rey algún asunto distinto del que le encomendaste y éste se opone á su deseo, y por eso parece que descuida la redacción de las frases ó se equivoca ó se aparta de las formas usuales en sus respuestas.

¡Oh hijo mío! Procede con la mayor sagacidad para conocer á los embajadores que se presenten en tu corte procedentes de las regiones de otros reyes semejantes á tí, sean amigos ó enemigos. Si los embajadores pertenecen á reyes amigos, no hay duda que vienen por asuntos de amistad y cortesía. Pero si pertenecen á enemigos, te conviene observarlos detenidamente y con grande astucia. Cuando alguno de los últimos aparezca ante tí con cara risueña y saltando de gozo y contento, es señal que quiere manifestarte de palabra la buena nueva que le alegra. Inmediatamente te saludará afectuosamente, te hablará con exquisita cortesía, elogiándote sobre

su rey y exponiendo su pretensión con suma afabilidad. Si de tal manera se presenta, estúdialo partiendo de uno de estos dos principios, y seguramente no serás engañado; ó que su rey tiene escaso poderío, ó escasa inteligencia. Si resulta lo primero, infiere dos cosas: ó que el embajador trata de ganarte alguna ventaja para su rey, ó desea evitarle algún daño empleando toda su astucia para engañarte. Si observas esto, déjale sentarse entre tus consejeros y probablemente revelará sus intenciones ocultas para captarse tu simpatía y podrás confirmarte en las observaciones de tu sagacidad reconociendo palpablemente su condición interior; porque todos los secretos que confíe á tus consejeros llegarán al instante á tus oídos. Luego le ordenas que se detenga entre tus magnates á fin de confirmarte todavía más en tus juicios respecto del mismo, y quizás te revelará todo lo que se haya reservado y el estado favorable ó desfavorable de sus negociaciones, en cuyo caso le exiges' prontamente grandes ventajas, aunque le ofrezcas otras para su rey de parte tuya.

Pero si dicho embajador se muestra reservado con tus magnates respecto de los asuntos de su rey, ni descubre las circunstancias, gravedad ó importancia de los mismos, infiere que es leal á su rey cuyo bien desea únicamente y de ningún modo hacerle traición; pues aunque te elogia, entiende que únicamente lo hace para mejor conseguir su propósito y realizar sus planes, ó por la debilidad, hijo mío, y escaso poderío de su rey, y prueba de esto, que no se presenta ambicioso, ni pretende otra cosa que aquello que importa á su señor y si te elogia con preferencia á éste, es únicamente por evitarle algún daño que tema de tu parte, y si te manifiesta afabilidad y cariño es por pura forma y por captarse á la vez tu benevolencia. En tal caso, hijo mío, preséntale aquellas exigencias que desees obtener cerca de su señor; pero pon grande precaución en el pacto otorgando aquellas condiciones que sean justas y precisas, mas no aquellas que puedan sonrojarte de vergüenza, ó ser tan ventajosas para su rey que te sirvan de oprobio y vituperio. Si acepta tus condiciones

desde el primer momento, confírmate en tu observación de que su rey es muy débil y aprovecha la ocasión, ya que entonces es posible y el enemigo te teme, haciendo la paz á tu gusto ó acometiéndole de lo contrario con tus defensores y auxiliares. Aparte de esto, dicho embajador resulta excelente y ha obrado con lealtad á su rey.

Si el rey fuera poderoso por su ejército y hacienda y tuviera gran número de auxiliares, defensores y héroes, y no obstante su embajador se te presenta afable, lisonjero y fino, ten por seguro que aquél tiene escasa inteligencia, es incapaz de distinguir entre las causas y resultados de los acontecimientos, y prueba de ello que su embajador no le hace justicia ni se conduce ni habla bien respecto de él, sino que, por el contrario, abandona su defensa y perjudica su servicio, cuando te prefiere, elogia y reconoce como superior al mismo. Y ten presente, hijo mío, que tal embajador falta á sus deberes, y no busca otra cosa que aquello que pueda asegurarle la satisfacción de sus ambiciones, ni tiene otro propósito que sus ventajas perso-

nales que le llevarán á dañar á su rey y á serle desleal, acarreándole la desgracia y la muerte, y si aparece afable contigo, es solamente para que le auxilies en la traición que prepara en favor tuyo contra su rey. Esto mismo aconteció á nosotros con Omar, hijo de Abdala, visir del rey del Mogreb Abu-Sálím. <sup>1</sup> Fué enviado á nosotros con grande empeño y constancia para tendernos una asechanza y traición en nuestra propia corte. Pero observámosle con la mayor sagacidad posible, estudiando por qué motivos se mostraba en actitud humilde y complaciente, nos revelaba afabilidad y dulzura y nos tributaba toda clase de elogios y lisonjas, y deducimos que por todos esos elogios que nos tributaba y por la humildad con que se presentaba ante nosotros, no obstante el poderío y magnífica situación de su rey, no se proponía más que tendernos una estratagemma ú obtener de nuestra parte la satisfacción de sus ambiciones personales. Ordenamos que fuera hospedado en la casa de nuestro

---

<sup>1</sup> Abusálím Ibrahim, hijo de Abulhasán, merínida.

visir Abdala, hijo de Moslima, por cuanto entre ambos reinaba antigua amistad, y precisamente esta circunstancia quería aprovechar Omar para realizar su propósito. Pero encargamos á nuestro visir que lo examinara sagazmente hasta hacerle revelar los pensamientos secretos que traía y descubrir todo su interior para poder conocer nosotros la verdadera intención ó fin que buscaba, y efectivamente lo encontramos tal como habíamos sospechado, es decir, que únicamente se proponía el engaño, la asechanza y la perfidia para satisfacer su propia ambición. En cuanto tuvimos la evidencia de esto, lo engañamos nosotros, prometiéndole todo cuanto quería y llenaba su codicia y logramos que volviera la asechanza contra su propio señor, produciéndole la muerte y la devastación de su reino. La asechanza y engaño que maquinaba contra nosotros, bajo aquellas apariencias con que se presentaba, consistía en realizar dos fines: uno, que traía dinero para auxiliar á la gente de Orán y prolongar su rebelión, y otro, presentarse á nuestro visir para seducirlo y volverlo al favor de su rey,

excitando su ambición, para cuyo último fin se valdría del afecto y amistad sincera é íntima que entre ambos mediaba desde antiguo. Pero nosotros estábamos ya seguros de que nuestro visir no se dejaría seducir por Omar, ni le arrastraría el oro á hacernos traición, dado el noble afecto, la lealtad y sinceridad que nos profesaba, y en cambio esperábamos de la firmeza de nuestro visir en sus convicciones que él seduciría á Omar y convertiría contra él su propia asechanza, quebrantando su tesón y convicciones, y por eso hospedamos á Omar en su casa, previéndole del propósito é intención que traía, según sospechábamos. Después, hijo mío, lo introducíamos al lugar reservado de nuestro consejo, una vez allí lo engañábamos con nuestras palabras y promesas á fin de ganárnoslo y sacarle su intención oculta, que no era nada menos que averiguar nuestros secretos y noticias; pero nosotros lo entreteníamos con toda clase de subterfugios y entretanto hacíamos públicas las intenciones que descubrimos en él, hasta que se enteró su rey y le postergó en su dignidad. Enton-

ces nosotros retardamos el cumplimiento de las promesas que le habíamos hecho y no le hicimos otras nuevas hasta saber que su rey sospechaba de su lealtad y que llegando á presencia del mismo no encontraría perdón, ni salvación posible, sino más bien el rigor del odio secreto que ya le guardaba por lo mal que se había conducido en la realización de sus propósitos.

Cuando Omar conoció que, á pesar de su grande genio, era reprobada su conducta, nos descubrió los secretos de su señor y nos reveló todo su interior, y pactamos con él únicamente para los efectos de perjudicar á su rey y salvarse él al mismo tiempo de la situación difícil en que había caído por su propio descuido. Respondió favorablemente y convino con nosotros doblegando su espíritu á todo cuanto le propusimos. Los sucesos desarrollados en la rebelión que excitó contra su rey fueron sucediéndose con éxito hasta su desenlace, ante las puertas de la ciudad de Fez, la nueva, donde su rey sufrió el más trágico fin de la vida. Sucedió que Omar, al separarse de nosotros sin conseguir

el objeto que había buscado, ni el del dinero que traía para la gente de Orán, ni tampoco la seducción de nuestro visir que intentaba, nos prometió hacer traición á su rey, proclamar al hermano de éste y dar libertad á los Abdeluaditas que se hallaban oprimidos bajo su mando; después de lo cual resultaría la reconciliación con nosotros, sin disputa alguna. Cuando llegó á presencia de su sultán Abusálím dióle cuenta de la embajada según era obligación estricta, pero reservándose ya interiormente los planes con que confiaba engañarlo y hacerle traición. Alá dispuso, por su poder, que el sultán saliera de Fez, la nueva, para pasar en la antigua la temporada del estío, según era su costumbre, y cuando, al venir el otoño, quiso regresar á la nueva por el mismo camino precisamente que había pasado el visir Omar al regresar de nuestra corte, se encontró con la noticia de que éste le había cerrado las puertas de la ciudad y proclamado allí, en sustitución del mismo, á su hermano Abuomar hijo de Abulhasán. Abusálím partió precipitadamente para acometerle, llegando los caballos de su

gente con la boca seca de tanto correr; trabó la batalla, mas le fué adversa la suerte; su ejército volvió las espaldas abandonándole y despreciándole, como si no fueran subordinados á sus órdenes, vióse obligado á huir para salvarse, pero fué perseguido y muerto hallándose completamente abandonado y solo, sin defensor ni auxiliar alguno <sup>1</sup>.

Te conviene sobremanera, hijo mío, observar á los embajadores de tus enemigos, cuando lleguen y comparezcan en tu presencia á exponerte el objeto de su embajada; tratarles con la mayor consideración posible, examinar su actitud con toda sagacidad y engañarles con toda clase de subterfugios y ar-

---

1 La fecha de la rebelión de Omar contra su rey Abusálím aparece en la «Crónica de los Almohades y Hafsidas», traducida por E. Fagnán que dice: «Dans la nuit du (lundi au) mardi 47 Dhoulkada de la dite année (762 de l' hegire), Omar ben Abdallah ben Ali se revolta dans la ville neuve de Fez contre Abu Salim et reconnut l' autorité de Tacheffin el Maw-sous, fils du sultan merinide Abou l-Hasan. Abou Salim partit de l'ancienne Fez pour le combattre, mais son armée l' abandonna et s' enfuit à la ville neuve; lui meme dut prendre la fuite, mais il fut poursuivi et tué, et sa tête fut rapportée à la ville neuve.»

tificios hasta que conozcas al que sea amante y leal á su rey, al farsante y al recto. A todos debes recibirlos con la consideración que exija su dignidad y condición. Si el embajador, hijo mío, tiene la dignidad de visir ú otra semejante, debes recibirlo como tal, y si es de inferior categoría, debes procurarle igualmente todo aquello que exija su rango. Así, facilítale hospedaje entre tus servidores semejantes á ellos en categoría y tribútales los honores que les correspondan y en esto tendrás una ocasión oportuna para sacarles francamente las noticias reservadas y secretos que puedan traer.

¡Oh hijo mío! Si algún embajador de tu enemigo aparece en tu presencia con la faz contraída, el paso majestuoso y revelando disgusto exteriormente, sospecha una de dos cosas: ó que esta manera de presentarse el embajador es debida á su misma malicia y artificios para mayor disimulo, ó que es reflejo exacto de la intención de su rey. En tal situación debes hospedarlo en compañía de aquel de tus servidores, semejantes á él en categoría, que pueda escudriñar su mane-

ra de ser, después que le hayas tomado la carta que acompañe. En ésta observarás el deseo de tu enemigo é inferirás de la misma la realidad del asunto sin que se te ocultada de la verdad ó falsedad; porque si ves que el deseo revelado en dicha carta no te conviene, ni satisface, ni por su oferta ni por su demanda, infiere que el embajador está en carácter, al presentarse, con la intención de su rey y con el espíritu de la carta, y en tal caso hazle comparecer á tu presencia cuidando de aislarlo de tu Consejo para que no adquiera información alguna respecto de tu situación, te guardas la carta que acompaña y le entregas tu respuesta. Pero si la carta te es halagueña y satisfactoria por varias causas infiere que la perfidia es propia del carácter del embajador, puesto que en la carta de su rey no hay más que expresiones de seguridad y súplica: en tal caso haz mercedes ó beneficios al embajador para ganarte por medio de los mismos su corazón, puesto que su conducta es hija de su ambición y deseo de aprovecharse para su fin particular, y si acepta los beneficios y honores que le

concedas, éstos le excitarán á revelarte los secretos que guarde haciendo traición á su señor. De esta suerte nosotros, hijo mío, hemos observado á los embajadores y los hemos encontrado buenos y malos, según las sospechas que nos habían sugerido.

Respecto de las cartas que recibas de tus enemigos debes distinguir las dos circunstancias siguientes:

1.<sup>a</sup> Que procedan de un rey más poderoso que tú, pero cuya incursión pudieras rechazar. Desde luego debes considerar la carta que éste te envía, como procedente siempre de un enemigo, y aunque te resulte satisfactoria, conveniente á tus propósitos y que no te perjudica al parecer, examínala sagazmente á fin de conocer por su exterioridad el fin oculto que encierra; porque sabe, hijo mío, que dicho rey únicamente desea engañarte y al efecto se vale de la astucia, que la alabanza que te tributa es ficticia y no es sincera la amistad que te ofrezca, puesto que es cosa clara que si, á pesar de ser más poderoso que tú en su reino, más estable en su trono y circunstancias, de disponer de

ejército más numeroso y hacienda mas rica y de hallarse rodeado de mayor majestad y grandeza, se limita á ofrecerte su amistad y te invita á la reconciliación entre ambos, busca únicamente que no te prevengas contra él, ni tomes precauciones, para caer sobre tí en el momento que te halles descuidado y sorprenderte desprevenido para rechazarlo. Por consiguiente, hijo mío, está prevenido contra esa asechanza, la más cruel que puede darse, haciéndote más astuto que él á fin de no dejarte seducir por sus apariencias.

¡Oh hijo mío! Si encuentras en la carta de tu enemigo unas frases que revelan bondad, y á la vez otras perversidad, prevenite contra él con mayor solícitud que si únicamente te escribiera para amenazarte ó hacerte alguna reclamación; porque sabe, hijo mío, que en el primer caso procede con mayor astucia que en el segundo; pues en éste revela claramente la inquietud y zozobra de su espíritu, mientras que en aquél comprende en sus palabras el bien y el mal y ambos se contradicen.

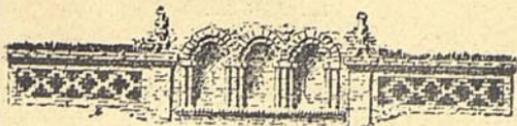
¡Oh hijo mío! Si tu enemigo te equipara en ejército, hacienda, capacidad, astucia y

penetración fisiognómica, por sus cartas reconocerás su inteligencia y propósitos. Si te escribe unas veces en sentido satisfactorio y complaciente, y otras dañoso y ofensivo, infiere que le falta inteligencia para ser tu igual, como hemos supuesto; porque revela la agitación de su espíritu por defecto de su temperamento aceptando unas veces lo que no debe y oponiéndose otras á aquello que debería aceptar: en tal caso engaña-lo con subterfugios; porque él no seguirá igual conducta que tú, y si llegas á ventilar el asunto, le aventajarás en astucia y conseguirás aquello que mejor te parezca llegando hasta triunfar sobre él mismo.

¡Oh hijo mío! Ten presente que si tu enemigo te escribe con un objeto único y bien planteado, sin que observes en su carta ni más ni menos que aquello que se halla en relación con el asunto y se limita á expresar lo indispensable al efecto que se proponga, es señal que posee una grande inteligencia y carácter excelente sin que le irrite otro asunto que aquel que le preocupa, ni más noticia que aquella que le aflige y atormenta: á éste, hijo

mío, es preciso que le tiendas alguna asechanceza y lo engañes con golpes de astucia y con toda clase de subterfugios, como te expusimos ya en el capítulo sobre la administración.

2.<sup>a</sup> Si tu enemigo, hijo mío, es más débil que tú, observa por sus cartas los grados de su inteligencia y la perfección y excelencia de sus acciones, ó su estupidez é ignorancia. Si te escribe alguna vez que otra en tono bondadoso y por asuntos de reconciliación y alegría, infiere que es inteligente y sigue una dirección perfecta en sus asuntos buscando tu amistad, generosidad y reconciliación sincera, aun á costa de humillarse á tí. Con éste debes conducirte de la manera que te indicamos en el capítulo sobre la administración. Mas si dicho enemigo á pesar de su inferioridad en poder, te remite cartas que no te satisfacen, sino que más bien te ofenden por las dificultades que revelan, infiere la agitación en que se halla su espíritu, su escasa inteligencia y perversidad de carácter; sé astuto y de ninguna manera indulgente con el mismo y está seguro que conseguirás dominarlo.



## CONCLUSIÓN DE LA OBRA

He aquí terminado ya el libro que te dedicamos y cuyas frases han brotado de lo más profundo de nuestro corazón: en él acabamos de exponerte aquellas recomendaciones que te facilitarán la prosperidad en la vida futura y en la actual, pues hemos reunido todo cuanto te interesa saber para la mejor dirección de tus asuntos de este mundo y del otro y para tu felicidad espiritual y material. Establécelo como norma de tu conducta y antorcha que te ilumine, y después que practiques las enseñanzas del mismo para el cuidado de los asuntos divinos y del gobierno del mundo, pon toda tu con-

fianza y entrégate por completo á Alá excelso, esperando de su auxilio el éxito más feliz; porque aquel que confía en Alá, encuentra siempre la prosperidad en sus asuntos.

¡Oh hijo mío! Purifica tus deseos en la oración para que el Señor de los cielos te responda favorablemente. Ten presente que el reinado es un don que Alá concede á aquel á quien quiere de sus siervos y un designio secreto de su voluntad divina. Dí: ¡Dios mío! ¿qué es un reino para tí, si tú lo concedes ó arrebatas libremente, si tú haces poderoso ó humillas á aquel á quien quieres?

¡Oh hijo mío! Descubre sinceramente á Alá todos tus secretos, revélale todo tu interior en todas tus circunstancias de la vida; porque El reconoce, penetra y escudriña los pensamientos más recónditos. Ya dijo el Profeta, á quien Alá bendiga: «Alá rasga el velo del secreto cuando alguien se lo oculta.»

¡Oh hijo mío! Sabe también que Alá no quiere que le desobedezcas en nada de lo que te ordena, del mismo modo que tú no quieres que te desobedezcan tus súbditos.

¡Oh hijo mío! Cuando se ofrezcan á tu

resolución dos asuntos opuestos, porque uno de ellos sea conveniente para tí y tus magnates y el otro para Alá, inclínate por este último. Pues sabe que el mayor bien consiste en el temor de Dios y que nuestro principal asunto es alcanzar la bienaventuranza, mientras que la esclavitud más cruel de este mundo es entregarse por completo á las pasiones.

¡Oh hijo mío! Adorna y embellece tu alma con las virtudes más excelentes; ama la verdad y desprecia la mentira, busca la amistad de los varones piadosos y rectos, respeta los bienes de los huérfanos, abstente por completo de las cosas ilícitas deseando aquello que hay en Dios y evitando lo que hay en el mundo. Porque aquel que ama la verdad es respetado por las criaturas, y el que desprecia la mentira se ve libre de los infortunios de los perversos; la amistad de los varones piadosos acrecienta la prosperidad y seguridad de la vida; el mayor de los crímenes es arrebatar los bienes á los huérfanos y la mayor responsabilidad dejar que sea fácil la comisión de los delitos.

Ten presente, hijo mío, que únicamente

resta para el hombre en este mundo la fama de su virtud y excelente conducta, y alcanzando ésta no temas adversidad alguna; aprende en la historia de las naciones y generaciones pasadas cuyas riquezas desaparecieron restando únicamente sus grandes hazañas.

¡Oh hijo mío! Guárdate de la pereza y holgazanería y procura más bien ser diligente en tus asuntos; porque te es más fácil morir que seguir viviendo y la muerte es más rápida que el guiño del ojo.

¡Oh hijo mío! La gente se entrega á los placeres y se divierte hasta que la sorprende el día prometido, y entonces el que sembró bien, recoge alegría y honor, mas el que sembró mal recoge aflicción y tormento. Sabe, hijo mío, que tus miembros darán testimonio favorable ó adverso de tu conducta, que tus sentimientos y acciones se te imputarán, y por tanto debes procurar que testifiquen en tu favor y no en contra, y presentar buenas obras en tu defensa.

¡Oh hijo mío! Sé veraz; porque la verdad es prenda de dignidad personal y un senti-

miento piadoso, mas la mentira es un oprobio, una infamia y una injuria.

¡Oh hijo mío! Haz de la inteligencia tu emir, del silencio tu visir, de la justicia tu principal consejero y camarada y de la equidad tu mejor amigo.

¡Oh hijo mío! Sé bondadoso y ama con predilección á los siervos de Alá más distinguidos por su piedad, á los más venerandos doctores y más leales, da libertad á los ermitaños y protección á las escuelas; sé temeroso de Dios y clemente con tus súbditos é imita á Nidam Almole, visir de Alparsalán. Refiere Atortusí (el de Tortosa) que en ocasión de encontrarse en el Irac, el rey turco Abulfátah hijo de Alparsalán nombró visir suyo al que ya lo había sido de su padre, á Nidam Almole. Este visir contribuyó grandemente al sostenimiento de la dinastía de sus señores robusteciendo los fundamentos del reino, haciendo inexpugnables sus fortalezas, ganándose á los enemigos, siendo el amigo de los príncipes, confiriendo los empleos á hombres capaces, extendiendo por igual sus beneficios á ene-

migos y amigos, á los próximos, ausentes y distantes, y de esta suerte aseguró el reino y humilló á las criaturas ante su sultán.

La causa de tantos resultados felices y prósperos fué, por permisión de Alá altísimo, que dirigió principalmente su atención á ensalzar la religión y á edificar escuelas para los jurisconsultos, madrazas para los sabios, ermitas ó conventos para los varones píos y virtuosos y para los pobres y ascetas, señalándoles luego pensiones, vestidos y gratificaciones mensuales, y concediendo premios y mercedes á algunos más doctos, además de los sueldos ordinarios que disfrutaban. Extendió todos estos beneficios á las regiones todas del reino hasta tal punto que no había, desde la primitiva Siria, ó sea Jerusalén, hasta la Siria moderna, es decir, la región del Diarbéquer, las dos villas Cufa y Basora, Jorasán y sus distritos y Samarcanda al otro lado del río Chihun en una extensión de 100 días de jornada, hombre docto ó amante de la ciencia, religioso ó asceta que no recibiera en el mismo rincón de su casa grandes y abundantes beneficios, para

cuyos gastos aquel visir sacaba de la casa de hacienda 700.000 dinares cada año.

Algunos canallas llegaron á acusarlo ante el rey Abulfátah y á fin de excitar la cólera de éste contra aquél, le dijeron: «mejor fuera que organizaras con esa riqueza que sale del tesoro un ejército que fijara sus tiendas ante los muros de la magnífica Constantinopla.» Esta observación fué escuchada agradablemente por Abulfátah y dijo á su visir, cuando éste entró á su presencia: «¡oh padre mío! he sabido que sacas de la hacienda cada año 700.000 dinares para sostener á gente que para nada nos sirve, ni nos reporta utilidad alguna.» Nidam Almolc lloró al oír estas palabras de su rey y respondió: «¡oh hijo mío! yo soy un viejo extranjero y si me pide cuentas Aquel que tiene toda autoridad, mi consumo diario no llegaría á 5 dinares; tú, en cambio, eres un joven turco y quizá tendrías que responder de 30 dinares, sin contar que además te encuentras entregado por completo al placer y á tus pasiones y es más te muestras rebelde á Alá en lugar de obedecerle; prepararías tus ejércitos para que su-

frieran desastres, pues aunque los organiza- res perfectamente y acometieran al enemigo armados con sables dos codos de largos y con arcos cuyos dardos alcanzaran á 300 codos, vivirían, no obstante, consagrados á la rebelión, á la borrachera, al juego y á la música de flautas y tambores. Mas yo levanto para tu defensa un ejército titulado ejército de la noche, el cual, cuando duermen tus soldados se presenta á vanguardia de éstos, organiza- do á la vista de su Señor derramando lágrimas, enviando sus oraciones y levantando sus manos hacia Alá altísimo pidiendo por tí y por tus soldados, y vivís bajo el manto de intercesión de ese ejército: por sus oracio- nes sois confortados y gracias á sus súplicas recibís la lluvia y las provisiones y sus flechas atraviesan hasta el séptimo cielo en la oración é intercesión ante Alá, todopode-roso.» Abulfátah lloró amargamente y exclamó: «¡muy bien, padre mío, muy bien! dame un ejército numeroso como ese.»

Como prueba de las grandes cualidades de este visir, refieren los historiadores que un día se le presentó un hombre, llamado Abu-

saíd el Sufí y díjole: señor, yo soy capaz de construirte una madraza en la ciudad de Bagdad que no tenga semejante en ninguna otra región de la tierra y perpetúe tu memoria hasta el día del juicio final. Nidam aceptó el ofrecimiento que este hombre le hacía y escribió á sus procuradores en Bagdad ordenándoles que facilitasen dinero al mismo.

Abusaíd compró una porción de terreno á orillas del Tigris, echó los cimientos y levantó la madraza Nidamía, edificada con gran belleza arquitectónica, inscribiendo en ella el nombre de Nidam Almole. Después construyó mercados al rededor de la madraza que se alzaba sobre ellos á manera de un gran monasterio, y compró fundos, hosterías y casas de baño legándolos en favor de la misma. De esta suerte se hizo general el respeto y veneración á Nidam Almole y su memoria se extendió y dilató por toda la tierra, de Oriente á Occidente. Este hecho tuvo lugar entre los años 450 á 460 de la hégira. Entregada la cuenta de los gastos hechos en la construcción de la madraza resultó que ascendía próximamente á 60.000 dinares (si

sobró algún dinero se lo guardaría Abusaíd para sí y para sostener la hostería en la madraza). Pues aconteció que Abusaíd fué llamado por Nidam para que se presentara en Ispahán á fin de rendir cuentas de lo gastado en la construcción de la madraza, y enterado aquél, mandó á decir al califa abásida que si quería ver extendida su fama y su gloria por todos los ámbitos de la tierra para siempre, no tenía que hacer más que borrar el nombre de Nidam Almole de aquella madraza y sustituirlo con el suyo por el precio de 60.000 dinares. El califa contestó que mandara desde luego á alguien para entregarle dicha cantidad. Asegurado con esto marchó Abusaíd á Ispahán; pero díjole Nidam Almole: «ya te entregué cerca de 60.000 dinares y quiero que saquemos la cuenta.» Pero respondióle Abusaíd: «no gastemos el tiempo hablando, si te parece, pues sino voy á borrar la inscripción de tu nombre en la madraza, sustituyéndolo por el de aquel que entregue el dinero que falta, y así no restará gloria alguna para tí». Al oír esto Nidam Almole exclamó: «Oh jeque, ahí tienes

toda esa cantidad y no borres nuestro nombre de la madraza».

Inmediatamente Abusaíd construyó con dicho dinero ermitas para los suffes y compró campos, hosterías y jardines que legó también á aquellos que las habitan actualmente y son muy visitadas en Bagdad.

Ten presente, hijo mío, que son muchas las buenas obras para alcanzar el fin próspero, y entre las más excelentes y loables son de notar aquellas que tienden á consagrarse, refugiarse y acercarse á Alá, pero la principal para alcanzar mérito ante su presencia el día del juicio final, es la guerra santa, fundamento de la religión y obligación estricta para todo aquel á quien están encomendados los asuntos de los musulimes; en toda región debe existir la obligación de la guerra santa y tener Alá defensores y héroes de su religión. Al Profeta se atribuyen estas palabras: «no faltará una banda de mi nación que sostenga la causa justa en el Mogreb hasta que sobrevenga el imperio absoluto de Alá», en cuyas últimas palabras se refiere al juicio final, y en toda la sentencia alude á

nuestros hermanos de España que se encuentran entre un mar proceloso y un enemigo infiel. Todo el que de éstos muere sobre el campo de batalla alcanza la misma recompensa que aquel que muere en la senda de Alá.

Si esos hombres, hijo mío, merecen tanta consideración y estima en presencia de Alá, deben constituir tu principal cuidado pres-tándoles auxilios y socorros y enviándoles cuanto puedas de víveres, dinero, caballos, defensores, héroes y municiones de guerra; como ordenó Alá á su Profeta para prevenirse contra sus enemigos y vivir tranquilo en medio de sus agitaciones, debes enviarles flechas y trabas, para sujetarles todos los años, sin descuidar jamás su vigilancia. Además á los que de España regresen á tus pueblos has de tratarles con generosidad, respeto y veneración, facilitándoles medios de subsistencia ya que se esfuerzan en sostener á nuestros hermanos que luchan por la guerra santa y se afanan por defender allá á los más excelentes musulimes, los morabitos. Y es indudable que disponiendo aquéllos de provi-

siones, salvarán por su medio los más arriesgados peligros hasta engolfarse para llegar y combatir con ellas á todo rey infiel; pues las provisiones sostienen los cuerpos, alientan los espíritus. Atiende á la conservación de esos hombres, porque si llegan á ser pocos, se desmoralizará la humanidad y escasearán los beneficios.

Sabe, hijo mío, que tus pueblos, gracias sean dadas á Dios, son los más abundantes y fértiles entre las naciones y la región más excelente en este sentido, y por tanto debes mandar á España una parte de esos beneficios que Alá quiso concederte y ser generoso con cualquiera de sus habitantes que acuda á tí, sea árabe ó persa; porque si eres un defensor de la guerra santa ó de la causa de Alá, serán múltiples las bendiciones sobre tus pueblos, y los predicadores del islamismo implorarán de Alá la prosperidad en tus asuntos, y caerá sobre tí toda clase de bendiciones, si quiere Alá excelso.

¡Oh hijo mío! Procura sostener los ritos divinos y suplica fervorosamente á Alá que te conceda la bienaventuranza y aproxima-

ción al mismo: sigue nuestras huellas en la festividad del nacimiento del Profeta, invirtiendo en ella aquella cantidad que te permitan los otros gastos de cada año. Establece dicha festividad como costumbre anual, socorriendo en aquella noche á los pobres y repartiendo premios entre los poetas, y si tienes genio poético y te hallas adornado por la cultura de las bellas letras, compagina una perfección con otra y escribe poemas natalicios en loor de Mahoma, luchando en público certamen con los poetas más distinguidos á fin de adquirir así mayor mérito. Tal, hijo mío, ha sido nuestra costumbre y nuestra ley constante y perpetua, y entre las diferentes poesías que compusimos sobre dicho asunto he aquí las siguientes:

Ya ha venido á ser habitual en mí la flaqueza, frecuentes los suspiros, y la tristeza consume mi corazón.

Bien merecido tengo que la tristeza abata mi espíritu y que las lágrimas caigan de mis ojos como lluvia incesante.

Cerca me hallaba ya para reunirme con vosotros, pero despertaba en el abandono temiendo al vigilante (Dios).

Me había maltratado el amigo, alegrábase el en-

vidioso, se me acercaba el que antes se hallaba distante y el vecino se alejaba de mi lado.

¡Oh si yo hubiera sabido esto! ¿Cómo no iba a preferir la unión y una vida que había de ser dichosa?

¿Puedo evitar la separación? se desalientan los ánimos y se enfrían los corazones.

En Vos he puesto toda mi esperanza. ¡Tened compasión de mí! ¡Estoy pegado a vuestra puerta como advenedizo sospechoso.

¡Solo, extraño en vuestra presencia! Mas ¡guardaos de negar la hospitalidad al extranjero!

¡No he cometido otro crimen que amaros y, por Alá, que no estoy arrepentido del amor que os profeso.

¡Si me matáis, que os sea cosa lícita! Yo encontraré agradable todo aquello que satisfaga al amado.

¡Aunque me rechacéis por mis faltas, vuestro carácter bondadoso llegará a perdonarme!

Pues si tenéis misericordia de mí, perdonáis al hombre que más os ama. Vuestra satisfacción cubrirá continuamente mis faltas,

Hallándome cautivo de vuestro amor y muerto por vuestro afecto, confío en que vuestra satisfacción está ya próxima.

Tengo el corazón enfermo, el cuerpo flaco y mi enfermedad ya crónica ha venido a hacerse de difícil curación:

Me ha abandonado el sueño, las lágrimas se deslizan de mis ojos; he perdido la alegría y se halla abatido mi corazón.

Dejo rastros de mi llanto, veo las estrellas de dolor, disimulo mis penas y juntamente mis preocupaciones.

Recrimino a mi alma por sus faltas y agrávase la debilidad y flaqueza de mi cuerpo.

Soy un malvado que sufre el dolor de los pecados que cometió y está resuelto á arrepentirse apartándose de los mismos.

Te suplico ¡oh mi creador! el arrepentimiento; pues tú no cesas de responder favorablemente á los que piden.

Sé mi custodio en el día del juicio último; pues basta tenerte por tal en dicho día.

¡Temo por los pecados en el día de la venganza, cuando ya mis cabellos han llegado á encanecerse!

¡Cuántas veces me he distraído en medio de los placeres! ¡Cuántas veces me he olvidado! ¡No obstante, suplico que me escuches favorablemente!

¡Qué otra cosa me consolará en medio de mis tristezas mejor que mi Señor, si continuamente está procurando que cesen aquéllas?

Pasó la juventud de mi vida; ¡ay! y mi cabeza se halla cubierta por las canas.

Mi débil cuerpo es abrasado por el deseo ardiente y oprimido mi corazón por la ausencia (de Medina).

Gimo al levantarse la aurora é igualmente cuando el sol busca su ocaso.

Si el viento sopla de parte de la región olorosa (Medina, en la cual se encuentre el sepulcro de Mahoma) toda la tierra se impregna de almizcle y de perfumes suavísimos.

Amadla vosotros; pues yo por causa de Alá amo los vientos de Oriente y del Mediodía.

Cuando soplan los vientos perfumados de su región, se atiza más el fuego de mi pasión ardiente por volver á visitarla.

Anhelando y suspirando por el Elegido (Mahoma), cuyo amor me abrasa y oprime mi corazón.

El mejor guía que conduce á todos los siervos

piadosos por el camino de la rectitud, que es el negocio principal.

El intercesor más ilustre, el que goza de mayor influencia y se halla revestido de más alta dignidad; vino al mundo en la primavera y vivificó los corazones.

Más noble que la luna nueva, que comprende todo esplendor, apareció visible al nacer para no ausentarse después.

Generoso para los afligidos, magnífico, ilustre y espléndido en los beneficios que dispensa.

¡Oh, tú que conduces los camellos hacia el lugar del amado (Medina)! Cuando llegues á esa región espaciosa

Y, creciendo la pasión á medida que cesa la distancia, des las vueltas y resueltas acercarte

Al sepulcro del natural de Tehama (provincia de la Arabia al N. de Hechaz) á la luna plena, al más excelente de los hombres, al ilustre y amoroso

Salúdalo de mi parte, porque él tiene la medicina que cura mi enfermedad.

Y cuando llegues á Neched y comarcas del mismo, humedécelas extensamente con mis lágrimas;

Pues el sepulcro del Profeta constituye el objeto de todos mis deseos y súplicas; quizá si yo marchara sacara mi porción.

¡Oh gentes dichosas! Marchad diariamente, apartad el sueño de vuestro lado.

Corred presurosas por las cimas de las montañas; pues ya se ha acrecentado mi pasión ardiente y mis lágrimas suplican en su profusion á mis conductores.

Será cosa fácil para ellas realizar su propósito, cuando todo noble apasionado monte sobre su camello.

Marchan soportando fácilmente la fatiga, se dirigen hacia el Profeta, atravesando ¡ay! la llanura y las montañas cubiertas de nieve.

Han salido en la oscuridad de la noche y mis párpados se han desbordado profusamente; ya me han dejado atrás inflamado por la pasión y profundamente afligido.

Mi corazón apasionado se encuentra allá en Oriente: pero mi cuerpo yace en este Occidente apartado.

Me han dado á beber copas de agua que derrite las almas; mas en tí confío, ¡oh Moisés!, que harás cesar mis tristezas.

Con veneración saludo al más excelente entre los hombres; no veré frustrada la esperanza y fe que en él he depositado.

Es un profeta que tuvo misericordia de los siervos y arrancó y borró de nosotros los pecados.

Estableció para los creyentes la ley divina y la guerra contra los infieles.

En su nacimiento brilló encendido el horizonte é inundóse la tierra de bello resplandor.

Desplomóse el palacio de Cosroes y en poco estuvo que el espanto le produjera la muerte.

Y los dos fuegos de Persia se apagaron, constituyendo un hecho maravilloso.

Secáronse los cauces de los ríos y sobrevino luego un rocío copioso.

Por El gimen los pequeñuelos mostrándole sus tristezas y sus lágrimas.

Resplandeció para El la luna en toda su plenitud y sus palabras de infante quedaron impresas.

¡Cuántos milagros fueron realizados en favor su-

yo, cuya grandiosidad no puede cantar poeta, ni exponer orador elocuente alguno!

Sobre El sea la salutación por toda la eternidad y cuanto hace sonreír á los jardines descubriendo la blancura de sus dientes.

### He aquí otro de nuestros poemas:

El amor debilita extraordinariamente mi cuerpo y el deseo ardiente mantiene mi imaginación en constante vigilia.

La separación enciende el amor en mis entrañas y las lágrimas inflamanlo dentro de mi corazón.

Son agua y fuego (las lágrimas y el amor) y así inflaman mis entrañas, y mi corazón entre ambos elementos llega á derretirse.

Son dos enemigos que ya han pactado prestarse mutuo auxilio para arrebatarme el sueño; mas á pesar del dolor que me causan, encuentro delectación en el amor.

No puedo engañarles mientras no me haga amigo de ellos; pues ya el hombre llega á aborrecer á aquel con quien se reúne.

Una de sus maquinaciones es matarte ¡ay! una vez hecho el pacto, y la otra es insoportable para el enamorado.

El insomnio, la separación y el amor ardiente me siguen sin cesar, y todos ellos se presentan para atormentarme como una cuerda que me ata.

Paso la noche endurecido en la vigilia y reflexión, sin darme cuenta de si es larga ó corta.

Noche, día, todo para mí es una continua reflexión y el sueño se aparta muy lejos de mis pupilas.

Tengo ya el corazón completamente ocupado y

mezclo gotas de sangre con las lágrimas que corren de mis ojos.

Todas estas cosas me sirven de tormento; su causa es la pasión que me domina, y no encuentro un lazo que me una con mi amado.

Rechazo las lágrimas de mis ojos; pero éstos se encuentran desbordados constantemente. ¡Cuán diferente cosa es pasar la noche alegre á pasarla sollozando!

En cuanto la fortuna nos reuniera con el amado ya la felicidad nos colmaría de beneficios y la unión nos sería dulce.

Y no habría espía ni intrigante en nuestra presencia; mas hoy por la separación interviene entre nosotros la vigilancia ó acecho.

No me satisface la aproximación del día; porque éste sólo deleita cuando sopla viento favorable al enamorado.

Ellos existen y nosotros también; mas el rigor de la fortuna nos ha separado. ¡Cuán difícil es al hombre conseguir aquello que desea!

Así la fortuna no cesa de dar sus vueltas, sin cuidarse del tiempo largo ó corto.

Une ó separa en sus rigores constantes á éste con aquél, y nadie puede reprocharla.

¡Cuántas veces, después de soplarnos el viento de la desesperación, nos ofreció la blancura de sus dientes perfumados!

¡Cuán enfermo se halla mi corazón después de separarse aquéllos, pues la presencia de su amado constituye todo su alimento!

Ya sabes con cuánta rapidez me llevaría hacia aquéllos el amor que te tengo y cuán ligeros me trasportarian mis caballos.

El enamorado no tiene otro remedio para curarse la enfermedad y librarse de su aflicción y flaqueza que la unión de aquéllos.

Ya la ausencia de los mismos ha despojado mi corazón, cuando marcharon para satisfacer su deseo.

Marcharon de madrugada los enamorados hacia los dos vergeles (las dos ciudades santas) y me han dejado en rehenes con el corazón afligido.

Marcharon sobre los camellos, el conductor los guía y con ellos va mi corazón hacia la tierra amorosa del Hechaz.

Esos enamorados ya cargaron de provisiones sus acémilas y corren en alas del amor hacia su término.

Separado de los mismos no tengo satisfacción para mi alma, ni encuentro deseo que calme mi corazón.

No hallo distracción ni consuelo lejos de ellos; pues no puedo olvidarme del ausente.

Se dirigen hacia Zemzem; mi corazón los sigue y ya no tengo paciencia para soportar su separación.

Me han abandonado en Occidente enamorado de ellos y mis ojos derraman por los mismos abundantes lágrimas.

Y digo: ¡Oh conductor! Y la caravana me escucha complaciente. ¡Oh conductor de ellos! Y me mira como un padre.

Mezclo gotas de sangre con mis lágrimas después que marcharon, y observo asombrado mis lágrimas enrojecidas.

Cuántas veces por la pasión corren por tierra mis lágrimas y llegan á enfermar mis ojos! ¡Cuántas veces me caen al suelo las lágrimas por la separación de aquéllos!

¡No desprecies el amor de la gente de Cáis por su

condición! Porque el amor debe atribuirse al hombre bien nacido.

¡Oh conductor de la vida! Preséntate ante Alá para darle noticias mías; entre mí y aquéllos existe ya un pacto reciente.

Todos los años marchará la caravana; ya estoy ligado en virtud del precepto divino obligatorio.

Sino fuera por el calitado cuyas cadenas me sujetan fuertemente, no satisfarían mi amor ni la imaginación, ni el viento.

Sino el esfuerzo en la marcha y la carrera hacia el Señor; hacia Neched y Cádima, á las que honró el Señor.

Si me fuera posible no habia de abandonarles hasta que pereciera por exceso de amor.

Porque nada hay capaz de apagar la llama de la pasión ardiente de mis entrañas que no sea el agua de Zemzem. ¡Cuán feliz es el que la bebe!

De mi parte la salutación para la gente que da vueltas alrededor del Hatim (parte del muro que rodea el templo de la Caba) y la estación de Abraham y del templo de la Caba.

De parte de un pecador que vive en Occidente, Muza, hijo de Yúsuf, pasando la vida en el vicio.

Pero confio para el día del juicio final en la intercesión del mediador, cuya súplica es de grande influencia.

El, que es amado en el remoto Oriente, me inspira pasión vivisima y mi corazon ya pertenece á la caravana.

El Dios de la Meca, nuestro creador le dé su bendición. ¡Qué alegremente cantan los pájaros posados en sus ramas!

La salutación sea sobre El por los siglos de los

siglos. ¡Cuán brillante aparece el horizonte por la luz de sus resplandores!

He aquí otro de nuestros poemas:

Declara públicamente mi recuerdo de *Alaquic* (valle cerca de Medina) y del *Héehir* (muro que rodea el templo de la Caba al N.); porque en ellos se encuentra el remedio que apagaría la llama de mi pasión.

Y dí á mi amigo del alma que no me olvido de aquéllos; más no tengo quien me trace una ruta siquier fuera peligrosa.

Quando admires los resplandores de la tierra de Neched, haz presente el recuerdo de mi pasión y de mis gritos de ternura.

Si llegas á la tierra del Hechaz, habítala y humedece su suelo con lágrimas abundantes.

Practica las ceremonias religiosas cuando pases por el Hechaz y cumple la visita que hacen todos los peregrinos.

Armame de fortaleza, á pesar de las penalidades, para ir al más excelente intercesor á quien fué concedida la gloria de la ascensión.

Al profeta ilustre que vino al mundo para dirigir y conducir rectamente á todo corazón que se hallaba ofuscado en el error.

Descubrió, mediante su acertada conducta y dirección, todo error y destruyó con la religión de Alá la religión de los infieles.

Por él hundióse el palacio de Cosroes y se apagó para los persas aquel fuego brillante.

Por él resplandecieron las estrellas con mayor brillantez y todos los seres tomaron un aspecto sonriente.

Desaparecieron las tinieblas, los astros todos lucieron como flores y el sol de la mañana brilló con todo su respiandor.

Profeta de Dios, vino al mundo acompañado de prodigios, cuya autenticidad es evidente é incuestionable.

En su favor fué realizado un milagro en la cueva donde se ocultó á los ojos de aquellos (perseguidores), por medio de las telas de araña.

Le fué concedido retornar estando despierto á la mansión de Alá, su cuerpo fué elevado al séptimo cielo.

De sus dedos corrieron ríos de agua y un mar de beneficios con tanta generosidad como la impetuosidad de las olas.

Ilustre profeta, intercesor de las criaturas, generoso para el hambriento y consolador del triste. No hay profetas sino es bajo su estandarte y todos ellos aparecieron por honor al mismo.

El amor sincero que profesamos á nuestro profeta nos demandará ante Alá la satisfacción de nuestras necesidades.

Me atan las cadenas de vuestra defensa y por esto no puedo desligarme de ellas.

Recibe un á Dios generoso del enamorado que se halla esclavo de tu pasión, perdido por tu amor y enloquecido por tu recuerdo.

¡A Dios! de parte del apasionado, Muza, hijo de Yúsuf que se encuentra en lo más remoto de Occidente y tiene obstruidos los caminos.

Al Elegido, á su familia y compañeros, á todos los auxiliares de Mahoma, y á los bravos de la tribu de Jazrach.

También pronunciamos el siguiente:

Ya se separó mi amigo, mi amado se alejó y ya se acaba mi paciencia por no poder volver á su lado.

Me corren profusamente las lágrimas sobre mis mejillas que han llegado á convertirse en surcos.

El color de mi hermosa juventud se ha tornado amarillo y mi cabellera antes negra aparece ya encanecida.

Pasó mi vida en el *quizá* y en el *acaso*. Se me ha pegado como pechera de camisa, me ha arrebatado la felicidad,

Me ha perdido el mundo con sus ilusiones, y ¡cuántas veces he violado los pactos, cuántas he quebrantado los juramentos!

Esa blancura de los cabellos apareció en la coronilla de mi cabeza para recordarme el temor á la muerte, cuya amenaza va á cumplirse pronto en mí.

He amado las vanidades del mundo sin que me fuera posible apartarme de su pasión.

Me han enamorado perdidamente siempre y no sé lo que pasó; después que tanto amor les he profesado ellas me han repudiado.

El mundo ocupó completamente á mi alma y constituyó toda mi pasión; mas él me rechazó luego que le demostré mi amor.

Yo no he sido exigente de su amor, á pesar de que como á *Hind*, le he blanqueado la piel cariñosamente.

La flor de mi juventud he perdido y ya pasó; el vigor de mi juventud ha desaparecido con la canicie.

¡Pluguiera á Dios que supiera yo esto antes y hubiera sido de miel la vida amarga que he pasado apartado del mismo!

Pero tú (Dios) perdonarás mis faltas y borrarás

mis pecados, á pesar de que me es imposible ya calcular su número.

Soy el más perverso criminal, el pecador que se halla pegado, y con los ojos fijos, en la puerta de la misericordia, ya cerrada.

Justo es que llore por el abandono de mis crímenes y que derrame lágrimas hasta que lleguen á surcarse mis mejillas.

Cuando las lágrimas brotan á borbotones de mis ojos se hace profunda mi reflexión y se agravan mis pensamientos y mi tristeza ó pesar.

Recrimino á mi alma por el tiempo de mi liviandad y á mi corazón por la falta de provecho que sacó de sus pecados.

Ya mi vigorosa juventud ha cesado en sus asuntos y ha dado para mí el *summum* de su energía.

Me hallo entre dos situaciones, como ves, una pasión ardiente que me devora y una separación que me mata.

¡Dios mío! Concédeme tu perdón y misericordia y no ceses de satisfacer mis súplicas.

Tu siervo Muza no cesa de confiar en tí, y es propio del señor bien nacido perdonar al siervo.

Busco después de Dios la ayuda del Escogido entre la gente de Hâxim que me ha enviado una luz más brillante que el fuego.

Profeta vino al mundo y dispó los errores de las tinieblas y dirigió á las criaturas, ¡oh cuán bien las dirigió!

Es aquel que concede el perdón, el intercesor en el día del juicio, el escogido, el preferido que más inspira la rectitud.

Es el tesoro reservado para cuando sobrevenga el

terror formidable (juicio último) y quien le ama no tiene que temer.

Solamente, oh lluvia de bienandanza, no cesas de ser hermosa y nos has traído el perdón y rodeado de felicidad.

A tí clama el enamorado y se enorgullece de su poder; tú serás para nosotros una festividad que juramos celebrar.

Echaste al mundo á quien ninguna otra hembra echò semejante; al más fiel en la promesa y al más excelente en gloria.

Al más alto en dignidad y rango cerca de Alá y al más generoso de los hombres, pues basta una súplica para que conceda el beneficio.

Sobre él sea la salutación impregnada de suavísimos perfumes y cuyo olor supere al de las plantas olorosas y mirtos.

Recibe el ¡Adios! de un triste enamorado que se muere en regiones remotas; pues vive consumido por la tristeza.

---

¡Oh hijo mío! Practica estas virtudes cuya imitación ansían los que tienen verdaderas aspiraciones y por ellas se afanan los que realmente trabajan. Porque gracias á las mismas se obtiene el poder de este mundo y la gloria del otro, la buena reputación y la eternidad de la memoria. Ten presente que no encontrarás cosa alguna que sobreviva á los siglos á no ser la reputación buena ó mala

que hayas adquirido; y pues el mundo es una historia, sé una buena tradición que sobreviva perpetuamente, como dijo el poeta:

No habiendo cosa alguna que se perpetúe, sé una tradición: la mejor memoria en el mundo es la tradición.

Aprovecha la ocasión para trabajar y obtener la prosperidad del mundo empleando las palabras y acciones en el cumplimiento de los asuntos que comprendas, y ensálzate cuando te ensalcen y humíllate cuando te humillen, para alcanzar aquella memoria que guarden de tí. Sabe, hijo mío, que pues este mundo es una hora, déjalo con resignación, como dijo el poeta:

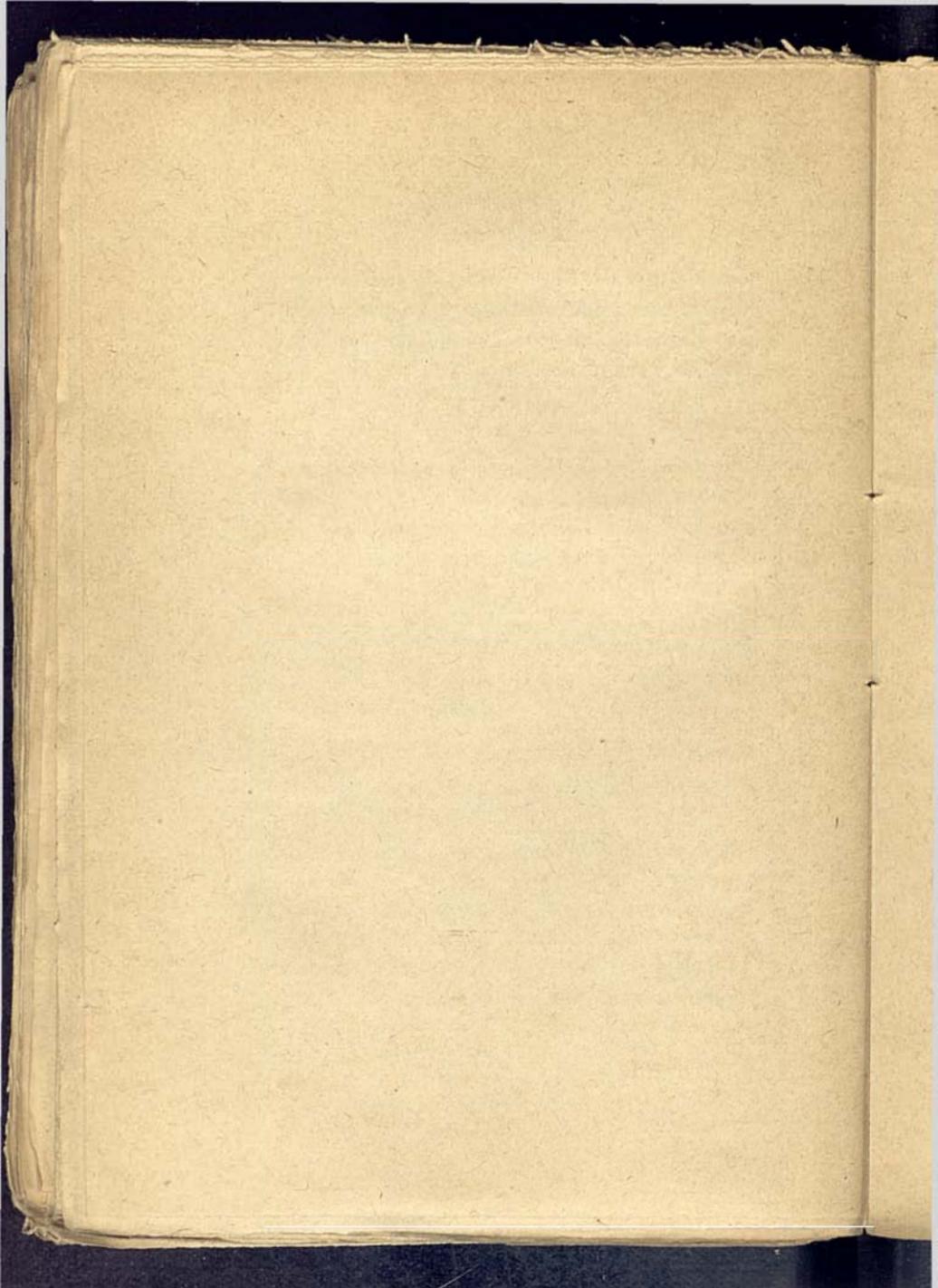
Puesto que sé con absoluta certeza que toda mi vida es como una hora

Y por tanto que no he de ser apenas en ella, la dejo en paz con resignación.

Sigue, hijo mío, mis consejos, y serás feliz; guárdalos para proceder rectamente, y Alá te facilitará los medios para que obtengas prosperidad. A El, excelso y omnipotente, te encomiendo, confíale todos tus negocios y entrégate al mismo en todas las circunstan-

cias de tu vida. El nos basta, es nuestro verdadero procurador, patrono y defensor, y no hay dignidad, ni poder, á no ser por Alá, excelso y magnífico.

FIN



## ÍNDICE DE LA OBRA

---

	<u>Páginas</u>
INTRODUCCIÓN HISTÓRICA. . . . .	VII
PRÓLOGO DEL AUTOR. . . . .	4

### CAPÍTULO PRIMERO

Recomendaciones, observaciones y consejos para conducirse de una manera justa y recta.

ARTÍCULO 1.º.—Recomendación para conseguir el calificativo de varón justo y virtuoso. . . . .	7
ART. 2.º.—Recomendación para conseguir el predominio de la inteligencia sobre la pasión y obtener el temor de Dios. . . . .	13
ART. 3.º.—Recomendación sobre los medios adecuados para conservar la riqueza á fin de conseguir la realización de las empresas que uno se proponga y desee. . . . .	19
ART. 4.º.—Recomendación que tiene por objeto la conservación de los ejércitos, tropas de distrito, emires y caudillos militares. . . . .	26

## CAPÍTULO SEGUNDO

Fundamentos y columnas sobre los cuales debe apoyarse el rey y que le son necesarios para mantener su imperio. Son cuatro:

Primero: Inteligencia. . . . .	51
Segundo: Administración. . . . .	79
Tercero: Justicia. . . . .	332
Cuarto: La reunión de la riqueza y del ejército. . . . .	340

## CAPÍTULO TERCERO

Cualidades dignas de alabanza que integran, perfeccionan y engrandecen la personalidad del rey.

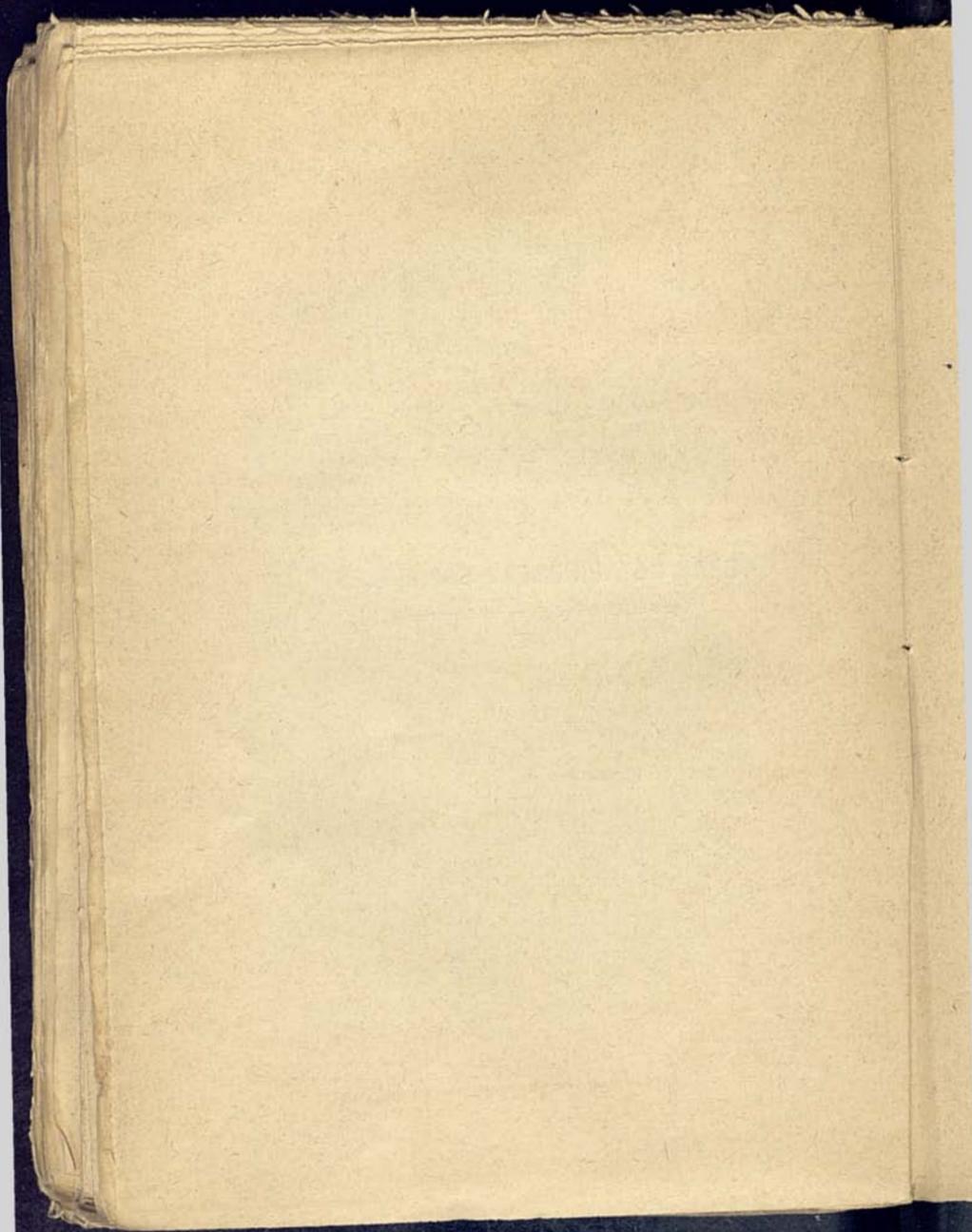
Primera cualidad: Valor. . . . .	363
Segunda cualidad: Liberalidad. . . . .	381
Tercera cualidad: Tolerancia. . . . .	386
Cuarta cualidad: Misericordia. . . . .	391

## CAPÍTULO CUARTO

La ciencia fisiognómica, como complemento de la administración. . . . .	399
CONCLUSIÓN Ó EPILOGO. . . . .	456

**OBRAS DE ARABISTAS ESPAÑOLES**

que están de venta en las librerías



## Bibliotheca arabico-hispana

---

- To. I y II. ABEN PASCUALIS ASSILA (Dictionarium biographicum) ad fidem codicis Escorialensis arabice nunc primum edidit et indicibus locupletissimis instruxit *Franciscus Codera* in Universitate Matritensi Arabicæ linguæ professor ordinarius et Regiæ Historicæ Academiæ Sodalis. Matriti, 1882 et 1883. Dos tomos en 4.º con foliación única, XX y 767 páginas, 4 ptas.
- To. III. DESIDERIUM QUERENTIS HISTORIAM VIRORUM POPULI ANDALUSIÆ (Dictionarium biographicum) AB ADH-DHABBI SCRIPTUM, ad fidem codicis Escorialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis *Franciscus Codera* in Universitate Matritensi Arabicæ linguæ professor ordinarius et Regiæ Historicæ Academiæ Sodalis et *Julianus Ribera*. Matriti, MDCCCLXXXV, en 4.º, XXV y 642 páginas y un facsimile del codice, 3½ ptas.
- To. IV. ALMOCHAM (Dictionarium ordine alphabetico) DE DISCIPULIS ABU ALI ASSADAFI AB ABEN ALABBAR scriptum, ad fidem codicis Escorialensis arabice nunc primum edidit indicibus additis, *Franciscus Codera et Zaydin*. Matriti, MDCCCLXXXVI, en 4.º, XIX y 365 pág. 49 ptas.
- To. V y VI. COMPLEMENTUM LIBRI ASSILAH (Dictionarium biographicum) AB ABEN ALABBAR SCRIPTUM,

partem quæ superest ad fidem codicis Esecurialensis, arabice nunc primum edidit, indicibus additis, *Franciscus Codera*. Matriti, MDCCCLXXXIX. Dos tomos con foliación continuada, XIV y 964 páginas, 50 ptas.

To. VII y VIII. HISTORIA VIRORUM DOCTORUM ANDALUSIE (Dictionarium biographicum) AB ABEN ALFARADHI scripta, ad fidem codicis Tunicensis arabice nunc primum edidit, indicibus additis, *Franciscus Codera*. (Accedunt duo fragmenta inedita ex ABEN PASCUALIS ASSILA). Matriti. To. I. MDCCCXC, 444 páginas y to. II. MDCCCXCII, con un facsimile del original, XII y 272 págs. 35 ptas.

To. IX y X. INDEX LIBRORUM DE DIVERSIS SCIENTIARUM ORDINIBUS QUOS A MAGISTRIS DIDICIT ABU BEQUER BEN KHAIR ad fidem codicis Esecurialensis arabice nunc primum ediderunt indicibus additis *Franciscus Codera* et *J. Ribera Tarrago*. To. I, Matriti, MDCCCXCIII. 463 pág. to. II, indices et introductionem continens, XIII y 449 pág. 48 ptas.

---

## Obras de D. Francisco Codera

Catedrático de lengua árabe en la Universidad de Madrid

---

Tratado de NUMISMÁTICA ARÁBIGO-ESPAÑOLA, con 24 láminas (23 autoetipografiadas por el autor). Madrid, 1879, en 4.º, XXIV y 319 pág. 45 ptas.

ERRORES DE VARIOS NUMISMÁTICOS EXTRANJEROS al tratar de las monedas arábigo-españolas é impugnación. Madrid, 1874, en 4.º, 34 págs. 2 ptas.

TÍTULOS Y NOMBRES PROPIOS EN LAS MONEDAS ARÁBIGO-ESPAÑOLAS. Madrid, 1874, en 4.º, 88 págs. 2 ptas.

MISIÓN HISTÓRICA EN LA ARGELIA Y TÚNEZ. Trabajos leídos ante la Real Academia de la Historia. Madrid, 1892, en 4.º, 207 págs. 750 ptas.

ELEMENTOS DE GRAMÁTICA ÁRABE para uso de los alumnos de D. F. C. y Z. Segunda edición. Madrid, 1892, litografiada, en 4.º, 413 págs. 2 ptas.

## Obras de D. Leopoldo de Eguilaz

decano de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad  
de Granada y correspondiente de las R. R. A. A.  
de la Lengua y de la Historia

---

GLOSARIO ETIMOLÓGICO DE LAS PALABRAS ESPAÑOLAS,  
(castellanas, catalanas, gallegas, mallorquinas,  
portuguesas, valencianas y bascongadas) DE ORI-  
GEN ORIENTAL (árabe, hebreo, malayo, persa y  
turco) por *D. Leopoldo de Eguilaz y Yanguas*, cate-  
drático de la Universidad de Granada y corres-  
pondiente las R. R. A. A. de la Lengua y de la  
Historia. Granada, 1886, 4.º m. XXIV-391 páginas,  
25 ptas.

RESEÑA HISTÓRICA DE LA CONQUISTA DEL REINO DE GRA-  
NADA POR LOS REYES CATÓLICOS, SEGÚN LOS CRONIS-  
TAS ÁRABES, por el *mismo autor*. 2.ª edición, Gra-  
nada, 1894, con el fotograbado de un autógrafo de  
Boabdil, 3 ptas.

Para los pedidos de estas dos obras, hay que dirigirse  
al autor, Carrera de Darro, 43, Granada.

## Obras de D. Francisco Pons Boigues

del Archivo Histórico Nacional

---

APUNTES SOBRE LAS ESCRITURAS MOZÁRABES TOLEDANAS, que se custodian en el Archivo Histórico Nacional. Madrid, 1897, en 8.º, 320 págs. Librería de D. Mariano Murillo, 3 ptas.

ENSAYO BIO-BIBLIOGRÁFICO SOBRE LOS HISTORIADORES Y GEÓGRAFOS ARÁBIGO-ESPAÑOLES. Obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, 1898, 4.º, 514 páginas, 40 ptas.

---

## Obra de D. Antonio Vives y Escudero

correspondiente de la Real Academia de la Historia

---

MONEDAS DE LAS DINATÍAS ARÁBIGO-ESPAÑOLAS. (Descripción de todas las monedas de esta dinastías, conocidas hasta la fecha). Madrid, 1893, en 4.º prolongado, X y 553 páginas. Librería de D. Mariano Murillo, precio, 40 ptas.

---

## Obra de D. Eduardo Saavedra

de la Real Academia de la Historia

---

ESTUDIO SOBRE LA INVASIÓN DE LOS ÁRABES EN ESPAÑA,  
por *D. Eduardo Saavedra*, de la Real Academia de  
la Historia. Madrid, 1892. Véndese en la librería  
de Fernando Fe. 2'50 ptas.

---

## Obras de D. Julián Ribera

Catedrático de lengua árabe en la Universidad  
de Zaragoza

---

ORÍGENES DEL JUSTICIA DE ARAGÓN, 5 pesetas.

LA ENSEÑANZA ENTRE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES, 4 pe-  
setas.

BIBLIÓFILOS Y BIBLIOTECAS EN LA ESPAÑA MUSULMANA, 2.<sup>a</sup>  
edición (extracto), 4 pta.

TEXTOS ALJAMIADOS, por Gil, Ribera y Sánchez, 3 pe-  
setas.

---